

BOLSKAN

REVISTA DE ARQUEOLOGÍA OSCENSE

10



INSTITUTO DE ESTUDIOS ALTOARAGONESES

DIPUTACIÓN DE HUESCA



BOLSKAN

BOLSKAN

Revista de Arqueología del Instituto de Estudios Altoaragoneses



Núm. 10

HUESCA

MCMXCIII

Edita: INSTITUTO DE ESTUDIOS ALTOARAGONESES

Director: Vicente Baldellou Martínez

Secretario: Carlos Esco Sampériz

Consejo de Redacción: M.^a José Calvo Ciria, Adolfo Castán Sarasa, Lourdes Montes
Ramírez y Pilar Utrilla Miranda

Redacción y Administración: Instituto de Estudios Altoaragoneses
C/ del Parque, 120. Teléfono (974) 24 01 80
22002 HUESCA

Imprime: COMETA, S.A. - Ctra. Castellón, Km. 3,400 - Zaragoza

Depósito Legal: HU. 242-1984

ISSN: 0214-4999

ÍNDICE

<i>Estudio de los macromamíferos de los niveles paleolíticos de Chaves (Huesca)</i> , por Pedro Castaños Ugarte	9
<i>Las pinturas rupestres del barranco de Arpán (Asque-Colungo. Huesca)</i> , por Vicente Baldellou, Albert Painaud, M. ^a José Calvo y Pedro Ayuso .	31
<i>Las pinturas rupestres de la cueva de Regacéns (Asque-Colungo. Huesca)</i> , por Vicente Baldellou, Albert Painaud, M. ^a José Calvo y Pedro Ayuso .	97
<i>Nuevos vestigios megalíticos en el Pirineo aragonés</i> , por M. ^a Teresa Andrés Rupérez y Luis Millán San Emeterio	145
<i>Evolución y datación arqueológica de las acumulaciones holocenas de la Hoya de Huesca</i> , por Asunción Julián y Javier Chueca	177
<i>Nuevos yacimientos en el trazado de la vía romana Cæsaraugusta-Osca</i> , por M. ^a Nieves Juste Arruga	187
<i>Una singular caja de reliquias de San Juan de la Peña</i> , por José Miguel Pesqué Lecina	223

ESTUDIO DE LOS MACROMAMÍFEROS DE LOS NIVELES PALEOLÍTICOS DE CHAVES*

*Pedro Castaños***

1. INTRODUCCIÓN

La muestra ósea objeto del presente análisis procede de la cueva de Chaves, antiguo término de Bastarás, integrado actualmente en Casbas de Huesca, en

* Todas las medidas han sido tomadas según la metodología de A. v. d. DRIESCH (1976).

Las abreviaturas utilizadas en este trabajo son las siguientes:

A	Anchura	AA	Anchura del acetabulum
AD	Anchura mínima diáfisis	Ad	Anchura distal
Ap	Anchura proximal	AS	Anchura superficie articular
ASCd	Anchura superficie articular caudal	ASCr	Anchura superficie articular craneal
ASp	Anchura superficie articular proximal	ASd	Anchura superficie articular distal
AT	Anchura tróclea	DMB	Diámetro máximo de la base
DmB	Diámetro mínimo de la base	Ed	Espesor distal
El	Espesor lateral	EmO	Espesor mínimo olécranon
EPA	Espesor proceso acóneo	L	Longitud
LA	Longitud del acetabulum	Ldo	Longitud dorsal
LSD	Longitud diagonal base	LM	Longitud máxima
LmC	Longitud mínima cuello	LMI	Longitud máxima lateral
LMm	Longitud máxima mesial	LMP	Longitud máxima proceso articular
LMpe	Longitud máxima periférica	LmT	Longitud mínima tróclea
LS	Longitud superficie articular	Pr	Longitud protocono
NR	Número de restos	NMI	Número mínimo de individuos
p	Posterior	s	Desviación estándar
X	Media	h	Hembra
m	Macho		

** Museo Arqueológico, Etnográfico e Histórico Vasco. Bilbao.

plena Sierra de Guara. Además de antiguas referencias hay una publicación sobre la fauna recogida en los sondeos que en 1975 fueron realizados por don Vicente Baldellou (BALDELLOU y CASTÁN, 1987) y que incluían materiales de los niveles neolíticos y del Bronce (CASTAÑOS, 1988). Posteriormente, entre 1984 y 1990, se han llevado a cabo campañas de excavación en una superficie aproximada de unos 50 m² bajo la dirección del anteriormente citado y de doña Pilar Utrilla, quienes nos encomendaron los materiales para su estudio.

Desde el punto de vista estratigráfico, hay dos conjuntos netamente separados por una costra estalagmítica que diferencia los niveles tardiglaciares inferiores de los neolíticos que quedan por encima (UTRILLA, 1992). El presente análisis se limita exclusivamente a los materiales paleolíticos; la abundante muestra neolítica queda para un estudio posterior.

Los niveles presentes son tres (UTRILLA, 1989):

— 1c: Constituido por una gruesa capa de limos casi estériles que yace inmediatamente debajo del manto calcáreo y que presentaba fragmentos de brecha en la parte superior y ausencia de los mismos en la zona inferior.

— 2a: De tonalidad negra con ausencia de cantos.

— 2b: También oscuro, pero se diferencia del anterior por la presencia de cantos rodados (alcanza unos 15 cm de espesor)

— 3: Nivel estéril de unos 13 cm con abundantes gravas.

2. ESTUDIO CONJUNTO DE LA MUESTRA

Toda la muestra ha proporcionado 2.434 fragmentos determinables correspondientes a cinco especies de Ungulados, dos Lagomorfos y un Carnívoro, que pesan 11.111,7 g (Tabla 1).

Los fragmentos indeterminables (18.257,93 g) representan el 62,16% del peso de todos los huesos. Este dato indica el elevado grado de fragmentación del material típico de los asentamientos en los que la mayor parte de los huesos han sido objeto de consumo y utilización por parte del grupo humano que ocupó el yacimiento.

Nivel 1c

Es el más pobre tanto en número de restos como de especies. No obstante, mantiene las mismas proporciones que los niveles posteriores, por lo que bien pudiera resultar de materiales procedentes de los niveles más antiguos o representar un momento de abandono progresivo de la cavidad.

	1c			2			2a			2b			Conjunto		
	NR	NMI	W	NR	NMI	W	NR	NMI	W	NR	NMI	W	NR	NMI	W
Cervus elaphus	1	1	7,3	1	1	17,9	12	1	167	20	3	414,2	34	6	606,4
Gran Bóvido							1	1	55				1	1	55
Capra pyrenaica	51	8	259,7	178	12	925,5	449	21	2.668	834	36	5.843,8	1.512	77	9.697
Rupicapra rupicapra	14	1	24,8	24	2	72,7	14	1	55,5	150	7	593,3	202	11	746,3
Sus scrofa							1	1	7				1	1	7
Oryctolagus cuniculus	34	4		55	6		136	14		457	25		682	49	
Lepus e.							1	1					1	1	
Lynx pardina										1	1		1	1	
Totales	100	14	219,8	258	21	1.016,1	614	40	2.952,5	1.462	72	6.851,3	2.434	147	1.111,7
Ungulados		66%				78,68%			77,68%			68,67%			71,89%
Resto mamíferos		34%				21,31%			22,31%			31,32%			28,1%

Tabla 1. Distribución de restos (NR), número mínimo de individuos (NMI) y peso (W) de las especies presentes en Chaves.

Nivel 2

Esta denominación que aparece en la Tabla no tiene entidad propia ya que en ella se han incluido los materiales de tres cuadros en los que no se podía diferenciar el 2a del 2b por la ausencia total de cantos. Por tanto, los restos pudieran quedar repartidos entre los dos niveles citados.

Niveles 2a y 2b

La distinción entre 2a y 2b se basa fundamentalmente en la citada presencia de cantos y en una cronología distinta aunque no muy distanciada (12.020 y 12.800 B. P., respectivamente). Desde el punto de vista faunístico no se aprecian diferencias significativas. El dominio absoluto de la cabra montés es una constante en ambos, oscila entre el 85 y el 90% de la muestra de Ungulados y ello tanto si se tiene en cuenta el número de restos como el peso de los mismos (Tablas 2 y 3 y Fig. 1).

En todo caso, hay una ligera variación en la frecuencia del sarrio, que es algo mayor en 2b que en 2a, dato que tampoco es muy concluyente al quedar el material del llamado nivel 2 sin atribución posible a los dos citados. La presencia del ciervo es siempre residual y las de Gran Bóvido y Jabalí testimoniales.

	1c	2	2a	2b	Conjunto
Cervus elaphus	1,5	0,5	2,5	1,99	1,94
Gran Bóvido			0,2		0,05
Capra pyrenaica	77,2	87,6	94,1	83,06	86,4
Rupicapra rupicapra	21,21	11,8	2,9	14,9	11,5
Sus scrofa			0,2		0,05

Tabla 2. Porcentajes a partir del número de restos de los Ungulados.

	1c	2	2a	2b	Conjunto
Cervus elaphus	2,5	1,7	5,6	6,04	5,45
Gran Bóvido			1,8		0,49
Capra pyrenaica	88,9	91,08	90,3	85,2	87,26
Rupicapra rupicapra	8,4	7,1	1,8	8,6	6,71
Sus scrofa			0,23		0,06

Tabla 3. Porcentajes a partir del peso de los huesos de los Ungulados.

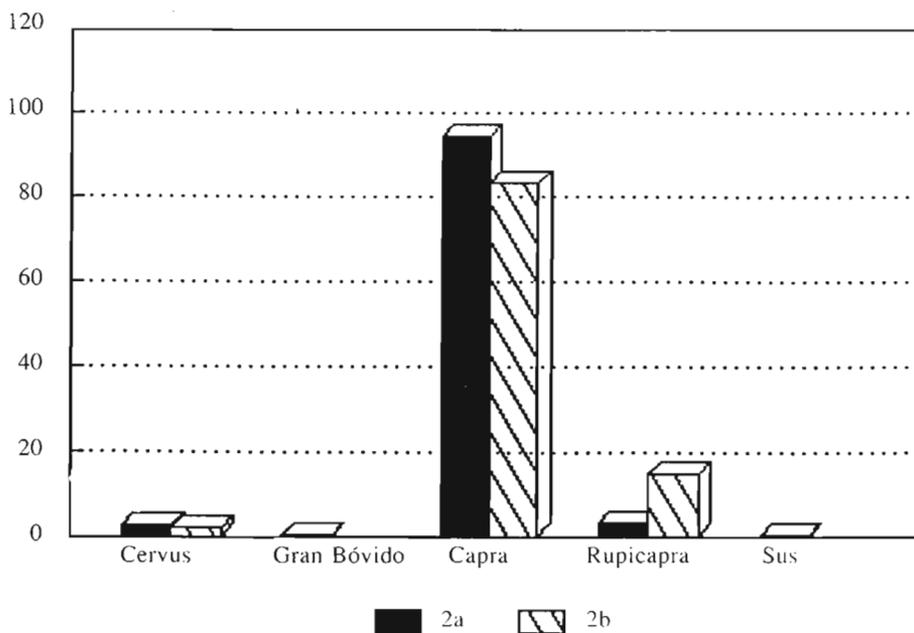


Fig. 1. Frecuencias de Ungulados.

Por tanto, nos hallamos ante una estructura faunística muy monótona que permite calificar al Magdaleniense de Chaves como un cazadero de cabra montés notablemente especializado, con escasas capturas de sarrío y presencia esporádica de los tres Ungulados restantes.

Entre los demás Mamíferos, el conejo es el más abundante y casi el único, ya que tan sólo aparecen un resto de liebre y otro de lince.

Chaves presenta gran semejanza con yacimientos cantábricos como Ermitia y Rascaño (ALTUNA, 1972 y 1981), Bolinkoba y Urratxa III (CASTAÑOS 1982 y 1986), así como con los niveles magdalenienses de Ekain y Erralla (ALTUNA y MARIEZKURRENA, 1984 y 1985). Este predominio de la cabra es típico de asentamientos de cuevas situadas en biotopos rupícolas y difiere claramente de lo observado en yacimientos de menor altitud y orografía más modesta, en los que generalmente la caza del ciervo suele ser dominante.

La situación de Chaves en plena Sierra de Guara corrobora esta tendencia de los cazadores del Paleolítico Superior a centrarse en la caza de las especies más frecuentes del entorno. La ausencia total de corzo y caballo, así como la presencia residual del jabalí y Gran Bóvido, son datos coherentes con el medio físico que rodea a Chaves.

3. ESTUDIO DE CADA ESPECIE PRESENTE

Cabra montés

Capra pyrenaica

Por tratarse de la especie más abundante, estudiaremos a partir de sus datos los aspectos arqueozoológicos más relevantes de la muestra.

1. Representación anatómica de la cabra en la cueva

La Tabla 4 recoge los 1.512 fragmentos óseos de cabra distribuidos por niveles y según la región anatómica a la que corresponden. La muestra del nivel 1c es tan pequeña comparada con el resto que se prescindirá de ella en los cálculos posteriores.

	1c	2	2a	2b	Total
Clavija			3	11	14
Cráneo	1		2	2	5
Maxilar			4	17	21
D. a. sup.	17	55	90	193	355
Mandíbula	1	13	43	82	139
D. a. inf.	20	36	137	229	422
Hioides			1	5	6
Vértebras		1	7	5	13
Costillas		3	14	16	33
Escápula	1	2	6	13	22
Húmero		2	5	13	20
Radio		4	15	15	36
Ulna		1	1	4	8
Carpo	2	1	1	4	8
Metacarpo		6	15	19	46
Pelvis	4	4	3	13	24
Fémur	1	3	4	14	22
Rótula		1			1
Tibia	1	7	10	38	56
Calcáneo		3	4	9	16
Astrágalo		8	4	10	22
Resto tarso		2	1	1	4
Metatarso		5	13	31	49
Metapodio in.		6	15	19	40
Falange 1	1	11	32	43	87
Falange 2		3	10	14	27
Falange 3		1	6	9	16
Totales	51	178	449	834	1.512

Tabla 4. Distribución anatómica de los restos de cabra en cada nivel.

Agrupando las distintas regiones anatómicas en tres conjuntos correspondientes a cabeza, tronco y extremidades según la metodología utilizada en varios yacimientos paleolíticos cantábricos (ALTUNA y MARIEZKURRENA, 1984) se obtienen las frecuencias de la Tabla 5. En ella, además de los tres niveles descritos, se ofrece el resultado de la muestra conjunta. Al no observarse diferencias significativas entre los resultados de 2a y 2b y al no poderse atribuir con seguridad los materiales del 2 a ninguno de los otros, creemos que el cálculo porcentual de los tres niveles tomados conjuntamente puede ser válido y representativo.

Nivel	Cabeza	Tronco	Espalda Antebrazo	Muslo Pierna	Patas sin falanges	Falanges sesamoid.	Total
NR 2	104	4	9	15	31	15	178
%	58,42	2,24	5,05	8,42	17,41	8,42	
			39,32				
NR 2a	280	21	27	17	56	48	449
%	62,36	4,67	6,01	3,78	12,47	10,69	
			32,96				
NR 2b	539	21	49	65	94	66	834
%	64,62	2,51	5,87	7,79	11,27	7,91	
			32,85				
NR Conjunto	923	46	85	97	181	129	1.461
%	63,17	3,14	5,81	6,63	12,38	8,82	
			33,67				

Tabla 5. Frecuencias de los restos de cabra según las distintas regiones anatómicas.

La Tabla 6 recoge la comparación entre los datos de Chaves y los de cuatro niveles de otros tantos yacimientos cantábricos más o menos coetáneos y de similar estructura faunística: Rascaño (ALTUNA, 1981), Ekain y Erralla (ALTUNA y MARIEZKURRENA, 1984 y 1985) y Uiratxa III (CASTAÑOS, 1986).

Se excluyen de esta comparación muestras de cabra de Ermitia y Bolinkoba, de las que, al proceder de excavaciones antiguas, no tenemos garantizada la recogida sistemática de todos los huesos. A la vista de la tabla comparativa Chaves aparece como el yacimiento más pobre en elementos del esqueleto axial

y apendicular, frente a la elevada proporción de fragmentos craneales. El elevado grado de fragmentación de la muestra aragonesa produce una sobrevaloración de elementos cefálicos por la gran cantidad de piezas dentarias aisladas que consecuentemente reduce la importancia relativa de los huesos largos representados en una buena porción por esquirlas de diáfisis indeterminables. Sin embargo, esta circunstancia no explica totalmente la escasa proporción de costillas y vértebras, más en el caso de estas últimas, que ofrecen un elevado grado de conservabilidad frente a factores diagenéticos. Más bien hay que suponer que es indicio de la escasa frecuencia con que se acarrea esa parte del animal a la cueva. Difiere este modo de acarreo con lo observado en Erralla, yacimiento en el que con más frecuencia los animales cazados eran transportados enteros al asentamiento. Este contraste ya señalado entre Rascaño y Erralla (ALTUNA y MARIEZKURRENA, *op. cit.*) se acentúa más en el caso de Chaves, que en este sentido muestra gran similitud con Rascaño. Ekain y Urratxa III ocupan posiciones intermedias y relativamente próximas entre sí.

	Cabeza	Tronco	E X T R E M I D A D E S				Total
Chaves (Magdal.)	63,17	3,14	5,81	6,63	12,38	8,82	1.461
			33,67				
Rascaño (n. 1-5)	33,84	6,95	6,78	5,03	13,95	9,23	4.949
			59,2				
Ekain (n. VI)	23,1	18,1	22,5	6,9	16,9	12,5	160
			58,8				
Urratxa (Azil.)	36,6	18,8	8,82	13,73	11,91	10	1.099
			44,49				
Erralla (Mag. in.)	25,6	30,6	10,3	19,2	7,4	6,9	2.375
			43,8				

Tabla 6. Comparación entre las frecuencias de las distintas regiones anatómicas de la cabra en varios yacimientos.

2. Distribución de edad y sexo

La Tabla 7 recoge la distribución de la edad en que fueron abatidas las cabras en los niveles 2a y 2b. No se incluyen los datos procedentes de 1c y 2 por su escasa significación.

	2a	2b	Conjunto
0-3 meses	4	4	8
4-7 meses	1	3	4
7-10 meses	1	3	4
18-23 meses	2	2	4
23-28 meses	2	3	5
31-35 meses	1	2	3
M3 +	6	7	13
M3 ++	2	4	6
M3 +++	2	8	10
Totales	21	36	57

Tabla 7. Distribución de edades de la cabra montés.

La estimación de la edad se ha realizado a partir de la dentición siguiendo los criterios de COUTOURIER (1962). No se aprecian diferencias notables entre ambos niveles, por lo que consideraremos la distribución tomando las dos series conjuntamente.

En Chaves se caza la cabra a lo largo de todas las edades, no se observan preferencias por ninguna de ellas. Hasta los tres años, edad en que se completa la sustitución dentaria, hay tantos ejemplares abatidos como los que mueren en edad adulta. Ello implica también que no pueda justificarse ningún tipo de estacionalidad en la ocupación de la cueva. Parece que el grupo permanece a lo largo de todo el año.

La discriminación sexual del material se ha realizado con criterios biométricos (ALTUNA, 1978) y el resultado, aunque escaso, se refleja en la Tabla 8.

	2a		2b		Conjunto	
	m	h	m	h	m	h
Escápula	1	2		2	1	4
Húmero	1	1	1	2	2	3
Radio	1	1	3		4	1
Tibia		3	3	3	3	6
Astrágalo		1		5		6
Calcáneo			1	1	1	1
Centrotarsal	1		1	1	2	1
Metacarpo		2	1	1	1	3
Metatarso				3		3
Totales	4	10	10	18	14	28

Tabla 8. Discriminación sexual de los huesos de cabra montés.

Hay un claro predominio de fragmentos procedentes de hembras, que duplican a los restos pertenecientes a machos. Si a este dato se añaden los abundantes huesos de inmaduros que no ha sido posible medir tenemos una tendencia selectiva en la caza a favor de las hembras y crías. Pautas parecidas se observan en otros yacimientos cantábricos, tanto cazaderos de cabra como de ciervo.

3. Medidas

La Tabla 9 recoge las medidas aisladas obtenidas en todo el nivel 2 conjuntamente, ya que no se observan diferencias entre las muestras de los subniveles descritos. Además, se ofrece en ella el resumen estadístico de las medidas más frecuentes.

Las cabras de Chaves coinciden métricamente con las muestras obtenidas en más de una decena de yacimientos del Paleolítico Superior cantábrico e incluso con ejemplares musterienses del litoral mediterráneo. No parece observarse variaciones métricas significativas entre ejemplares würmienses de la Península, a diferencia de lo que ocurre durante el Holoceno, donde la cabra montés de la mitad meridional en general es más pequeña que la de la zona septentrional. Estas diferencias pueden estar relacionadas con procesos de subespeciación, aunque se precisarán más datos en el futuro para confirmar tales indicios.

Maxilar:				Escápula:						
L	P2-P4	24		LMP		42,5	39,5	37	37	
L	M1-			AS	23		26,5	25,5	26,5	
	M3	54		LmC	21,5	29	25,5	25	24,5	
					h	m	h	h	h	
Mandíbula:										
L	P2-M3	75	73,5	84	83					
L	P2-P4	23	22	24,5	25					
L	M1-M3	52	51,5	58,5	57,5	56	57	59	55,5	
L	M3	25,5	21	29,5	28	23,5	27	25	24,5	
			+	+++	+++	++	+	++	++	
L	P2-P4	24,5	24	22,5	21,5	24,5				
L	M3	24,5	26	24,5	23,5	26,5	28	29	26	27
					+	+++	+	+	+++	+
L	M3	28,5	29,5	28	25,5	27,5	28,5	25,5	27	26,5
			+	+				+	++	+
L	M3	23,5	24,5	27						
			+	++	+++					

Húmero:						Radio:				
Ep	60					Ap	45	43	36,5	44,5
Ad		44	35	37	32	ASp	41,5	41	35	41
AT		42	34	35	31		m	m	h	m
		m	h	h	h		41,5			
						Ad	35	27,5		
							m			
Ulna:			Metacarpo:							
EPA	31	31,5		Ap	35					
EmO		28		Ad		37,5	29,5	28,5	34,5	41,5
APC		25,5		Ed		20	17,2	16,6	20,5	
							h	h	h	m
Pelvis:			Calcáneo:			Centrotarsal:				
LA	35		LM	68,5	79	AM	33,5	27,5	32	
AA	33		AM	26	27		m	h	m	
				h	m					
Tibia:										
Ad	37	27	34	36,5	31	28,5	31,5	31	31,5	
Ed	26,5	21	28,5	27	24,5	19,5	24	26	23,5	
	m	h	m	m	h	h	h	h	h	
Astrágalo:						Metatarso:				
LMI	34,5		35	34,5	31	35,5	LM			147,5
LMm	32,5	31	32,5	33	30,5	33,5				
El	18,9	17,3	18,8	18,8	17,9		Ad	27,5	30	29
Ad	22,5	19,8	22,5	20	22		Ed	18,2	19,8	17,4
	h	h	h	h	h	h		h	h	h
Falange 1:										
Ap	14,8	17,6	13,6	14,6	14,6	14	16,7	16	14,2	19
Ad	16,1	15	15,9	14,9	14,9	14	15,5	16,6	14,4	13,4
Ad	14,6	17,9	13,6	13,5						
Falange 2:										
LM	28	28,5	28	29	27	29,5	25			
Ap	16,2	15,2	15,3	17,5	13,6	15,3	12,4	17,5	15,7	
AD	12,2	11,8	10,9	13	10	11,3	9,3			
Ad	12,7	12		14,4	10,8	11,8	9,6			
Ap	14,7	14,7	15	Ad	14,8		Falange 3:			
							LSD	47,5	43	34
							Ldo	37,5	36,5	
Resumen estadístico:										
Mandíbula:		n		var.		X		s		s%
L P2-M3		4		73,5-84		78,87				
L P2-P4		9		21,5-25		23,5		1,27		5,4
L M1-M3		8		51,5-58,5		55,87		2,79		5,01
L M3		29		21-29,5		26,31		2,07		7,8

Escápula:					
	LMP	4	37-42,5	39	
AS	5	23-26,5	25,2	1,48	5,8
LmC	5	21,5-29	25,1	2,67	10,6
Húmero:					
Ad	4	32	-44	37	
AT	5	31-42	36,7	4,84	13,19
Radio:					
Ap	4	39,5-45	42,25		
ASp	4	35-41,5	39,6		
Metacarpo:					
Ad	5	28,5-41,5	34,3	5,44	15,8
Ed	4	16,6-20,5	18,57		
Tibia:					
Ad	9	27-37	32	3,33	10,42
Ed	9	19,5-28,5	24,5	2,89	11,81
Astrágalo:					
LMI	5	31-35,5	34,1	1,78	5,2
LMm	6	30,5-33,5	32,16	1,16	3,6
EI	5	17,3-18,9	18,34	0,7	3,8
Ad	5	19,8-22,5	21,36	1,35	6,3
Metatarso:					
Ad	3	27,5-30	28,83		
Ed	3	17,4-19,8	18,46		

Tabla 9. Medidas aisladas y resumen estadístico de cabra.

Sarrío

Rupicapra rupicapra

Los 202 restos de sarrío se hallan repartidos de forma equilibrada entre los cuatro conjuntos. Sólo disminuye su frecuencia relativa en el nivel 2a. Se trata de la especie mejor representada después de la cabra, aunque a mucha distancia de la misma. La Tabla 10 recoge la distribución anatómica de los fragmentos, así como la representación porcentual de las distintas regiones anatómicas tomando toda la muestra en conjunto. Cabeza y extremidades están igualmente representadas y destaca la baja proporción de elementos del tronco, pauta que repite lo observado en la cabra.

Las medidas aisladas se reflejan en la Tabla 11. Sus valores entran en el dominio de dispersión de esta especie en yacimientos del Paleolítico Superior de la cornisa cantábrica.

	1c	2	2a	2b	Conjunto	
Clavija c.				2	2	
Cráneo				1	1	Cabeza
Maxilar			1	1	2	49%
D. a. sup.	1		2	14	17	
Mandíbula		4	1	11	16	
D. a. inf.	4	8	7	42	61	
Vértabras				1	1	Tronco
Costillas				3	3	1,98%
Escápula		2		1	3	
Húmero				3	3	
Radio	1			6	7	
Metacarpo	2	2		13	17	
Fémur				2	2	
Tibia				4	4	
Calcáneo	1		1	5	7	Extrem.
Astrágalo				3	3	49%
Metatarso		1		9	10	
Metap.ind.	1	4			5	
Falange 1	1	3	1	18	23	
Falange 2			1	6	7	
Falange 3	3			5	8	
Totales	14	24	14	150	202	

Tabla 10. Distribución de los restos de sarrío.

Mandíbula:

L P2-M3	63,5					
L P2-P4	17,4	22,5	21,5			
L M1-M3	43			43,5		
L M3	18,4			18,5	19,3	19,6
	++			++		

Húmero:

Ad	31,5	30,5		
AT	30	28,5		

Radio:

Ap	31,5		
ASp	29,5		
Ad		28,5	

Tibia:

Ad	29
Ed	20,5

Metacarpo:

Ad	29	29	28	29
Ed	18,1	16,5	16,5	17,5

Calcáneo:

LM	64,5	65	67,5
AM	19,5	22,5	20

Astrágalo:			Metatarso:						
LMl	30,5	31,5	Ap	23					
LMm	28,5	30	Ad		29,5	27,5			
El	17,8	17	Ed		17,6				
Ad	20,5	19,8							
Falange 1:									
Ap	13	12,3	14,1						
Ad	12,5	11,9	12,6	12,2	11,9	13	12	13,3	12,7
Falange 2:									
LM	28								
Ap	13,3	13,1							
AD	8,8								
Ad	10,7		11,7	9,8					

Tabla 11. Medidas aisladas de sarrío.

Hay tres fragmentos de hueso largo calcinados y sólo se aprecian dos de clavija córnea, que corresponden a machos. Una buena parte de los restos dentarios son piezas aisladas que dificultan la estimación de la edad. De las pocas muelas con valor diagnóstico y de un conjunto de tres maxilares y cinco mandíbulas se ha podido establecer el número mínimo de individuos, que se refleja en la Tabla 12.

	1c	2	2a	2b
D4+M1+/-				1
M3+/-	1	1		1
M3+				1
M3++		1	1	2
M3+++				2
Total	1	2	1	7

Tabla 12. Distribución de edades del sarrío.

Gran Bóvido

Bos primigenius — *Bison priscus*

El único vestigio de Gran Bóvido es un fragmento de diáfisis de tibia del que no se puede obtener más información que la mera cita.

Ciervo

Cervus elaphus

La muestra de ciervo es muy escasa, alcanza sólo los 34 fragmentos. Tanto el nivel 1c como el 2 tienen un solo hueso, que corresponde a una falange tercera y primera respectivamente. En los niveles 2a y 2b se concentra la mayor parte del material correspondiente a esta especie. Los 12 fragmentos del nivel 2a parecen corresponder a un solo individuo, que a juzgar por los fragmentos de asta es un macho adulto. En el 2b hay un ejemplar joven que aún tiene la epífisis distal del metatarso sin fusionar, mientras que las dos mandíbulas izquierdas corresponden a animales de edad avanzada. La Tabla 13 recoge la distribución de los restos según las distintas partes del esqueleto y las escasas medidas obtenidas.

	2a	2b	Total			
Cuerna	3	1	4	Mandíbula:		
D.a.sup.		1	1	L P2-P4	48,5	
Mandíbula		2	2	L M1-M3		91,5
D. a. inf.	1	1	2	L M3		38,5
Vértebras		1	1	A M3		15,2
Húmero	1		1			+++
Radio		2	2	Falange 1:		
Ulna		1	1	LMpe	62	
Carpo		1	1	Ap	22	
Metacarpo	1	1	2	Ad	23	19,2
Fémur	1	1	2			
Tibia		4	4	Falange 3:		
Metatarso	2	2	4	LSD	45,5	50,5
Metap. ind.		1	1	Ldo	44	43
Falange 1	3		3			
Falange 3		1	1			
Total	12	20	32			

Tabla 13. Distribución de los restos y medidas de ciervo.

Jabalí

Sus scrofa

El único resto de esta especie aparece en el nivel 2a. Se trata de una mandíbula que conserva el D4 y tiene ya erupcionado el M1, no así el M2. Puede estimarse su edad entre los 6 y los 12 meses.

Lince

Lynx pardina

Hay una mandíbula izquierda de lince que conserva el canino y toda la serie molariforme. Su interés diagnóstico y la problemática taxonómica del lince würmiese bien merecen un análisis más detenido de la pieza.

1. Descripción morfológica

Tanto el canino como los molariformes apenas han sufrido desgaste, por lo que los detalles morfológicos se aprecian muy bien.

- El canino, aparte del surco típico de los félidos, no presenta datos de interés particular puesto que carece de cingulo en la base de la arista.
- El P3 ofrece un paracónido e hipocónido bien desarrollados, sin que el borde posterior llegue a formar cingulo alguno.
- El P4 también ofrece un buen desarrollo en ambos dentículos, añadiendo un cingulo posterior que no aparecía en la pieza precedente.
- La carnífera carece de metacónido, así como de cingulo, y la arista posterior del protocónido presenta una caída bastante vertical.

El desarrollo potente de las cúspides secundarias en ambos premolares, unida a la falta de metacónido y cingulo en la carnífera, son caracteres típicos del lince ibérico.

Medidas:					
L	C en cuello	7,2	L P4	9,9	
A	C en cuello	5,3	A P4	4,8	
L	diastema	7,9	L M1	12,9	
L	alv. P3-M1	30,7	A M1	5,7	
L	P3	7,8	Alt. ante P3	16,6	
A	P3	3,8			

Todas las medidas de Chaves entran en el dominio de dispersión de la forma ibérica y son claramente inferiores a las del lince nórdico. Los valores coinciden con los de un ejemplar solutense de Ermitia (ALTUNA, 1972) y otro del nivel V de Bolinkoba (CASTAÑOS, 1983), así como con las de ejemplares holocénicos del sur de la Península (DRIESCH, 1972).

En el diagrama de dispersión entre la longitud del P4 respecto de la del M1 (CLOT, 1988) coincide con el lince ibérico actual (FICARELLI y TORRE, 1977). Por tanto, atendiendo a los rasgos morfométricos, la mandíbula magdaleniense de Chaves parece corresponder a *Lynx pardina*.

A la pervivencia actual del lince boreal (*Lynx lynx*) e ibérico (*Lynx pardina*) en Europa se ha añadido una tercera forma de lince durante el Pleistoceno Superior denominada *Lynx spelaea* descrito por BOULE (1910) a partir de materiales de l'Observatoire y Grimaldi. Esta tercera especie estaría métricamente entre las dos anteriores y presentaría una pérdida de caracteres arcaicos en la dentición. Tal especie ha sido citada en la Península en la Cueva del Puerto (Murcia) (SARRIÓN, 1978), en varios yacimientos catalanes (ESTÉVEZ, 1980, 1985, 1987), en los yacimientos guipuzcoanos de Erralla y Amalda (ALTUNA y MARIEZKURRENA, 1985 y 1990) y en el oscense de Gabasa (AZANZA, 1989), siempre en niveles del Paleolítico Medio y Superior.

Sin embargo, hay que recordar que mientras entre las formas actuales de lince las diferencias morfológicas son generalmente claras y no existe prácticamente solapamiento métrico, en el lince de las cavernas la situación es más compleja. Métricamente queda en muchos casos incluido en el dominio de dispersión del lince nórdico (BONIFAY, 1971; CLOT, 1988). Morfológicamente es a menudo imprecisa la valoración del arcaicismo de ciertos caracteres. A veces da la impresión de que a esta tercera forma se atribuyen materiales métricamente intermedios entre las dos especies actuales y que proceden de niveles del Pleistoceno Superior como intento de diferenciar la formas fósiles cuaternarias de las actuales (BONIFAY, *op. cit.*), sobre todo en elementos postcraneales que carecen de valor diagnóstico desde el punto de vista morfológico.

Conejo

Oryctolagus cuniculus

Este Lagomorfo es el segundo en frecuencia porcentual del yacimiento y el más abundante en el grupo de restantes Mamíferos. Sin embargo, la relación de los restos de conejo con el grupo humano, así como su cronología, dejan siempre un amplio margen de incertidumbre debido a los hábitos fosores de esta especie.

La Tabla 14 recoge la distribución anatómica de los restos y los porcentajes de las distintas partes del esqueleto tomando toda la muestra en conjunto. Destaca la escasez de costillas y vértebras. En el caso de las primeras, el hecho puede explicarse por el bajo nivel de conservación. No se puede decir lo mismo de las vértebras: su baja frecuencia puede ser indicio de su condición de presas, sea de carnívoros o de humanos.

Los huesos largos de las extremidades presentan frecuencias importantes y además la mayoría se hallan enteros. Hay una ligera sobrevaloración de las extremidades anteriores que puede justificarse en parte por la existencia de un hueso más, ya que la fíbula o peroné apenas se conserva debido a su fragilidad.

La baja proporción del tarso y metapodios se explica también por la pequeñez de las piezas, que reduce mucho su grado de conservación. Y otro tanto puede decirse de las falanges, entre las que sólo hay unas pocas primeras.

	1c	2	2a	2b	Total	
Maxilar		2		7	9	Cabeza
Mandíbula		6	13	51	70	12,19%
Vértebras	1	2	4	13	19	Tronco
Costilla				2	2	3,24%
Escápula	3	2	10	41	53	
Húmero	3	1	19	41	61	Brazo
Radio	5	8	12	49	69	38,88%
Ulna	3	19	12	48	69	
Pelvis	4	10	27	51	88	Pierna
Fémur	2	3	6	32	41	31,79%
Tibia	3	8	9	60	77	
Calcáneo	3	2	7	10	19	Tarso
Astrágalo				1	1	Metapodio
Metacarpo		1	2	4	7	12,03%
Metatarso	6	1	13	37	51	
Falanges	1		2	10	12	1,85%
Totales	34	55	136	457	648	

Tabla 14. Distribución de los restos de conejo.

La Tabla 15 recoge los resúmenes estadísticos de las medidas más representativas de conejo. Esta especie, presente en los yacimientos de influencia mediterránea desde el Paleolítico Medio, parece que sufre una disminución de tamaño puesta de manifiesto hace ya tres lustros (RIPOLL, 1977) entre ejemplares musterienses y postglaciares del sudeste peninsular. Los datos proporcionados por Chaves no son tan claramente concluyentes en este sentido. En primer lugar porque los valores del yacimiento oscense son inferiores a los de Cova Negra y coinciden con varias muestras holocenas y especialmente con los procedentes del propio Aragón. Así, los datos del Bronce del Coscojar (Teruel) (CASTAÑOS, inédito) o de los asentamientos romanos del Poyo del Cid (CASTAÑOS, 1981) y Bilibis (CASTAÑOS, en prensa) coinciden con los ejemplares magdalenienses de Chaves. Incluso las diferencias entre el conejo würmiense y el de los niveles neolíticos del propio Chaves son menores y tan sólo se aprecian en algunas longitudes de huesos largos (Tabla 16).

	n	var.	X	s	s%
Maxilar:					
SDS	3	13-14,5	13,86		
Mandíbula:					
SDI	34	13-15,8	14,08	0,69	4,9
Escápula:					
LMP	18	8-9,4	8,67	0,37	4,3
AS	18	6,5-8,3	7,1	0,42	5,9
Húmero:					
LM	7	62-66	64,57	1,36	2,1
Dp	23	12,1-14	13,05	0,51	3,9
Ad	34	8-9,5	8,75	0,37	4,3
Radio:					
LM	8	56-65	60,93	2,8	4,6
Ap	28	4,9-6,6	5,92	0,34	5,7
Ad	15	5,6-6,6	6,02	0,3	5
Ulna:					
EPA	14	7-8,1	7,38	0,31	4,2
EmO	15	6,9-7,5	7,12	0,25	3,5
LO	16	7,2-8,3	7,69	0,35	4,6
Pelvis:					
LA	49	8,7-10,5	9,44	0,41	4,4
AA	48	7,3-9,2	8,28	0,48	5,8
Fémur:					
Ad	15	12,9-14,3	13,52	0,51	3,8
Tibia:					
Ap	9	13,3-15	14,24	0,52	3,7
Ad	9	9,9-11,5	10,71	0,47	4,4
Ed	9	5,8-6,4	6,14	0,2	3,3
Calcáneo:					
LM	20	22-23,8	22,86	0,61	2,6
Metatarso 2:					
LM	9	34-36,5	35,24	0,83	2,3
Metatarso 3:					
LM	12	34-38	35,93	1,33	3,7
Metatarso 4:					
LM	8	33,4-36,3	34,9	1,19	3,4
Metatarso 5:					
LM	8	28,7-34	31,15	1,68	5,4

Tabla 15. Resumen estadístico de las medidas de conejo.

Todo lo cual nos inclina a suponer que la disminución de tamaño en esta región parece producirse ya antes del final del Tardiglaciario, de forma que el conejo de finales del Würm IV es ya sensiblemente más pequeño que el de la primera mitad de la glaciación y de dimensiones similares a sus congéneres holocénicos. La posibilidad

de que la muestra de los niveles magdalenenses estuviese mezclada con restos posteriores puede descartarse en Chaves por la existencia de una colada estalagmítica que dejó prácticamente sellados los estratos wümienses.

Abreviaturas de yacimientos:						
CN	Cova Negra			CH. M	Chaves magdalenense	
CH. N	Chaves neolítico			CO	Coscojar (Bronce)	
BI	Bílbilis (romano)			PO	Poyo del Cid (romano)	
Maxilar SDS			Mandíbula SDI			
CN	52	13,9-15,9	14,93	95	13-16,4	14,68
CH. M	3	13-14,5	13,86	34	13-15,8	14,08
CH. N	19	12,1-15,4	13,86	42	13,2-15,5	14,42
CO	28	11,3-17,2	13,8	71	12,3-17,1	14,1
BI				12	13,6-15	14,27
PO				22	12,8-16,3	14,6
Húmero LM			Húmero Ad			
CN	7	58,3-70	65,7	208	8-10,5	9,1
CH. M	7	62-66	64,57	34	8-9,5	8,75
CH. N	1258,5-					
	68,5	63,16	39	8-9,7	8,86	
CO	20	58-69	64,2	38	8,2-9,4	8,6
BI	12	59,5-66,5	63,2	21	7-9,2	8,4
PO	11	51-68,5	63,5	20	7,3-9,3	8,5
Radio LM			Radio Ap			
CN	5	59-69	64,7	59	5,1-7,1	6,2
CH. M	8	56-65	60,93	28	4,9-6,6	5,92
CH. N	24	55-65,5	59,72	43	5,6-6,8	6,1
CO	18	57-64,5	61,3	23	5,6-6,4	6,08
BI	3	58,5-65	61,8	6	5,6-6,2	5,9
PO	5	56,5-61,5	59,6	15	5,5-6,3	5,9
Fémur LM			Fémur Ad			
CN	2	86,5-89,5	88	90	13-15,9	14,11
CH. M				15	12,9-14,3	13,52
CH. N	11	79-83	82,63	17	12,2-14,8	13,15
CO	31	77,5-91,5	84,9	50	12,6-14,8	13,4
BI	4	79-83	81,2	19	12,6-15,5	13,5
PO	2	66-82	74	12	10,8-13,9	12,9
Tibia Ad			Calcáneo LM			
CN	278	10 -13,6	11,7	145	20,9-26,8	24
CH. M	9	9,9-11-5	10,71	20	22-23,8	22,86
CH. N	32	10,3-12,5	11,58	49	19,9-23,9	22,23
CO	103	10-12,8	11,5	27	20-24,6	22,6
BI	13	7,3-12	11			
PO	6	9,6-12,2	11,2			

Tabla 16. Resumen comparativo de medidas de conejo.

4. BIBLIOGRAFÍA

ALTUNA, J.

1972: Fauna de Mamíferos de los yacimientos prehistóricos de Guipúzcoa. *Munibe*, 24, 1-464 + 28 láminas.

1978: Dimorphisme sexuel dans le squelette postcéphalique de *Capra pyrenaica*, pendant le Würm final. *Munibe*, 30, 201-204.

1981: Restos óseos del yacimiento prehistórico del Rascaño. In: J. GONZÁLEZ ECHEGARAY & I. BARANDIARÁN: El Paleolítico superior de la cueva de Rascaño (Santander), 221-269. Centro de Investigación y Museo de Altamira. Monografías 3.

ALTUNA, J. y MARIEZKURRENA, K.

1984: Bases de subsistencia de origen animal en el yacimiento de Ekain. In: J. ALTUNA y J. M. MERINO: El yacimiento prehistórico de la cueva de Ekain (Deba, Guipúzcoa), 211-280. Eusko Ikaskuntza. Serie B 1. San Sebastián.

1985: Bases de subsistencia de los pobladores de Erralla: Macromamíferos. In: J. ALTUNA, A. BALDEON y K. MARIEZKURRENA: Cazadores Magdalenenses en Erralla (Cestona, Guipúzcoa). *Munibe* (Antropología, Arqueología), 37, 87-117.

AZANZA, B. *et alii*

1988: Cronoestratigrafía de la cueva musteriense de Los Moros (Gabasa, Huesca), *Cuaternario y Geomorfología*, 2, 1-12.

BALDELLOU, V. y CASTÁN, A.

1987: Excavaciones en la cueva de Chaves de Bastarás, *Bolskan*, 1, 9-38.

BONIFAY, M. F.

1971: Carnivores quaternaires du sud-est de la France. *Mém. Mus. Nat. Hist. Nat.*, sér. C, t. XXI, fasc. 2, 43-377.

BOULE, M.

1910: Les grottes de Grimaldi (Baoussé-Roussé). *Impr. Monaco*, 1 (3-4), 157-362.

CASTAÑOS, P.

1981: Estudio de los restos óseos del Poblado de «San Esteban» (Poyo del Cid, Teruel). *Notic. Arq. Hispánico*, 12, 276-286.

1983: Estudio de los Macromamíferos del yacimiento prehistórico de Bolinkoba (Abadiano, Vizcaya). *Kobie*, 13, 261-298.

1988: Estudio de los restos óseos de la cueva de «Chaves», *Bolskan*, 1, 125-135.

1993: Estudio de los Macromamíferos de la cueva de Urratxa III (Orozco, Vizcaya). *Kobie* (en prensa).

CLOT, A.

1988: Le *Lynx* pléistocène (*Lynx lynx* L., *Felidae*, *Carnivora*) des Moustayous (Saint-Pé-de-Bigorre, Hautes Pyrénées). *Bull. Soc. Hist. Nat.*, Toulouse, 124, 107-110.

DRIESCH, A. v.

1972: Osteoarchallogische Untersuchungen auf der Iberischen Halbinsel. Studien über frühe Tierknochenfunde von der Iberischen Halbinsel. 3. München.

1976: Das Vermessen von Tierknochen aus vor und frühgeschichtliche Siedlungen, München.

ESTÉVEZ, J.

1980: El aprovechamiento de los recursos faunísticos: Aproximación a la economía del Paleolítico catalán. *Cypsela*, III, 9-30.

1985: El yacimiento magdaleniense superior de Cova Matutano (Villafamés, Castellón). *Cuad. de Prehist. y Arq. Castellonenses*, 8, 76-99.

1987: La fauna de l'Arbreda (sector Alfa) en el conjunt de faunes del Pleistocè Superior. *Cypsela*, VI, 73-87.

FIGARELLI, G. y TORRE, D.

1977: Phyletic relationships between *Lynx* group issiodorensis and *Lynx pardina*. *Bolletino Soc. Paleont. Italiana*, 16, 2, 197-202.

PÉREZ RIPOLL, M.

1977: Los Mamíferos del yacimiento musterriense de Cova Negra. *Serv. de Invest. Prehistóricas*, 52, Valencia.

SARRIÓN, I.

1978: El linco de las cavernas en la Cueva del Puerto (Calasparra-Murcia). *Lapiaz*, 2, 7-26.

UTRILLA, P.

1989: Los niveles paleolíticos de la cueva de Chaves, In: M. GONZÁLEZ MORALES *et alii*: Cien años después de Sautuola, 361-377, Santander.

1992: Aragón/Litoral mediterráneo. Relaciones durante el Paleolítico. *Actas del Congreso Aragón/Litoral mediterráneo*, 9-35, Zaragoza.

LAS PINTURAS RUPESTRES DEL BARRANCO DE ARPÁN (ASQUE-COLUNGO. HUESCA)

*Vicente Baldellou
Albert Painaud
M.^a José Calvo
Pedro Ayuso*

Las manifestaciones pictóricas que son objeto del presente estudio fueron las primeras en ser descubiertas por el equipo de prospección del Museo Arqueológico Provincial de Huesca, abriéndose así el camino a una ingente, dilatada y fructífera etapa de batidas por los desfiladeros y barrancadas que se encuentran en el sector del río Vero, la cual ha proporcionado por el momento un resultado que en un principio no podíamos ni siquiera sospechar y que se traduce en la localización de más de sesenta estaciones pintadas de diferentes estilos y con diversas dataciones.

Cuando se iniciaron las tareas de búsqueda y estudio corría el año 1978 y contábamos, como indicio previo, con las representaciones esquemáticas publicadas por Antonio Beltrán y ubicadas en monte de Lecina (1). Tal precedente nos hizo pensar en la posibilidad de que existieran más pinturas rupestres en la comarca, a la vista de la proliferación que ésta nos ofrecía de oquedades, covachos y abrigos abiertos en las abruptas formaciones calcáreas que configuran los cañones del río Vero y la mayor parte de los barrancos laterales subsidiarios del curso principal.

El conjunto de Arpán, repetimos, significó nuestro primer descubrimiento, sucediéndose los mismos a lo largo de los años hasta alcanzar la cifra antes mencionada. Los trabajos de investigación se han ido dando a conocer a través de distintas publicaciones, de índole científica o de carácter divulgativo, bien con un contenido general y sintético (2), bien con descripciones monográficas de cada una de las estaciones (3).

Precisamente, el covacho de Arpán L dio lugar a un sucinto estudio de avance, fruto de una primera campaña de calco llevada a cabo por el Museo de

Huesca y por la Universidad de Zaragoza (4), el cual exigía una revisión posterior más sosegada e incluso una reelaboración de los calcos menos precipitada y con un mayor índice de minuciosidad y detalle.

Así las cosas, en el verano de 1987, un equipo del Museo Arqueológico Provincial de Huesca procedió a realizar una nueva campaña de calco e investigación, la cual se prolongó por espacio de una semana completa y cuyos resultados constituyen el grueso de la memoria que aquí estamos abordando.

EL BARRANCO DE ARPÁN

El Barranco de Arpán corresponde a la primera torrentera de cierta importancia que desemboca en la margen izquierda del río Vero, después de que éste haya confluído con el barranco de la Choca y sus aguas hayan adoptado un claro encauzamiento hacia el Sur (Fig. 2).

De una longitud aproximada de 2.500 m, su cabecera se sitúa en la actualidad cercana a la carretera local que une las poblaciones de Colungo y Bárcabo, concretamente en las proximidades del punto kilométrico 10 de la vía. Vierte sus aguas, cuando las lleva, en la parte de los cañones del Vero conocida con la denominación de Barranco de Villacantal, tramo aún de considerable energía, con farallones calizos de notables altura y verticalidad.

Estas últimas características no son del todo aplicables a las alineaciones del Barranco de Arpán, ya que sus escarpaduras y despeñaderos pueden calificarse de suaves en comparación con la aspereza que rige y predomina en otros lugares del mismo territorio. Pese a ello, sus modestos acantilados guardan la suficiente elevación para que su roca caliza se vea horadada por numerosas cavidades de diferentes tamaños (Lám. 1), entre las que se cuentan las que aquí nos ocupan y, lecho abajo, la Cueva de la Fuente del Trucho, único ejemplo seguro hasta ahora en Aragón de Arte Paleolítico, la cual se encuentra todavía en fase de estudio.

Los covachos de Arpán cuyas pinturas queremos describir en este artículo se emplazan aproximadamente a mitad del recorrido de la barrancada, en su orilla derecha y junto a la confluencia de ésta con otra torrentera de menor entidad (Lám. 2), donde, años ha, se abancalaron unos pequeños campos de cultivo, hoy abandonados, que reciben el nombre de Peña Roya. Sus orientaciones tienden palmariamente hacia el Sur, lo que implica que en su interior se halle uno al amparo de los vientos del Norte que se enseñorean de la comarca con inusitada fuerza y excesiva frecuencia.

Se trata de tres cavidades muy cercanas entre sí, una de ellas con manifestaciones pictóricas de tipo naturalista-levantino, subesquemáticas y esquemáticas (Arpán L), otra con una simple representación esquemática (Arpán E1) y una

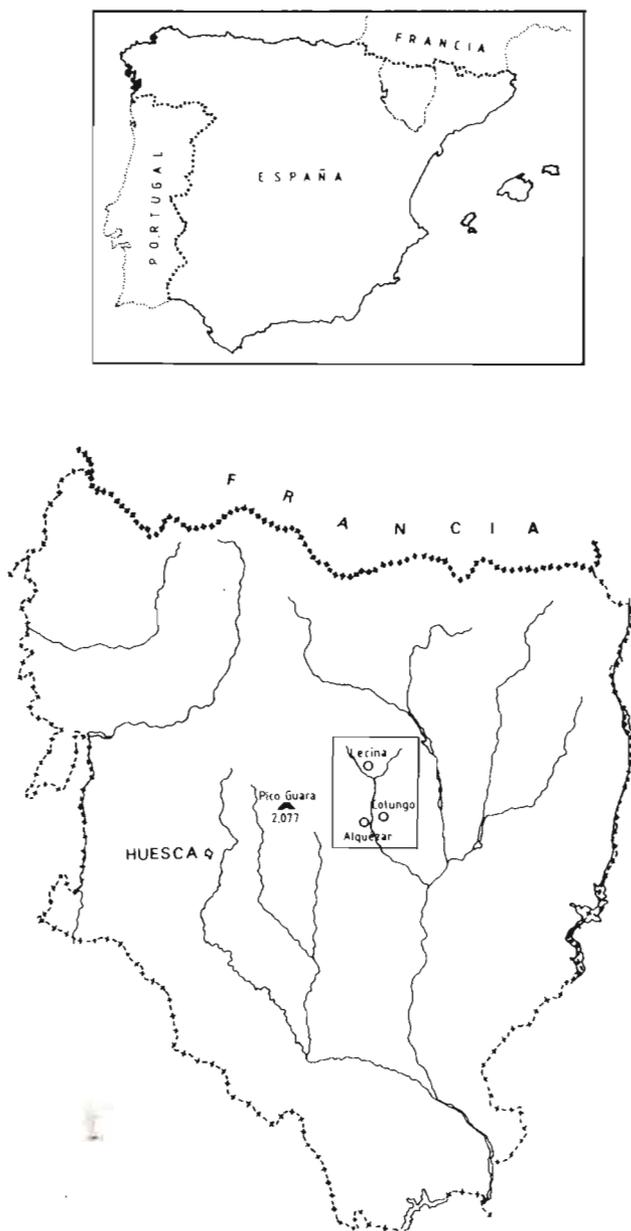


Fig. 1. Situación de la cuenca del río Vero.

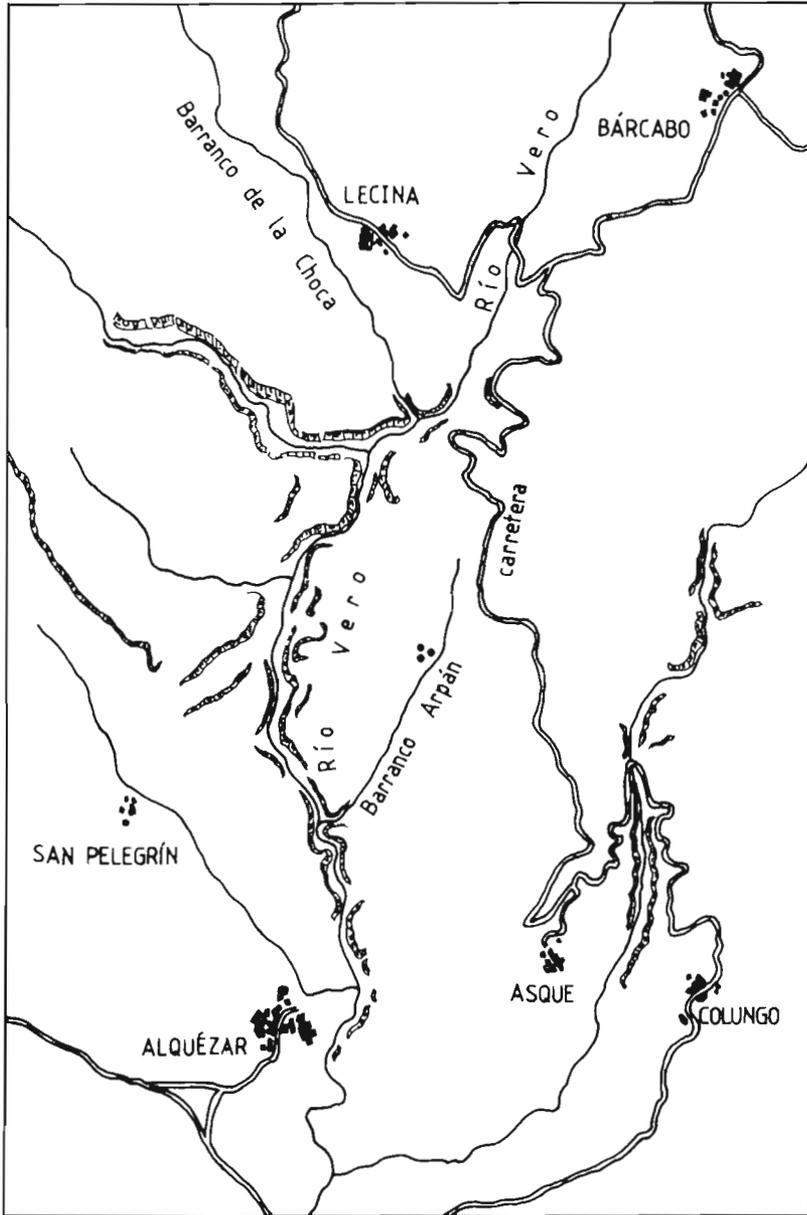


Fig. 2. Localización de los covachos de Arpán en la cuenca del río Vero.



Lám. 1. Formaciones calizas del Barranco de Arpán.



Lám. 2. Los covachos de Arpán, junto a la torrentera de Peña Roya.

tercera con esquematismos pintados y grabados (Arpán E2). Se asientan en monte de Asque y en término municipal de Colungo.

Las coordenadas de la partida de Peña Roya y de sus estaciones son las que se expresan a continuación, según las mediciones efectuadas en el mapa del Instituto Geográfico y Catastral (número 249. Alquézar. 1:50.000).

Longitud: 3° 43' 30''

Latitud: 42° 11' 45''

Altitud: 710-700 m

COVACHO DE ARPÁN L

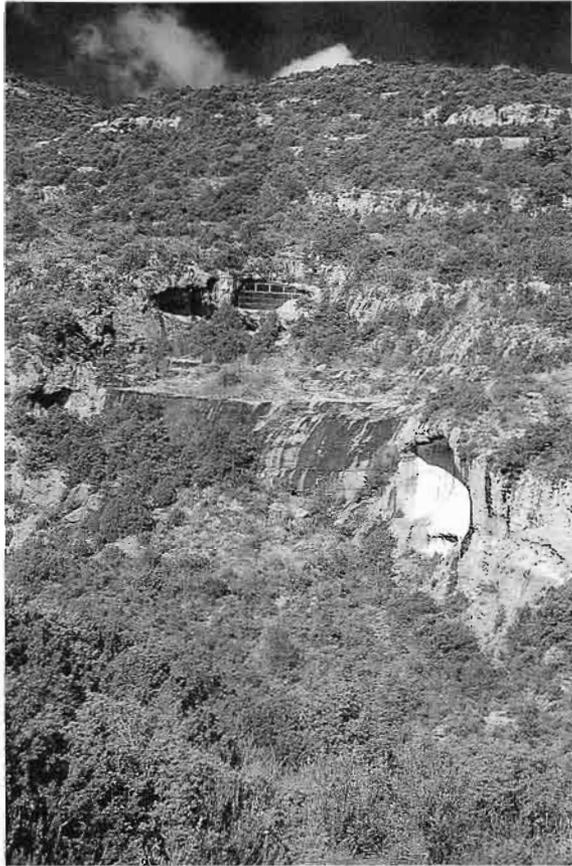
Representa la cavidad que ocupa la cota superior en relación con los otros dos covachos (Lám. 3), es decir, la que alcanza una altitud de 710 m s.n.m. Es asimismo el abrigo que encierra un mayor contenido pictórico, coexistiendo en sus paredes figuraciones de diferentes estilos y ejecución. Su abertura bucal es de 9 m y su profundidad máxima está próxima a los 6 m (Fig. 3).

En general —salvo contadas excepciones— hay que expresar que los restos pictóricos que se encierran en Arpán L no han soportado bien el paso del tiempo; la mayor parte de los mismos se conservan sólo parcialmente y resultan difícilmente legibles. La presencia de numerosos desconchados ha hecho que desapareciesen fragmentos considerables de algunas figuraciones, mientras que la concreción calcárea ha difuminado o borrado muchas otras. En conclusión, la mayor parte de las manifestaciones se nos muestran escasamente visibles y de compleja identificación, requiriendo una minuciosa y detallada observación a la hora de ser reconocidas.

Las pinturas rupestres están realizadas todas ellas en tonalidades rojizas y se distribuyen en cuatro paneles bastante bien delimitados (Fig. 3), dos de los mismos (S1 y S4) flanqueando el gran panel central (S3) y solamente uno de ellos en la zona del techo (S2). Sin embargo, dado que la bóveda del covacho se encuentra completamente ennegrecida por algas cianofíceas y por antiguas emanaciones de humo —el lugar, como tantos otros de la comarca, ha servido de refugio de pastores y agricultores— y dado también que no disponemos de medios para salvar el inconveniente que representa tal enmascaramiento, cabe en lo posible que existieran otras representaciones pintadas en la parte superior de la oquedad, las cuales no han podido ser reconocidas.

SECTOR 1

Se sitúa en la pared izquierda del abrigo y nos ofrece un interesante grupo de pinturas en un estado de conservación bastante precario. En conjunto, puede



Lám. 3. Vista general de los tres covachos: Arpán L y Arpán E1 en la parte superior; Arpán E2 en un nivel inferior.

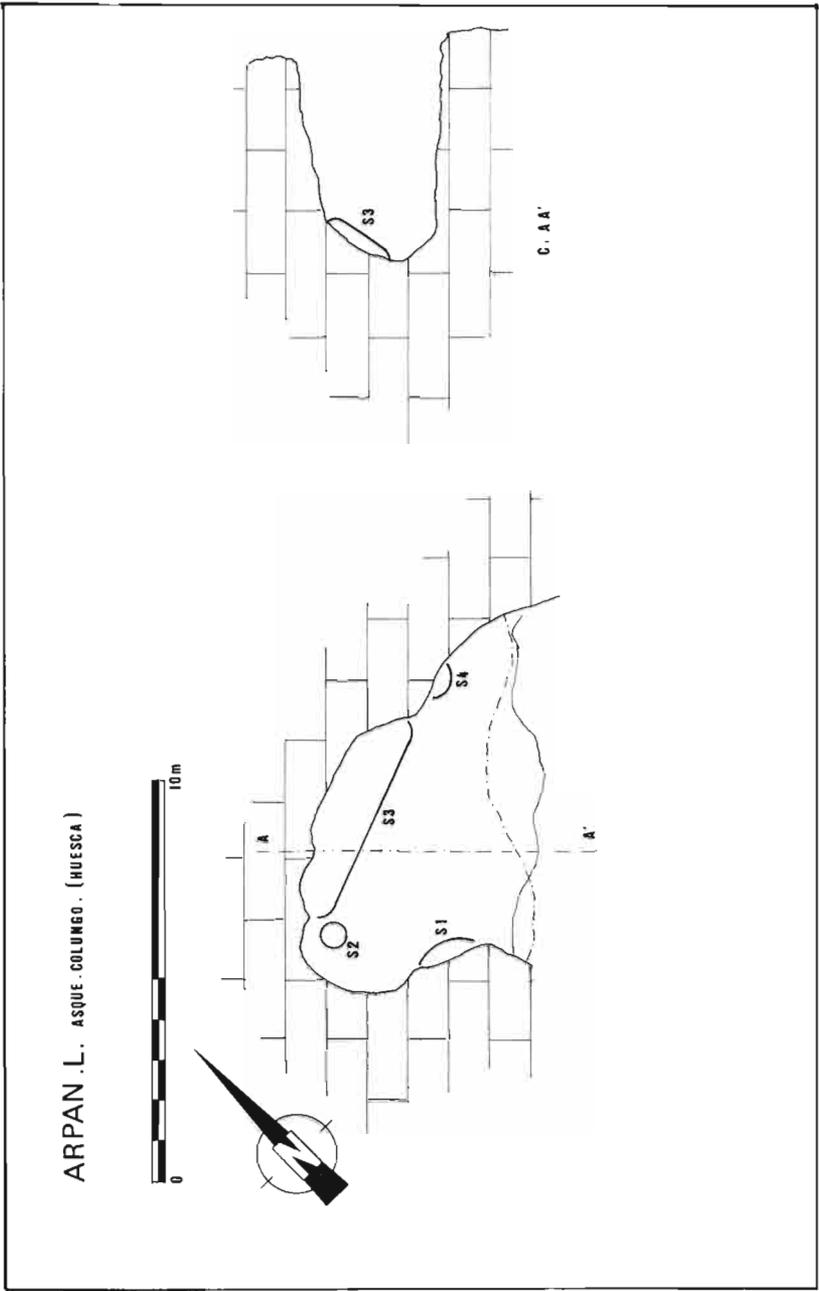


Fig. 3. Planta y alzado de Arpán L.

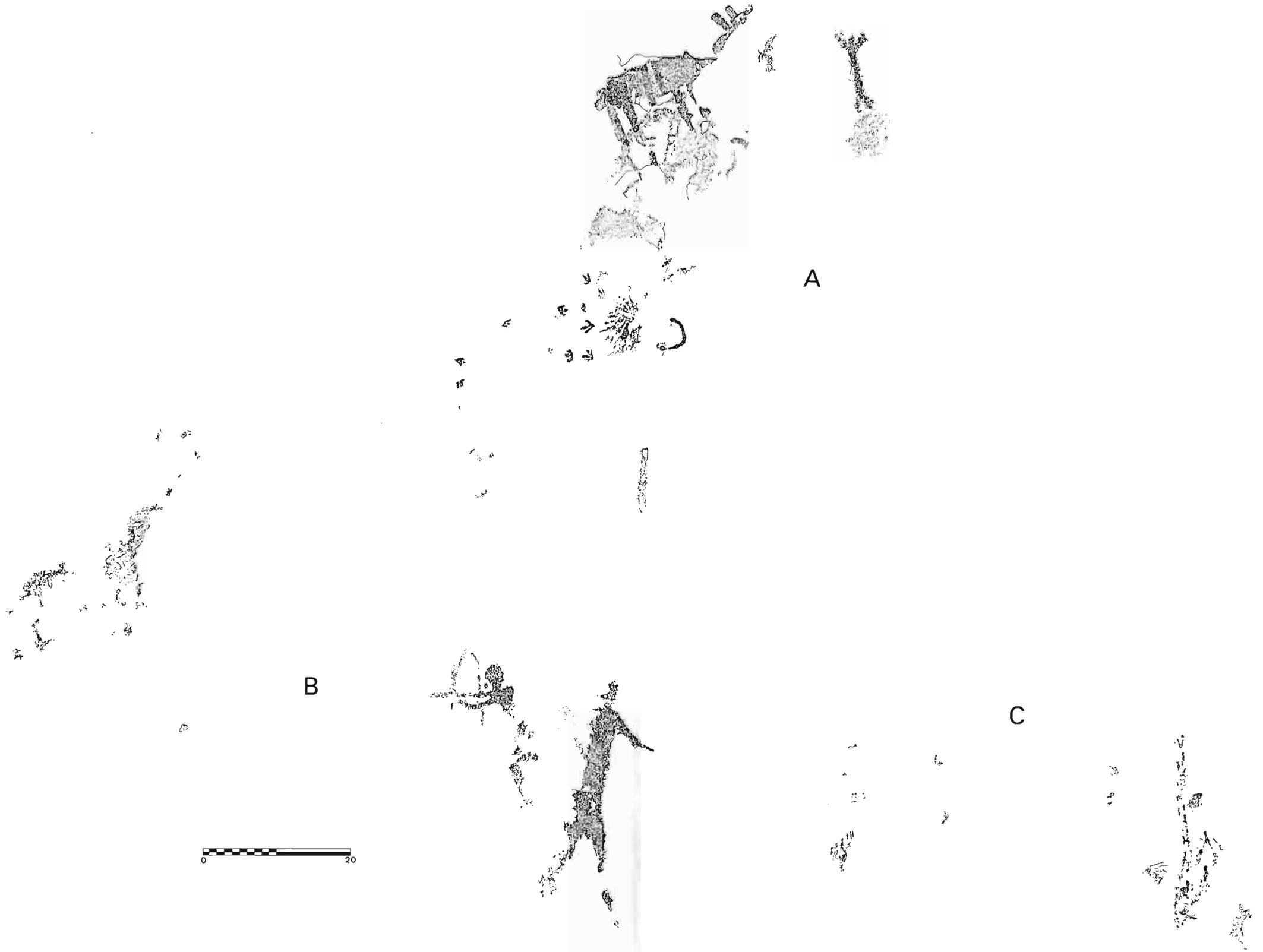


Fig. 4. Calco íntegro del Sector 1 de Arpán L.

decirse que los diseños son muy poco visibles y que se encuentran fuertemente afectados por la presencia de desconchados, cuyo proceso de desgajamiento empezó hace mucho tiempo —algunos de los más viejos están incluso pintados— y continúa activo en la actualidad de forma evidente. Así las cosas, las pinturas se han conservado únicamente en los sitios donde ha permanecido la superficie original del soporte, aunque, repetimos, hay desconchados antiguos sobre los que también pueden distinguirse trazos pintados. Esta conservación tan parcial dificulta en gran manera la interpretación de muchas figuras.

Por otro lado, en este sector se pone claramente de manifiesto la endeblez de las indicaciones cromáticas que establecemos los investigadores y el riesgo que conlleva utilizar las gamas de los pigmentos para otra cosa que no sea un simple intento de descripción de las manifestaciones rupestres (5). En efecto, el Sector 1 de Arpán L presenta una coloración bastante uniforme pese a que, como veremos más adelante, existe un caso palmario de superposición; por demás, la intensidad de los tonos varía dentro del mismo conjunto de signos, cuya homogeneidad parece revelar una unidad de factura, e incluso tal variación puede percibirse también dentro de una misma figura, dependiendo los matices de coloración del menor o mayor grosor de la concreción que cubre las representaciones pictóricas.

Otro aspecto que hay que considerar atañe a las curvaturas que se producen en algunas áreas del soporte, las cuales pueden ocasionar pequeñas distorsiones en cuanto a las distancias que mantienen entre sí las diversas imágenes. No obstante, hemos intentado corregir por todos los medios las dislocaciones posibles y pensamos que el margen de error que ofrecen los calcos es realmente mínimo.

Con el único objetivo de facilitar la reproducción gráfica con un mayor detalle de las figuras, se ha subdividido este sector en tres zonas.

Descripción de las pinturas (Fig. 4)

Zona A.

1. Antropomorfo (Fig. 5.1)

Representación humana esquemática en forma de doble Y, de modo que muestra unos brazos abiertos hacia arriba y unas piernas también ligeramente entreabiertas. Las extremidades son todas ellas más cortas de lo normal y la cabeza se expresa muy someramente como una pequeña prolongación de la línea que configura el cuerpo. Está ejecutado en una tonalidad marrón oscura (F 5 de la tabla 4) y presenta, bajo sus miembros inferiores, una mancha difuminada de color menos intenso (D 3 de la tabla 4). Longitud del antropomorfo: 11,8 cm.

2. Cuadrúpedo (Fig. 5.2 y Fig. 6)

Vuelto hacia la derecha, está pintado en tinta plana y sin siluetear. Aunque el diseño no puede considerarse naturalista, tampoco muestra los trazos sintéticos con los que se suelen dibujar las figuras plenamente esquemáticas, por lo que estaríamos frente a un nuevo ejemplo del tipo de representaciones —un tanto indefinidas, por cierto— que hemos dado en denominar subesquemáticas y que parecen constituir una fase intermedia entre el naturalismo y el esquematismo propiamente dichos.

Lo más sorprendente de la figuración que nos ocupa se refiere a la zona de la testuz, con un hocico alargado (difícil de distinguir por las irregularidades de la pared en este punto y por el ennegrecimiento que lo enmascara) y unas orejas de extraño remate, muy poco apuntadas ambas. El desarrollo del cuello queda interrumpido en su entronque con el cuerpo, el cual se ve delimitado en el mismo sector por una grieta del soporte pétreo. Las patas son toscas, habiéndose perdido parcialmente una de las delanteras y superponiéndose las dos traseras a la pintura que se encuentra debajo y cuya descripción sigue a continuación. El cuerpo es irregular, tal vez por causa del mal estado de la roca, y presenta en su parte posterior una breve indicación del rabo junto a la última de las patas.

En cuanto al pigmento en que fue realizado el cuadrúpedo, hay que señalar que el mismo sufrió una superposición o repintado que da lugar a una cierta variabilidad. Así pues, la tonalidad de la figura original parece que se corresponde con la casilla F 5 de la tabla 4 de Llanos y Vegas, es decir, con un color marrón bastante profundo, el cual puede hacerse extensivo a la mancha informe que se encuentra a la derecha del dibujo y próxima a su cabeza (Fig. 6 A). Sin embargo, se aprecia un repintado superpuesto, de tono más rojizo (D 6 de la tabla 4), que afecta a un fragmento de las ancas y a una de las patas traseras en toda su longitud (Fig. 6 B). Sobre la masa corpórea, dicho repintado se traduce en dos barras paralelas entre sí (Fig. 6, C y D), una de las cuales —la de la izquierda— rebasa el contorno de la figura por debajo y parece llegar hasta la escena infrapuesta, de la que trataremos después, mientras que la otra se ajusta a los límites marcados por el propio tronco del animal.

A pesar de las anomalías somáticas —sobre todo en la cabeza— que pone de manifiesto la imagen aquí descrita, su aspecto general recuerda el de un cérvido hembra, aunque no nos atrevemos a atribuirle tal clasificación de manera categórica. Longitud del cuadrúpedo: 25,2 cm.

3. Escena (Fig. 5.3 y Fig. 6)

Interesantísima escena compuesta por una figura humana y por el tramo de una escala o escalera de mano. Si bien ambos elementos no llegan a estar en contacto, la postura del hombre, que tiene los dos brazos echados hacia adelante, una de las piernas (¿la derecha?) avanzada y doblada y el dorso ligeramente

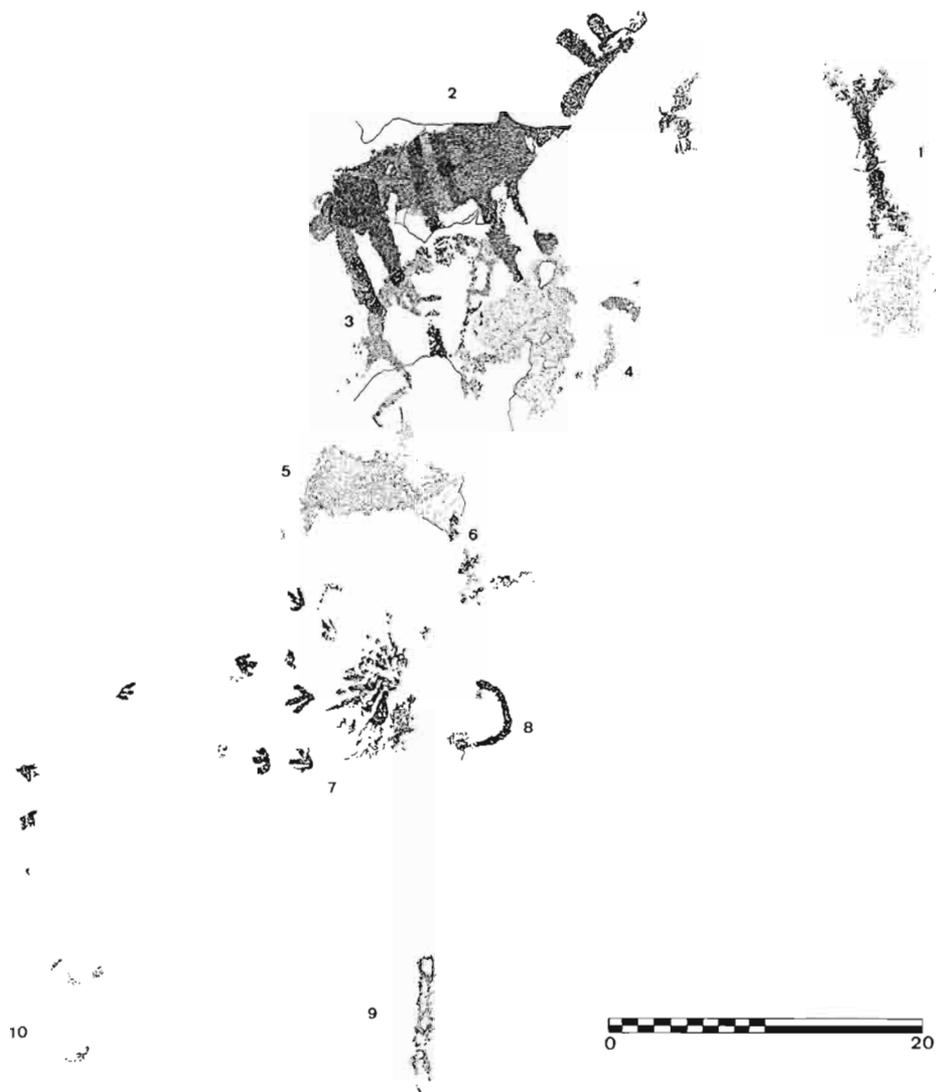


Fig. 5. Zona A del Sector 1 de Arpán L.



Fig. 6. Cuadrúpedo y escena de la Zona A del Sector 1 de Arpán L.

arqueado, da la sensación de estar subiendo o bajando por dicha escalera, pese a que, evidentemente, no la toque. De lo que no nos cabe ninguna duda es de que existe relación entre uno y otro elementos de la escena y que por ello se ha considerado como tal, obviando el detalle del contacto real que, en nuestra opinión, no resulta lo suficientemente significativo como para hacernos rechazar dicha idea.

El ser humano, como se acaba de indicar, presenta un cuerpo alargado y fino, inclinado hacia el frente por medio de un perceptible arqueamiento, con los brazos dirigidos hacia el tramo de la escalera y con una pierna avanzada cimbreada hacia la misma dirección. La otra extremidad inferior, hoy prácticamente borrada, observaría una posición a todas luces más retrasada. Los caracteres estilísticos de esta figura difieren totalmente de los del cuadrúpedo anterior y creemos que son asimilables a los de las manifestaciones naturalistas de tipo levantino que aparecen en otros puntos de la misma cavidad.

El tramo de escala o escalera se sitúa justamente delante del antropomorfo y permite distinguir hasta cuatro travesaños horizontales y una derivación hacia la izquierda en su parte superior; se encuentra afectada por la superposición de una mancha que emborrona en buena medida su trazado. Como se verá más adelante, entra en lo posible que la longitud de este elemento se prolongue, aunque de modo discontinuo, hacia abajo, ya que existen otros restos que podrían referirse al mismo dibujo con mayor o menor garantía.

El color del antropomorfo y del tramo de escalera es el mismo (F5 de la tabla 4) y prácticamente idéntico al del cuadrúpedo n. 2, con algunas variaciones de intensidad dentro de cada una de las propias figuras, dependiendo del grado de transparencia de la concreción calcárea que las cubre. No obstante, resulta evidente que las dos patas traseras del citado animal se superponen con toda claridad a la espalda del ser humano, en tanto que una de las delanteras se superpone a la parte alta de la escala. Ello revela, sin lugar a dudas, que la escena descrita ocupa un estadio cronológicamente anterior al que viene representado por el animal precedente, aunque, como siempre, no estamos en condiciones de determinar el lapso de tiempo transcurrido entre la ejecución de una y otra representaciones.

Frente a la cabeza de la figuración humana existe un trazo (Fig. 6 E) que parece la continuación de la barra izquierda repintada sobre el cuerpo del cuadrúpedo superior. Asimismo, bajo sus brazos, un nuevo trazo aislado (Fig. 6 F) podría significar la prolongación de una de las patas traseras del mismo animal (de la señalada con B en la Fig. 6), aunque, realmente, tal suposición resulta mucho más dudosa.

Longitud de la figura humana: 11,6 cm. Longitud del tramo de escalera: 10 cm.

4. Mancha y restos (Fig. 5.4 y Fig. 6)

Mancha informe y desvaída que se superpone parcialmente al dibujo del tramo de escalera perteneciente a la escena anterior; de color análogo al de la mancha que se encuentra debajo del antropomorfo n.º 1 (tabla 4, D3). A su derecha: restos del mismo tono, completamente indescifrables.

5. Mancha (Fig. 5.5)

Mancha informe de tonalidad más rojiza (C6 de la tabla 4), absolutamente ilegible.

6. Restos (Fig. 5.6)

Muy perdidos y poco visibles; por su coloración (tabla 4, F5), por su alineamiento respecto al tramo de escalera de la escena n.º 3 y por parecer que pueden corresponder a posibles peldaños de ésta, no se puede descartar que constituyan una continuación que ha quedado aislada de dicho elemento superior.

7. Conjunto de signos (Fig. 5.7)

Se trata de un grupo de diez signos en forma de punta de flecha que se dispersan a la izquierda de otro signo de mayor tamaño, el cual no resulta posible descifrar porque no ofrece una configuración concreta. Dejando a un lado el análisis estricto de las pinturas y dando un cierto margen para la imaginación, quizás pudiera interpretarse el presente conjunto como una agrupación de animales voladores (ya pájaros, ya insectos alados) que se mueven en torno a un objeto que les es propio (ya un nido, ya un enjambre o panal), con lo que, elucubrando todavía un poco más, podríamos ponerlos en relación con el individuo subido a la escalera y pensar en una nueva composición pictórica que tuviera como tema algún tipo de recolección, a pesar de que el ser humano se encuentra a un nivel superior del grupo volador y a pesar también de que las respectivas coloraciones no sean exactamente las mismas, aunque sí parecidas. En efecto, el pigmento de estos signos sigue siendo de color marrón rojizo, si bien varía su tonalidad según el grosor de la capa estalagmítica bajo la que se encuentran (D6 y C4 de la tabla 4); pensamos que no por ello se debe deducir que fueron pintados en distintos momentos, pues una simple variación cromática no puede ni debe romper una unidad de plasmación que a nosotros nos parece palmaria. Ya se ha hecho referencia más arriba a la fragilidad de las consideraciones que se fundamentan exclusivamente en apreciaciones de esta índole.

Longitudes máxima y mínima de los signos en forma de punta de flecha: 1,8 y 1 cm.

8. Signo (Fig. 5.8)

Signo en forma de semicírculo, el cual podría mantener algún tipo de relación con el conjunto que acabamos de describir, ya que está separado del mismo por efecto de un desconchado y guarda claras analogías con él en cuanto

al color en que fue pintado (tabla 4, C4). En su extremo inferior puede distinguirse dificultosamente lo que podría interpretarse —con muchas dudas— como otra continuación del trazado de la escalera, con la que coincide en el pigmento (F5 de la tabla 4). Diámetro del signo: 4,5 cm.

9. Tramo de escalera (Fig. 5.9)

Las dudas expresadas con anterioridad se diluyen por completo con la contemplación de este signo, claramente escaleriforme, alineado a la perfección con el tramo de la escena 3 y con coloración idéntica a la del mismo (F5 de la tabla 4). Bien es cierto que pudiera tratarse de lo que queda de una nueva y distinta representación de una escalera o de una escala, pero cierto es también que los restos detectados entre el diseño superior y el inferior parecen atestiguar que existía una comunicación, hoy incompleta, entre uno y otro o, dicho de otra manera, que en su momento estaría conectado lo que ahora se nos muestra inconexo. Longitud del tramo: 8,9 cm.

10. Restos (Fig. 5.10)

Casi borrados en su totalidad, actualmente resulta imposible descifrarlos por sí mismos. Con todo, su proximidad a los signos en forma de punta de flecha y la coincidencia con los colores de éstos no hacen descabellado pensar que se trata de los restos de otros signos del mismo tipo con un estado de conservación muy deficiente.

Zona B.

1. Figura humana (Fig. 7.1)

Los desconchados han sido los causantes de que la presente figura se haya conservado sólo parcialmente: uno de ellos ha hecho saltar parte de la cabeza y el entronque del brazo derecho con el cuerpo, mientras que otro ha afectado a la zona de la cadera y de la pierna derecha. La pierna izquierda tampoco nos presenta su desarrollo completo, aunque en este caso tal circunstancia se debe a las irregularidades del soporte rocoso.

El brazo izquierdo está abierto y separado del torso, mientras que el derecho parece apoyar su hipotética mano sobre el mismo.

El pigmento utilizado es un marrón oscuro muy intenso (tabla 4, G5). Longitud de la figura: 33,6 cm.

2. Arquero (Fig. 7.2)

Se trata de un arquero en postura de disparar su arma. El tercio superior de la representación resulta mucho más visible que el resto de la misma; se perciben claramente la cabeza, los dos brazos, la mitad superior del arco e incluso el proyectil que está puesto en él. Por debajo, dicho instrumento desaparece por mor de otro desconchado, en tanto que el abdomen y las caderas

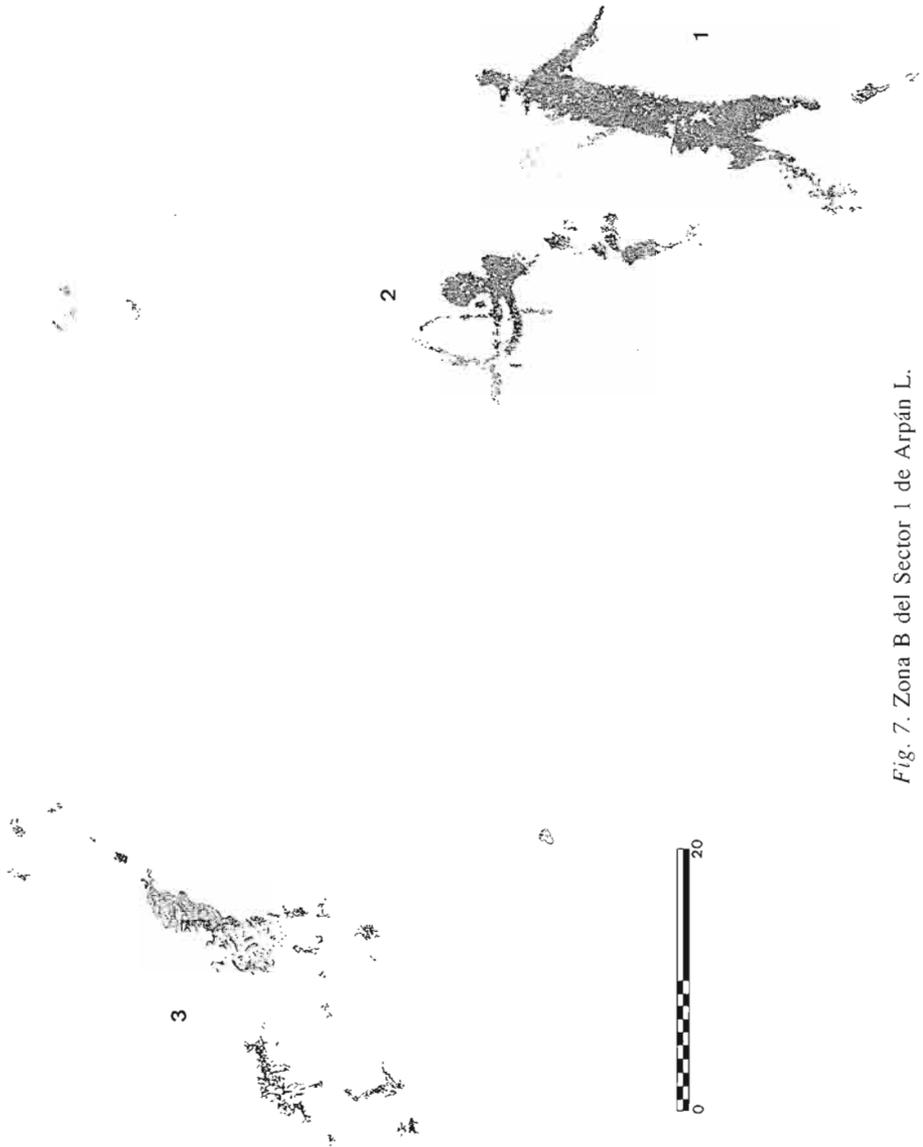


Fig. 7. Zona B del Sector 1 de Arpán L.

del ser humano presentan la pintura muy desvaída y hasta perdida del todo. Asimismo, sólo ha llegado hasta nosotros el diseño de una de las piernas, probablemente el que pertenecería a la extremidad inferior izquierda, ya que parece que el individuo está disparando su arco de espaldas al que contempla la pintura.

Está pintado en el mismo color que la escalera y que el personaje subido a ella, es decir, en el correspondiente a la casilla F5 de la tabla 4 de Llanos y Vegas. Longitud de la figura: 23,2 cm.

3. Cuadrúpedo (?) (Fig. 7.3)

Conjunto de restos pictóricos muy diluidos y casi borrados que parecen conformar la figura de un posible cuadrúpedo, del que se conservarían fragmentariamente algunas zonas del cuerpo y de las cuatro patas; el hipotético cuello, aunque también muy difuminado, aparece algo más completo. La presencia de otros restos sueltos, que se hallarían sobre la desaparecida cabeza, podrían pertenecer a una cornamenta prácticamente perdida y podrían indicarnos, por lo tanto, que estaríamos ante la representación de un cérvido.

Resulta realmente muy incierto poner en relación la pintura que nos ocupa con el arquero descrito con el n.º 2, pues no se encuentra en la teórica línea de tiro de éste al ubicarse en un nivel más alto y tampoco existe una coincidencia de colores. La tonalidad de estos restos es remarcadamente más rojiza y se ajustaría a la casilla D7 de la tabla 4. Longitud del cuadrúpedo (astas incluidas): 38,4 cm.

A unos 12 cm por debajo de los restos, puede observarse un pequeño desconchado con pintura en su interior.

Zona C.

Situada a la derecha de las representaciones humanas 1 y 2 de la zona B, contiene una serie de restos muy poco distinguibles, sobre todo por motivo de la concreción calcárea que los cubre y que apenas permite que se transparenten. Solamente se procedió al calco de los que no ofrecían dudas en cuanto su atribución como pintura, lo que no se hizo con los que encerraban incertidumbres al respecto. Así pues, hemos preferido no dar como manifestaciones pictóricas aquello que podría no serlo, antes que, con el fin de no dejar nada fuera del calco, arriesgarnos a falsear algo o a considerar como obra humana lo que podría ser de origen natural. La verdad es que carecemos de los medios técnicos apropiados para, en algunas ocasiones, establecer concluyentemente una diferenciación fiable entre lo que es pintura y lo que no lo es, por lo que nos decantamos siempre hacia la posibilidad de pecar por defecto que por exceso; a tiempo estaremos, caso de disponer en el futuro de tales medios, de añadir lo que falta mejor que de eliminar lo que sobra.

1. Escena (?) (Fig. 8.1)

A pesar del precario estado de conservación del dibujo y de lo escasamente legible que resulta, parece que nos hallamos ante una nueva escena en la que se integran un tramo de escalera y una figuración humana. Ésta, situada ahora a la derecha del primero, debe adivinarse más que verse con toda seguridad; la mancha superior pudiera corresponder a la cabeza y los trazos inferiores, apenas perceptibles, configurar lo que serían brazos, cuerpo y piernas, aunque no ofrecen, no obstante, las suficientes precisiones gráficas para ser más explícitos en su descripción. El tramo de escalera, si bien resulta igualmente poco visible, parece algo más claro en referencia a su interpretación. La tonalidad del pigmento es idéntica a la expresada para la escena análoga de la zona A (F5 de la tabla 4).

Longitud del tramo de escalera: 26,4 cm.

A derecha e izquierda de la posible composición: restos muy borrados que no hemos podido descifrar.

2. Restos (Fig. 8.2)

Restos sueltos y a duras penas perceptibles. Sin interpretar. Color: tabla 4, casilla F5.

SECTOR 2

Es el único panel que se encuentra en la zona del techo de la cavidad, lugar, como ya se ha dicho, muy afectado por las algas cianofíceas y por los ahumamientos de antiguas fogatas; en consecuencia, las pinturas se nos muestran en buena medida enmascaradas por el ennegrecimiento del soporte. Por otro lado, las manifestaciones rupestres seguras se asocian a manchas indefinidas, borrosas y dudosas, las cuales, por las mismas razones expuestas más arriba, tampoco serán dadas a conocer a través de los calcos. Una vez más, nos hemos restringido a reproducir lo que no ofrecía vacilaciones a la hora de ser considerado como una representación pictórica.

Descripción de las pinturas (Fig. 9)

A la vista del escaso contenido artístico del sector y a lo poco significativo de las imágenes que nos muestra, hemos optado por no asignar un número a todos y cada uno de los restos y proceder a su descripción de un modo global.

Nos encontramos frente a un conjunto de manchas y trazos informes, ejecutados todos ellos en la misma coloración marrón oscura (tabla 4, G5) y entre los que cabe destacar únicamente una figuración humana situada en el centro del sector (Fig. 9.1); sólo parcialmente conservada, pueden distinguirse

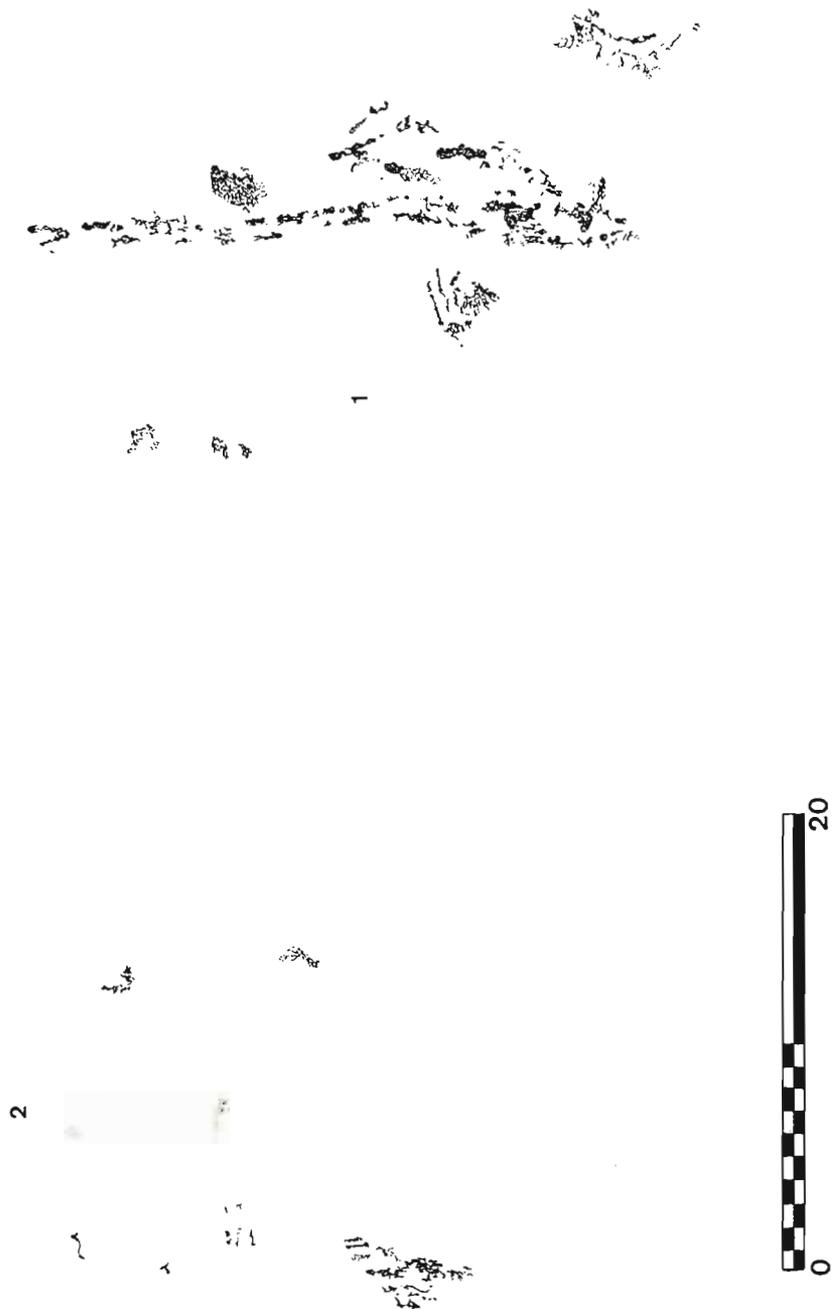


Fig. 8. Zona C del Sector 1 de Arpán L.



Fig. 10. Calco íntegro del Sector 3 de Arpán L.



Fig. 9. Sector 2 de Arpán L.

con cierta facilidad la cabeza, los brazos —incompleto el derecho— y la zona de los hombros. Del pecho hacia abajo la figura se desdibuja y no nos proporciona la suficiente información para intentar discernir otros atributos corporales.

SECTOR 3

El Sector 3 constituye el panel pintado de mayores dimensiones de Arpán L (casi 6 m de longitud) y, en consecuencia, el que ha proporcionado el mayor número de manifestaciones pintadas (Fig. 10). Ocupa la práctica totalidad de la pared de fondo del covacho y continúa con la tónica general de la estación en cuanto al estado de conservación de las figuras, muy incompletas casi todas ellas por causa de la acción de agentes naturales, bien los desconchados, bien las algas y el humo.

Como el Sector 1, y con más razón que en el mismo a la vista de sus considerables medidas, el Sector 3 ha sido subdividido a su vez en cuatro zonas distintas, cuya diferenciación se basa exclusivamente en criterios artificiosos de índole metodológica, con la única finalidad de facilitar su descripción.

En la documentación gráfica referida al sector que nos ocupa, no se incluyen una serie de huellas informes de pigmento que se encuentran a la izquierda del panel, concretamente en el interior de una especie de hornacina o recoveco de la piedra, situada entre los sectores 1 y 3, y que corresponde al lugar utilizado para hacer las fogatas que contribuyeron a ennegrecer el soporte rocoso. En efecto, dentro de dicha hornacina pueden percibirse varias manchas imprecisas e irregulares de un tono anaranjado, parecido al que luego indicaremos para las digitaciones de la zona B del sector, pero que, por el contrario, dan la sensación de tratarse de emborronamientos de origen natural. Sin embargo, no podemos descartar la posibilidad de que entre ellas pudiera encontrarse alguna dedada más, idéntica a las señaladas, la cual, por motivo de la coincidencia de coloración, resultaría prácticamente invisible o, al menos, indistinguible para nosotros con los medios de que disponemos en la actualidad.

Descripción de las pinturas (Fig. 10)

Zona A.

1. Ciervo (Fig. 11.1)

Presenta la cabeza hacia la derecha, siendo ésta —y parte de la cornamenta— la porción de la representación que mejor se ha conservado. El soporte sobre el que se ubica el animal está muy ennegrecido, pero no ha sido ésta la única circunstancia que ha contribuido a que el dibujo se haya perdido en gran medida; efectivamente, en las zonas no afectadas por tal enmascaramiento, la pintura se

encuentra también muy desvaída e incluso desaparecida, lo que hace pensar que se ha producido una disolución del pigmento independiente de la acción de las algas cianofíceas.

El precario estado de conservación sólo nos permite contemplar —de modo muy fraccionario— la mitad posterior del cuerpo del herbívoro y una sola de sus patas traseras, mientras que la mitad anterior se ha desvanecido por completo y muestra únicamente el tramo inferior de una de sus extremidades delanteras. La cabeza, no obstante, aparece con bastante claridad, así como una de sus astas rameadas; ha pervivido tan sólo el arranque de la otra y muy escasos restos de sus ramificaciones. Ignoramos si alguno de los pequeños puntos que existen entre las dos patas del cérvido pudieran corresponderse con las pezuñas de las extremidades borradas.

A pesar de lo poco visible del diseño —hecho originariamente a tinta plana— cabe decir que el mismo nos ofrece una calidad técnica notable, con una excelente ejecución y una finura de trazos que no conocen parangón en el resto de representaciones del panel. El color del cuadrúpedo es el marrón oscuro (tabla 4, F5) y coincide con el de otras manifestaciones pintadas del Sector 1. Longitud del cérvido: 36 cm.

2. Ciervo (Fig. 11.2)

Realizado en una tonalidad bastante más rojiza que el precedente (E 9 de la tabla 4), este cérvido se erige como la figuración mejor conservada de toda la cavidad. En este caso han sido los desconchados los que han atentado contra la preservación de la imagen, pues han hecho saltar la parte anterior del cuerpo y el entronque con éste de las patas delanteras y también la unión de la última de las patas traseras con la zona de las ancas. Otros desconchados han afectado a la pintura en tinta plana de la masa corporal.

A diferencia del ciervo n.º 1, el que aquí estamos describiendo nos presenta una factura más descuidada, sin siluetear y con los límites del dibujo algo difusos a causa del corrimiento del pigmento. Esta particularidad se pone asimismo en evidencia en la hermosa cornamenta del animal, donde coexisten los trazos finos y ligeros del asta que se ve a la derecha con otros más gruesos y burdos que configuran la que se encuentra a la izquierda. Con todo, pensamos que este biformismo en la plasmación de los cuernos se reduce a cuestiones meramente gráficas en la elaboración de la figura y no incumbe a otros aspectos más complejos como podrían ser supuestos repintados o hipotéticas superposiciones. Longitud del ciervo: 38,5 cm.

Zona B.

1. Líneas de digitaciones (Fig. 12.1)

Serie de digitaciones en hilera formando una larga línea de 3,24 m de longitud, la cual, en algunos tramos, se ve flanqueada en su lado inferior por una



Fig. 11. Zona A del Sector 3 de Arpán L.



Fig. 12. Zona B del Sector 3 de Arpán L.

o dos líneas similares que corren más o menos paralelas a ella, de modo que lo que era una fila simple en sus inicios se convierte en una alineación triple en la segunda parte de su desarrollo y doble en la zona final de éste. El mismo motivo vuelve a reaparecer más hacia la derecha, en la Zona D del Sector 3, esta vez configurando una única línea de huellas dactilares.

Las digitaciones en cuestión muestran una coloración anaranjada (B4 de la tabla 3) y parecen representar la última fase pictórica del panel, aunque, como se verá más abajo, sólo ha podido comprobarse que se superpongan a otra figura, con toda seguridad, exclusivamente en un caso (en el cuadrúpedo señalado con el n.º 8). En el resto de manifestaciones pictóricas que se cruzan con los alineamientos no se repiten las superposiciones; da la impresión de que las dedadas se han colocado en los puntos donde éstas no cubrían restos pintados anteriores, los cuales, por otro lado, se encuentran en la actualidad muy perdidos y resultan, salvo contadas excepciones, prácticamente ilegibles.

2. Figura humana (?) (Fig. 12.2 y Fig. 13)

Posible representación de un ser humano, del que solamente podrían reconocerse una porción de la cabeza, de forma subcircular, la zona de las ancas y, tal vez, uno de los tobillos con una parte del correspondiente pie. Lo restante de las extremidades inferiores se ha borrado, así como los posibles brazos y la casi totalidad del cuerpo, del que únicamente quedan algunos restos muy difuminados. Está pintada en una tonalidad marróncea (tabla 4, E5) y tiene una longitud de 28,5 cm.

3. Restos (Fig. 12.3 y Fig. 14)

Grupo de restos pictóricos que a nosotros no nos parecen lo suficientemente expresivos como para arriesgarnos a interpretarlos. En la zona inferior, unos trazos dibujan algo similar a dos círculos unidos tangencialmente, los cuales constituyen el elemento más perceptible del conjunto. Los otros restos están muy diluidos y no conforman nada en concreto. Si bien por arriba alcanzan a cruzarse con la línea de digitaciones a la que hemos hecho alusión con anterioridad, los respectivos pigmentos no llegan a superponerse a pesar de encontrarse muy juntos (A y B en Fig. 14). Color idéntico al de la figura precedente (E 5 de la tabla 4).

4. Restos (Fig. 12.4 y Fig. 15 A)

Cortados por un desconchado en la zona superior, su configuración en ángulo puede hacer pensar que se trata de unas piernas o patas de una figura que ha saltado o se ha borrado en su mayor parte. Color: E6 de la tabla 4. Longitud: 5,2 cm.

5. Cáprido (?) (Fig. 12.5 y Fig. 16)

Tosco diseño de un posible cuadrúpedo muy difuminado, de tendencia



Fig. 13. Posible figuración humana de la Zona B del Sector 3 de Arpán L.



Fig. 14. Restos pictóricos de la Zona B del Sector 3 de Arpán L.

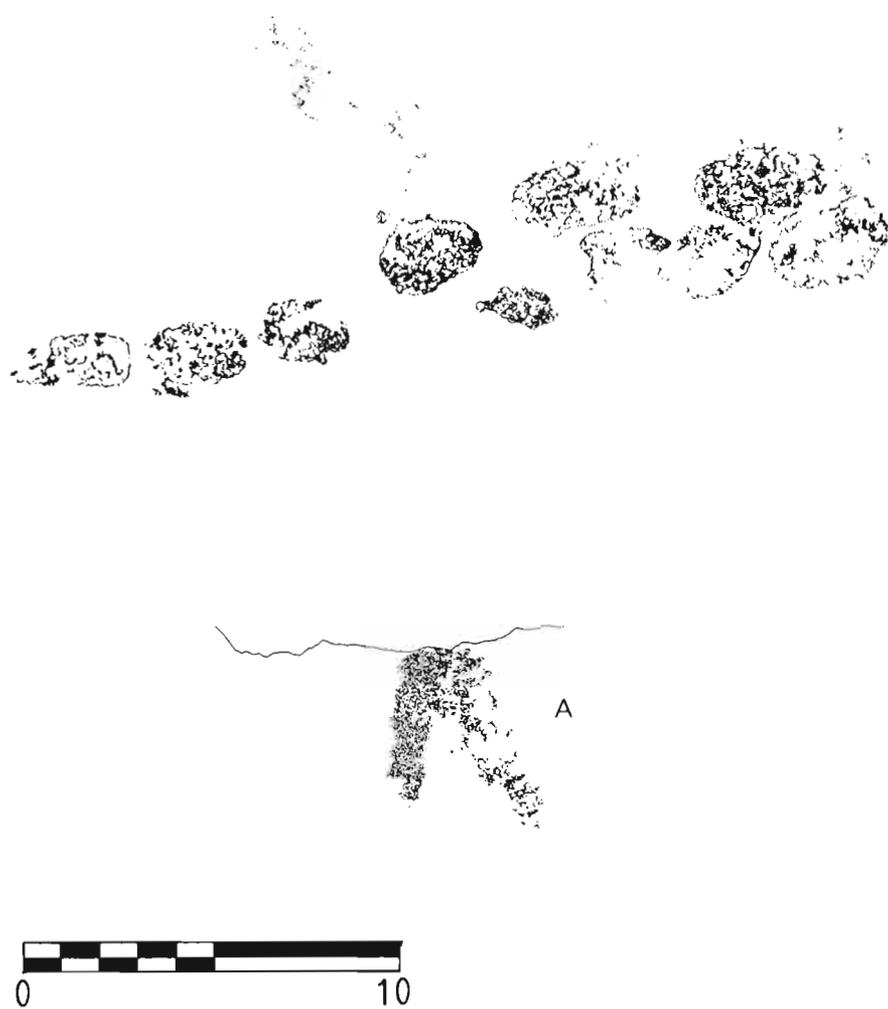


Fig. 15. Restos y digitaciones de la Zona B del Sector 3 de Arpán L.

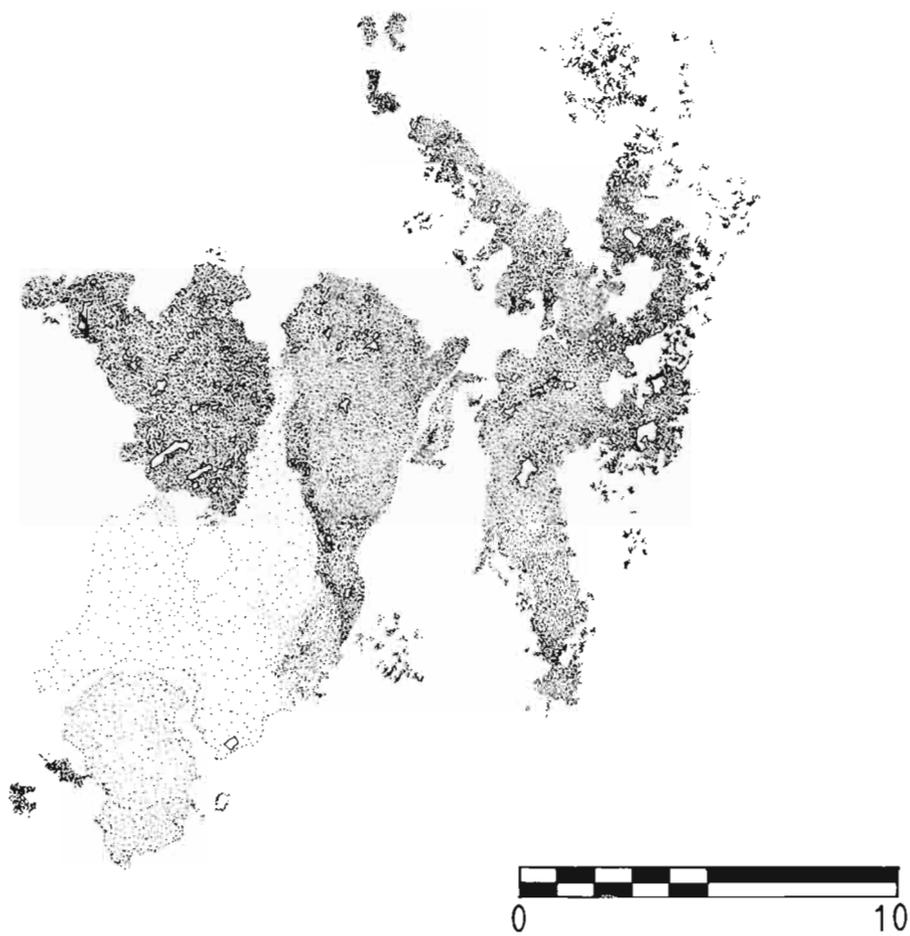


Fig. 16. Posible cáprido de la Zona B del Sector 3 de Arpán L.

claramente esquematizante, del que pueden distinguirse dos de las patas (una delantera y otra trasera), parte del cuerpo con indicación posterior del posible rabo, la cabeza y los cuernos, ligeramente inclinados hacia atrás; esta última circunstancia es la que nos ha llevado a clasificarlo, con todas las dudas consiguientes, como un cáprido un tanto incierto.

La disolución del pigmento queda patente en la zona de las extremidades traseras, donde una mancha difusa testimonia el desvaimiento de la pintura original. La coloración es rojo-parduzca y se corresponde con la casilla E6 de la tabla 4 de Llanos y Vegas. Longitud de la figura: 19 cm.

6. Restos (Fig. 12.6 y Fig. 17 A)

Absolutamente indescifrables, muestran un trazo horizontal bastante grueso, bajo el que puede observarse la presencia de una mancha casi desvanecida por el desleimiento del color. Todavía más abajo: restos en el mismo tono, más pequeños pero igualmente disueltos. El pigmento es más rojizo que en los casos anteriores (4 C 7).

7. Mancha (Fig. 12.7 y Fig. 17 B)

De idéntica coloración a la de los restos del n. 6, es una mancha rojiza de 25,5 cm de longitud, afectada por un desconchado que ha desgajado una porción de su zona central. Aunque resulta absurdo establecer una interpretación aproximada para este emborronamiento informe, podría ser factible que se tratara de la tinta plana perteneciente al cuerpo de un hipotético animal de especie indeterminable.

8. Cuadrúpedo (Fig. 12.8 y Fig. 18)

Representación muy perdida de un animal, de pigmento anaranjado intenso (tabla 4, D 9), el cual ha sufrido un fuerte lavado que lo ha hecho desaparecer casi por completo; se perciben dificultosamente las cuatro patas y una burda cola, así como la masa corporal prácticamente entera. El sector de la cabeza se nos muestra mucho más desvaído; no debe confundirse una fisura natural de la roca (A en Fig. 18) con el contorno de la testuz; el hocico parece tener una forma apuntada que recordaría el de un jabalí, aunque la silueta del cuerpo no acaba de concordar plenamente con la que es propia del citado ungulado. En realidad, los caracteres gráficos conservados no dan margen a demasiadas elucubraciones al respecto.

Es precisamente sobre esta figura donde se produce la superposición de las digitaciones a la que hacíamos referencia más arriba: en efecto, dos de las huellas dactilares de las que nos hemos ocupado en el apartado 1 (B y C en Fig. 18) se superponen al cuerpo del cuadrúpedo, una de ellas en el área del cuello (B) y la segunda en las proximidades del rabo (C). A pesar de que las coloraciones de las dedadas y del animal son bastante parecidas, resultan a fin

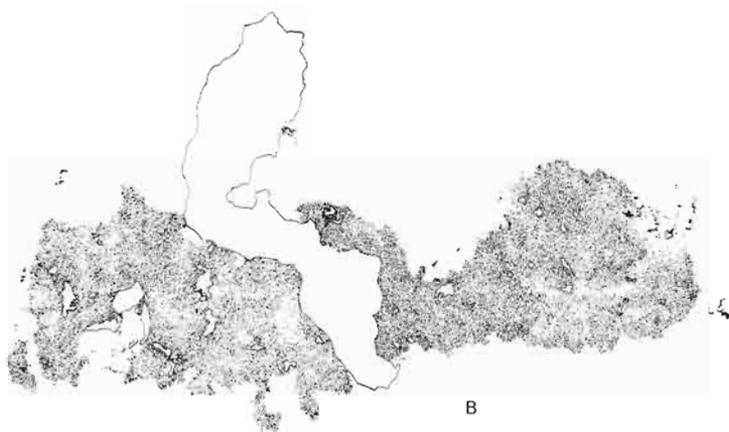


Fig. 17. Restos y mancha de la Zona B del Sector 3 de Arpán L.

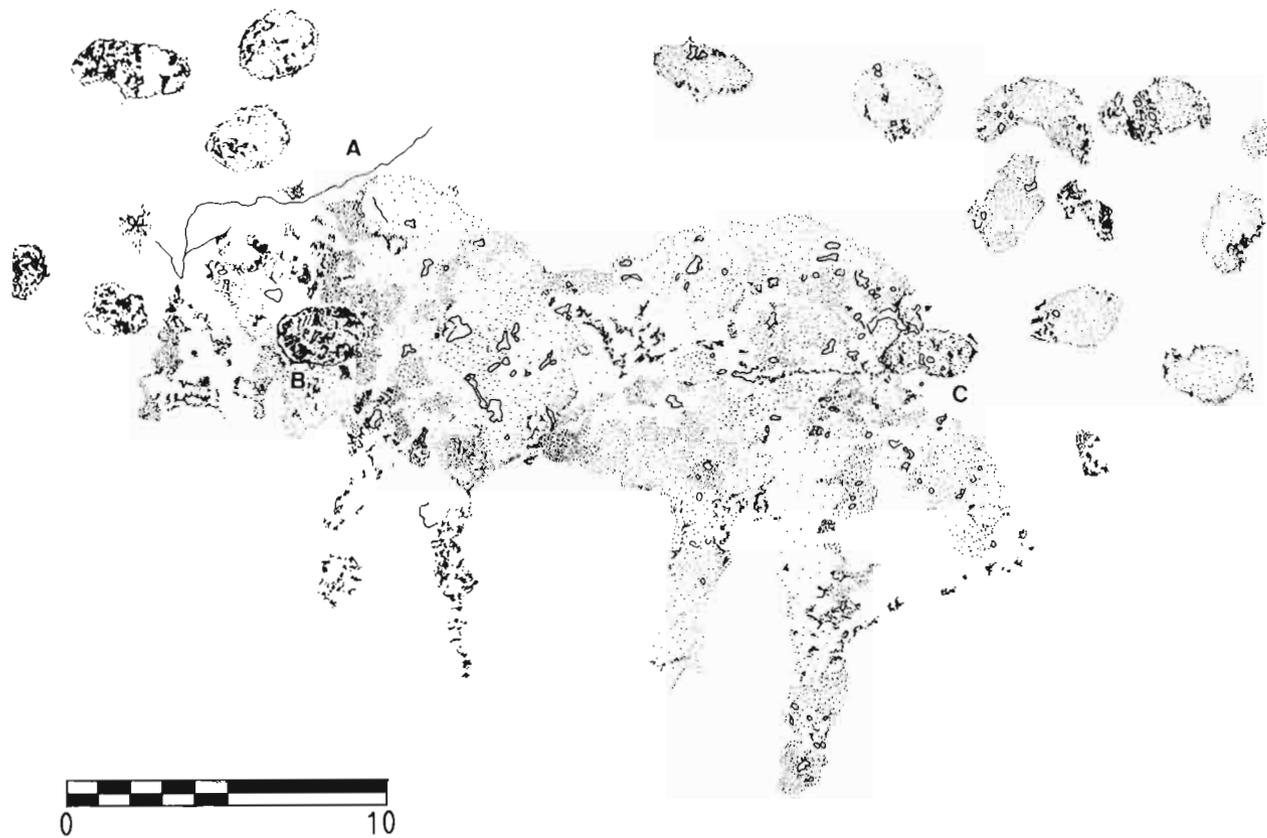


Fig. 18. Cuadrúpedo y digitaciones de la Zona B del Sector 3 de Arpán L.

de cuentas lo suficientemente distintas para establecer —en esta ocasión de modo concluyente— que el segundo se encuentra en posición infrayacente con respecto a las primeras. Longitud del cuadrúpedo: 28 cm.

9. Restos y manchas (Fig. 12.9 y Fig. 19)

Se trata de un grupo de restos y manchas con la pintura muy perdida, escasamente visible y de desciframiento harto problemático. Guiándonos por las respectivas coloraciones, podemos decir que existen tres zonas con la misma tonalidad rojizo-parduzca (tabla 4, D7): los restos desvaídos de lo que podrían ser las patas de un animal (A en Fig. 19), una mancha con el pigmento más intenso o mejor mantenido (B en Fig. 19) y un nuevo emborronamiento, todavía más desvaído que las posibles extremidades señaladas como A (C en Fig. 19). Entre dichas zonas se intercalan otros restos de color más amarronado (4, F 8), muy parcialmente conservados, en los que cabría distinguir el incierto arranque de una dudosísima pata (D en Fig. 19) y una masa superior de pintura en la que el pigmento se nos presenta matizado según su mayor o menor índice de desleimiento. Más hacia la derecha, nuevos restos con idéntica coloración que D dibujan una forma convergente o angular que pudiera recordar el cuello de un cuadrúpedo (E en Fig. 19). Interpuestas a lo largo del grupo de restos o manchas, aparecen algunas digitaciones que corresponden a las alineaciones de dedadas descritas en el apartado 1 (F en Fig. 19) y que, en principio, nada tendrían que ver con las manifestaciones pictóricas que ahora reseñamos.

Como ya hemos dicho, este conjunto es muy poco perceptible a la vista y se encuentra prácticamente perdido, por lo que resulta difícilísimo saber con un mínimo de seguridad a cuántas figuras pertenecerían los presentes vestigios. Si bien la contemplación de los calcos puede inducir a pensar que existen superposiciones, en realidad éstas no se pudieron confirmar *in situ*, sino que, por el contrario, más bien parece que no se producen en absoluto; eso, claro está, teniendo siempre en cuenta las limitaciones de observación que impone el penoso estado de conservación de estas pinturas. Es por ello que entraría en lo posible que todo el grupo concerniera a una misma figuración, ya que, por demás, la diferenciación entre los respectivos cromatismos no es lo suficientemente desigual como para contradecir tal hipótesis.

10. Manchas y restos (Fig. 12.10 y Fig. 20)

Conjunto compuesto por una mancha situada inmediatamente por encima del cáprido n.º 5 (A en Fig. 20), pero de diferente color al de éste, pues ofrece una tonalidad rojiza más clara (C7 de la tabla 4) y por una serie de restos ilegibles (B en Fig. 20) de coloración más parduzca (4 E6), que, partiendo de la mencionada mancha, corren en sentido diagonal hacia arriba y hacia la izquierda, cruzando la línea de digitaciones y continuando al otro lado de la misma. Todo



Fig. 19. Restos, manchas y digitaciones de la Zona B del Sector 3 de Arpán L.

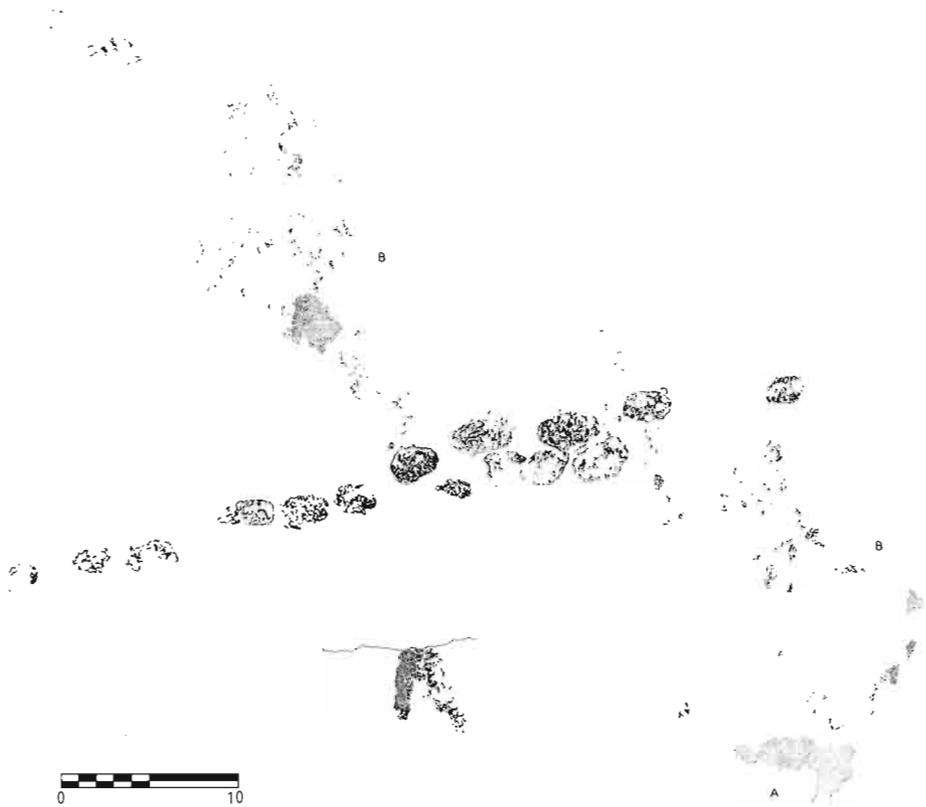


Fig. 20. Mancha, restos y digitaciones de la Zona B del Sector 3 de Arpán L.

ello nos parece resueltamente indescifrable, a la vista del estado tan fragmentario de este grupo de manifestaciones pictóricas.

11. Restos (Fig. 12.11)

Restos sueltos e informes, en color rojizo-parduzco (D 7 de la tabla 4), totalmente inexpressivos a no ser que, por afinidad cromática, se pusieran en relación con la mancha n. 2 de la Zona C de este mismo sector, lo que sin duda resultaría un tanto arriesgado a causa de las inusuales dimensiones que nos daría la teórica figura a la que tales vestigios pertenecerían.

Zona C.

1. Restos (Fig. 21.1 y Fig. 22 A)

Restos en color marrón oscuro (tabla 4, F5) que, pese a ofrecernos varios trazos incompletos, no resultan lo bastante significativos para permitir —o intentar— su interpretación.

2. Mancha (Fig. 21.2 y Fig. 22 B)

En tono más rojizo (4 D 7), da la sensación de tratarse de parte de una cornamenta de un cérvido desaparecido, pero esta impresión viene procurada principalmente por una serie de desconchados que parecen formar ramas donde originariamente no debía de haberlas.

A la izquierda de la mancha principal se ven otros restos difuminados (C en figura 22), de coloración idéntica a los precedentes del n.º 1 y cuya relación con los mismos no estamos en condiciones de establecer. Lo que sí es importante señalar es que en el inferior de tales restos, situado en el extremo izquierdo de la mancha, parece comprobarse —aunque muy dificultosamente— que el pigmento de ésta se superpone al más parduzco que le es propio. Longitud de la mancha: 32 cm.

3. Restos (Fig. 21.3 y Fig. 22, D y E)

Son trazos y puntos completamente indescifrables, uno de ellos —el situado más a la derecha (E en Fig. 22)— de coloración marrón análoga a la de los restos que se acaban de mencionar (4 F5) y otros cuatro —tres juntos y el cuarto situado más hacia la izquierda (D en Fig. 22)— de pigmento más rojizo, prácticamente igual al de la mancha n. 2 (4 D 7).

4. Arquero (Fig. 21.4 y Fig. 23)

Realizado en una tonalidad marrón intensa (F8 de la tabla 4), se conserva muy parcialmente al haberse borrado prácticamente todo el cuerpo y ambas extremidades inferiores. Solamente han llegado a nosotros una parte de la cabeza, uno de los brazos y fragmentos discontinuos de la mitad superior del arco y del proyectil que se encuentra montado en el mismo. Longitud de lo conservado: 17,2 cm.



Fig. 21. Zona C del Sector 3 de Arpán L.

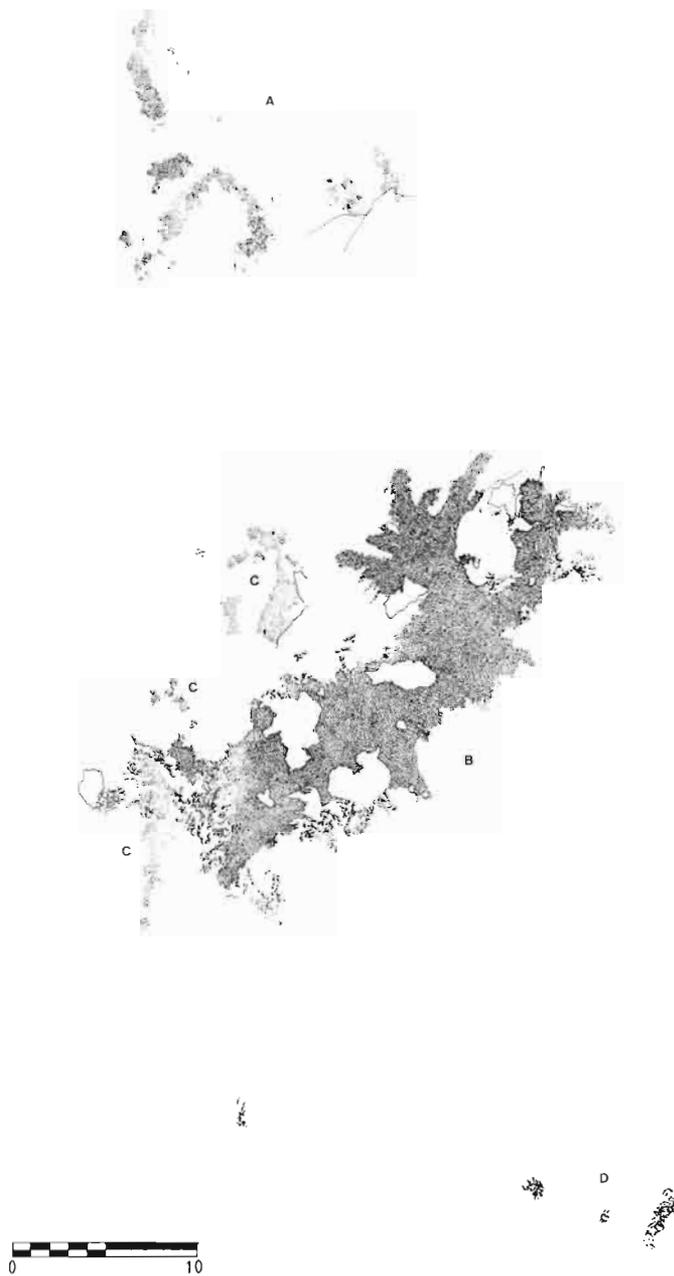


Fig. 22. Restos y mancha de la Zona C del Sector 3 de Arpán L.



Fig. 23. Arquero de la Zona C del Sector 3 de Arpán L.

5. Ciervo (Fig. 21.5 y Fig. 24)

Perdido casi en su totalidad, excepción hecha de la zona de las astas rameadas. Resulta curioso en esta figura el hecho de que se combinen dos intensidades distintas de un parecido color, lo cual no sabemos si responde a una simple degeneración del pigmento por disolución natural o bien significa que, en un momento determinado, se procedió a un repintado de la representación.

En efecto, el fragmento de lo conservado que correspondería a la parte posterior del herbívoro, muestra un pigmento marrón (E6 de la tabla 4) más oscuro que el que aparece en el sector que podría pertenecer al cuello, el cual tiende palmariamente hacia el rojo (C7 de la tabla 4), mientras que, en la cornamenta, ambos tonos cromáticos se acoplan e integran hasta casi confundirse.

La observación minuciosa de esta última zona de la figura pone de manifiesto, por una parte, que la coloración más intensa se superpone a la más rojiza, pero también, por la otra, que tal superposición no se produce a través de unos trazos nítidos y bien delimitados que den a entender que ha tenido lugar un proceso de repintado, sino que aparece por medio de una pigmentación difusa situada por encima de otra todavía más desvanecida, como si hubiera ocurrido una disolución del color original, adquiriendo éste una tonalidad más desvaída.

Así pues, ante la disyuntiva planteada —repintado/disolución— no estamos en condiciones de inclinarnos de modo terminante hacia ninguna de las dos posibilidades, aunque, de tener que tomar una determinación concreta, nos decantaríamos preferentemente hacia un fenómeno de desleimiento natural de la pintura; por otro lado, tal desvanecimiento tuvo que acontecer con toda seguridad a la vista del estado tan fraccionario que nos ofrece la representación. Longitud de lo conservado: 43 cm.

Zona D.

1. Línea de digitaciones (Fig. 25.1 y Fig. 26)

De idéntica coloración (B4 de la tabla 3) que las del apartado 1 de la Zona B de este mismo sector, se trata —casi con toda seguridad— de una prolongación de las primeras hacia la derecha del panel.

En esta ocasión la alineación es simple; se produce un desdoblamiento de las huellas dactilares en un solo caso, hacia el final del primer tercio de su desarrollo longitudinal, el cual alcanza los 94 cm. Otro posible desdoblamiento podría tener lugar hacia el final del segundo tercio, pero es difícil de determinar por encontrarse la hipotética dedada superior prácticamente perdida.

2. Arquero (Fig. 25.2 y Fig. 27)

A pesar de encontrarse semiborrada, la figura muestra todavía los suficientes rasgos característicos para ser identificada como un arquero: la mancha difusa

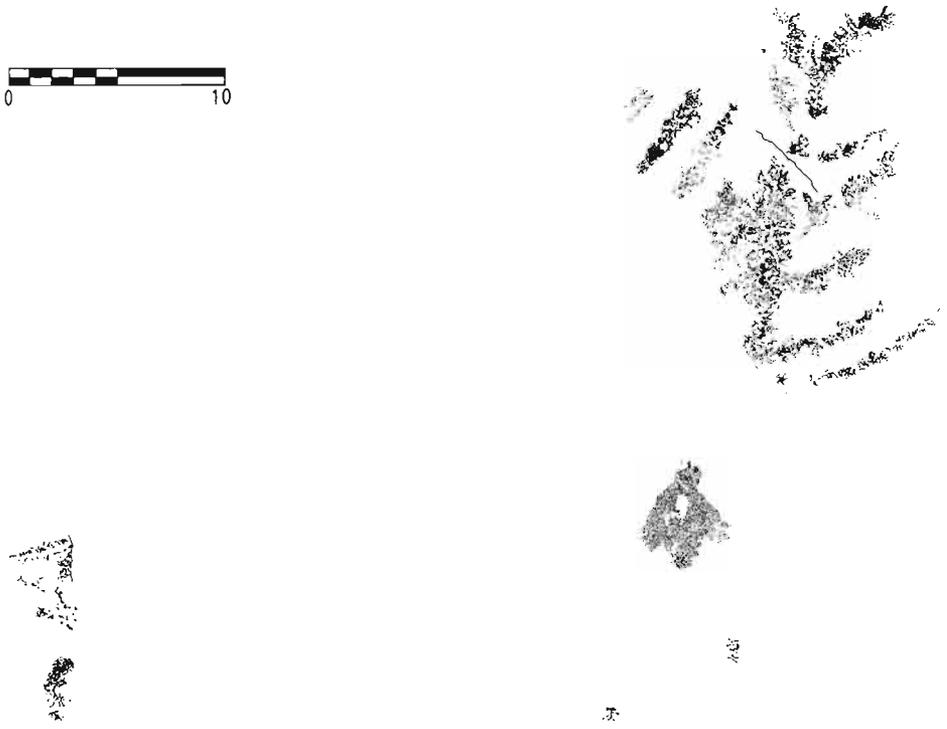


Fig. 24. Ciervo de la Zona C del Sector 3 de Arpán L.



Fig. 25. Zona D del Sector 3 de Arpán L.

situada en la parte superior (A en Fig. 27) podría pertenecer, con muchas dudas, a la cabeza del personaje, que no conserva absolutamente nada del tronco ni de uno de los brazos; a la izquierda del desaparecido torso pueden verse los trazos discontinuos que configurarían el arco, el proyectil montado y una parte del brazo (B en Fig. 27), en tanto que, a la derecha, una serie de cinco líneas verticales, más o menos paralelas entre sí, constituirían las flechas guardadas en un posible carcaj (C en Fig. 27). Una de las piernas, dibujada hacia atrás como indicando que el sujeto se encuentra en plena marcha (D en Fig. 27), se ha mantenido en mayor medida que la otra —pese a que presente también interrupciones en su trazado— y muestra un pie levantado del suelo; la otra extremidad inferior (E en Fig. 27), peor conservada que la contraria, parece estar doblada por la rodilla, reafirmando así la impresión de que el ser humano se encuentra en movimiento, concretamente andando.

No resulta demasiado clara la atribución a esta pierna de su pie correspondiente, ya que existen dos trazos que cabría considerar como tales (F y G en Fig. 27). El que se ubica más abajo (G) pudiera representar la zona del tobillo y del talón, mientras que el de más arriba (F) formaría parte de la pantorrilla; sin embargo, dicha suposición acarrearía una longitud desproporcionada de este miembro con respecto del otro, con una diferencia entre ambos de casi 4 cm. Esta dislocación no se produce, en cambio, si colocamos el pie en el trazo superior (F), el cual atañería entonces a la zona del talón, habiéndose perdido totalmente la pantorrilla y la parte anterior del pie, esta última por causa de un desconchado. En tal caso, la largura de las dos extremidades sería la misma, es decir, de unos 16 cm aproximadamente, por lo que en principio nos mostramos partidarios de la segunda eventualidad.

Las vacilaciones son debidas a que el dibujo del arquero y los restos que se observan entre sus piernas son exactamente del mismo color marrón oscuro (tabla 4, F 5); ignoramos por ahora si estos últimos, totalmente ininterpretables para nosotros, pueden asignarse a la representación principal o se integran en un diseño independiente cuya configuración no estamos en condiciones de determinar. Algo parecido ocurre con las pigmentaciones de idéntica tonalidad que aparecen a derecha e izquierda del individuo armado. Longitud del arquero: 34,5 cm.

3. Barras (Fig. 25.3 y Fig. 28)

Son dos barras verticales de color muy parecido, de tonalidad marronosa intensa (4 F5) la inferior (B en Fig. 28) y algo más rojiza (4 E7) la superior (A en Fig. 28), que se sitúan a la derecha del arquero precedente y en una posición un poco más elevada. Longitud de las barras: 10 cm (A) y 20 cm (B).

SECTOR 4

Constituye el panel que cierra el conjunto pictórico por la derecha (Fig. 3) y su único contenido se reduce a una escena de caza, muy poco perceptible a

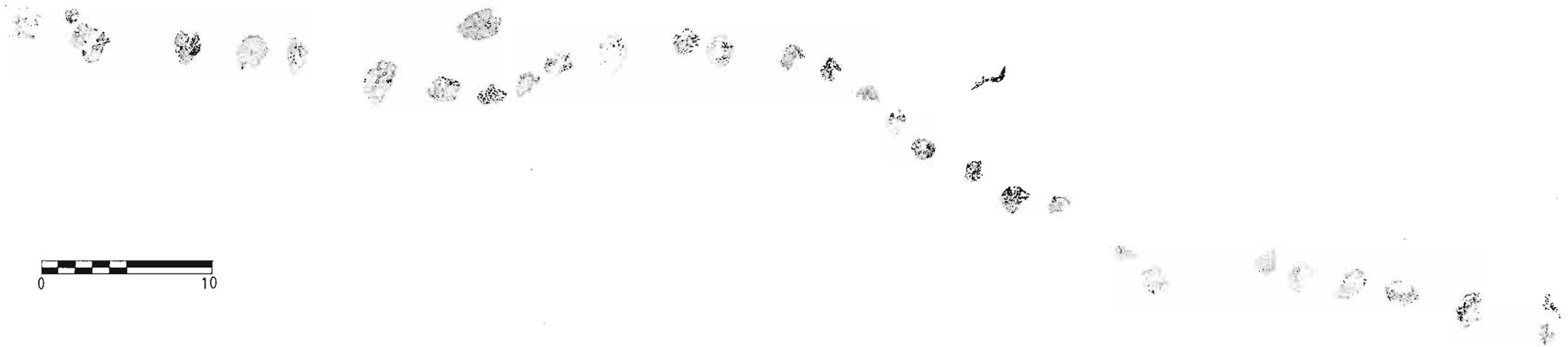


Fig. 26. Línea de digitaciones de la Zona D del Sector 3 de Arpán L.

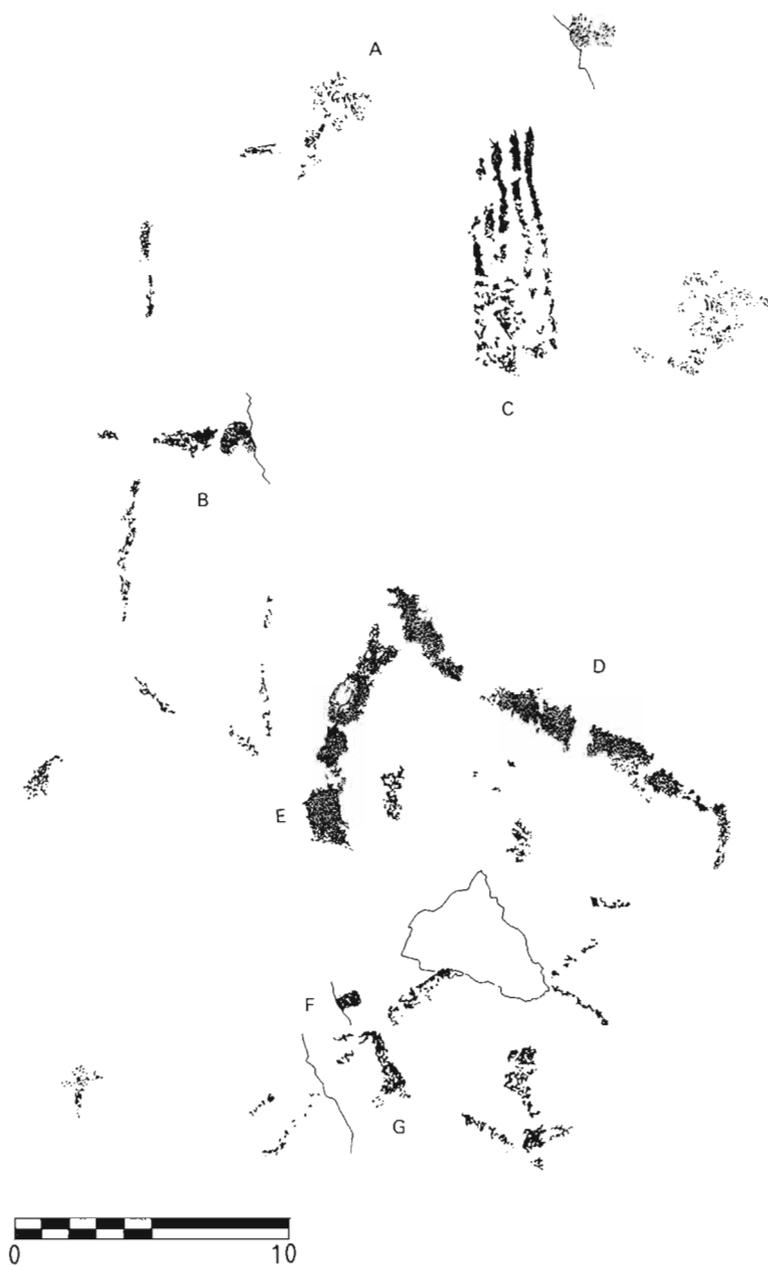


Fig. 27. Arquero de la Zona D del Sector 3 de Arpán L.



Fig. 28. Barras de la Zona D del Sector 3 de Arpán L.

simple vista. La misma está ejecutada con evidente tosquedad y con unas características gráficas que, si bien se alejan del naturalismo patentizado en algunas de las manifestaciones pictóricas ya revisadas, no llegan a alcanzar el grado de sintetización y de elementalismo de factura que resulta propio del Arte Esquemático. De nuevo nos hallaríamos ante esta incierta variedad estilística que nosotros denominamos «subesquemática» y a la que se podría aplicar, no obstante, otros calificativos igualmente adecuados —o, mejor, igualmente inadecuados— tales como «seminaturalista», «semiesquemática», «subnaturalista», etc.

Las figuraciones han sufrido un implacable proceso de «lavado» por agua que ha dado lugar a la formación de una capa calcárea de considerable grosor, la cual ha ido cubriendo los vestigios pictóricos al tiempo que los ha ido progresivamente borrando al adquirir, con el paso del tiempo, un mayor índice de opacidad. Por consiguiente, la pintura original se ha visto tamizada por pequeños alveolos y protuberancias de tipo estalagmítico, lo que dificulta no sólo la simple observación de la escena, al verse difuminados sus contornos, sino también el calco de la misma, a causa de las rugosidades que presenta la superficie del soporte. La circunstancia citada se hace especialmente ostensible en el cuerpo del arquero que se enfrenta al ciervo y en la zona de la panza de éste. Así las cosas, puede decirse que, aunque la realización de los calcos ha estado presidida por la más estricta meticulosidad y que su plasmación ha sido extraordinariamente lenta y minuciosa, sujeta a múltiples comprobaciones, la representación gráfica que aquí se ofrece debe tomarse como válida en términos generales al ser la mejor que se ha podido hacer con los medios limitados de que disponemos, pero hay que señalar también que no se encuentra exenta de posibles errores de escasa entidad, emanados de los impedimentos antes apuntados.

Descripción de las pinturas (Fig. 29)

1. Escena

Efectuada con el mismo pigmento que otras tantas figuras de Arpán L, es decir, el marrón intenso asimilable a la casilla F 5 de la tabla 4 de la publicación de Llanos y Vegas, muestra un ciervo con la cabeza hacia la derecha, encarado a un arquero que parece en disposición de disparar sobre su presa.

El herbívoro y el individuo están sin siluetear y han perdido parte de sus rasgos anatómicos, una de sus patas delanteras el primero, parte de los brazos y de una de las piernas el segundo. El arco, burdamente expresado, está montado con el correspondiente proyectil; junto a su extremo superior, a la derecha, se sitúa una mancha difusa que dudamos tenga nada que ver con la cabeza del ser humano, a no ser que fuera una especie de tocado o un aditamento de índole

similar. La cornamenta rameada del animal significa, tal vez, la porción más elaborada de la representación, con una testa subtriangular, pequeña y poco definida, la cual contrasta con un cuello excesivamente macizo. Longitud del ciervo: 34 cm. Longitud o altura del arquero: 20 cm.

COVACHO DE ARPÁN E1

Grupo de dos abrigos situados inmediatamente por debajo del de Arpán L, cuya mayor abertura bucal hace que se sobrepase la anchura de éste en dirección SE. En realidad, Arpán E1 conforma dos cavidades gemelas con distinta elevación de techo y comunicadas entre sí a través de un paso ocupado por una colada estalagmítica, justamente en la zona en la que se produce el saliente de la pared rocosa que señala la separación entre ambas oquedades. Así, mientras uno de los covachos se halla infrapuesto exactamente a Arpán L el otro ve aumentada considerablemente la altura de su visera hasta casi colocarse al mismo nivel que la de este último, al tiempo que se sitúa junto a su flanco izquierdo (Lám. 4).

Las manifestaciones rupestres se encierran exclusivamente en el abrigo lateral a Arpán L, el de cubierta más alta y el de mayores dimensiones, con 7,20 m de longitud por 4 m de profundidad máxima (Fig. 30). Los restos pictóricos conservados son escasos y poco significativos; se reducen a la figuración subsquemática de un posible cérvido y a unos restos muy diluidos completamente indescifrables. Se ubican en la parte más profunda de la cavidad, a la izquierda de la colada y del resalte parietal que sirven de separación con la covacha vecina situada a su derecha.

SECTOR 1

Configura, como ya se ha indicado, el único panel pintado que encierra la covacha de Arpán E1, el cual, por otro lado, nos muestra parecidos problemas de conservación de los señalados para las figuraciones de la estación de Arpán L. Así pues, excepción hecha del extraño cuadrúpedo que pudiera representar el dibujo de un ciervo, el resto del sector se reduce a manchas y a restos muy perdidos por causa de la concreción calcárea que los cubre y que sólo parcialmente permite observar la existencia de pigmento por debajo de la misma. El citado cuadrúpedo aparece menos afectado por la capa de calcita, pero no por ello deja de entrañar dificultades a la hora de proceder a una identificación segura e indiscutible. La totalidad de las representaciones está realizada en un tono marrón-rojizo que nos lleva a la casilla D7 de la tabla 4 de Llanos y Vegas.

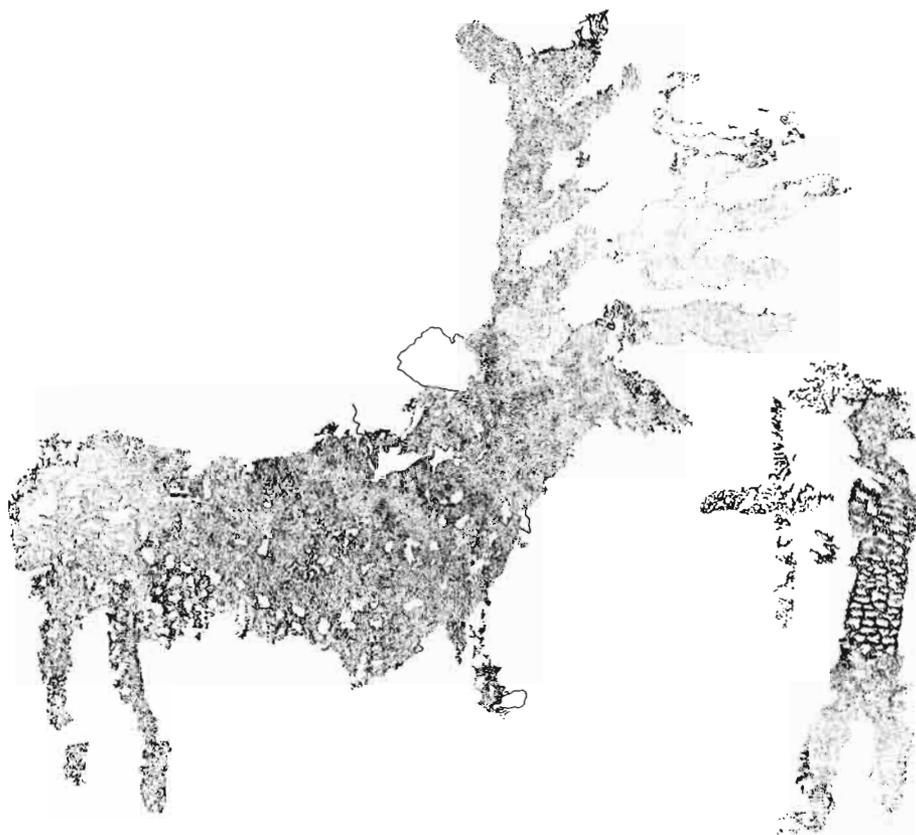


Fig. 29. Sector 4 de Arpán L.

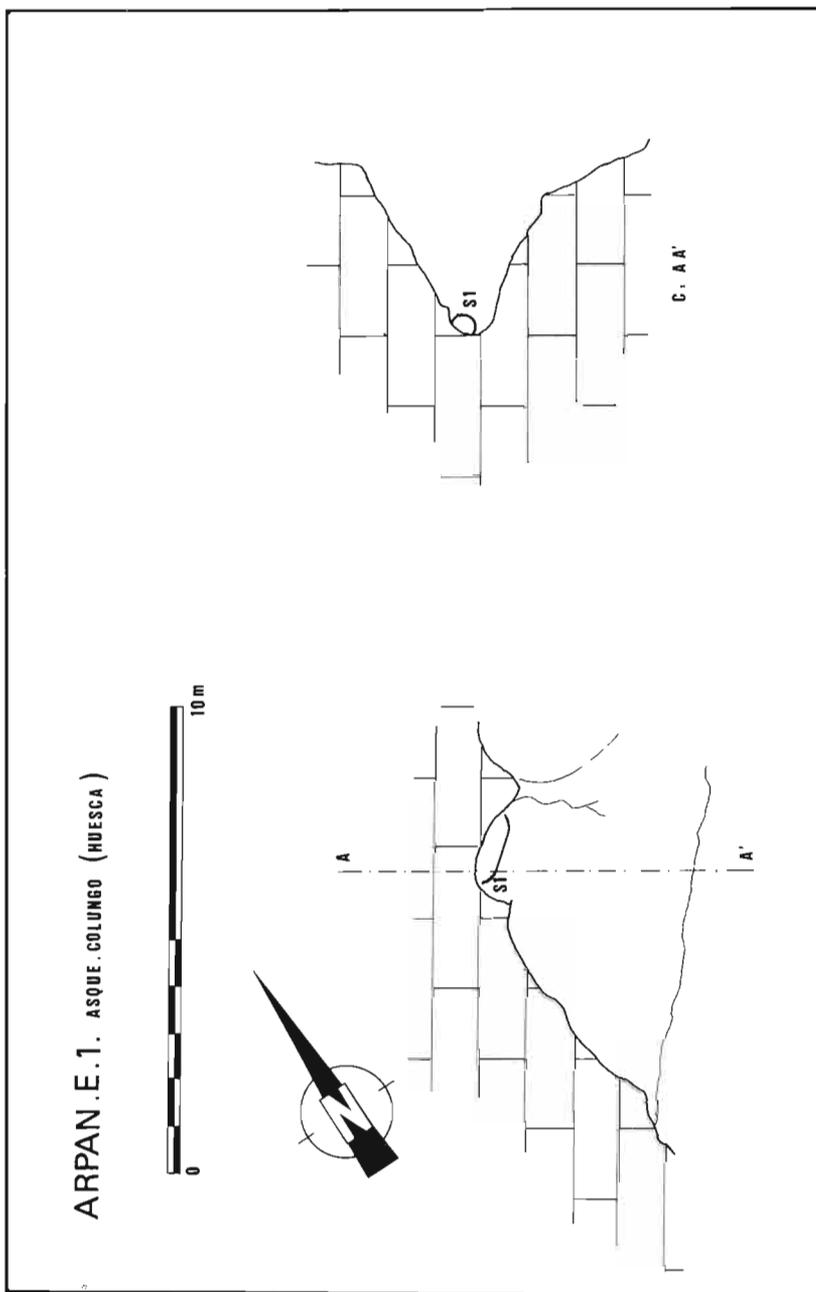
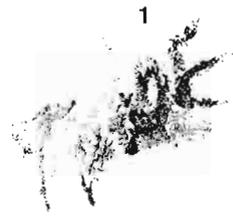


Fig. 30. Planta y alzado de Arpán E.1.



4

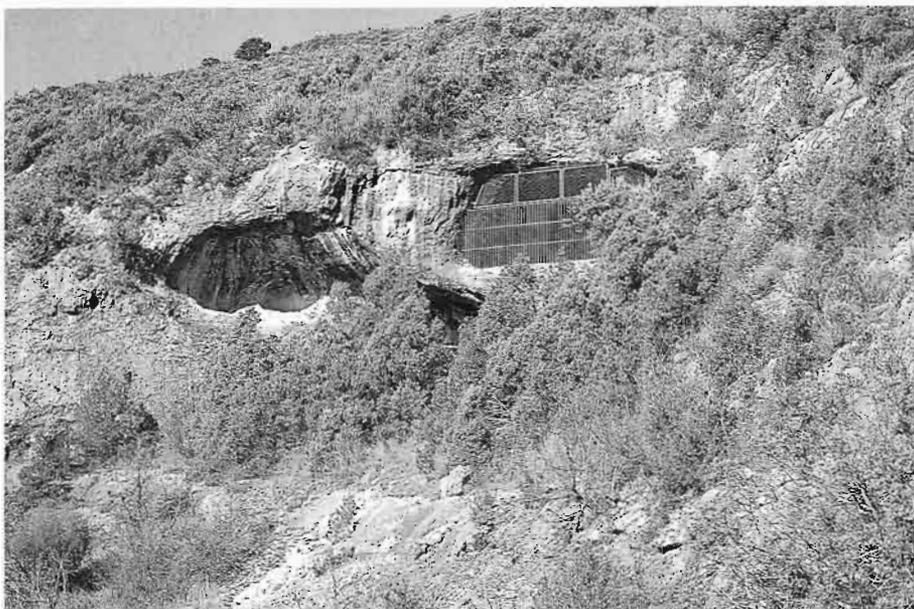
2

3



3

Fig. 31. Sector 12 de Arpán E1.



Lám. 4. Arpán L (derecha) y Arpán E1 (izquierda).



Lám. 5. Arpán E2.

Descripción de las pinturas (Fig. 31)

1. Cérvido (?) (Fig. 31.1 y Fig. 32)

Orientado hacia la derecha, ofrece una coloración irregular, más o menos intensa y más o menos desvaída según la zona, dependiendo del grado de actividad de los deslizamientos acuosos a los que la figura ha sido sometida. En el animal pueden distinguirse con relativa claridad los cuartos traseros, con las dos patas posteriores bastante separadas y un tosco esbozo del rabo del posible ciervo; las patas delanteras, por el contrario, han desaparecido por completo; el cuerpo es rollizo y de contornos poco definidos, en tanto que la supuesta cabeza está tan difuminada que nos hace albergar serias dudas en cuanto a su determinación. Más equívoca todavía resulta la lectura de los elementos que se encuentran por encima de la masa corporal del hipotético herbívoro, pues si bien a la derecha puede percibirse la presencia de un asta rameada —la cual ha dado lugar a que el diseño se haya interpretado como el de un ciervo— inmediatamente detrás de ésta aparece un trazo curvo, elíptico, cuya significación estamos lejos de poder establecer; más hacia la izquierda, un nuevo trazo, esta vez rectilíneo, podría hacer pensar que el cuadrúpedo en cuestión tiene clavada alguna clase de arma o de proyectil. Longitud del cérvido: 21 cm.

2 y 3. Manchas o digitaciones (Fig. 31.2)

Pequeñas manchas de pigmento que ignoramos si corresponden a dos digitaciones sueltas o bien a algún tipo de manifestación de mayor entidad que haya sido borrado por el paso del tiempo y cuyos únicos restos perceptibles se reduzcan a estos dos a los que aquí aludimos.

4. Mancha (Fig. 31.3)

Situada justamente al lado del saliente rocoso que delimita el covacho por la derecha y, por lo tanto, al lado también de la colada estalagmítica que lo cubre, la presente mancha se ve especialmente afectada por las concreciones calizas, de modo que únicamente se transparenta el pigmento a través de los minúsculos alveolos que se han ido formando en la superficie de la capa. Lo que actualmente resta visible nos resulta a todas luces indescifrable.

COVACHO DE ARPÁN E2

Arpán E2 ocupa una posición inferior con respecto de Arpán L y de Arpán E1: situadas estas dos últimas estaciones en una misma cota, la base del promontorio sobre el que se abren aparenta apoyarse en una extensa plataforma rocosa que, en realidad, no es otra cosa que el plano superior de una nueva faja kárstica más baja que corre en sentido E-W y que, en teoría, se proyectaría perpendicularmente sobre la línea de la formación calcárea que contiene las



Fig. 32. Posible cérvido de Arpán El.

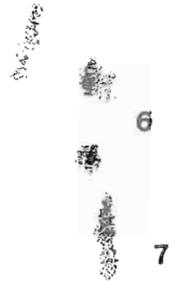
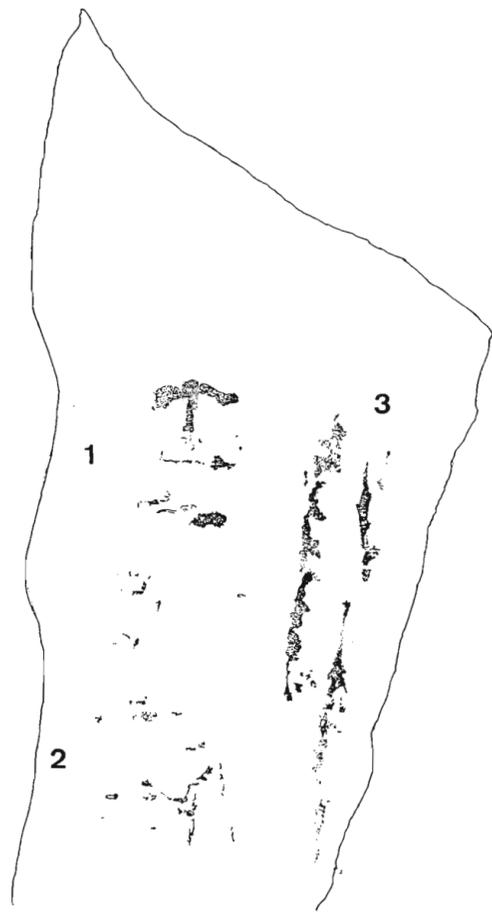


Fig. 34. Calco íntegro del Sector 1 de Arpán E2.

oquedades citadas, la cual adopta en este tramo concreto una evidente dirección N-S. Es precisamente en la mencionada faja donde se asienta el abrigo que aquí nos ocupa, cuya ubicación varía, en consecuencia, tanto en altitud como en orientación, con referencia a los yacimientos que se encuentran más arriba (Lám. 3).

Efectivamente, de las tres cavidades a las que está dedicado este estudio, Arpán E2 es la que está orientada más decididamente hacia el S, mientras que las precedentes colocan su boca en dirección SE. Estamos ante un abrigo de vasta entrada, con unos 14 m de abertura bucal y con casi 15 m de altura de visera (Fig. 33). A pesar de estas notables dimensiones externas, su interior apenas alcanza los 7 m de profundidad máxima. La configuración del covacho es irregular, con una repisa elevada que ocupa la parte central de su desarrollo longitudinal y que presenta una altura aproximada de 9,5 m sobre el nivel más bajo del piso y con un divertículo a la derecha de la oquedad, también elevado pero en menor medida que el escalón anterior (5-6 m de altura), en el que se encierran la mayor parte de las manifestaciones rupestres del covacho (Lám. 5).

Estas consisten en un panel constituido exclusivamente por representaciones pintadas (Sector 1) y en otro más en el que unos precarios restos pictóricos coexisten con un importante conjunto de grabados (Sector 2). De nuevo, la delimitación de los sectores responde a cuestiones meramente metodológicas y resulta, por consiguiente, totalmente artificiosa; su única finalidad consiste en facilitar las tareas descriptivas y, al mismo tiempo, permitir una mejor exposición gráfica a través de unos calcos menos reducidos de tamaño que si se reprodujeran con el contenido integral de las paredes de la cueva.

Bien separadas de los dos primeros paneles, otras pigmentaciones aisladas se sitúan en la repisa superior (Sector 3); son éstas las que nos muestran el estado de conservación más deficitario.

SECTOR 1

Constituye el panel que se encuentra más a la derecha —es decir, más hacia el E— de la cavidad que aquí estamos tratando. Si bien el mantenimiento de las pinturas ha sufrido agresiones naturales idénticas a las detectadas en el resto de las covachas vecinas, las representaciones del Sector 1 resultan bastante más visibles que otras, tal vez por las tonalidades un tanto más vivas que ofrecen algunos de los diseños pictóricos. Por demás, en esta zona aparecen los únicos restos en negro que han podido señalarse en todo el conjunto rupestre de Arpán.

Descripción de las pinturas (Fig. 34)

1. Antropomorfo (?) (Fig. 34.1 y Fig. 35.1)

Posible antropomorfo pintado en negro, clasificable dentro del tipo golondrina o en el capítulo de los ancoriformes. Por debajo del dibujo aparecen dos trazos

horizontales muy perdidos, también en negro, que tanto podrían formar parte de la misma figura como no tener ninguna relación con ella. Longitud del signo: 6,9 cm.

2. Restos (Fig. 34.2 y Fig. 35.2)

Restos en negro muy desvaídos, hasta el punto de que no permiten su interpretación.

3. Barras (Fig. 34.3 y Fig. 35.3)

Ejecutadas en una tonalidad rojo-vinosa, asimilable a la casilla B8 de la tabla 6 de Llanos y Vegas, corren en sentido vertical e intentan guardar un paralelismo bastante patente entre ellas. Aunque la de la izquierda —la más corta— muestra un desarrollo longitudinal prácticamente completo, no sucede lo mismo con la de la derecha, la cual ve interrumpido su trazado en dos puntos; a pesar de ello, parece que se trata de una única línea de pintura. Longitud de las barras: 23,5 cm y 32,8 cm.

4. Antropomorfo (?) (Fig. 34.4 y Fig. 36)

Posible representación humana, incluíble en el apartado de los antropomorfos cruciformes y realizada en un color granate intenso (tabla 5, D9). El signo consiste en un trazo horizontal que se cruza, más o menos en el centro de su envergadura, con otro vertical y del que parten hacia abajo dos nuevos trazos verticales a ambos lados de la intersección. Puestos a elucubrar, la línea horizontal reproduciría los brazos, la vertical central la cabeza —en la parte que sobresale por arriba de la primera— y el cuerpo o sexo —en la que sigue por debajo de la misma—, mientras que las otras dos líneas verticales laterales podrían dar a entender dos hipotéticas piernas. Longitud del antropomorfo: 17,5 cm.

5. Restos (Fig. 34.5)

Pintados en negro, resultan absolutamente indescifrables.

6. Digitaciones y barra (Fig. 34.6)

Grupo formado por una barra y dos posibles digitaciones, todo ello en un mismo tono anaranjado oscuro (B 8 de la tabla 3). Longitud de la barra: 6,5 cm.

7. Barra (Fig. 34.7)

Barra vertical situada en una posición inmediatamente inferior a la del grupo precedente, pero con una tonalidad distinta, más tendente al marrón-rojizo (D 7 de la tabla 4). Longitud de la barra: 7,5 cm.

8. Barra (Fig. 34.8)

Barra también vertical y hecha con el mismo pigmento que la anterior. Longitud de la barra: 7,5 cm.

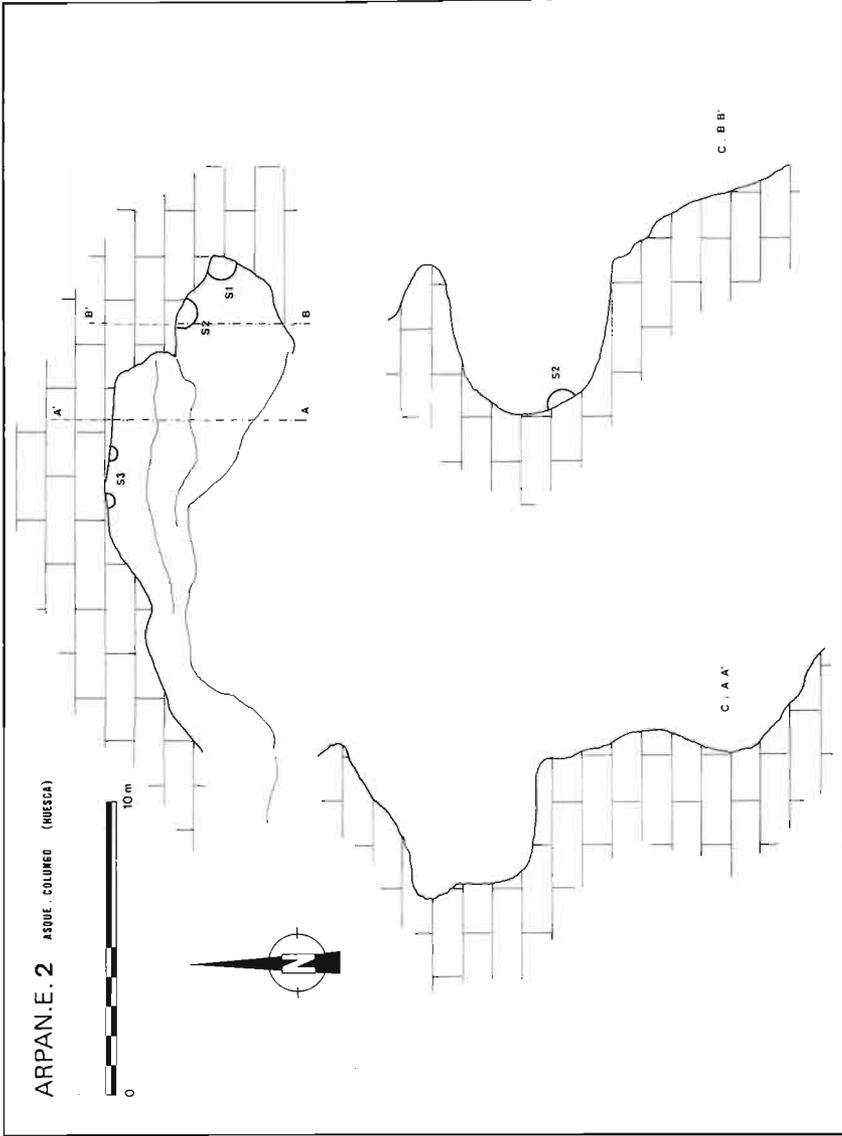


Fig. 33. Planta y alzado de Arpán E2.

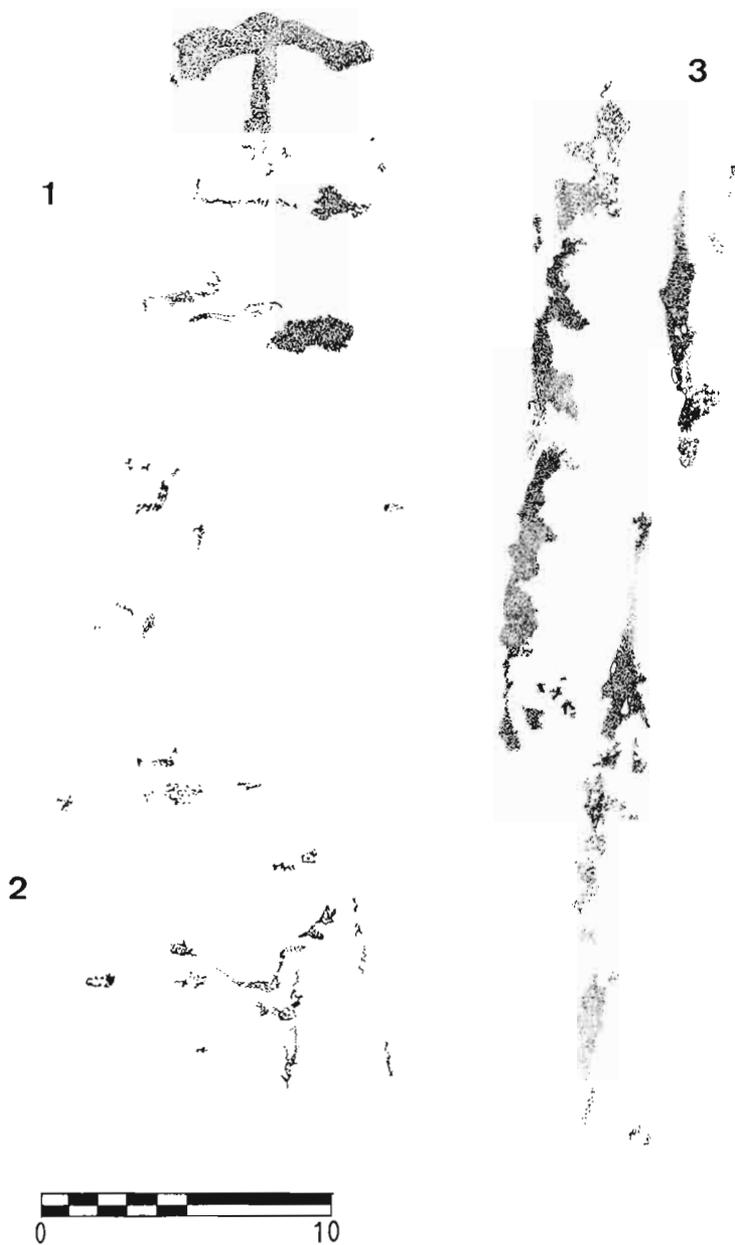


Fig. 35. Calco parcial del Sector 1 de Arpán E2.

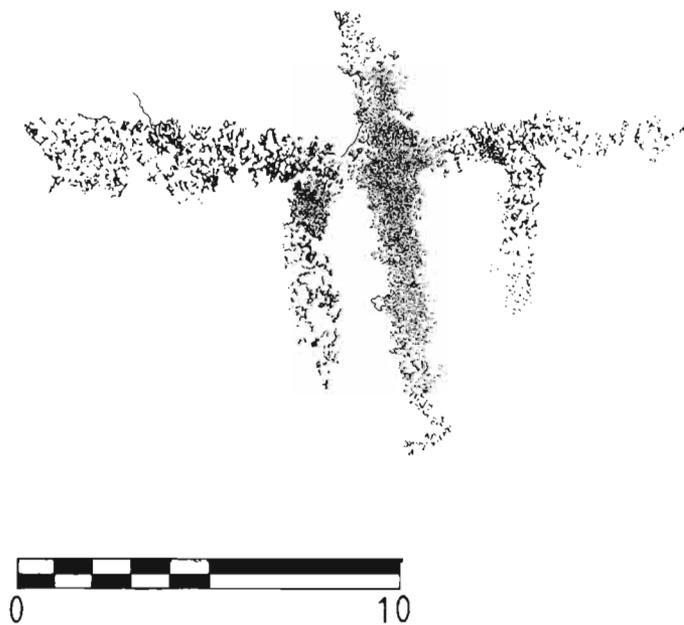
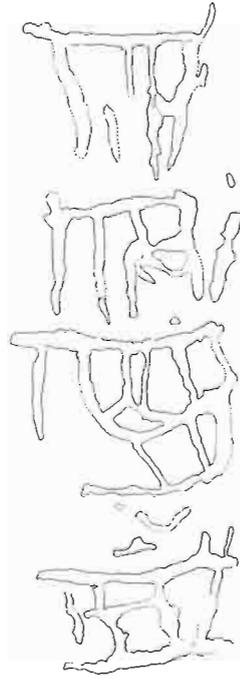


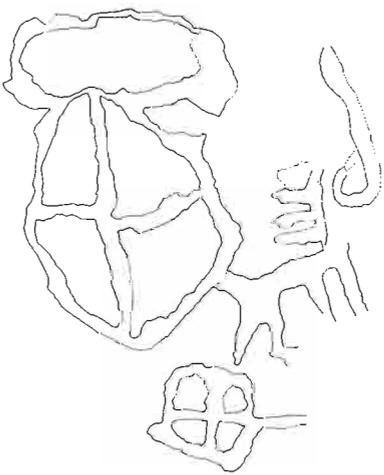
Fig. 36. Posible antropomorfo del Sector 1 de Arpán E2.



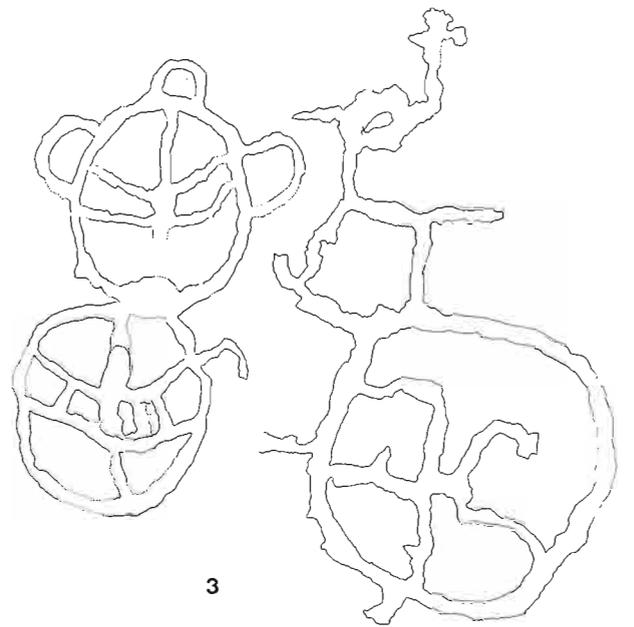
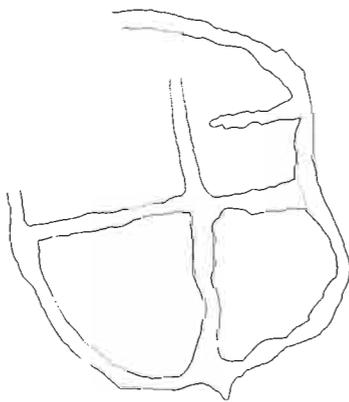
1



2



4



3



Fig. 37. Calco íntegro del Sector 2 de Arpán E2.

9. Barras (Fig. 34.9)

Conjunto de dos barras oblicuas, la más baja de trazo muy fino y la más alta algo más ancha, pintadas en una tonalidad roja bastante clara (tabla 4, B 7). Longitud de las barras: 11,5 y 9,8 cm.

SECTOR 2

Ubicado en la pared de fondo del mismo divertículo y a la izquierda del Sector 1, su contenido mayoritario está constituido por dos grupos diferentes de grabados, técnica ésta muy poco documentada en los covachos del río Vero y que, por lo tanto, representa una auténtica novedad dentro del arte rupestre post-paleolítico de la comarca.

Descripción de las representaciones (Fig. 37)

1. Barra (Fig. 37.1 y Fig. 38)

Se trata del único exponente pictórico del Sector 2. Hecha en un color rojovinoso (tabla 5, C6), se encuentra en plena colada estalagmítica, por lo que el pigmento se ha visto disuelto en buena medida y, al parecer, corrido en el sentido descendente del agua. Longitud de la barra: 18 cm.

2. Grupo de grabados (Fig. 37.2 y Fig. 39)

Conjunto de grabados que encuadra cuatro figuras de parecidas dimensiones en hilera vertical, efectuadas todas ellas en la misma técnica, la cual pudiera definirse como abrasión por raspado; los trazos son bastante anchos (entre 0,6 y 2,4 cm, con amplio predominio de medidas tales como 1,5 y 1,6 cm), pero poco profundos; se hacen patentes a simple vista en los mismos las raspaduras producidas por el instrumento utilizado en su realización.

Si bien la primera impresión que produce su contemplación es que nos hallamos ante un grupo de cuadrúpedos, tal sensación se diluye con un análisis más detallado de las representaciones. En efecto, podríamos aplicar dicha identificación al grabado superior (A en Fig. 39), en el que cabría hasta distinguir el rabo y la posible cabeza en su extremo de la izquierda, pero esta lectura resulta mucho más problemática en los diseños inferiores, en los que aparecen otros trazos horizontales que añaden más complejidad a su configuración (B y D en Fig. 38) e incluso algunos trazos curvilíneos (C en Fig. 39) que hacen todavía más laberíntica la composición. Longitud de los grabados: A: 19,5 cm, B: 20 cm, C: 21,5 cm y D: 20,5 cm.

3. Grupo de grabados (Fig. 37.3 y Fig. 40)

De índole completamente distinta a la del grupo anterior, su posición próxima al suelo de la cavidad ha dado lugar a que se hayan visto afectados con gran intensidad por las rugosidades calcáreas formadas en la base de la pared



Fig. 38. Barra del Sector 2 de Arpán E2.

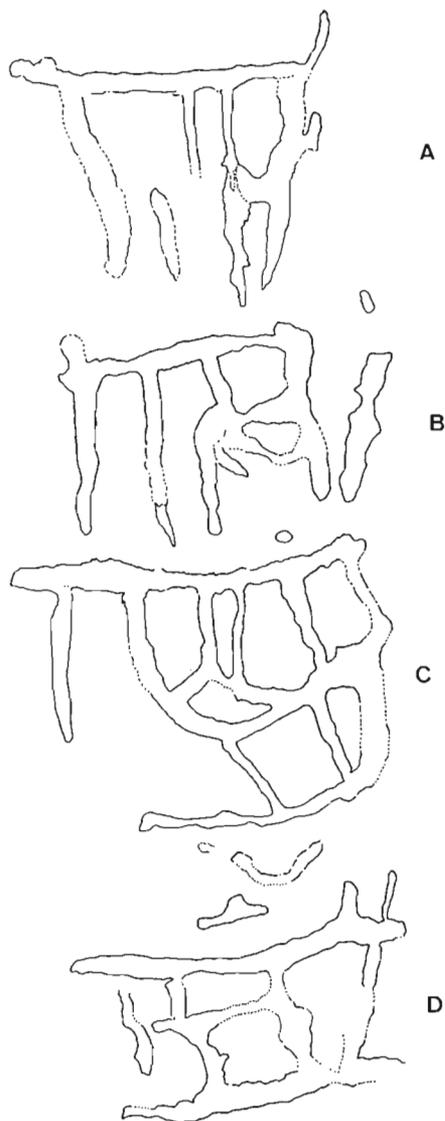


Fig. 39. Grupo de grabados del Sector 2 de Arpán E2.

rocosa; por dicha causa, el calco de los dibujos ha entrañado una mayor dificultad al no resultar, en ocasiones, demasiado evidente la diferencia entre los surcos debidos a la mano del hombre y los ocasionados por motivos naturales.

La disparidad de características de estos grabados en relación con los del conjunto precedente no incumbe únicamente a cuestiones gráficas sino que alcanza a otros aspectos igualmente significativos, como podrían ser los referentes a la técnica de ejecución. Así pues, es palmaria aquí la preponderancia de las curvas frente a las rectas que dominaban en el grupo 2, en tanto que el raspado se ve sustituido por un repiqueado en U, de surco más ancho (especialmente en A de la Fig. 40: 2,6-2,7 cm) y bastante más profundo; varían asimismo las dimensiones de las representaciones y, en términos menos materiales, el concepto general de la plasmación plástica. Con todo esto queremos decir que los presentes grabados nada tienen que ver con los que se describen arriba, ni técnica ni gráfica ni, con toda probabilidad, cronológicamente.

Estamos ahora aludiendo a unos signos claramente circuliformes, con sus espacios internos ocupados por figuras geométricas más o menos complicadas, inscritas dentro de sus perímetros. Uno de ellos, el de la derecha (A en Fig. 40), de unos 30 cm de diámetro, ve compartimentado su interior por cinco surcos que pueden considerarse radiales, pese a que alguno de ellos adopte un trazado curvilíneo y otro ni siquiera llegue a unirse con la circunferencia. En la zona superior izquierda, apoyada en parte sobre la línea perimetral del redondel y en parte sobre otra línea que parte de ésta, puede distinguirse la figuración de un cérvido muy dudoso en perspectiva lateral, con la posible cabeza a la izquierda y una cornamenta no demasiado expresiva.

Más hacia el W: dos circuliformes superpuestos y en posición tangencial exterior (B en Fig. 40), el superior con otro motivo radial inscrito y tres semicírculos unidos, también tangencialmente, a su contorno externo, uno de ellos en la cimera, mientras que los otros dos se disponen a ambos lados del primero con una simetría harto notable. La circunferencia inferior encierra un motivo escaliforme horizontal y otros dos surcos radiales verticales. Diámetro de los dos circuliformes: entre 18,5 y 21,5 cm (el superior) y entre 20,5 y 21,5 cm (el inferior).

4. Grupo de grabados (Fig. 37.4 y Fig. 41)

Conjunto de grabados con los mismos caracteres gráficos y técnicos que los que acabamos de describir. El circuliforme ubicado más a la derecha (A en Fig. 41) presenta un signo cruciforme inscrito, al igual que el que se sitúa a su izquierda (B en Fig. 4), al otro lado de una colada atacada por una colonia de algas cianofíceas, el cual muestra, además, una figura elíptica tangente en su

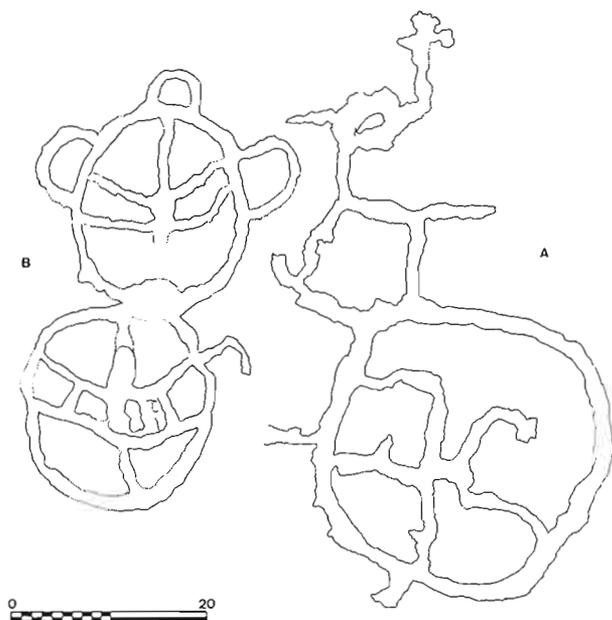


Fig. 40. Grupo de Grabados del Sector 2 de Arpán E2.

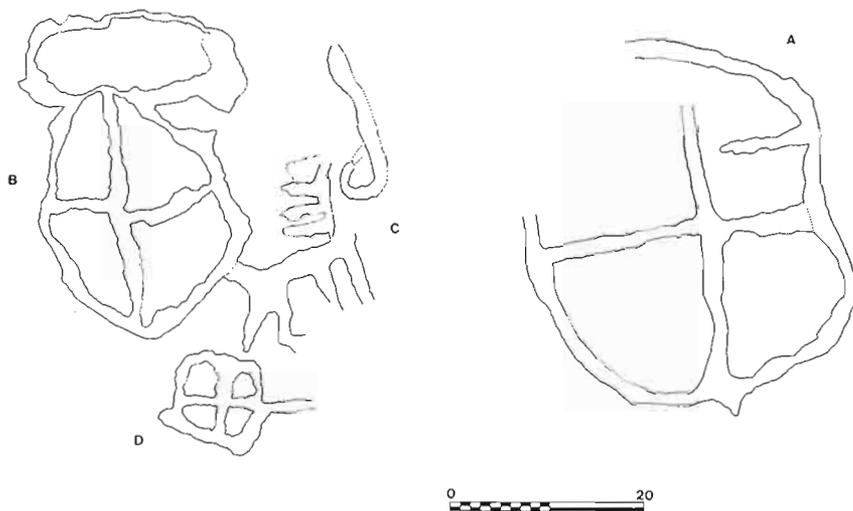


Fig. 41. Grupo de grabados del Sector 2 de Arpán E2.

zona más alta. Junto a este último y a su derecha: representación de otro posible cérvido (C en Fig. 4), éste con perspectiva torcida, con el cuerpo, el rabo, las cuatro patas y parte de la cornamenta fácilmente distinguibles, lo que no sucede con la hipotética testa, hoy perdida, si es que alguna vez fue grabada; dicha circunstancia no es fácil de determinar por hallarse esta parte del muro en plena colada y cubierta por las algas; un trazo vertical, con su extremo inferior curvado y situado también junto a la citada colada y a las algas, se encuentra frente a la figura del dudoso animal, mientras que, debajo de sus extremidades posteriores, puede observarse la presencia de un nuevo circuliforme de pequeñas dimensiones, con otra cruz inscrita y con un trazo horizontal que prolonga hacia el exterior una de las aspas de ésta (D en Fig. 4).

Medidas del conjunto: diámetro de A: entre 31,5 y 40,5 cm; diámetro de B: entre 22 y 26,5 cm; longitud de la elipse: 23 cm; longitud del cérvido: 14,5 cm; diámetro de D: 11 cm.

SECTOR 3

Se sitúa en las paredes de la plataforma más elevada del covacho y en el mismo se comprenden unos simples restos pictóricos aislados, con una distancia de 2,25 m entre sí, muy perdidos y prácticamente indescifrables.

Descripción de las pinturas

1. Barra (Fig. 42.1)

Muy borrada y difusa por encontrarse junto a una colada estalagmática que ha afectado notablemente su estado de conservación. Hecha en un tono rojizo bastante claro (tabla 4, C7), su longitud es de 15 cm.

2. Restos (Fig. 42.2)

Una nueva colada ha actuado en esta ocasión en una medida aún mayor que en el caso anterior, de modo que los restos se nos presentan totalmente difuminados y resultan ilegibles por completo. Idéntica coloración que la de la barra precedente.

3. Mancha (Fig. 43)

Asimismo muy atacada por la costra calcárea, lo poco que puede distinguirse del pigmento no admite interpretación alguna. Tonalidad rojo-marronosa (E7 de la tabla 4).

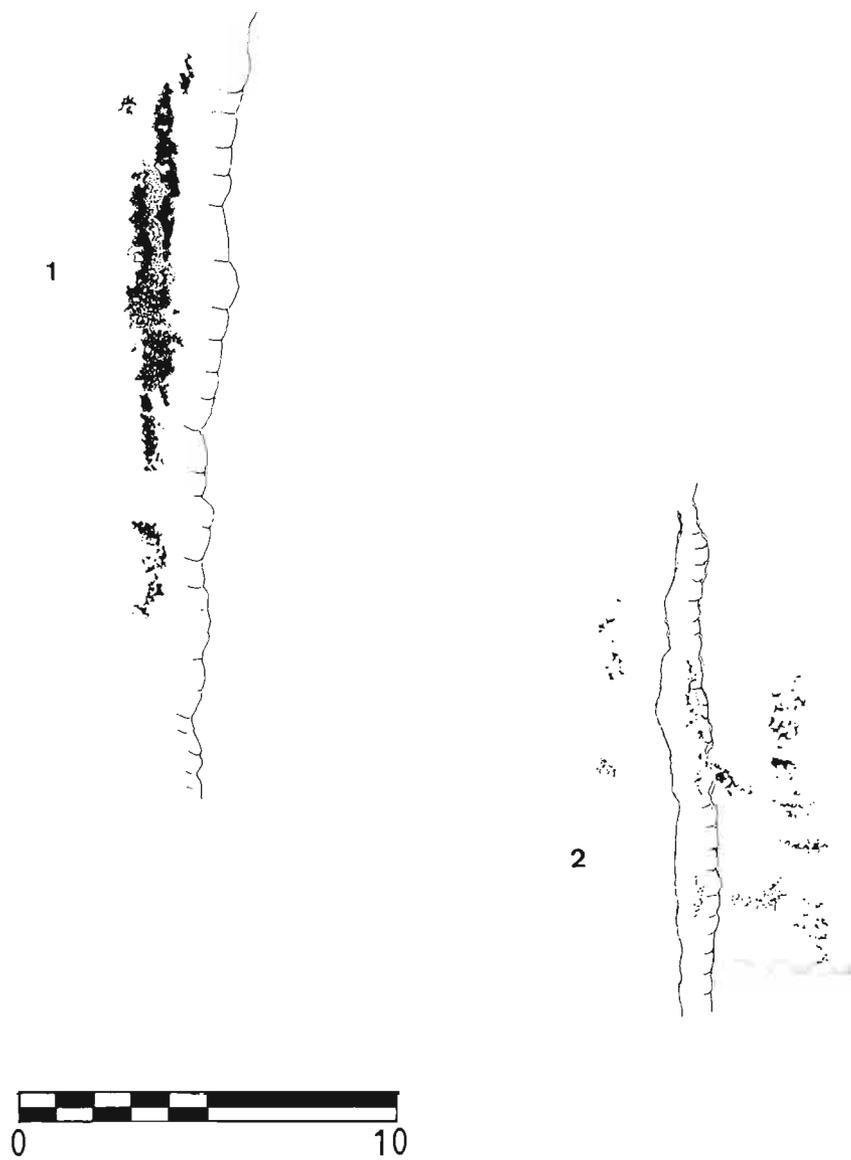


Fig. 42. Barra y restos del Sector 3 de Arpán E2.

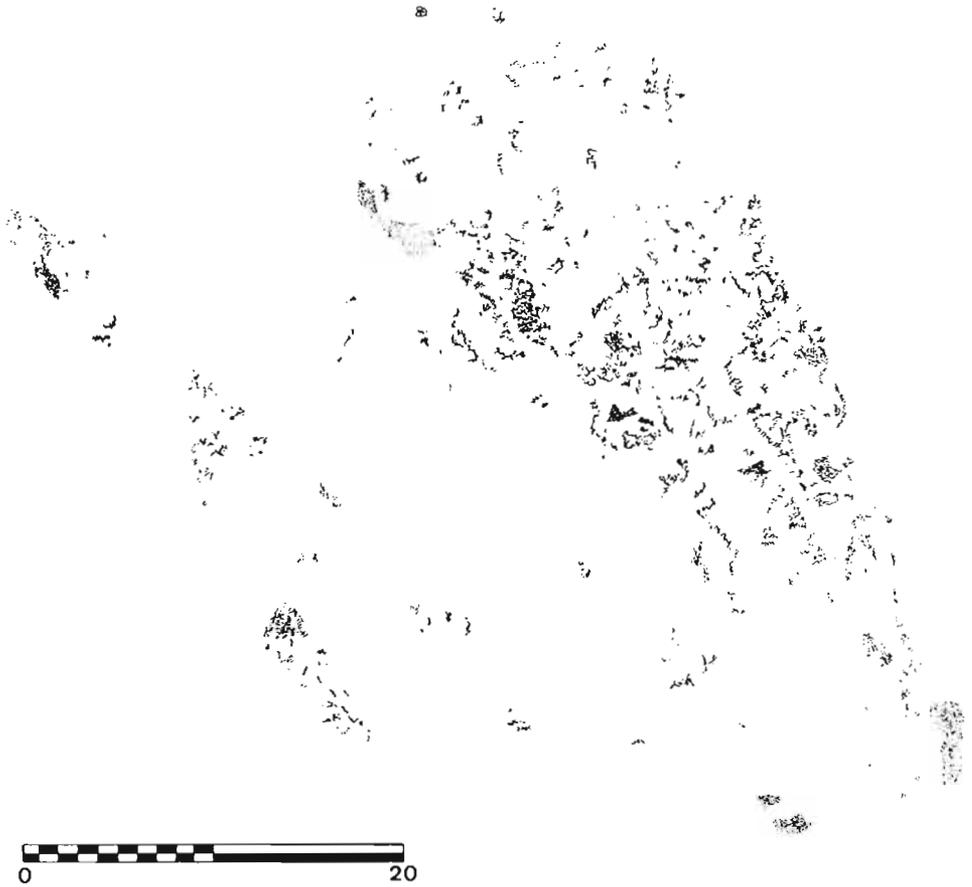


Fig. 43. Mancha del Sector 3 de Arpán E2.

BIBLIOGRAFÍA

(1)

- BELTRÁN, A. «Avance al estudio de las pinturas esquemáticas de Lecina». *Homenaje a D. José Esteban Uranga*. Pamplona, 1971.
- BELTRÁN, A. «Las pinturas esquemáticas de Lecina (Huesca)». *Caesaraugusta*, 35-36. Zaragoza, 1971-1972.
- BELTRÁN, A. *Las pinturas esquemáticas de Lecina (Huesca)*. Zaragoza, 1972.

(2)

- BALDELLOU, V. «Los abrigos pintados del río Vero». *Entremuro*, 80. Barbastro, 1980.
- BALDELLOU, V. «El descubrimiento de los abrigos pintados de Villacantal, en Asque (Colungo-Huesca)». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, VII (1979). Castellón de la Plana, 1982.
- BALDELLOU, V. «Los abrigos pintados del río Vero». *Revista de Arqueología*, 23. Madrid, noviembre de 1982.
- BALDELLOU, V. «El arte levantino del río Vero (Huesca)». *Encuentro de homenaje a Juan Cabré*. Zaragoza, 1984.
- BALDELLOU, V. «En torno al arte levantino del Vero». *Boletín de la Asociación Arqueológica de Castellón*, 4. Castellón de la Plana, 1984.
- BALDELLOU, V. «El arte esquemático y su relación con el levantino en la cuenca alta del Vero». *Coloquio Internacional sobre Arte Esquemático en la Península Ibérica*. Salamanca, 1982. *Zephyrus*, XXXVI (1983). Salamanca, 1985.
- BALDELLOU, V. «El arte rupestre post-paleolítico del Alto Aragón en el contexto del arte rupestre levantino y esquemático». *III Coloquio de Arte Aragonés. Huesca, 1983*. Zaragoza, 1986.
- BALDELLOU, V. «El arte rupestre post-paleolítico en la zona del río Vero». *Ars Praehistorica*, 3-4 (1984-1985). Sabadell, 1987.
- BALDELLOU, V. «Arte rupestre en la región pirenaica». *Arte rupestre en España*. Madrid, 1987.
- BALDELLOU, V. «El conjunto de pinturas rupestres post-paleolíticas de la cuenca del Vero (Huesca)». *Congreso Internacional de Arte Rupestre. Bajo Aragón Prehistoria*, VII-VIII (1986-1987). Caspe, 1988.
- BALDELLOU, V. «Las pinturas rupestres del río Vero (Huesca)». *Annales*, VI (1989). UNED de Barbastro, 1989.
- BALDELLOU, V. *Guía Arte Rupestre del río Vero*. Parques Culturales de Aragón. Zaragoza, 1991.
- BELTRÁN, A. «Las pinturas rupestres de Colungo (Huesca): Problemas de extensión y relaciones entre el arte paleolítico y el arte levantino». *Caesaraugusta*, 49-50. Zaragoza, 1979.

(3)

- BALDELLOU, V. *Los covachos pintados de Mallata I y de Mallata B1*. Parques Culturales de Aragón. Zaragoza, 1991.
- BALDELLOU, V. *Los covachos pintados de la partida de Barfaluy*. Parques Culturales de Aragón. Zaragoza, 1992.
- BALDELLOU, V.; PAINAUD, A.; CALVO, M.^a J. «Los abrigos pintados esquemáticos de Quizáns, Cueva Palomera y Tozal de Mallata». *Bajo Aragón Prehistoria*, IV. Caspe- Zaragoza, 1982.
- BALDELLOU, V.; PAINAUD, A.; CALVO, M.^a J. «Las pinturas esquemáticas de Quizáns y Cueva Palomera». *Coloquio Internacional sobre Arte Esquemático en la Península Ibérica. Salamanca, 1982. Zephyrus*, XXXVI (1983). Salamanca, 1985.
- BALDELLOU, V.; PAINAUD, A.; CALVO, M.^a J. «Las pinturas esquemáticas del Tozal de Mallata». *Coloquio Internacional sobre Arte Esquemático en la Península Ibérica. Salamanca, 1982. Zephyrus*, XXXVI (1983). Salamanca, 1985.
- BALDELLOU, V.; PAINAUD, A.; CALVO, M.^a J. «Dos nuevos covachos con pinturas naturalistas en el Vero (Huesca)». *Estudios en Homenaje al Profesor Antonio Beltrán Martínez*. Universidad de Zaragoza, 1986.
- BALDELLOU, V.; PAINAUD, A.; CALVO, M.^a J. «Las pinturas esquemáticas de Mallata B (Huesca)». *Boletín del Museo de Zaragoza*, 4 (1985). Zaragoza, 1988.
- BALDELLOU, V.; PAINAUD, A.; CALVO, M.^a J. «Los covachos pintados de Lecina Superior, del Huerto Raso y de la Artica de Campo (Huesca)». *Bolskan*, 5 (1988). Huesca, 1989.
- BALDELLOU, V.; PAINAUD, A.; CALVO, M.^a J.; AYUSO, P. «Las pinturas esquemáticas de la partida de Barfaluy (Lecina-Bárcabo. Huesca)». *Empúries*, 48-50 (1986-1989). Barcelona, 1993.

(4)

- BELTRÁN, A.; BALDELLOU, V. «Avance al estudio de las cuevas pintadas del Barranco de Villacantal». *Altamira Symposium*. Madrid, 1980.

(5)

- Al igual que en trabajos anteriores ya publicados, en un intento de objetivizar al máximo las referencias cromáticas, hemos utilizado las tablas de colores de la clasificación elaborada en la obra de LLANOS, A. y VEGAS, J. I. «Ensayo de un método para el estudio y clasificación tipológica de la cerámica». *Estudios de Arqueología Alavesa*, VI. Vitoria, 1974.

LAS PINTURAS RUPESTRES DE LA CUEVA DE REGACÉNS (ASQUE-COLUNGO. HUESCA)

Vicente Baldellou
Albert Painaud
M.^a José Calvo
Pedro Ayuso

Las pinturas rupestres que aquí nos ocupan constituyen uno de los contados casos en que las manifestaciones artísticas prehistóricas no fueron descubiertas gracias a la acción prospectora desarrollada por el equipo de investigación del Museo Arqueológico Provincial de Huesca. En efecto, cuando dicho equipo había iniciado ya las correspondientes batidas en el sector, don José María Cabrero, cura párroco de Alquézar, nos informó de la posible existencia de vestigios pictóricos en la estación objeto de este estudio, circunstancia que quedó plenamente comprobada después de la visita que efectuamos a la cavidad acompañados por nuestro informador y amigo.

La Cueva de Regacéns —conocida también, aunque en menor medida, como Cueva Recasenz— pasó a formar parte desde entonces del rico y variado conjunto de covachos pintados del río Vero, núcleo artístico de capital importancia tanto por la densidad de yacimientos que encierra como por la diversidad estilística que sus manifestaciones rupestres abarcan (1).

La cueva en cuestión se asienta en la orilla izquierda del río Vero, en el tramo de sus cañones que recibe el nombre de Barranco del Castillo y casi en la misma latitud que la población de Alquézar, la cual resulta perfectamente visible desde la boca del abrigo, al otro lado del curso fluvial y en lo alto del Barranco de la Fuente, formación que desemboca en el Vero justo enfrente del acantilado calizo en el que se abre Regacéns (Figs. 1 y 2).

Las coordenadas de la estación son las siguientes:

Longitud: 3° 43' 0''

Latitud: 42° 10' 30''

Altitud: 620 m.

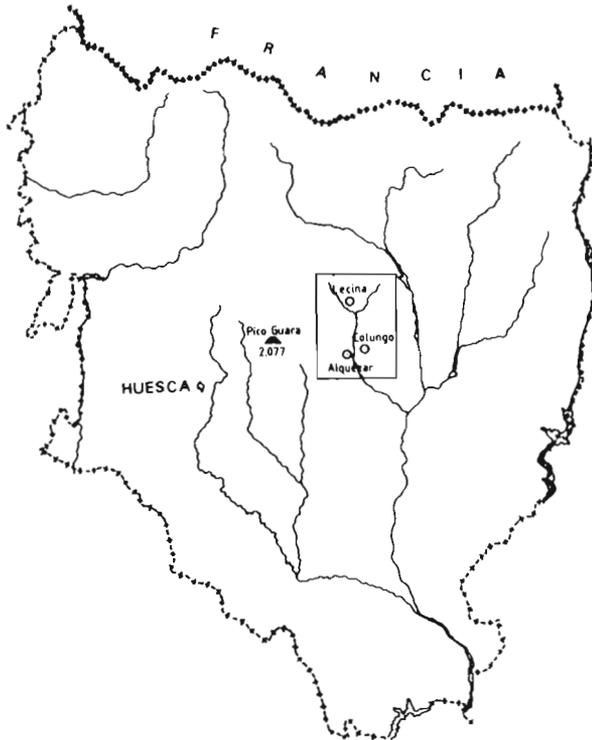


Fig. 1. Situación de la cuenca del río Vero.

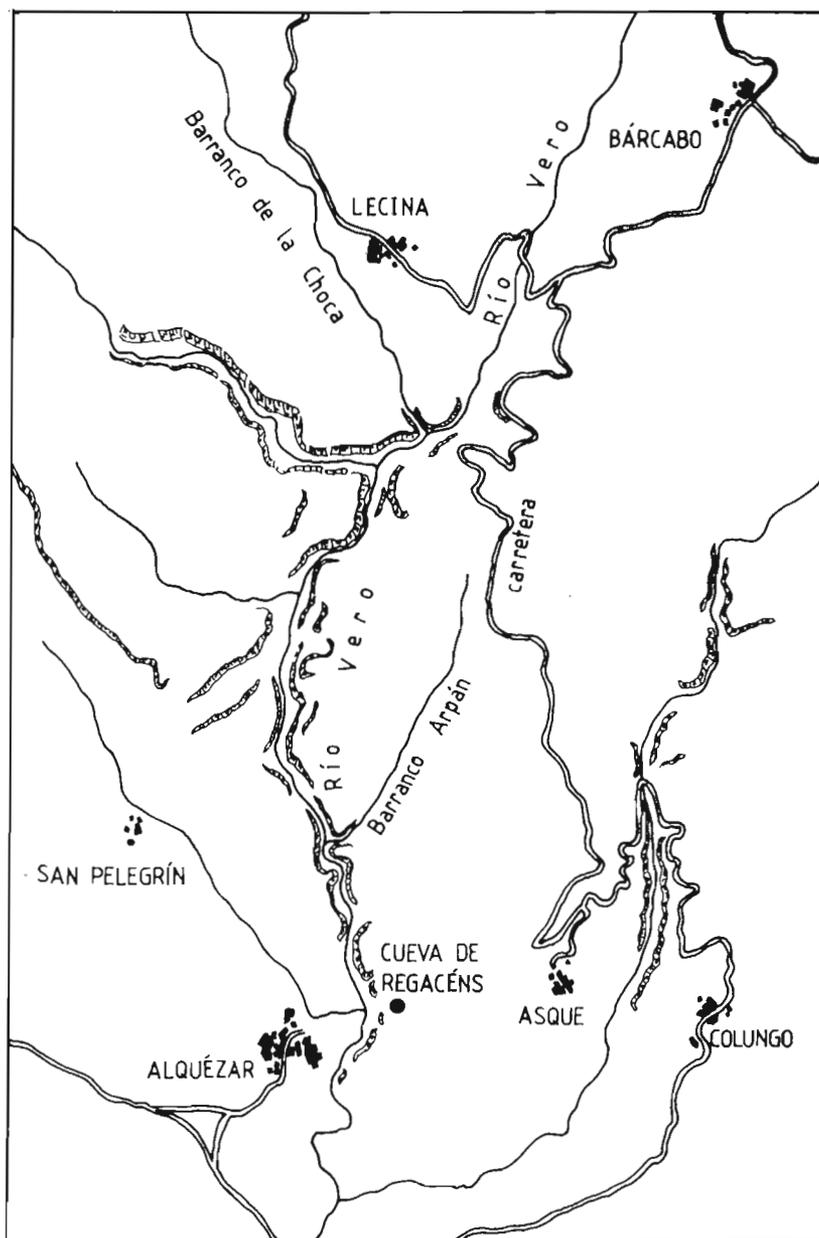


Fig. 2. Localización de la Cueva de Regacéns en la cuenca del río Vero.

La Cueva de Regacéns es en realidad un vasto covacho de boca circular, con 16 m de abertura en la misma y con una profundidad máxima cercana a los 10 m (Lám. 1 y Fig. 3); su configuración interna es bastante irregular, destacando un divertículo lateral elevado que se encuentra a la derecha de la oquedad, en el que se han localizado también pinturas rupestres, aunque hay que decir que la mayor parte de éstas ocupan preferentemente las paredes de fondo de la estancia principal.

Hasta no hace demasiado tiempo, la Cueva de Regacéns se usó como recinto para albergar ganado ovino y caprino; restan todavía, de esta pretérita utilización, los restos de un muro de cerramiento hecho en piedra seca. Dicho muro discurre a lo largo de todo el trecho frontal de la cavidad y forma un ángulo a la izquierda de la boca, en cuyo tramo se abre el orificio de acceso. En el momento de proceder a la instalación de las verjas de protección, se observó el respeto necesario para que el trazado de la pared fuera conservado en su totalidad (Fig. 3).

Como en tantas ocasiones, cabe señalar que las manifestaciones artísticas que se contienen en la Cueva de Regacéns ofrecen, por una razón u otra, un estado de conservación bastante precario. Como se verá en la descripción de los respectivos sectores, los agentes naturales han actuado de manera harto patente a través de desconchados, coladas, colonias de algas, etc., pero hay que indicar asimismo que la mano del hombre ha sido también partícipe en la agresión a las representaciones pintadas, bien de modo intencionado (disparos de escopeta de caza contra la pared rocosa, aplicaciones de pasta blanca sobre ciertas figuras o incluso alguna especie de *graffitti*, afortunadamente esporádico y poco aparente), bien de modo involuntario, como podría ser el ahumamiento de determinadas zonas del soporte por mor de antiguas fogatas hechas por los pastores.

Por otro lado, las paredes del covacho presentan innumerables manchas rojizas de origen natural, circunstancia que se hace especialmente perceptible en el Sector 1 de la cavidad. Una vez más, la falta de los medios apropiados nos hace caer en las dudas cuando intentamos discernir si algunas de dichas manchas corresponden a restos pictóricos o no, problema éste bastante habitual en nuestros trabajos y que no podrá verse resuelto hasta contar con la dotación técnica precisa para poder aplicar procedimientos más rigurosos que no sean los emanados de la simple observación visual.

Al igual que en otros casos, hemos preferido adoptar una postura restrictiva con el fin de no dar la consideración de pintura a lo que pudiera no serlo y hemos calcado exclusivamente aquello que no nos hacía abrigar ninguna vacilación en cuanto a su carácter de obra humana. No obstante, tales incertidumbres se manifiestan en pigmentaciones absolutamente indescifrables y muy poco significativas, las cuales en ningún momento parecen conformar figuración alguna.



Lám. 1. Vistas de la Cueva de Regacéns.

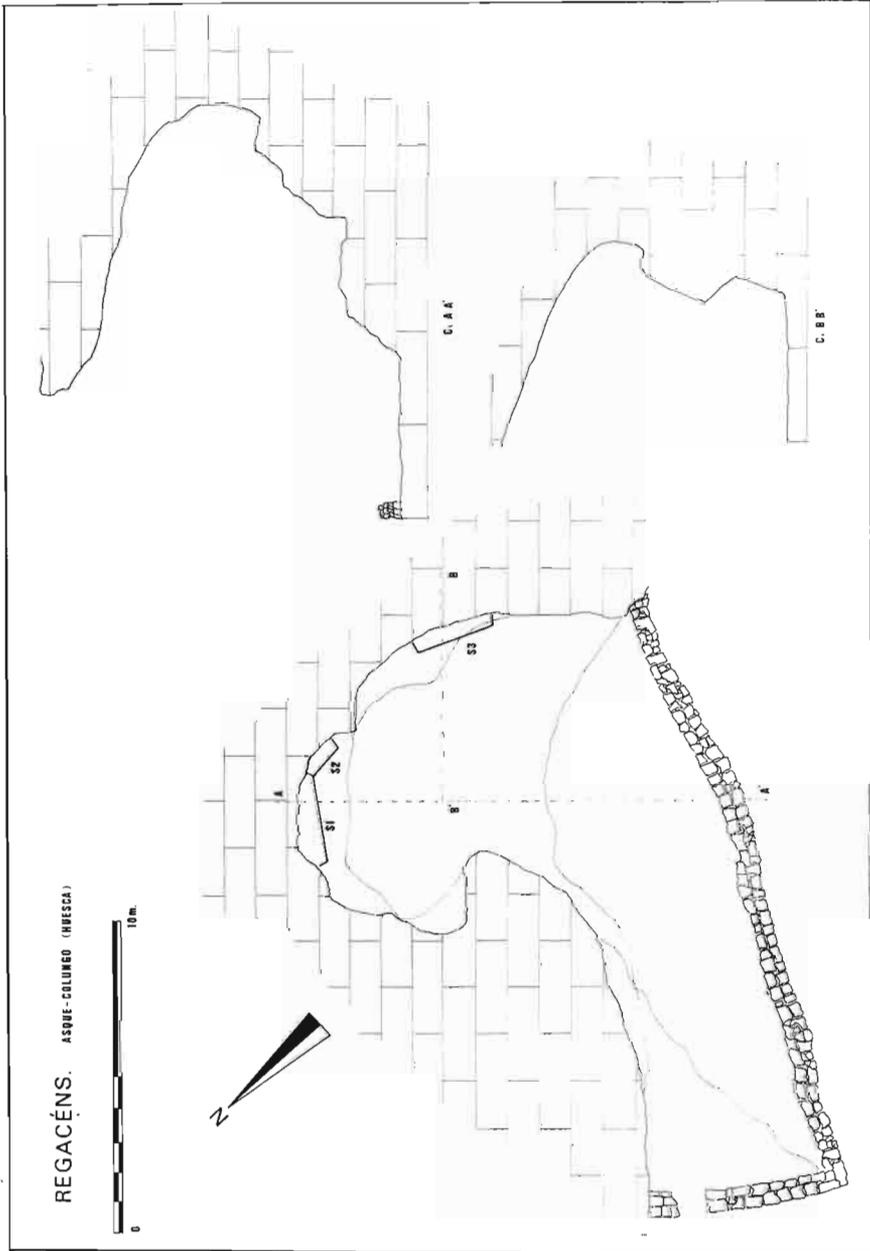


Fig. 3. Planta y alzados de la Cueva de Regacéns.



Fig. 4. Calco íntegro del Sector 1.

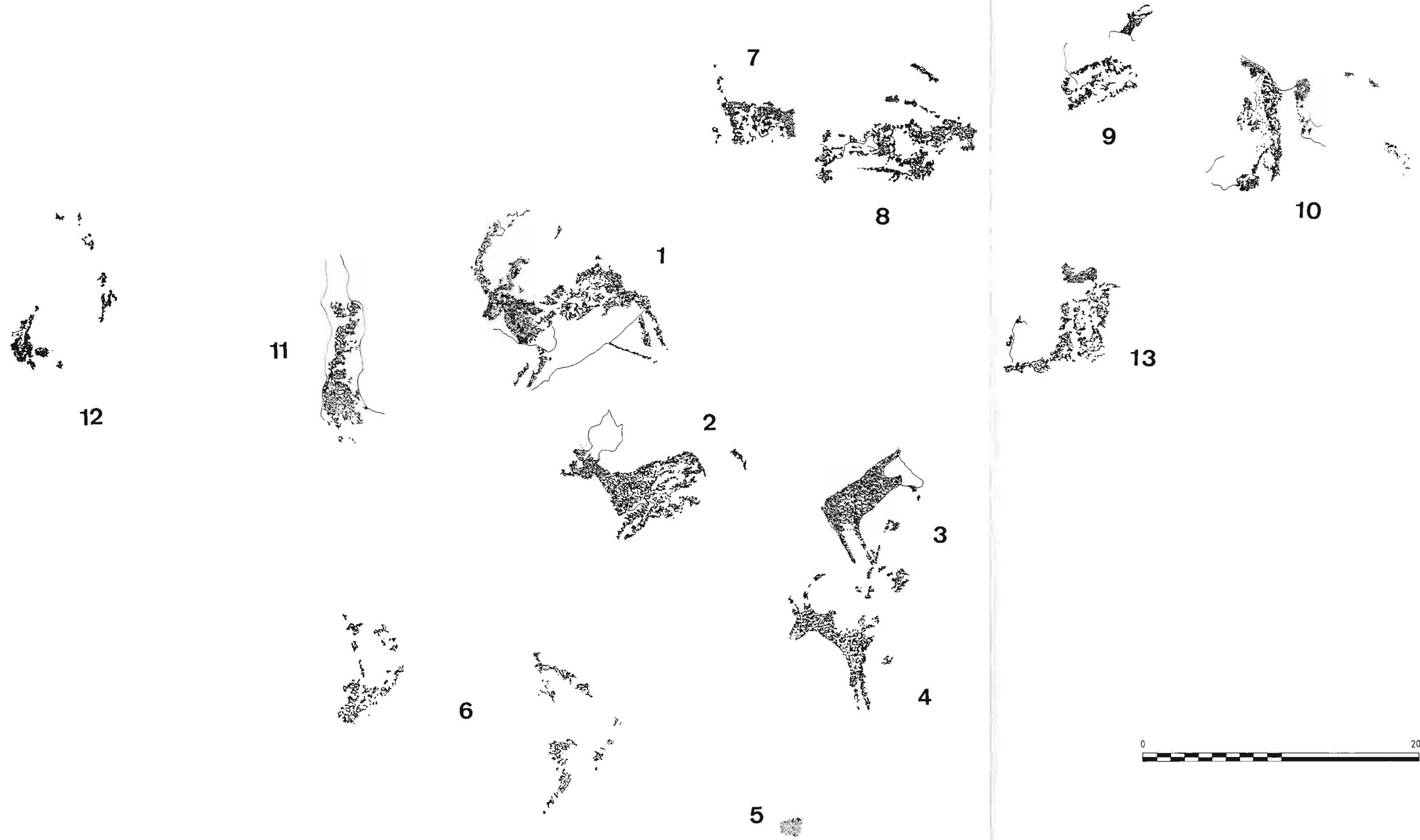


Fig. 5. Zona A del Sector I.

El contenido artístico de la Cueva de Regacéns se distribuye en tres paneles bastante bien diferenciados (Fig. 3), el mayor de ellos (S1) situado en la pared de fondo de la cavidad y seguido, a su derecha y tras un saliente del soporte pétreo, por otro de menores dimensiones (S2); el tercero se ubica todavía más a la derecha (S3), en el ya citado divertículo elevado. Las representaciones están ejecutadas mayoritariamente en tonalidades rojizas, aunque no están ausentes tampoco las conseguidas utilizando el color negro. Su variabilidad estilística es realmente notable, pues van desde el más acendrado naturalismo de tipo levantino hasta los diseños de acusada tendencia esquematizante, sin olvidarnos de un hermoso cérvido al que cabría aplicar el denostado calificativo de subesquemático o algún otro de sentido equivalente y, a buen seguro, tan poco adecuado como el expuesto.

SECTOR 1

Comparte con el S2 la parte central de la pared del covacho; su lado izquierdo (Zona A), donde se encuentran manifestaciones pintadas de índole naturalista, está en gran medida afectado por numerosísimos desconchados que han contribuido eficazmente a la mala conservación de las pinturas; si bien la mayor parte de dichos desconchados son antiguos —aunque menos que las figuras—, la presencia de otros bastante más recientes nos viene a indicar que el proceso de desgajamiento continúa inexorablemente su curso. A la derecha (Zona B), los desconchados siguen apareciendo, pero no son tan abundantes, señalándose la existencia de aplicaciones blanquecinas sobre los restos pintados efectuadas en un momento que nos resulta imposible establecer.

Como ya habrá adivinado el lector por lo vertido en el párrafo anterior, este Sector 1 ha sido dividido en dos subsectores (Zona A y Zona B) por causa de las razones que a continuación se expresan: en primer lugar, porque resulta evidente una diferenciación temática y estilística entre ambos, ya que si la Zona A contiene preferentemente figuraciones naturalistas, la Zona B ofrece exclusivamente dibujos esquemáticos; en segundo término porque existe, como ya se ha dicho, una variación en el soporte, la cual estriba en la mayor o menor existencia de desconchados; también porque las aplicaciones de pasta blancuzca se circunscriben a la Zona B; finalmente, dejando ya de lado los aspectos físicos, porque la división en zonas permite un mayor detalle en la reproducción gráfica de los calcos al no obligarnos a reducciones excesivas.

Descripción de las pinturas (Fig. 4)

Zona A. (Fig. 5)

Ya se ha indicado que se trata de un panel en el que prevalecen las figuras de tipo naturalista; puede observarse concretamente un grupo de cápridos (tres

de ellos seguros, otros tres probables y algunos restos semiborrados que podrían haber pertenecido a otros más que ya no pueden ser identificados como tales), escasamente visibles por causa de la ya mencionada acción de los desconchados y de un evidente desvanecimiento del pigmento original; estamos ante unas representaciones de pequeño tamaño y que, con una única excepción (Fig. 5.1), sólo conservan parcialmente sus características somáticas, de modo que a algunas les falta, bien la cabeza, bien las patas, bien algún segmento de la masa corporal. La coloración predominante —la que se corresponde con las cabras naturalistas— es de un tono pardo-rojizo o pardo-vinoso bastante oscuro —casilla E 9 de la tabla 4 de Llanos y Vegas (2)—; los restantes vestigios pictóricos se mueven en una gama muy similar a la mentada, hasta el punto de hacernos pensar que las variaciones cromáticas señaladas pudieran de hecho deberse a alteraciones del colorido posteriores a la realización de las pinturas más que al uso de pigmentos distintos en el momento de llevarlas a cabo.

1. Cáprido (Fig. 5.1 y Fig. 6)

Representación de una cabra con la cabeza vuelta hacia la izquierda; es la única figuración del panel que se nos muestra prácticamente entera, si bien le falta buena parte de uno de los cuernos arqueados, de una de sus patas delanteras y de otra de las traseras. La posición de sus extremidades anteriores y posteriores nos muestra fehacientemente que el animal se encuentra en plena carrera, mientras que un trazo rectilíneo, fino y oblicuo, que se inicia bajo estas últimas y que se ve cortado por un desconchado, podría evidenciar que el cuadrúpedo en cuestión se halla herido por alguna clase de arma arrojadiza. Está ejecutada en tinta plana y con un color asimilable a la casilla E 9 de la tabla 4 de Llanos y Vegas. Longitud del cáprido: 13 cm.

2. Cáprido (Fig. 5.2 y Fig. 6)

Situado inmediatamente por debajo de la figura precedente, su interpretación como cáprido se fundamenta esencialmente en el contexto faunístico que lo envuelve más que en sus propios caracteres físicos: en efecto, esta posible cabra carece de la cornamenta típica que singulariza a los de su especie y sólo nos presenta con claridad una cabeza orientada hacia la izquierda, el cuello correspondiente y los dos tercios anteriores de su cuerpo; el final de éste se nos indicaría quizás a través del resto de pigmento que se encuentra aislado detrás de lo conservado de la tinta plana; asimismo, el dudoso arranque de las patas delanteras puede hacernos suponer que el animal que nos ocupa se encontraría también corriendo. Color: tabla 4, E 9. Longitud del cáprido (contando el trazo posterior): 13,5 cm.



Fig. 6. Zona A del Sector I (parcial).

3. Cáprido (?) (Fig. 5.3 y Fig. 7)

Estamos ante un caso parecido al de la figura n.º 2, pues, de nuevo, lo que ha llegado hasta nosotros del presente cuadrúpedo no permite por sí mismo su atribución segura como cáprido. En esta ocasión faltan por completo la testa y las astas, de manera que no podemos precisar con certeza la orientación del herbívoro; el remate de la zona superior del cuerpo por la derecha, como formando un pequeño rabo nada seguro, así como la posición de las cabras más próximas a la presente, son circunstancias que nos inducen a pensar que su cabeza se encontraría en el lado izquierdo, pero carecemos de los suficientes elementos de juicio para conducirnos categóricamente al respecto. La masa corpórea está bastante bien conservada, al igual que las patas de la izquierda; de las de la derecha sólo puede distinguirse el arranque de una de ellas. No obstante, por la verticalidad de las extremidades visibles cabe concluir que este hipotético cáprido está estático y no corriendo como sus compañeros más inmediatos. Color: 4, E 9. Longitud: 7 cm.

4. Cáprido (Fig. 5.4 y Fig. 7)

Ahora no caben vacilaciones en cuanto a la identificación del sujeto pintado: la cabeza casi completa, el arranque de uno de los cuernos y buena parte del desarrollo del segundo dejan traslucir claramente la especie del animal que aquí queremos describir; restan perceptibles también el cuello y los cuartos anteriores del cuadrúpedo, con las patas echadas hacia delante en actitud de correr; el resto del cuerpo está casi borrado, pero puede adivinarse una inclinación hacia arriba del mismo, similar a la observada en los diseños ya expuestos. Un trazo rectilíneo discontinuo, que parece correr oblicuamente hacia el cuerpo de la cabra y que toca tangencialmente —sin superposiciones— una de las patas de la figura superior, podría ser una nueva arma que tuviera clavada el astado en su lomo o costado; sin embargo, las dudas sobre tal posibilidad son más que notables. Color: 4, E 9. Altura de cuerno a pezuña: 10,7 cm.

5. Mancha (Fig. 5.5 y Fig. 7)

Mancha de color muy parecido al que es propio de las figuras hasta ahora estudiadas, aunque quizás algo más oscuro: F 9 de la tabla 4 de Llanos y Vegas. Resulta absolutamente indiscifrable.

6. Restos (Fig. 5.6 y Fig. 8)

Ignoramos si estos restos pertenecerían a dos figuras distintas o si formarían parte de una sola. Su color es el mismo que predomina ampliamente en la Zona A del Sector 1 (4, E 9). Son difícilmente distinguibles por encontrarse en una franja del soporte muy afectada por excrescencias nodulares producidas por las filtraciones calcáreas. Aunque sus contornos actuales



Fig. 7. Zona A del Sector I (parcial).



Fig. 8. Zona A del Sector 1 (parcial).

puedan llevarnos a establecer ciertas interpretaciones tales como posibles astas y posibles patas, pensamos que dicha configuración viene dada por un desleimiento caprichoso del pigmento y que es probable que no se corresponda con los perfiles originales de la representación o representaciones primitivas.

7. Restos (Fig. 5.7 y Fig. 9)

El estado de conservación de la pintura no permite aplicarle otra denominación que no sea la expresada o, tal vez, la de simple «mancha». Con todo, por la coincidencia cromática que muestra con los cápridos que le rodean y por encontrarnos ante lo que parecen los restos de una tinta plana semiborrada, no creemos que resultase excesivamente arriesgado suponer que la figura en cuestión se tratara del cuerpo de otra hipotética cabra.

8. Cáprido (Fig. 5.8 y Fig. 9)

Muy parcialmente conservado, permite observar todavía la cabeza vuelta hacia la derecha, los dos trazos discontinuos que conformarían la cornamenta y una masa corporal muy afectada por los desconchados y por las disoluciones del color. Posee la misma tonalidad apuntada para el resto de sus congéneres (4, E 9) y una longitud de 12 cm.

9. Cáprido (?) (Fig. 5.9 y Fig. 10)

Resulta ser un caso idéntico al que nos hemos topado en la figura n.º 2 de este mismo panel: como en la citada ocasión, el animal que aquí nos ocupa difícilmente podría ser clasificado como un cáprido si nos guiásemos exclusivamente por las características somáticas que revelan los trazos pictóricos conservados. La cabeza, vuelta hacia la derecha, ha perdido por completo las astas —dudamos mucho que la fina línea que parte de la frente tenga algo que ver con las mismas—, de las que se habría mantenido únicamente su arranque en la parte más prominente del cráneo; sin embargo, tampoco estamos en condiciones de asegurar concluyentemente que dichas protuberancias sean lo indicado y no unas posibles orejas. Por causa de un desconchado, el cuello no llega a acoplarse con el tronco, el cual se encuentra muy perdido, aunque parece cierto que estuvo ejecutado mediante la técnica de la tinta plana. La consideración de cáprido se concluye, una vez más, por el entorno animalístico que envuelve a la representación, si bien siempre nos cabrá la duda de que dicha atribución sea la correcta; las vacilaciones se incrementan, sobre todo, si nos planteamos la posibilidad de que el arranque de los cuernos no sea tal y que configure en realidad el diseño de dos pequeñas orejas o que la línea antes citada que se halla sobre el hocico de la hipotética cabra represente la única reliquia de una antigua cornamenta ya desaparecida. Las mencionadas alternativas descartarían la atribución caprina de la figura, circunstancia que viene avalada, solamente y ni más ni menos, por el contexto faunístico del



Fig. 9. Zona A del Sector I (parcial).



Fig. 10. Zona A del Sector 1 (parcial).

conjunto que estamos describiendo. Color: casilla E 9 de la tabla 4. Longitud del posible cáprido: 8,5 cm.

10. Restos (Fig. 5.10 y Fig. 10)

Muy atacados por los desconchados y por los corrimientos del pigmento, nos parecen completamente ininterpretables. Como en las figuras anteriores, su coloración se corresponde con la casilla E 9 de la tabla 4 de Llanos y Vegas.

11. Restos (Fig. 5.11 y Fig. 11)

Restos pictóricos muy agredidos por la acción de los desconchados, los cuales han hecho saltar las partes del soporte que se encuentran a ambos lados de lo conservado. Su coloración coincide con la señalada en las otras figuras, aunque tal vez se nos muestre algo menos intensa: tabla 4, casilla D 9. No obstante esta matización y como ya se ha dicho más arriba, somos de la opinión de que las variaciones cromáticas detectadas en los presentes restos —así como en los señalados con los números 12 y 13 y en la mancha n.º 5— son prácticamente inapreciables y que responden más a cuestiones ocasionadas por agentes naturales de índole diversa (filtraciones, desleimientos, concreciones, distintas opacidades de la caliza, etc.) y menos a la utilización real de colores diferentes.

12. Restos (Fig. 5.12 y Fig. 11)

Absolutamente ilegibles, su tonalidad es idéntica a la de los restos precedentes.

13. Restos (Fig. 5.13 y Fig. 12)

Vale lo dicho en el párrafo anterior, salvo en lo que se refiere a un ligero matiz tonal: casilla F 7 de la 4.

Zona B (Fig. 13)

El contenido pictórico de la Zona B del Sector 1 se transforma radicalmente con respecto al que era propio de la Zona A, ya que la parte central del panel se ve ocupada por signos de tipo esquemático que se alejan notablemente, tanto estilística como conceptualmente, del descriptivismo naturalista que acabamos de observar en el panel antedicho.

Por otro lado, los desconchados, tan abundantes en la Zona A, reducen perceptiblemente su presencia, aunque no por ello dejan de existir en número todavía harto considerable. Lo más destacable de la Zona B está constituido por aplicaciones de pasta blanca dispuestas sobre las manifestaciones pintadas, una pasta blanca de composición desconocida —hasta que no sepamos con seguridad dónde pueden efectuarnos el correspondiente análisis no procederemos a la extracción de las muestras necesarias— pero que tiene el aspecto de ser una



Fig. 11. Zona A del Sector 1 (parcial).



Fig. 12. Zona A del Sector 1 (parcial).

masa de índole calcárea; ello sin descartar en absoluto otras posibilidades, como podría ser la que atañe a alguna clase de compuesto de origen orgánico, quizás excrementos de ave rapaz. Esta última eventualidad nos viene suscitada por la pasada ocupación de un entrante elevado de la pared de la cueva por un nido de rapaces o carroñeras, cuyas poluciones fecales manchan la roca situada bajo el cubículo y muestran una apariencia muy próxima a la que nos ofrecen las aplicaciones citadas.

Dichas aplicaciones se extienden por casi toda la superficie de la Zona B (Fig. 13) formando grumos irregulares y amorfos las más de las veces, con la única y posible excepción centrada sobre el signo n.º 1 y la mancha n.º 2, donde la pasta blanca parece querer dibujar una cruz inscrita en un círculo; pese a que los toscos trazos son discontinuos e intermitentes, de grosor variable y desiguales en su forma y contornos, una visión general del conjunto da la impresión de que los citados cruz y círculo no son fruto del azar (véase de nuevo la Fig. 13). Un examen más minucioso y detallado puede contrarrestar hasta cierto punto dicha sensación y dar a la casualidad un mayor porcentaje de intervención en la confección del diseño (Fig. 14).

Los elementos pintados de la Zona B se mueven casi todos en unas coloraciones análogas a las de la Zona A, es decir, en un pardo-vinoso oscuro (casilla F 9 de la 4), aunque tal vez puede apreciarse una mayor variabilidad de tonos en algunos restos aislados.

1. Signo o signos (Fig. 13.1 y 1bis y Fig. 15)

La duda estriba en que ignoramos si nos encontramos ante una sola representación o ante dos figuraciones distintas (1 y 1bis en Fig. 13). La primera posibilidad se basa en la coincidencia cromática —aspecto este no demasiado relevante por darse de igual manera con otras manifestaciones más alejadas— y en el hipotético entroncamiento —sin superposiciones de ningún tipo— de las dos imágenes presentadas: a la derecha tendríamos un signo cruciforme, con un brazo oblicuo, largo y casi rectilíneo, que se ve cruzado por otro más corto y ligeramente curvado (A en Fig. 15); en el extremo superior izquierdo del primero puede percibirse una desviación hacia abajo (B en Fig. 15) que parece que pudiera corresponder a la línea de la derecha, prácticamente desaparecida, del signo en forma de tridente que se encuentra a la izquierda (C en Fig. 15); éste conserva bastante bien el brazo central, más difuminado el siniestro y sólo el arranque del diestro, cuyo extremo superior enlazaría con el aspa cruciforme. De constituir todo el grupo una misma unidad figurativa, estaríamos viendo un signo de evidente complejidad, la significación del cual estaríamos lejos de poder determinar; de ser la mencionada conexión algo meramente casual, se trataría de dos signos mucho más simples (en forma de cruz y en forma de tridente), pero cuyo significado se

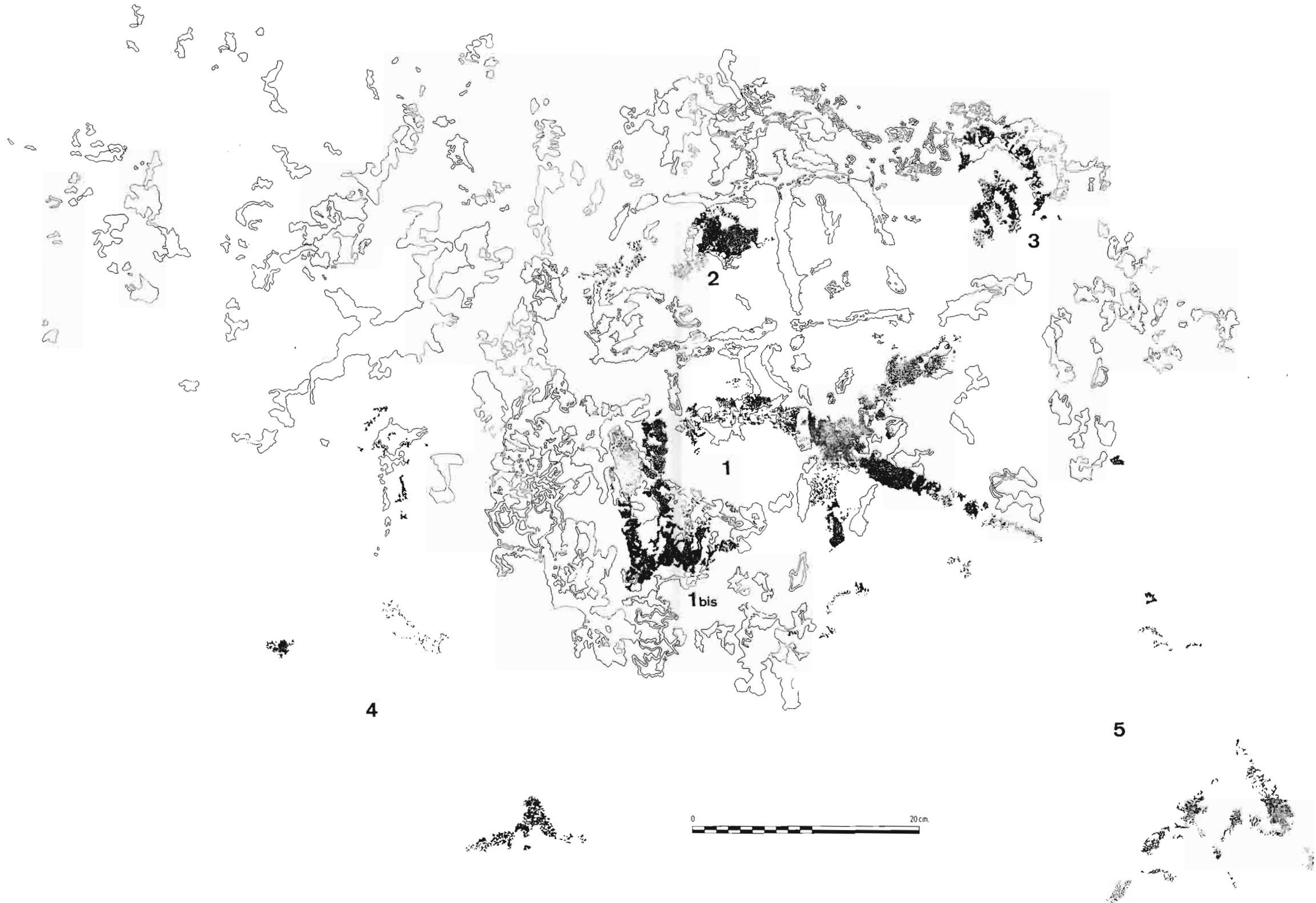


Fig. 13. Zona B del Sector 1.

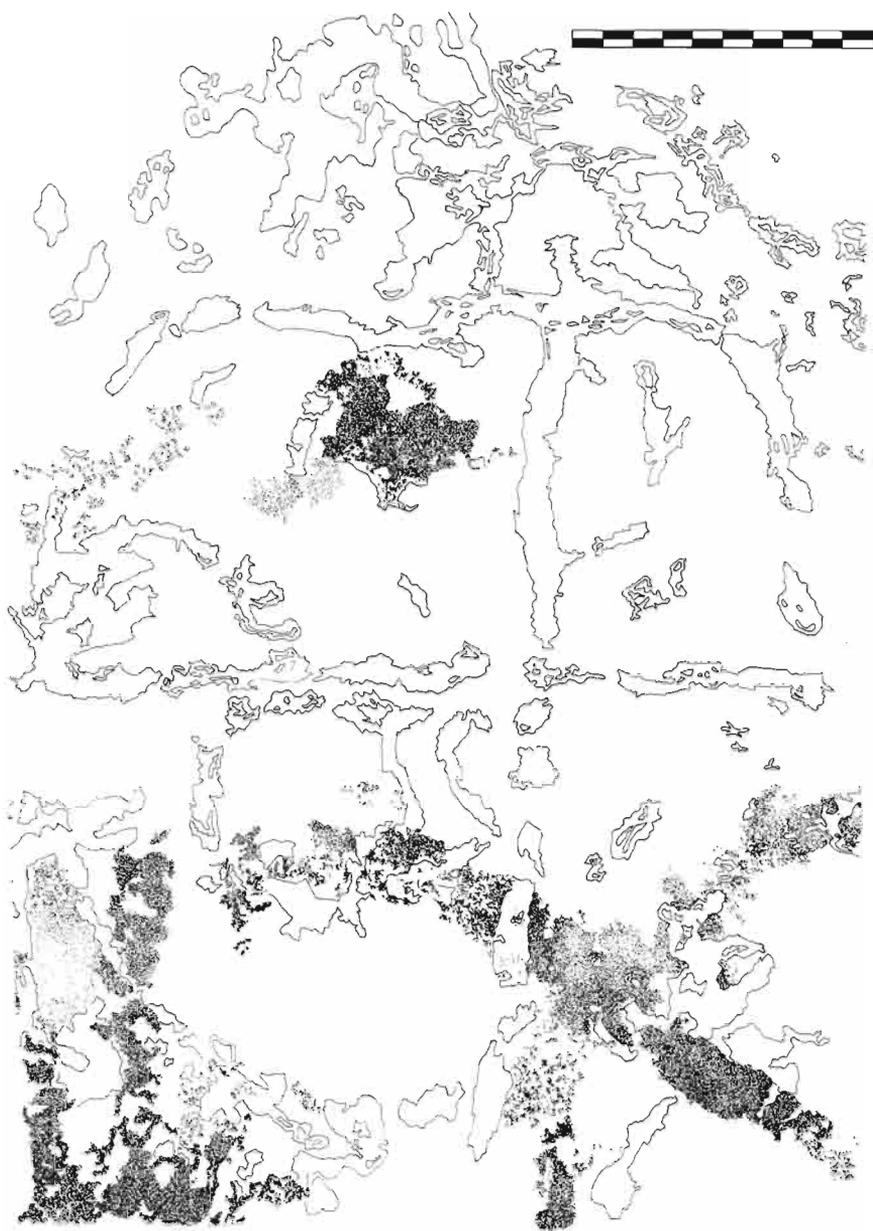


Fig. 14. Zona B del Sector 1 (parcial).

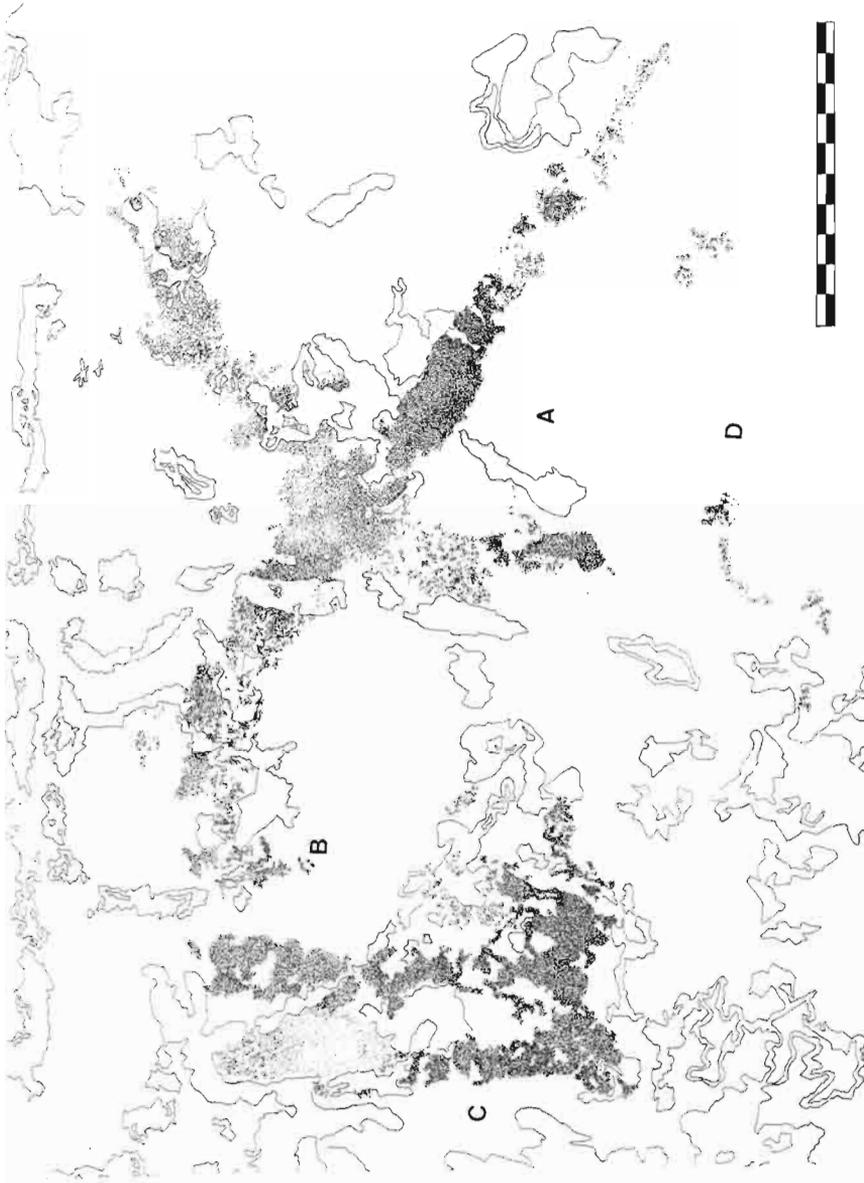


Fig. 15. Zona B del Sector 1 (parcial).

nos seguiría escapando en la misma medida. Debajo del signo n.º 1 pueden distinguirse unos restos aislados y muy difuminados (D en Fig. 15) de idéntico color: casilla F 9 de la tabla 4 de Llanos y Vegas. Longitud del brazo más largo del cruciforme: 32 cm.

2. Mancha (Fig. 13.2 y Fig. 16)

En la misma tonalidad que los signos precedentes, no es posible proceder a su interpretación.

3. Restos (Fig. 13.3 y Fig. 16)

Color parecido al de las figuras ya enumeradas, aunque bastante menos oscuro: 4 D9. Por lo conservado, podríamos describir estos restos como un conjunto de tres arcos de círculo dispuestos concéntricamente y de creciente tamaño en dirección izquierda-derecha, mas lo diluido del pigmento parece indicar que lo que en la actualidad distinguimos puede tener poco que ver con lo que sería el dibujo original, el cual cabe que se haya borrado en buena parte.

4. Restos (Fig. 13.4 y Fig. 17)

Conjunto de restos dispersos ubicados a la izquierda de los signos 1 y 1bis, en el color predominante del panel (4 F9) los que ocupan una posición superior (A en Fig. 17) y en una tonalidad patentemente más sonrosada (4 C9) el que presenta una forma ligeramente angular (B en Fig. 17). Resultan totalmente indescifrables.

5. Restos (Fig. 13.5 y Fig. 18)

Nuevo grupo de restos ilegibles, situados a la derecha de los signos antes citados; los vestigios inferiores presentan una coloración muy similar a la de la figura B del n.º 4, pero todavía menos intensa (tabla 4, casilla C7), mientras que las dos manchitas superiores (A y B en Fig. 18) se acogen al tono más usual (4 F9).

SECTOR 2

Se emplaza inmediatamente a la derecha del Sector 1, a continuación de un ligero saliente formado por la pared rocosa (Fig. 3). Ha sido subdividido también en dos subsectores o zonas siguiendo unos criterios parecidos a los utilizados en el Sector 1, a los que habría que añadir otro nuevo de indudable importancia: en el Sector 2 existe una clara separación física entre uno y otro subsectores. En efecto, en medio del panel ubicado a la izquierda (Zona A) y el que se coloca a la derecha (Zona B), una colada estalagmítica de cierta entidad actúa como elemento de distanciamiento de la Zona A con respecto de la Zona B.

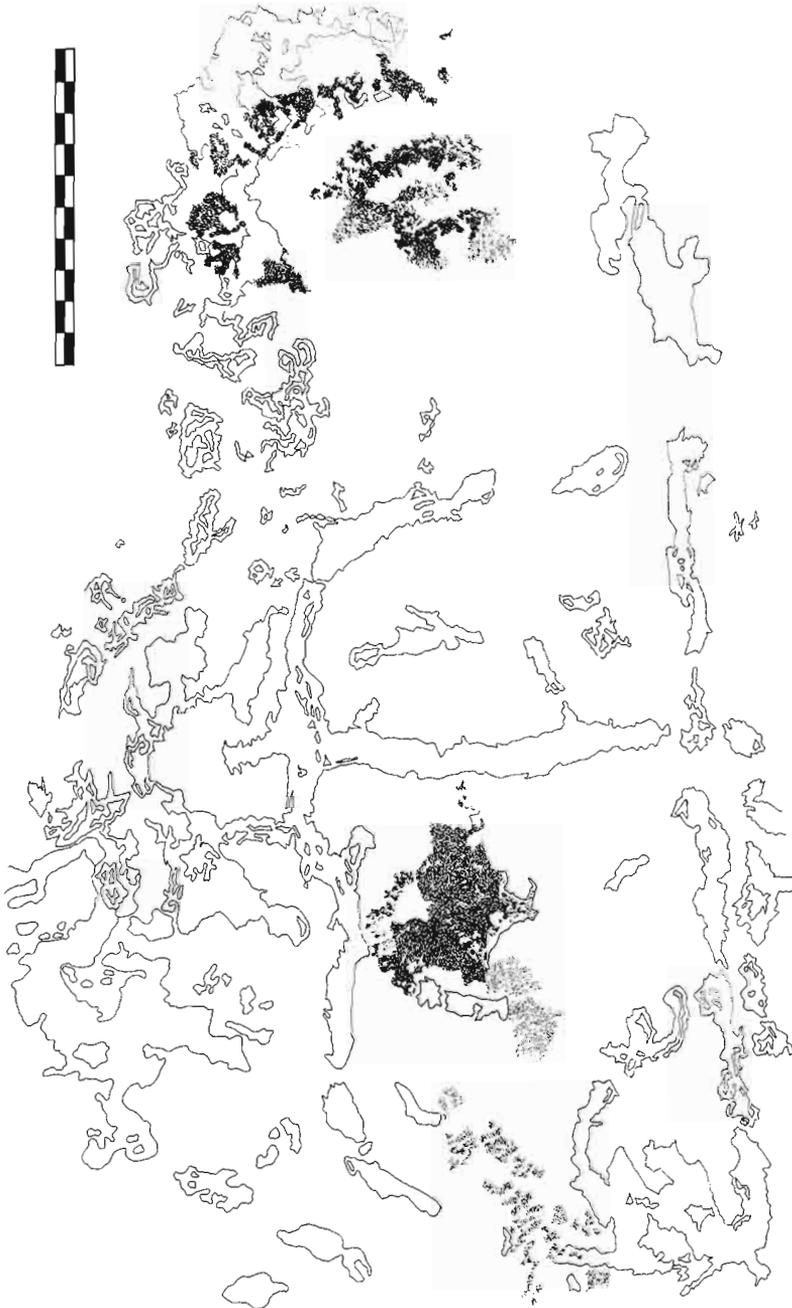


Fig. 16. Zona B del Sector 1 (parcial).



Fig. 17. Zona B del Sector 1 (parcial).

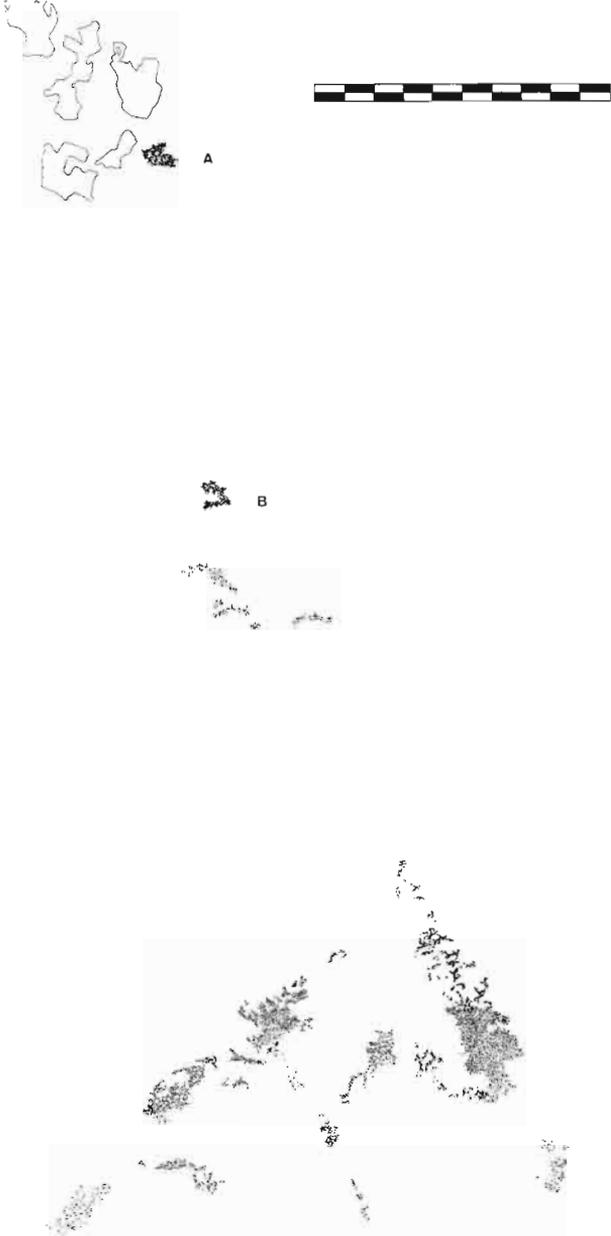


Fig. 18. Zona B del Sector 1 (parcial).

Descripción de las pinturas

Zona A. (Fig. 19)

Corresponde a un segmento del soporte pétreo especialmente ennegrecido, no sólo ya por causa de las algas cianofíceas que se advierten —en mayor o menor medida— en todo el tramo central de la pared de la cavidad, sino también por los efectos del humo; al pie del panel, un recoveco formado por la roca se usó durante mucho tiempo como lugar para encender hogueras por parte de los pastores que encerraban su ganado en la Cueva de Regacéns.

1. Cuadrúpedo (Fig. 19.1 y Fig. 20)

Pintado en negro, la acusada simetría que nos ofrece hizo que albergáramos en principio algunas dudas en cuanto a la correcta identificación de la cabeza y del rabo, ambos apéndices sugeridos por dos simples aditamentos angulares que parten, hacia abajo, del trazo horizontal que quiere reproducir el cuerpo y que se nos muestra bastante diluido. Si la representación no ha sufrido excesivas pérdidas del pigmento en esta parte, parece evidente que la testuz se encontraría a la derecha, donde el trazo angular descendente es de mayores dimensiones, patentiza una inclinación menos vertical y más acorde con el ademán de una cabeza y donde cabe distinguir una oreja (y quizás también la segunda), la prominencia frontal y hasta un hipotético hocico levemente abultado. De todas formas, la conjunción del color negro de la figura con el oscurecimiento del soporte por causa del humo no ayuda demasiado a la hora de proponer una interpretación con garantías plenas. La tosquedad general del dibujo se ve reafirmada por el trazado de las patas, constituidas por cuatro líneas verticales que surgirían del trazo corporal, muy perdido en la zona del teórico arranque. Hay que señalar, sobre el lomo del animal, la presencia de una digitación hecha también en negro.

Si podemos fiarnos de las escasas características somáticas que nos presenta una figuración como ésta, dominada por un tan palmario esquematismo, sería posible interpretar el presente cuadrúpedo como la imagen de un équido, tanto por la conformación de la testa como también por la que incumbe a la cola. Longitud del cuadrúpedo: 17,5 cm.

2. Restos (Fig. 19.2 y Fig. 21)

De un color parecido a los que preponderan en el Sector 1 (casilla F 8 de la tabla 4 de Llanos y Vegas), su desciframiento resulta imposible a menos que se aplique para ello un excesivo grado de imaginación. Lo que sí parece claro es que la mancha ubicada a la derecha debería haber pertenecido a una tinta plana desaparecida en su mayor parte.



Fig. 19. Zona A del Sector 2.

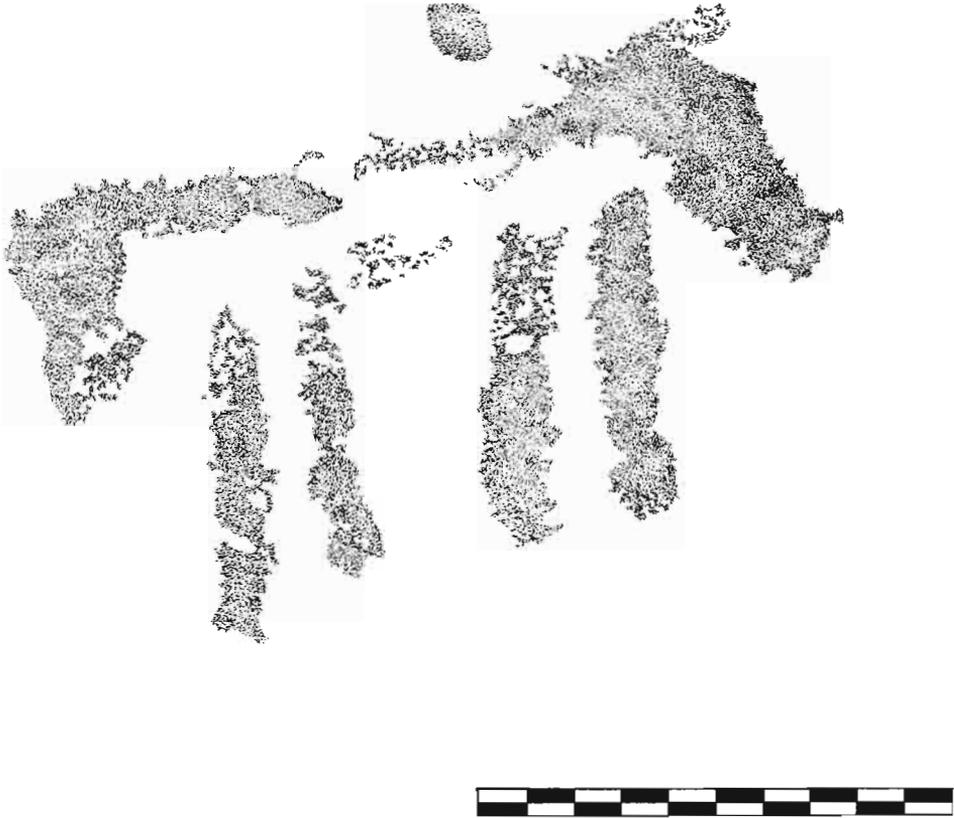
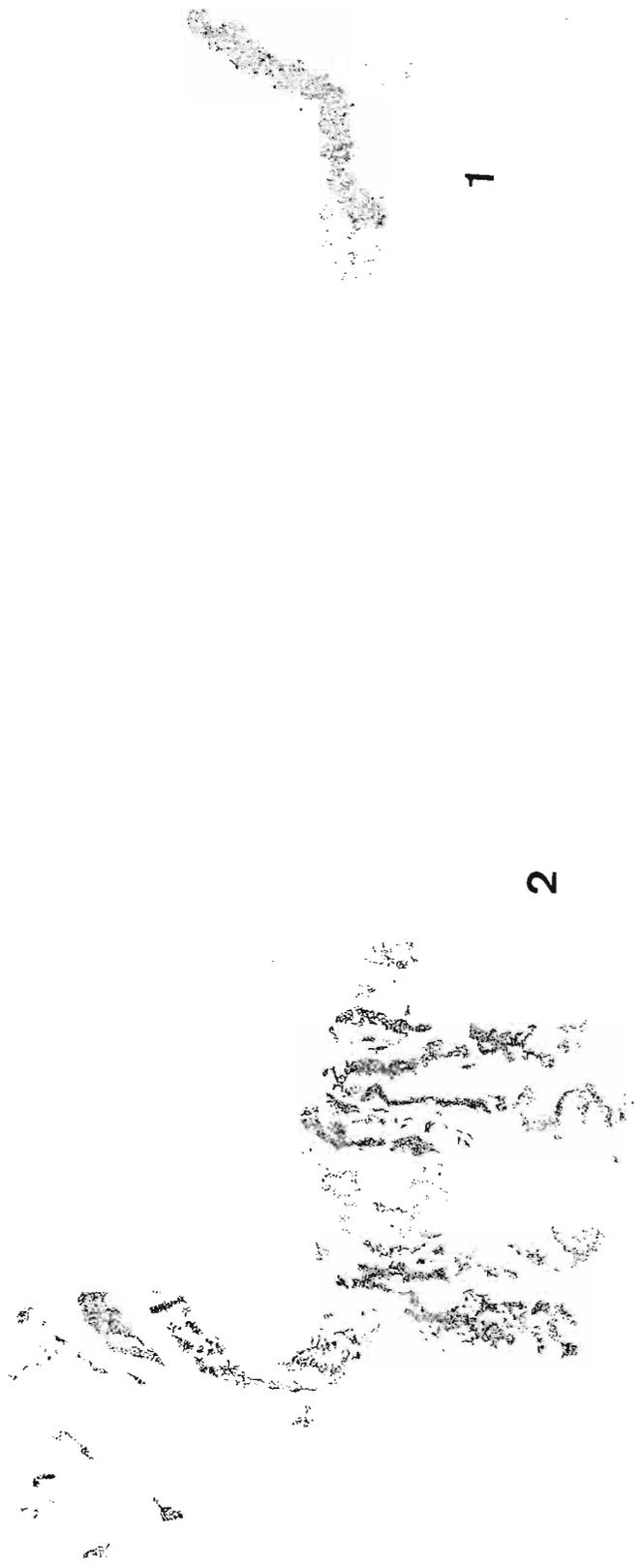


Fig. 20. Zona A del Sector 2 (parcial).



Fig. 21. Zona A del Sector 2 (parcial).



1



2



3



4



5



0

20

Zona B (Fig. 22)

Como ya se ha dicho, ocupa una posición a la derecha de la Zona A, de la que se ve separada por una colada estalagmítica; todavía más a la derecha, una nueva colada viene a delimitar el panel por el otro lado, de modo que el mismo se encuentra flanqueado lateralmente por dos columnas de concreciones calizas que lo singularizan y separan del resto de manifestaciones rupestres. Esta circunstancia ha dado lugar a que las figuras de la Zona B del Sector 2 se hayan visto muy afectadas por las filtraciones y a que se haya producido una mayor disolución de su pigmento en varias de las mismas.

1. Signo (Fig. 22.1 y Fig. 23)

Signo en forma de Y invertida que algún autor no dudaría en clasificar dentro del amplio capítulo de variaciones que la figura humana conoce durante el Arte Esquemático. Muy difuminado en términos generales, pero en particular en el extremo del trazo inferior izquierdo y en la totalidad del desarrollo del inferior derecho. Color: rojo-rosáceo (tabla 4, casilla B7). Altura del signo: 12 cm.

2. Cérvido (?) (Fig. 22.2 y Fig. 24)

Posible representación de un ciervo, difícilmente atribuible como tal a causa de las filtraciones acuosas que han diluido casi enteramente la pintura original. A pesar de todo, parecen observarse restos de la cornamenta, a la izquierda, e incluso algunas de sus ramas; la cabeza se habría borrado por completo, conservándose parcialmente el cuello, el rabo, el tronco y las patas, todo ello muy difuso por razón de un corrimiento en vertical del pigmento, el cual ha producido unas líneas sinuosas de color que parecen seguir el movimiento descendente del agua exudada por la roca. Presenta una tonalidad anaranjada, muy parecida a la de un óxido de hierro, que puede asimilarse a la casilla C9 de la tabla 3 de Llanos y Vegas. Longitud del posible cérvido: 26 cm.

3. Ciervo (Fig. 22.3 y Fig. 25)

Sugestiva figura de un ciervo orientado a la izquierda, cuyo principal interés estriba no tanto en sus discutibles cualidades estéticas, cuanto en que ha sido objeto de un repintado superpuesto que habría tenido probablemente la intención de revalorizar la imagen anteriormente ejecutada. En efecto, un diseño primitivo, efectuado en un color rojo bastante claro (tabla 4, casilla C6), se vería desleído por la acción del agua —de manera análoga a lo que hemos visto en el hipotético cérvido del apartado precedente—, lo cual daría lugar a un burdo repintado posterior, en una tonalidad más oscura, tirando a parduzca (D8 de la tabla 4), que se superpondría a buena parte del cuerpo,



Fig. 23. Zona B del Sector 2 (parcial).



Fig. 24. Zona B del Sector 2 (parcial).



Fig. 25. Zona B del Sector 2 (parcial).

con el rabo incluido, a tres de las patas y un poco a la cabeza y a las astas. El diseño y el pigmento originales pueden distinguirse todavía en algún sector de la hermosa cornamenta, en una porción de la cabeza, en el cuello —aquí la pintura primigenia se halla especialmente disuelta—, en el cuarto anterior del tronco y en la primera de las patas delanteras, la situada más a la izquierda.

La diferenciación entre lo pintado en un principio y lo repintado en una época más tardía —pero indeterminada— no se reduce a las apreciaciones cromáticas expresadas, sino que atañe asimismo a cuestiones estilísticas y de factura. Parece incuestionable que se percibe un evidente contraste entre el diseño de los cuernos rameados, bastante fino y esmerado, y el que se corresponde con las patas, la cola y el cuerpo rehecho, donde la rudeza de trazos es la que impera. Podría plantearse la posibilidad de que existiese una representación inicial de un cérvido, más próxima a las tendencias naturalistas que a cualesquiera otras, la cual, una vez semiborrada, sería en parte sustituida por un dibujo mucho más torpe y descuidado, asemejable en mayor grado a las corrientes más avanzadas de índole esquematizante. A la derecha de la cornamenta del herbívoro se ven unos restos ilegibles de pintura, del mismo color que el que nos muestra el repintado (4 D8). Longitud del cérvido: 19,8 cm.

4. Antropomorfo (Fig. 22.4 y Fig. 26)

Figura humana realizada en una coloración coincidente con la de las zonas redibujadas del ciervo anterior y cuya coincidencia con las mismas bien pudiera hacerse extensiva en lo que se refiere a la tosquedad de ejecución. Si bien a simple vista parece que estamos ante un antropomorfo con los brazos levantados y con la cabeza entre ellos, una observación más minuciosa de la representación hace que alberguemos serias dudas al respecto: partamos de la base de que, de nuevo, el pigmento se encuentra corrido y difuminado, por lo que la separación entre la extremidad superior izquierda y la testa del personaje no resulta todo lo clara que cabría desear. Más delimitada parecería la concerniente al brazo derecho, pero tal circunstancia resulta ser una mera apariencia, ya que dicha supuesta separación viene dada por la presencia de un desconchado que ha desgajado una porción de pintura. Así pues, hay que poner en tela de juicio lo de los brazos hacia arriba rodeando la cabeza. Las piernas son cortas y rollizas, con una pequeña protuberancia en la siniestra que tal vez podría dar a entender la insinuación del sexo. Altura del antropomorfo: 9 cm.

5. Grupo de digitaciones (Fig. 22.5 y Fig. 27)

Conjunto de huellas dactilares en negro, dispuestas, más o menos, en seis líneas horizontales que guardan cierto paralelismo entre sí y cuyo estado de conservación está sujeto a un índice de variabilidad más que notable. Las



Fig. 26. Zona B del Sector 2 (parcial).

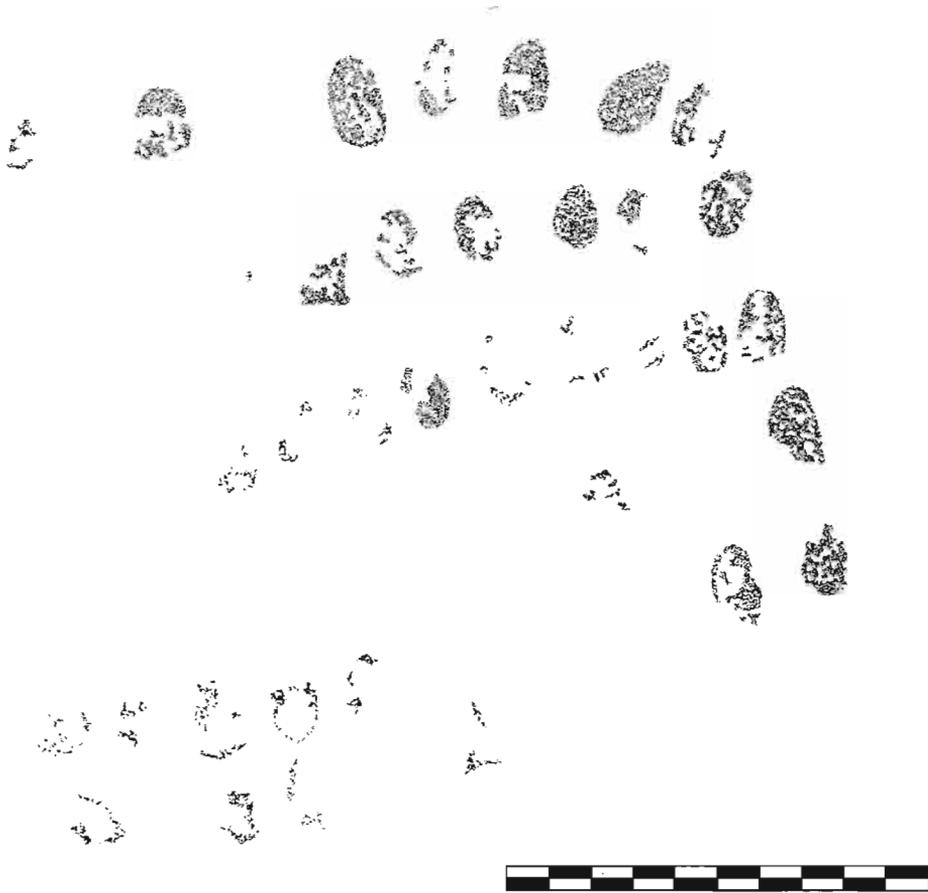


Fig. 27. Zona B del Sector 2 (parcial).

que se han preservado en mejor proporción se corresponden con las dos hileras superiores; son también bastante visibles las dos de la derecha de la tercera y de la quinta filas (contando de arriba abajo), así como la primera de la cuarta. El resto de digitaciones están muy perdidas y resultan realmente difíciles de distinguir.

SECTOR 3

Encaramado en la pared rocosa de una plataforma elevada, ha sido subdividido también en dos subsectores: Zona A, que corresponde a la parte izquierda del panel, y Zona B, a unos 50 cm a la derecha de la primera y que constituye el extremo oriental del conjunto de manifestaciones rupestres que contiene la Cueva de Regacéns. En ambas zonas, las tonalidades rojizas asumen un protagonismo exclusivo, indicando, si acaso, que en la presente ocasión no se da una preponderancia clara de un tipo de color.

Descripción de las pinturas (Fig. 28)

Zona A. (Fig. 29)

Se ubica en un lugar del soporte muy afectado por las coladas estalagmíticas y, en consecuencia, por las filtraciones y por las concreciones calcáreas, las cuales han intervenido negativamente en el estado de conservación de las representaciones pictóricas, disolviendo parcialmente el pigmento en unos casos o cubriendo y enmascarando las figuras en otros.

1. Antropomorfo (Fig. 29.1 y Fig. 30)

Antropomorfo en color pardo-rojizo (casilla E6 de la tabla 4), de difícil interpretación y no sólo por la pérdida de la pintura en determinados puntos: pueden identificarse bien la cabeza, el cuerpo alargado y fino, logrado mediante una simple línea vertical, y las dos piernas, que presentan un aspecto bastante fragmentario; el asunto se complica un tanto en la zona de las extremidades superiores, pues una serie de trazos verticales, más cortos que el del tronco y más o menos paralelos con él, dotan al diseño de una complejidad considerable; en la parte del brazo derecho la pintura está semiborrada e ignoramos cuál sería el trazado del mismo, si estaría puesto en cruz —como parece estarlo el izquierdo— o si se hallaría en descanso e incumbiría a una de las rayas verticales que todavía pueden distinguirse, tal vez a la más cercana al cuerpo; el brazo izquierdó parece estar en posición horizontal y sostener un utensilio angular difícil de reconocer; a lo largo de su desarrollo, irradia hacia abajo una serie de cinco o seis líneas verticales,



Fig. 28. Calco íntegro del Sector 3.

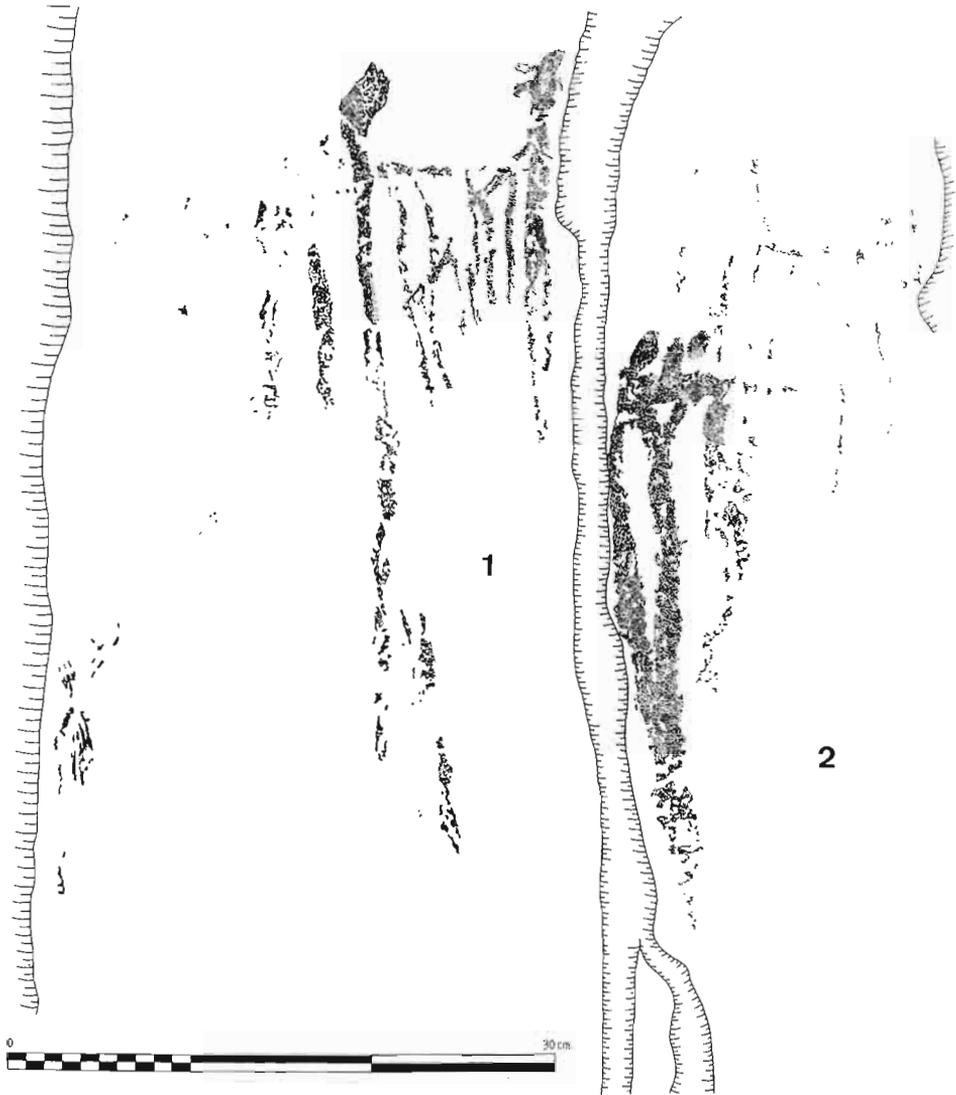


Fig. 29. Zona A del Sector 3.



Fig. 30. Zona A del Sector 3 (parcial).

cuya significación tampoco nos atrevemos a establecer, aunque cabe señalar que Pilar Acosta las descifraría como «un símbolo de fecundidad o abundancia» (3). A la izquierda de las piernas existen unos restos sueltos muy desvanecidos y en idéntica coloración, completamente ilegibles. Longitud del antropomorfo: 44,8 cm.

2. Antropomorfo (Fig. 29.2 y Fig. 31)

Ejecutado en una tonalidad más rojiza y clara que el anterior (tabla 4, C6), tampoco resulta demasiado fácil de interpretar. Para ello hemos estado barajando dos posibilidades, las cuales vamos a exponer a continuación y de las que nos decantaríamos por la segunda en el caso de que tuviéramos que optar necesariamente por una de ellas:

A: antropomorfo de cuerpo triangular, con las piernas que se confunden en un mismo y único trazo vertical, con el brazo izquierdo que ha sufrido un evidente corrimiento del pigmento y con un instrumento alargado en su lado derecho, cuyo extremo superior rebasa la teórica línea de los hombros y termina a la misma altura que la cabeza, pequeña en comparación con la longitud del resto del cuerpo; a la derecha de esta última aparece una digitación.

B: ídolo o figura humana oculados, con cuerpo triangular y con dos largos brazos desproporcionados, los cuales acaban juntándose con la línea vertical central —que representaría las piernas— casi al final de su trazado; el brazo izquierdo está muy perdido, pero parece seguir una dirección similar a la marcada por el derecho. A la derecha de la figura principal pueden observarse varios restos rectilíneos en la misma coloración, prácticamente borrados y absolutamente ininteligibles. Longitud del antropomorfo: 34 cm.

Zona B (Fig. 32)

Se ubica una vez sobrepasado el sector de las coladas estalagmíticas, por lo que sus pinturas se nos muestran menos agredidas por los deslizamientos acuosos y por las concreciones calizas.

1. Mancha y restos (Fig. 32.1 y Fig. 33)

Si bien resulta arriesgado proponer algún significado a lo poco que puede observarse, no nos podemos sustraer de la impresión de hallarnos frente a lo que podrían ser los vestigios de una casi perdida representación naturalista de un animal: la mancha correspondería a lo que resta de la tinta plana de la masa corporal y los trazos inferiores a los extremos de unas posibles patas. Todo ello con las necesarias reservas, claro está. Color: parduzco oscuro, equiparable al de la casilla F6 de la tabla 4 de Llanos y Vegas.



Fig. 31. Zona A del Sector 3 (parcial).

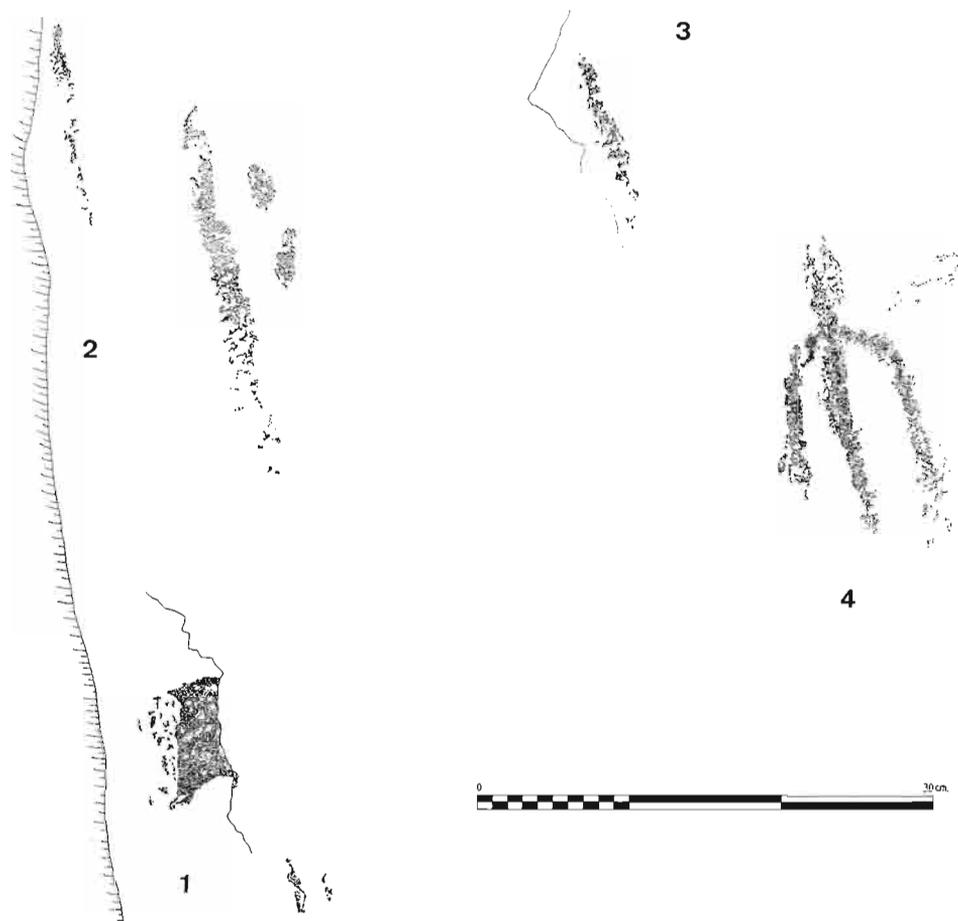


Fig. 32. Zona B del Sector 3.



Fig. 33. Zona B del Sector 3 (parcial).

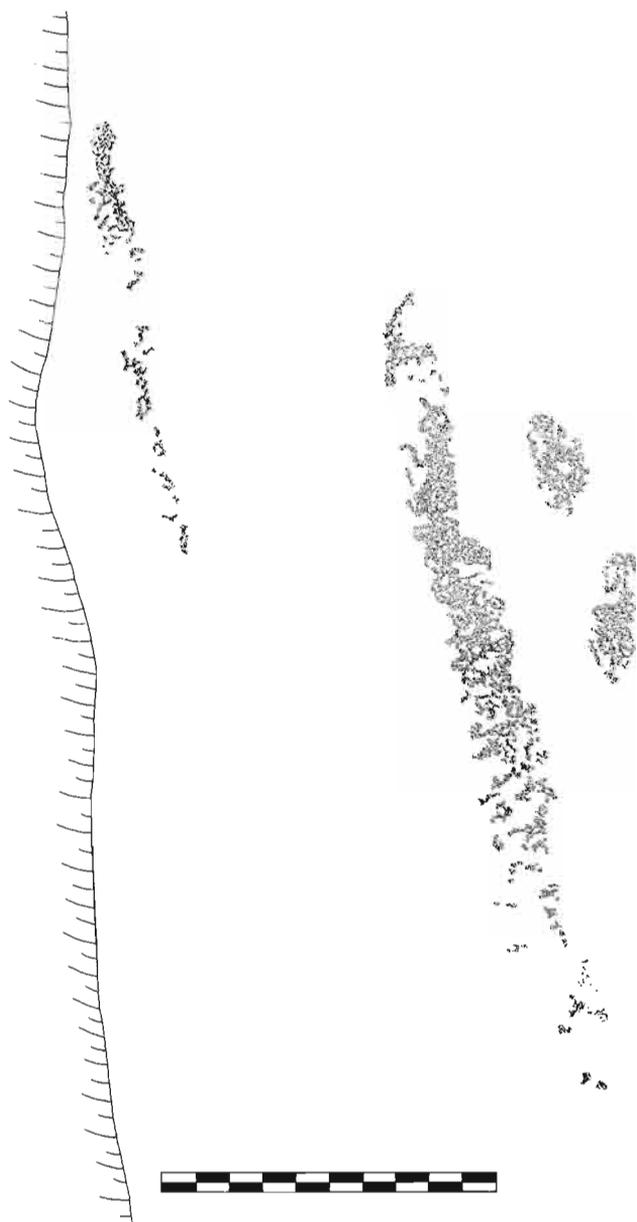


Fig. 34. Zona B del Sector 3 (parcial).



Fig. 35. Zona B del Sector 3 (parcial).



Fig. 36. Zona B del Sector 3 (parcial).

2. Barras (Fig. 32.2 y Fig. 34)

Conjunto formado por dos barras verticales —o casi— seguras, una más fina y corta (la de la izquierda) que la otra (la de la derecha), y por una tercera que parece haber perdido el tramo central de su largura. Están pintadas en un tono muy parecido al del antropomorfo n.º 1 de la Zona A del mismo Sector 3, aunque tal vez algo más claro: casilla E7 de la tabla 4. Longitud de la barra más larga: 25 cm.

3. Barra (Fig. 32.3 y Fig. 35)

Parecida a las precedentes, sólo varía en cuanto a la coloración del pigmento: tabla 4, C6. Longitud de la barra: 12 cm.

4. Antropomorfo (Fig. 32.4 y Fig. 36)

Figura humana del tipo «golondrina», ejecutada originariamente en un color rojo bastante vivo (4, C7) y que presenta un prolongamiento hacia arriba de la cabeza —en principio muy corta, apenas sobresaliendo del trazo de los brazos— realizado en una tonalidad castaña mucho más intensa (4, G8). Longitud del antropomorfo primitivo: 16 cm. Longitud del antropomorfo con el añadido superior: 21 cm.

BIBLIOGRAFÍA

(1)

Obras generales sobre el conjunto del río Vero

- BALDELLOU, V. «Los abrigos pintados del río Vero». *Entremuro*, 80. Barbastro, 1980.
- BALDELLOU, V. «El descubrimiento de los abrigos pintados de Villacantal, en Asque (Colungo-Huesca)». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, VII (1979). Castellón de la Plana, 1982.
- BALDELLOU, V. «Los abrigos pintados del río Vero». *Revista de Arqueología*, 23. Madrid, noviembre de 1982.
- BALDELLOU, V. «El arte levantino del río Vero (Huesca)». *Encuentro de homenaje a Juan Cabré*. Zaragoza, 1984.
- BALDELLOU, V. «En torno al arte levantino del Vero». *Boletín de la Asociación Arqueológica de Castellón*, 4. Castellón de la Plana, 1984.
- BALDELLOU, V. «El arte esquemático y su relación con el levantino en la cuenca alta del Vero». *Coloquio Internacional sobre Arte Esquemático en la Península Ibérica. Salamanca, 1982. Zephyrus*, XXXVI (1983). Salamanca, 1985.
- BALDELLOU, V. «El arte rupestre post-paleolítico del Alto Aragón en el contexto del arte rupestre levantino y esquemático». *III Coloquio de Arte Aragonés. Huesca, 1983*. Zaragoza, 1986.
- BALDELLOU, V. «El arte rupestre post-paleolítico en la zona del río Vero». *Ars Præhistorica*, 3-4 (1984-1985). Sabadell, 1987.

- BALDELLOU, V. «Arte rupestre en la región pirenaica». *Arte rupestre en España*. Madrid, 1987.
- BALDELLOU, V. «El conjunto de pinturas rupestres post-paleolíticas de la cuenca del Vero (Huesca)». *Congreso Internacional de Arte Rupestre. Bajo Aragón Prehistoria*, VII-VIII (1986-1987). Caspe, 1988.
- BALDELLOU, V. «Las pinturas rupestres del río Vero (Huesca)». *Annales*, VI (1989). UNED de Barbastro, 1989.
- BALDELLOU, V. *Guía Arte Rupestre del río Vero*. Parques Culturales de Aragón. Zaragoza, 1991.
- BELTRÁN, A. «Las pinturas rupestres de Colungo (Huesca): Problemas de extensión y relaciones entre el arte paleolítico y el arte levantino». *Caesaraugusta*, 49-50. Zaragoza, 1979.

Obras monográficas

- BALDELLOU, V. *Los covachos pintados de Mallata I y de Mallata B1*. Parques Culturales de Aragón. Zaragoza, 1991.
- BALDELLOU, V. *Los covachos pintados de la partida de Barfaluy*. Parques Culturales de Aragón. Zaragoza, 1992.
- BALDELLOU, V.; PAINAUD, A.; CALVO, M.^a J. «Los abrigos pintados esquemáticos de Quizáns, Cueva Palomera y Tozal de Mallata». *Bajo Aragón Prehistoria*, IV. Caspe-Zaragoza, 1982.
- BALDELLOU, V.; PAINAUD, A.; CALVO, M.^a J. «Las pinturas esquemáticas de Quizáns y Cueva Palomera». *Coloquio Internacional sobre Arte Esquemático en la Península Ibérica. Salamanca, 1982. Zephyrus*, XXXVI (1983). Salamanca, 1985.
- BALDELLOU, V.; PAINAUD, A.; CALVO, M.^a J. «Las pinturas esquemáticas del Tozal de Mallata». *Coloquio Internacional sobre Arte Esquemático en la Península Ibérica. Salamanca, 1982. Zephyrus*, XXXVI (1983). Salamanca, 1985.
- BALDELLOU, V.; PAINAUD, A.; CALVO, M.^a J. «Dos nuevos covachos con pinturas naturalistas en el Vero (Huesca)». *Estudios en Homenaje al Profesor Antonio Beltrán Martínez*. Universidad de Zaragoza, 1986.
- BALDELLOU, V.; PAINAUD, A.; CALVO, M.^a J. «Las pinturas esquemáticas de Mallata B (Huesca)». *Boletín del Museo de Zaragoza*, 4 (1985). Zaragoza, 1988.
- BALDELLOU, V.; PAINAUD, A.; CALVO, M.^a J. «Los covachos pintados de Lecina Superior, del Huerto Raso y de la Artica de Campo (Huesca)». *Bolskan*, 5 (1988). Huesca, 1989.
- BALDELLOU, V.; PAINAUD, A.; CALVO, M.^a J.; AYUSO, P. «Las pinturas esquemáticas de la partida de Barfaluy (Lecina-Bárcabo. Huesca)». *Empúries*, 48-50 (1986-1989). Barcelona, 1993.
- BELTRÁN, A. «Avance al estudio de las pinturas esquemáticas de Lecina». *Homenaje a D. José Esteban Uranga*. Pamplona, 1971.
- BELTRÁN, A. «Las pinturas esquemáticas de Lecina (Huesca)». *Caesaraugusta*, 35-36. Zaragoza, 1971-1972.
- BELTRÁN, A. *Las pinturas esquemáticas de Lecina (Huesca)*. Zaragoza, 1972.
- BELTRÁN, A.; BALDELLOU, V. «Avance al estudio de las cuevas pintadas del Barranco de Villacantal». *Altamira Symposium*. Madrid, 1980.

(2)

Al igual que en trabajos anteriores ya publicados, en un intento de objetivizar al máximo las referencias cromáticas hemos utilizado las tablas de colores de la clasificación elaborada en la obra de LLANOS, A. y VEGAS, J. I. «Ensayo de un método para el estudio y clasificación tipológica de la cerámica». *Estudios de Arqueología Alavesa*, VI. Vitoria, 1974.

(3)

ACOSTA, P. *La pintura rupestre esquemática en España*. Salamanca, 1968. Pág. 78.

NUEVOS VESTIGIOS MEGALÍTICOS EN EL PIRINEO ARAGONÉS

*M.^a Teresa Andrés Rupérez
Luis Millán San Emeterio*

INTRODUCCIÓN

Este trabajo pretende dar a conocer con exactitud los vestigios megalíticos localizados por L. MILLÁN en el verano de 1986 y mencionados luego por T. ANDRÉS en una síntesis del megalitismo aragonés publicada en 1988 sin precisiones de situación o descripción. El presente artículo tratará de completar estos aspectos, al tiempo que colabora en el incremento de localizaciones, dolménicas y asimiladas, que afortunadamente prolifera en los últimos años y que para la zona pirenaica que vamos a tratar cuenta con las noticias recogidas en el artículo de P. UTRILLA y V. ORERA de 1990.

Si el temor a las violaciones ha frenado continuamente el deseo de comunicar la situación de nuevos vestigios prehistóricos, por otro lado cabe pensar que el conocimiento de su localización (aunque esto no salvara a ciertos círculos de piedras y un dolmen del valle de Guarrinza) puede defenderlos de peligros de destrucción por obras, públicas o privadas, o por egoístas acciones de particulares que entienden como privado lo que es patrimonio común. El auge del interés por la naturaleza y su defensa debe ir unido a la conciencia de nuestra larga relación con ella, desde la aparición del hombre sobre la tierra y durante las prolongadas etapas prehistóricas en las que nuestra capacidad destructora era más limitada; la protección de la naturaleza en su indisoluble relación con la historia humana es honrosa obligación de todos y cada uno de nosotros, además de un deber de conciencia en los alejados y solitarios parajes de montaña en los que nosotros mismos somos testigos únicos de nuestras acciones. La publicación de los hallazgos prehistóricos deriva del derecho común de acceder al conocimiento de los datos de nuestro pasado y genera para todos un deber: el de protegerlos.

El ámbito del trabajo, aparte del conjunto de Benasque, se centra en los valles de Aragüés, Canfranc y Tena (Fig. 1), con lo que se acrecienta la densidad megalítica de la zona occidental del Pirineo oscense, prolongando los datos de Zuriza, Guarrinza y Aguas Tuertas.¹ La situación precisa de los datos se expresa en coordenadas geográficas referidas al meridiano de Madrid. Los mapas sobre los que se refleja gráficamente la situación de las estaciones son los siguientes: Mapa Provincial 1:200.000 (Huesca) y Mapa 1:50.000, hoja 145 (Sallent de Gállego), del Instituto Geográfico Nacional. En los casos en que ha sido posible se recurre a la más precisa escala de los mapas montañosos 1:40.000 (Ansó) y 1:25.000 (Candanchú-Astún-Canfranc), de Editorial Alpina (Granollers), y 1:25.000 (valles de Benasque y Gistaín), de la Federación Aragonesa de Montañismo (Ed. Prames, Zaragoza).

Los originales de los croquis a mano alzada que se incluyen de algunos monumentos fueron realizados por L. MILLÁN; consideramos de interés su publicación dadas las alteraciones que han podido sufrir estos vestigios desde 1985.

VALLE DE ARAGÜÉS

Además del conocido dolmen de los prados de Lízara, cuyas coordenadas son 3° 3' 55'' y 4° 46', dado a conocer por ELÓSEGUI y LEIZAOLA (1974) (Fig. 2-1), se localizan dos monumentos más, muy mal conservados, yendo hacia el collado del Foratón.

Accediendo por la pista hasta los llanos de Lízara, donde se encuentra el citado dolmen, hay que seguir el camino que sube al Bisaurín, hacia el este, pasando por una fuente con abrevadero, seguir el camino, que apenas tiene desnivel, hasta otra fuente con abrevadero, a unos 100 metros hacia el sur; en la loma que da vista al barranco «Cueva de la Luz», se encuentran los restos de un dolmen (Fig. 2-2) (3° 2' 45'' y 42° 46' 21''). Consiste en un túmulo poco apreciable, con cráter central de 2,50 m de diámetro por 0,40 m de profundidad (Fig. 3 y Lám. 1); se conserva in situ la losa norte, de caliza, con 1 m de longitud por 0,40 m de altura y 0,20 de grosor; también la losa este, de arenisca roja, conserva su posición original, tiene 0,60 m de largo por 0,55 de alto y 0,15 m de grosor. Hacia el norte, junto al borde de caída de la loma se encuentra una losa de caliza de 1,10 por 0,60 m que podría ser un resto de la cubierta; alrededor del túmulo aparecen otros restos de losas y piedras del galgal.

¹ El área favorecida hasta ahora por la investigación. Desde los trabajos de ALMAGRO (1942 y 1944) y BELTRÁN (1954), los datos bibliográficos que se ocupan de esta zona, articulada por el río Aragón Subordán, son los siguientes: ANDRÉS (1988 y 1992), NAVARRO (1989) y ANDRÉS *et alii* (1989).

Tras pasar el primer abrevadero antes citado, ladeando sin apenas cuesta, poco antes de llegar a la segunda fuente, en una pradera a unos 40 m al suroeste del dolmen anterior, aparecen los restos de un posible círculo de piedras muy alterado (Figs. 2-3 y 4) ($3^{\circ} 2' 46''$ y $42^{\circ} 46' 21''$). Consta de unas 30 piedras de caliza, la mayoría caídas hacia afuera, destacando una con apariencia de menhir de 1,30 m de longitud y 0,3 m de ancho; permanece en pie una sola, hincada en el lado este (Fig. 4).

VALLE DE AÍSA

En este valle localizaron UTRILLA y ORERA (1990: 96) un dolmen, en el Cubilar del Barranco, mencionando además la presencia de piedras de otro posible dolmen en las proximidades y de un túmulo cerca del ibón de Izagra. Al lugar se accede remontando el curso alto del Estarrún y el barranco de Igüer (Fig. 2-4); contorneando una gran pared rocosa se llega a la zona donde se encuentra el refugio y el dolmen (Fig. 5). Describiremos a continuación tres dólmenes más, localizados por L. MILLÁN en 1991.

Desde el citado dolmen primero del Cubilar del Barranco (Lám. 2), hacia el norte, a unos 100 ó 150 m de distancia y 315° del mismo, aunque no es directamente visible por estar situado algo más abajo, en un vallecito, se localiza otro dolmen: Cubilar del Barranco II (Lám. 3), consistente en un galgal de 7 m de diámetro, cubierto de hierba, cuyo relieve es de 20 cm por lado este y 80 cm por el oeste, aflorando por el sur la roca de base; la cámara, orientada N-S, se denuncia por dos losas que miden $1,40 \times 0,70 \times 0,25$ y $1,10 \times 0,50 \times 0,5 - 0,15$ metros de longitud, altura y grosor respectivamente, superpuestas lateralmente unos 40 cm. La posible tapa del dolmen se encuentra al sur del túmulo: es una losa de color marrón claro de 2,30 m de largo por 1,90 m de ancho, debajo de la cual existe un nido de marmotas.

Hacia el este de Cubilar del Barranco I, ligeramente más alto y a 100 ó 150 m de distancia, se encuentra Cubilar del Barranco III (Lám. 4), desde el cual el primer dolmen está a 270° . Posee un túmulo de tierra y piedras de 6 m. de diámetro por 0,20 m de altura. La alterada cámara presenta una losa en el lado oeste, rota en tres pedazos, uno de ellos caído hacia afuera, que mide 1,70 m de largo por 0,90 de alto y 0,30 de grosor; en el lado este dos losas de pizarra, de $50 \times 35 \times 5$ y $80 \times 90 \times 15$ centímetros de longitud, altura y grosor respectivamente. Un posible resto de la cubierta, de caliza, con medidas de 1,10 metros de longitud, 0,90 de anchura y 0,10 de grosor, descansa en el lado sur del túmulo. Desde este dolmen, el siguiente, de Izagra, se ve a lo lejos, a 265° .

Cercano al ibón de Izagra, al oeste del primer dolmen de Cubilar del Barranco, se sitúan los restos de otro (Lám. 5), en el extremo opuesto del

vallecito que se forma en esta zona. Consiste en un túmulo herboso de 17 m de diámetro por 1,50 m de alto, rodeado de un peristalito de unas 40 piedras. La pequeña cámara conserva las losas de los cuatro lados y se orienta E-W; las losas de los lados norte y sur, inclinadas hacia el centro, se apoyan una en otra impidiendo acceder a las medidas de las que forman los lados cortos; la losa norte mide 1,75 m de largo por 0,35-40 de largo y 0,25 de grosor; la del lado sur, 1,55 m de largo, 0,70 de alto y 0,30 de grosor. No se pueden calcular las dimensiones aunque previsiblemente encajarían con las propuestas como idóneas para cista más que para dolmen; la presencia de cierre por los dos lados cortos abona esta impresión de «caja», que se utilizaría removiendo la losa de cubierta.

VALLE DE CANFRANC

Se conocen en este valle varios indicios megalíticos descritos sintéticamente en el trabajo de M.^a A. DOMÍNGUEZ y M.^a J. CALVO (1990), que recoge los dólmenes de Las Truchas, en Astún (DOMÍNGUEZ 1986), y los tres de Villanúa (Las Guixas, Letranz y Tres Peñas), sobre los que nada añadiremos al estar todavía en preparación (por T. ANDRÉS y V. BALDELLOU) la publicación de su planimetría y la somera excavación y limpieza del túmulo del de Las Guixas.

En los valles transversales que desaguan en el Aragón por la izquierda (de norte a sur: Canal Roya, Barranco de Izas y de las Negras y Barranco de Ip), se han localizado varias estaciones o monumentos megalíticos, publicados por P. UTRILLA y V. ORERA en el mencionado trabajo de 1990.

Canal Roya (Fig. 6-1)

Además del dolmen de La Rinconada (Lám. 6) (UTRILLA-ORERA, 1990: 97), mencionan estos autores la presencia posible de otros túmulos en la zona. Esta sugerencia puede referirse a los vestigios de un túmulo y un posible círculo de piedras en las proximidades del dolmen. A unos 20 m del dolmen de La Rinconada y 30° del mismo aparece un túmulo de 6 m de diámetro y 0,30 m de altura con una depresión central de 0,20 m de profundidad y 2 m de diámetro, compuesto de tierra y piedras de pequeño tamaño. A su lado, casi tangente y a 230°, los restos de un posible círculo de piedras de 3,5 m de diámetro en cuyo centro descansa una losa de un metro por 1,40 de superficie y 0,15 m de grosor.

Antes de llegar al conjunto de monumentos descritos, subiendo por La Canal Roya, nada más llegar al valle plano de La Rinconada, conocido como el circo de la Canal Roya, hay una pequeña loma, dejando el camino y cruzando a la izquierda del río (Fig. 7); en lo más alto de la misma aparecen dos magníficos

círculos de piedras (Lám. 7). El más oriental consta de 22 piedras de buen tamaño, de color rojizo y gris, mide 5,5 metros de diámetro; en su centro se aprecia una excavación que parece escarbada por animales. Tangente al mismo por su lado oriental se sitúa el segundo círculo, de 4 metros de diámetro y 19 piedras semejantes a las del anterior en tamaño y colores.

Canal de Izas (Fig. 6 - 2 y 3).

Recogen UTRILLA y ORERA (1990: 28, nota 1) la noticia transmitida por L. MILLÁN de un dolmen en la Canal de Izas, que a su vez le comunicó Txomin Goñi, señalando como consecuencia de sus propias prospecciones la localización de dos dólmenes y varios círculos de piedras; sin embargo, ninguno de los dólmenes localizados por UTRILLA y ORERA son el mencionado primeramente, el cual, situado más arriba, en el Barranco de las Blancas, entre 2000 y 2100 m de altitud, parece que aún no ha sido registrado. En las posteriores prospecciones de L. MILLÁN se añaden dos túmulos más al conjunto megalítico de Izas.

Subiendo por el barranco, entre los dos círculos de piedras situados a 1600 m junto a la cascada de debajo del refugio de Iserías y los dos dólmenes de la explanada del barranco de Blancas, a 1950 m, citados todos ellos por UTRILLA y ORERA, se encuentra un túmulo (Fig. 6-2 y Lám. 8), situado a 15 minutos desde el refugio, a dos metros al norte del camino y a unos 1800 m de altitud; está al borde del barranco de las Negras y su zona norte se va desmoronando, tiene 7 m de diámetro y un metro de altura máxima, con cráter central, apreciándose en la zona de desmorone tumular una losa tumbada de 65 × 60 × 10 cm; en el lado oeste aflora la roca natural del terreno.

Pasados los dos dólmenes de la explanada del barranco de las Blancas (Láms. 9, 10 y 11), a unos 50 metros por encima de los mismos, a 10 m al sur del río, hay un túmulo (Lám. 12), muy visible desde zonas más altas; al norte de este túmulo, al otro lado del río, hay un refugio. Mide el túmulo 12,5 m de diámetro y 1,5 m de altura, es de tierra y piedras cubierto de césped y ostenta una depresión central de 3 m de diámetro y 0,8 m de profundidad.

VALLE DE TENA

Cuenta este valle con los dólmenes más antiguamente conocidos en Aragón: los de Santa Elena, en Biescas. Pero es en sus valles transversales donde en fechas recientes se han localizado abundantes restos que enriquecen el catálogo megalítico aragonés. P. UTRILLA y V. ORERA (1990: 98-99) señalan 6 túmulos en los términos de Tramacastilla y Piedrafita, subiendo a Peña Telera, y un túmulo más junto al ibón de Tramacastilla (*op. cit.*, 99-100). Ante las dudas que estos

degradados y evasivos monumentos ofrecen para su identificación, entre los ya publicados y los localizados por L. MILLÁN en 1986, vamos a describir estos últimos, teniendo en cuenta que han podido sufrir alteraciones posteriores, independientemente de que coincidan o no con los citados por UTRILLA y ORERA.

Barranco de los Campos de Troya (Figs. 6-4, 8 y 9)

Desde el final de la nueva pista hay que seguir hacia arriba por las huellas de rodadas y acercarse por una loma hasta los postes de electricidad; cerca del tercero, antes de llegar a una caseta y próximo a la pista que viene desde la cafetería, se encuentra un túmulo (Lám. 13) de piedras, de 3,8 m de diámetro, poco elevado y con depresión en el centro; la vegetación lo diferencia con pequeños pinos y mirtilos, mientras que en su entorno crece sólo hierba; su situación es $3^{\circ} 17' 09''$ y $42^{\circ} 54' 33''$ y 1905 m s.n.m.

Un poco más arriba del anterior (Fig. 9) subiendo unos diez minutos hay una gran explanada y una caseta metálica circular; a la derecha, en la parte más alta de un pequeño rellano se encuentra un círculo de piedras de 5,3 m de diámetro N-S y 5,6 m E-W, aparentemente tumular, con 30 piedras de diverso tamaño, algunas grandes (Fig. 10 y Lám. 14). Es un monumento importante y al parecer completo que sería aconsejable excavar y reconstruir, enderezando las piedras tumbadas. Su situación es de 1970 m s.n.m., $3^{\circ} 17' 29''$ y $42^{\circ} 45' 47''$.

Barranco de Escarra (Fig. 6-5 y 8)

En el lugar llamado Pocetas de la Cambra (Fig. 8-2) hay tres círculos de piedras de desigual conservación. Para llegar a ellos se toma la pista del ibón de Tramacastilla hasta un puente, desde ahí se sigue en dirección oeste por la izquierda del barranco de Escarra, subiendo hasta un rellano con grandes rocas, unos 20 m más allá de las cuales se ven los círculos; desde ellos se divisa una chabola al otro lado del río, junto a la pista. Están situados estos círculos a 1720 m s.n.m. y $3^{\circ} 18' 02''$ - $42^{\circ} 44' 07''$; el primero de ellos tiene 9 m de diámetro E-W y 9,7 m N-S, consta de 12 piedras; la del este, caída, mide 0,8 m de longitud por 0,2 de anchura; la losa del oeste tiene 1,5 m de largo por 0,6 de ancho y 0,5 de alto. El segundo círculo, completo y bien conservado, se encuentra a 10 m al oeste del anterior, mide 8 m de diámetro E-W y 9 m N-S y lo componen 14 piedras. El tercero, a 7 m al oeste del anterior, conserva el arco oriental, de 8 piedras; tendría 6 m de diámetro.

El puente (Figs. 8-3 y 11)

Este grupo se encuentra algo más abajo del anterior, subiendo por la pista

que lleva al barranco de Escarra, junto a una vaqueriza y a un puente románico arrastrado por una riada; una vez cruzado éste hay que dejar la pista y bajar por el lado izquierdo del río hacia el embalse de Escarra; en un rellano junto al río, a unos 50 m del puente, veremos tumbadas las piedras planas que los pastores usan para dar sal al ganado. Al sur de las saleras y pegado a ellas se encuentra un círculo tumular (I) de 8,5 m de diámetro y formado por 21 piedras; en el centro de la elevación tumular se aprecian también algunas piedras. A 20 m al sur del anterior y muy próximo al río, otro círculo (II) parcialmente desmantelado y con algunas piedras en su interior; permanecen in situ 14 piedras en el arco este. La altitud de estos círculos es de 1625 m s.n.m. y su situación, $3^{\circ} 18' 55''$ y $42^{\circ} 44' 11''$.

Tras cruzar el puente y dejar la pista, a unos 100 m de la misma y bajando hacia el ibón de Escarra tomando el sendero próximo a la vaqueriza (Fig. 11), encontramos un círculo bastante grande (III) atravesado en su centro por el sendero; mide unos 10 m de diámetro, tiene 19 piedras y en torno a alguna de ellas se amontonan grupos de piedras más pequeñas. Su altitud es de 1030 m s.n.m. y su situación, $3^{\circ} 18' 55''$ y $42^{\circ} 44' 16''$.

Justo encima de la granja o vaqueriza, a unos 40 m por encima de ella, al este, encontramos finalmente un dolmen (IV). Tiene un túmulo de 7 m de diámetro con una altura de 15 cm por el lado sur y 40 cm por el norte; presenta ligera depresión en el centro, donde se ven piedras; se aprecia una losa caída y enterrada, de 0,5 m de ancho y 0,75 de largo; otra losa, hincada, mide 0,5 m de alto, 0,5 de ancho y 0,15 de grosor. La altitud es de 1635 m s.n.m. y la situación, $3^{\circ} 18' 48''$ y $42^{\circ} 44' 14''$.

A unos 10 m, en la parte derecha del río que desciende del embalse de Tramacastilla, en su unión con el río de Escarra, se encuentra un túmulo (V), formado por piedras, con depresión central; mide 9,5 m de eje E-W y 8,5 m de eje N-S, con una altura de 20 cm. A su lado pudo haber otro túmulo, hoy muy desfigurado. Se encuentra a 1625 m s.n.m y $3^{\circ} 18' 58''$ y $42^{\circ} 44' 09''$.

Barranco de Lordeci (¿Ordecit?) (Figs. 8-4 y 11)

Subiendo por la pista hacia el ibón de Tramacastilla, a unos 1660 m s.n.m. y entre $3^{\circ} 18' 50''$ y $3^{\circ} 18' 51''$ de longitud y $42^{\circ} 43' 40''$ y $42^{\circ} 43' 44''$ de latitud, se encuentran vestigios de hasta nueve monumentos, dos círculos, algunos túmulos y restos de dos o tres posibles dólmenes, casi todos muy destruidos.

En el croquis de la figura 11 se presenta su situación respecto a la pista y el río. Subiendo, a la izquierda de la pista, hay un círculo (I), de 8 m de eje N-S y 8,5 m de eje E-W; tiene 26 piedras, una de ellas caída hacia afuera en el lado W que mide 95 cm de longitud. A 1,8 m al norte se encuentra otro círculo (II) que

conserva casi todas sus piedras, con 8 m en dirección N-S y 8,4 m en dirección E-W; la losa del sur, caída hacia afuera, mide 1,05 m de largo por 0,85 de ancho; otra losa caída en el lado NW mide 1,3 m de largo por 0,55 de ancho; la losa del norte se mantiene en pie, con 0,4 m de alto por 0,6 de anchura.

Al otro lado de la pista, a 10 m al oeste del anterior círculo, hay un túmulo (III), rodeado de peristalito o círculo tumular, de 5,25 m de diámetro, 21 piedras y pequeña elevación central con un conjunto de piedras que parecen formar otro círculo de 1,4 m de diámetro.

A seis metros a la derecha de la pista se hallan los restos de un posible dolmen (IV), hoy reducido a un túmulo oval de piedras de 9,7 m de eje N-S y 9,3 m de eje E-W, que aflora del suelo unos 30 cm; presenta un cráter central de 3,5 m de largo por 1,8 m de ancho en el que aparece tumbada una losa veteadada de blanco de 1,4 m de largo por 0,5 de ancho. Fuera del túmulo hay otra losa, tumbada en el lado norte, igualmente veteadada, que mide 1,25 m de largo por 0,4 de ancho. Enfrente de este posible dolmen, al otro lado de la pista, aparecen dos protuberancias tumulares (V y VI), de dudoso carácter prehistórico.

El último conjunto del barranco Lordeci consta de tres túmulos (VII, VIII y IX), con depresión central que quizá pudiera haber contenido una cista, aunque no quedan rastros de losas por el entorno. El VII tiene 4,3 m de diámetro y una altura difícil de apreciar que oscila entre 0,2 y 0,3 m; carece de piedras en la parte central. El túmulo VIII se halla a 8 m al SW del anterior, de forma oval, mide 7,5 m de diámetro N-S y 6 m en dirección E-W, su altura es de unos 30 cm; la depresión central, carente de piedras, mide 2,5 m de diámetro y 0,2 de profundidad. El túmulo IX se sitúa a 5 m al oeste de la pista y a 2 m al este del arroyo; como los anteriores, se compone de piedras y tierra, mide 8 m de diámetro por 0,3 de altura, su depresión central tiene 3 m de diámetro y 0,25 de profundidad. Estas formas anulares de piedras, con amplio espacio interior limpio de las mismas, resultan sospechosas de haber servido de asiento y cimentación a cabañas de materia vegetal.

Cerro del ibón de Tramacastilla (Fig. 8-4)

En el cerro que domina el ibón, a unos 1680 m s.n.m., se sitúa un círculo de piedras que por la descripción coincide con el publicado en breve nota por ELÓSEGUI (1967), aunque sus coordenadas (3° 18' 56'' y 42° 43' 33'') no coinciden con las señaladas por dicho autor (3° 19' 20'' y 42° 43' 40''). El círculo, tumular y bien conservado, consta de seis piedras de unos 60 cm de altura y otra igual en el centro; mide unos 8 m de diámetro.

Ibón de Sabocos

Haremos un pequeño añadido a la noticia de un dolmen en las proximidades

de este ibón, publicada por UTRILLA y ORERA (1990: 98): se trata de tres túmulos no muy grandes ni apreciables pero cuya presencia conviene registrar en previsión de futuras definiciones de su carácter. Su situación se expone en el croquis de la figura 12; subiendo al ibón de Sabocos, una vez llegados al dolmen (Lám. 15), se toma un sendero a la derecha que lleva a un pequeño collado a unos 100 m del mismo; nada más franquearlo se encuentran los tres túmulos. El situado más al norte mide 4 m de diámetro y de 0,2 a 0,4 m de altura; está compuesto de piedras de tamaño grande. El túmulo central tiene forma anular, con piedras sólo en la periferia, y está cubierto de hierba; mide 4 m de diámetro. El tercero y más meridional es también el mayor de los tres, mide 7 m de diámetro, unos 0,2 de altura y ostenta ligera depresión central en la que aparecen dos piedras.

En visita efectuada por L. MILLÁN a la zona en 1991, se realizó un croquis a mano alzada del dolmen de Sabocos, el cual ofrecemos en la figura 13 como dato complementario para el mismo, pues al parecer se ha retirado el muro —posible resto de cabaña pastoril—, construido con las piedras del túmulo, que se apoyaba en la única piedra de la cámara que quedaba en pie (según consta en la descripción de UTRILLA y ORERA). Actualmente la cámara es más apreciable, así como las dimensiones de las losas; la cámara se orienta N-S, la losa norte permanece hincada y mide 0,9 m de largo por otro tanto de alto y 0,2 m de grosor; la losa del oeste, hincada in situ pero inclinada, tiene 1,6 m de largo por 1,15 de alto y 0,2 de grosor; la losa oriental se inclina hacia el oeste y mide 1,4 m de largo por 1 m de altura y 0,2 de grosor; en contacto con las anteriores aparecen sendas losas tumbadas, una hacia el norte, que mide 1,2 m de longitud por 0,6-0,8 de anchura y 0,15-0,2 de grosor; la tumbada en el este puede ser la tapa de la cámara y tiene 1,6 m de largo, 1,2 y 0,3 m de anchura en las bases de su forma trapezoidal y de 0,15 a 0,2 m de grosor.

VALLE DE BENASQUE

Aunque alejados del núcleo centro-occidental del Pirineo aragonés, protagonista de este trabajo, damos noticia de algunos monumentos localizados por L. MILLÁN en junio de 1991 en el extremo oriental, en el término de Benasque, en cuya cuenca del Ésera fue ya mencionado por V. BALDELLOU (1981) un dudoso dolmen en el barranco de Estós.

Zona de Remuñé (Fig. 14-1)

En un llano, entre la desembocadura del barranco de Remuñé y el Ésera, al pie de la Corona de Remuñé, a la altura y debajo del mojón kilométrico 109 de la

inacabada carretera a Francia, se encuentra un círculo (Lám. 16) con 17 piedras grandes de granito del lugar. Tiene 5 m de eje E-W y 4,7 de eje N-S.

Plan de Sarra

En el amplio llano que forma el Ésera al pie del Espital de Benás, se localizan otros tres vestigios prehistóricos. El primero (Fig. 14-2) es un túmulo (Lám. 18) situado en la orilla izquierda del Ésera, entre éste y la carretera que sube al refugio de la Renclusa, a los pocos metros de cruzar el río. Tiene 12 m de diámetro y alcanza una altura de 1,5 m por el lado oeste, mientras que por el este sólo tiene 0,3 m. Se compone de tierra y piedras, actualmente cubierto de hierba como la pradera circundante, con cráter central de 6 m de diámetro por 1,5 m de profundidad.

Un poco más arriba del túmulo e igualmente en la margen izquierda del río, en una explanada en la que crecen pinos en la proximidad, hay dos círculos de piedras (Fig. 14-3): el primero (Lám. 17) tiene 5 m de diámetro y 35 piedras de diferentes tamaños y ostenta una depresión central de forma cuadrada, de 2,5 m de lado por 0,5 de profundidad. El segundo se encuentra a 30 m al este del anterior, es de piedras pequeñas y poco apreciables en la superficie, se pueden contar 7 de ellas y tiene 5 m de diámetro con ligera depresión central.

BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO BASCH, Martín (1942 y 1944): La cultura megalítica en el Alto Aragón, *Ampurias IV*: 155 y ss. y *Ampurias VI*: 113 y ss.
- ANDRÉS RUPÉREZ, M.^a Teresa (1988 y 1992): La estación megalítica de Guarrinza (Echo- Ansó, Huesca). Campañas de 1973 y 1974. 1.^a parte, *Bolskan 5*: 117-145; 2.^a parte, *Bolskan 9*: 69-116.
- ANDRÉS RUPÉREZ, M.^a Teresa (1988): Megalitismo: Aragón, *El megalitismo en los países de la Corona de Aragón*, Col. *La Corona de Aragón*, vol. I (Ed. Aragó, S. A.), Barcelona-Zaragoza.
- ANDRÉS, M.^a T.; GERRARD, Ch.; GUTIÉRREZ, A.; LORENZO, J. I.; NAVARRO, J.; NAVAS, L.; TORRIJO, A. (1989): Investigaciones dolménicas en el alto valle del Aragón Subordán (Campaña de 1988), *Bolskan 6*: 33-57.
- BALDELLOU, Vicente (1981): El Neo-eneolítico Altoaragonés, *I Reunión de Prehistoria Aragonesa*: 57-90, Huesca.
- BELTRÁN MARTÍNEZ, Antonio (1954): Noticia sobre exploraciones dolménicas, *Caesar Augusta 4*: 125-130.
- DOMÍNGUEZ ARRANZ, Almudena (1986): El yacimiento megalítico de Astún (Jaca, Huesca); informe preliminar, *Arqueología Aragonesa 86* (Diputación General de Aragón).

- DOMÍNGUEZ ARRANZ, Almudena; CALVO CIRIA, M.^a José (1990): *La arquitectura megalítica*, Cuadernos Altoaragoneses de Trabajo, n.º 14 (Instituto de Estudios Altoaragoneses), Huesca.
- ELÓSEGUI AMUNDARAIN, José M.^a (1967): Dos notas sobre cromlech, *Munibe* 3-4: 325.
- ELÓSEGUI, José M.^a y LEIZAOLA, Fermín (1974): Nuevo dolmen en el Pirineo oscense (Aragüés del Puerto), *Munibe XXVI*, fasc. 1-2: 99-102.
- NAVARRO CHUECA, Francisco Javier (1989): El megalitismo en la cuenca alta del río Aragón Subordán (prospecciones 1987-1988), *Bolskan* 6: 59-84.
- UTRILLA MIRANDA, Pilar; ORERA CLEMENTE, Víctor (1990): Tres nuevos dólmenes en los valles centrales del Pirineo oscense, *Estado Actual de la Arqueología en Aragón*, vol. II: 95-106 (Institución Fernando el Católico), Zaragoza.

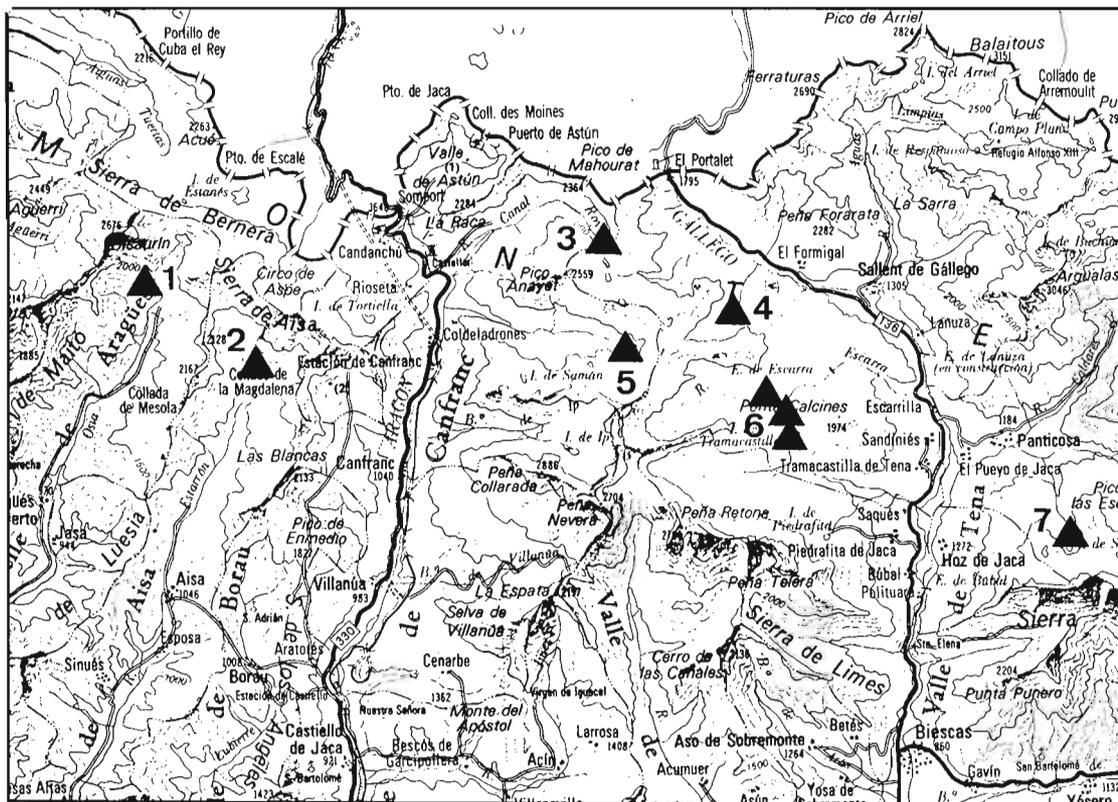


Figura 1. Situación general de las estaciones descritas en el texto (salvo Benasque). 1: valle de Aragüés, 2: valle de Aísa, 3: Canal Roya, 4: barranco de los Campos de Troya, 5: canal de Izas, 6: barranco de Escarra, El Puente y Lordeci, 7: ibón de Sabocos.

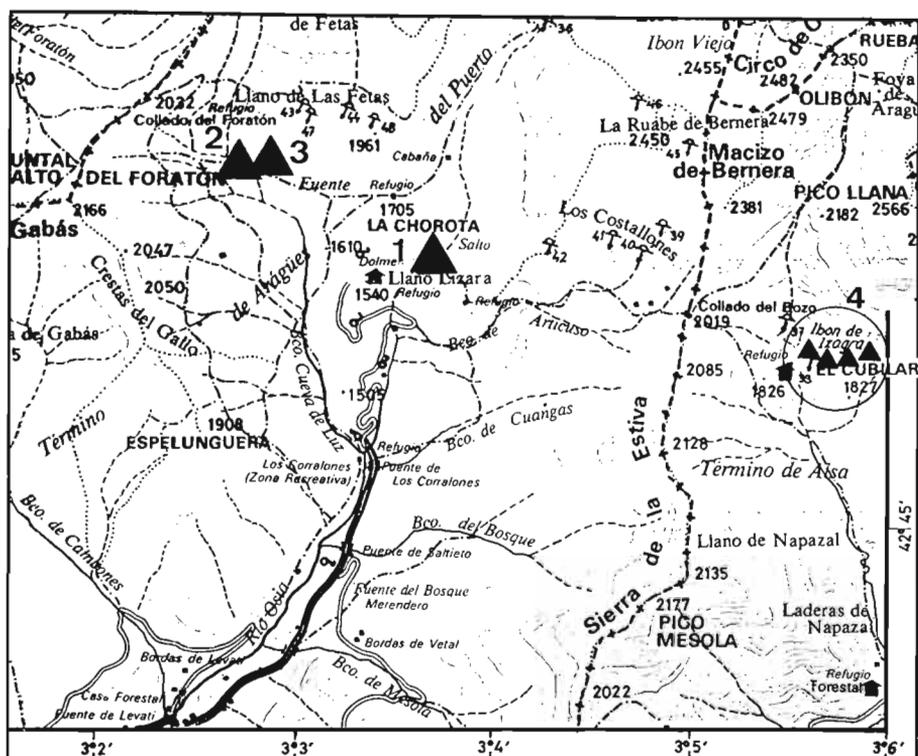


Figura 2. Estaciones de Aragués y Aísa. 1: dolmen de Lizara, 2: dolmen del Foratón, 3: círculo del Foratón, 4: dólmenes del Cubilar e Izagra.

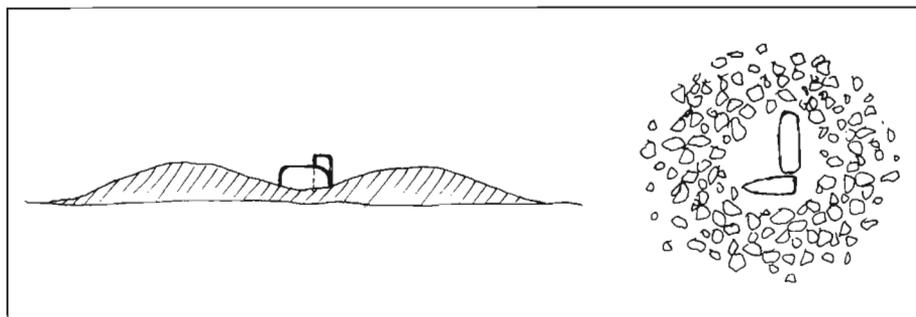


Figura 3. Croquis a mano alzada del dolmen del Foratón.

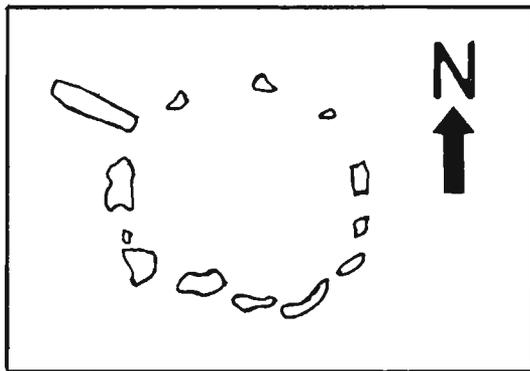


Figura 4. Croquis a mano alzada del círculo de piedras del Foratón.

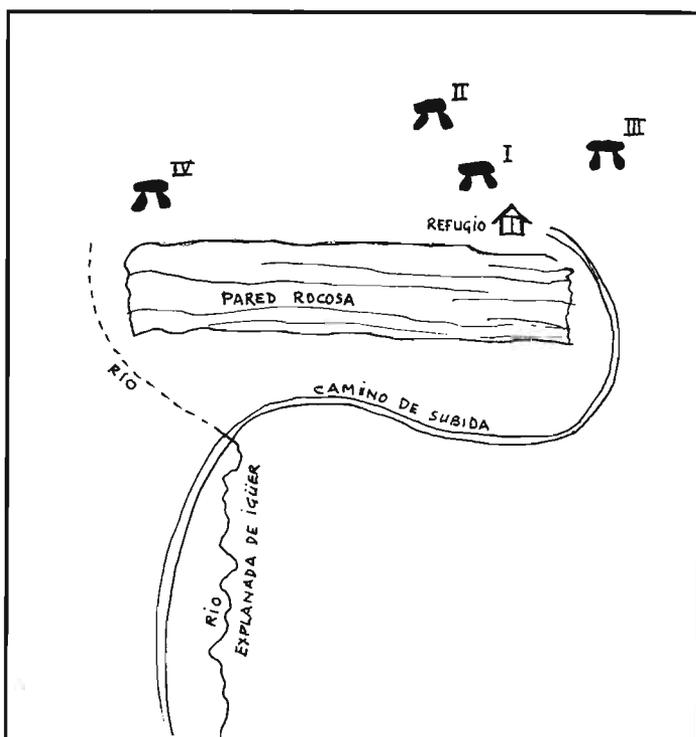


Figura 5. Croquis de localización de los dólmenes del Cubilar del Barranco e ibón de Izagra (valle de Aísa).

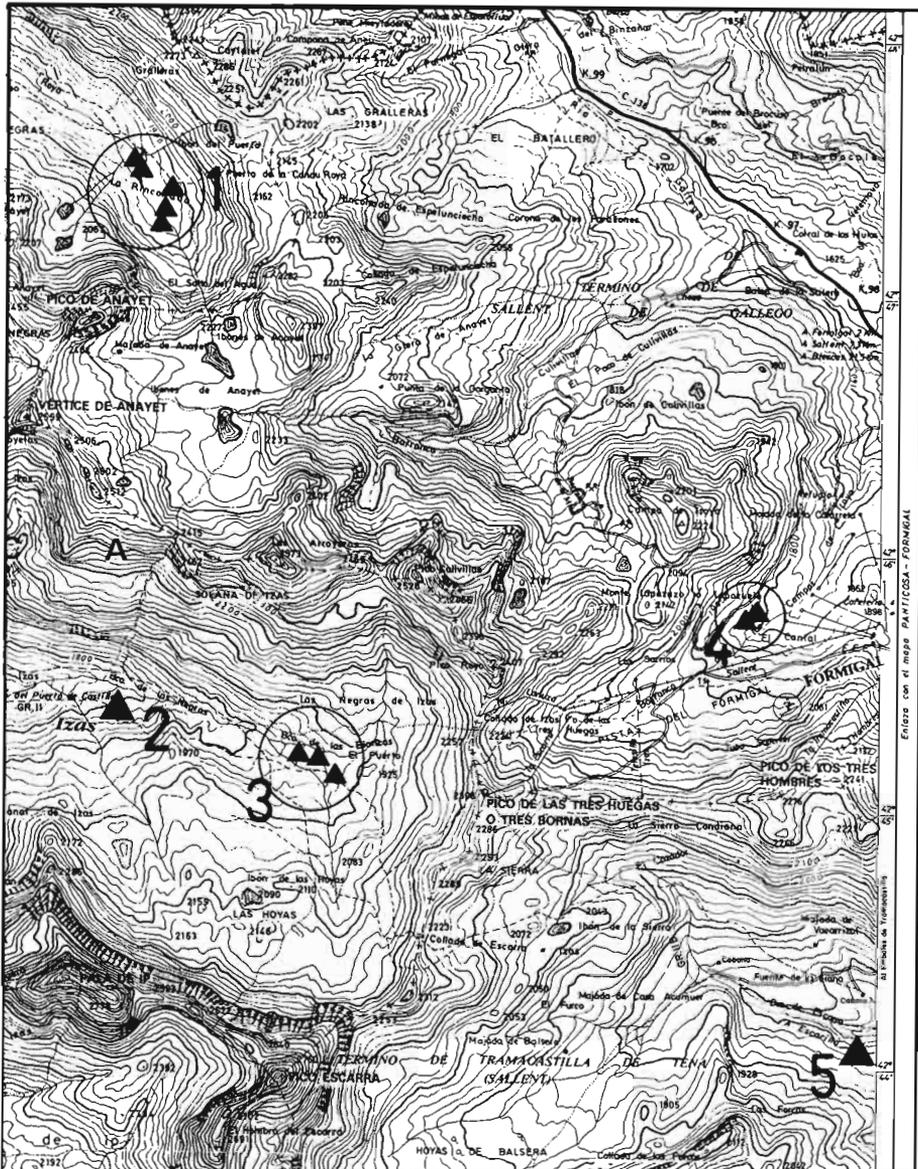


Figura 6. Situación de las estaciones de la Canal Royo (1), canal de Izas: barranco de las Negras (2), canal de Izas: barranco de las Blancas (3), barranco de los Campos de Troya (4) y barranco de Escarra (5).

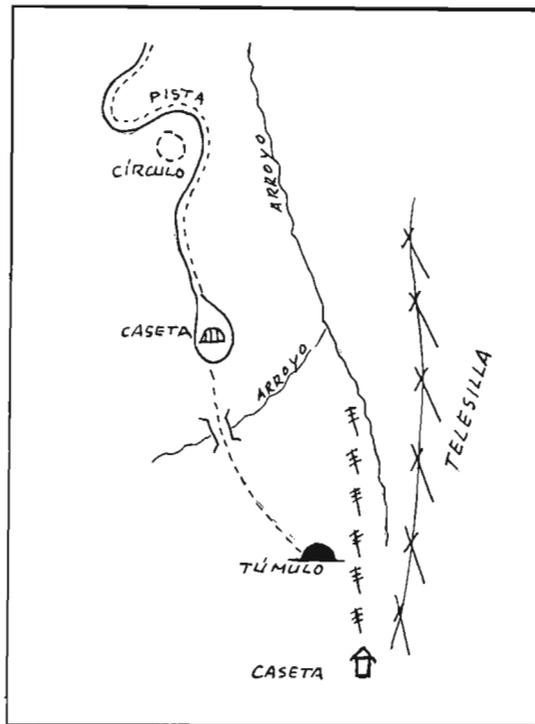


Figura 9. Croquis de localización de los monumentos del barranco de los Campos de Troya.

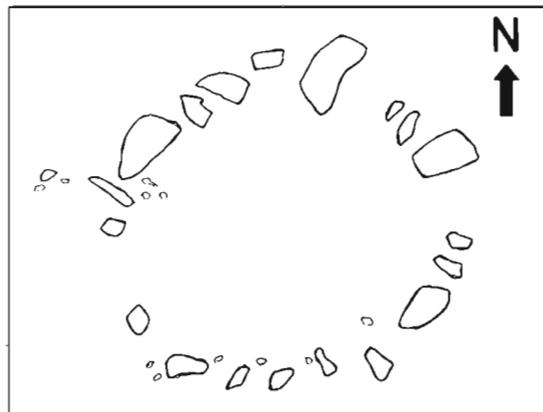


Figura 10. Croquis a mano alzada del círculo del barranco de los Campos de Troya.

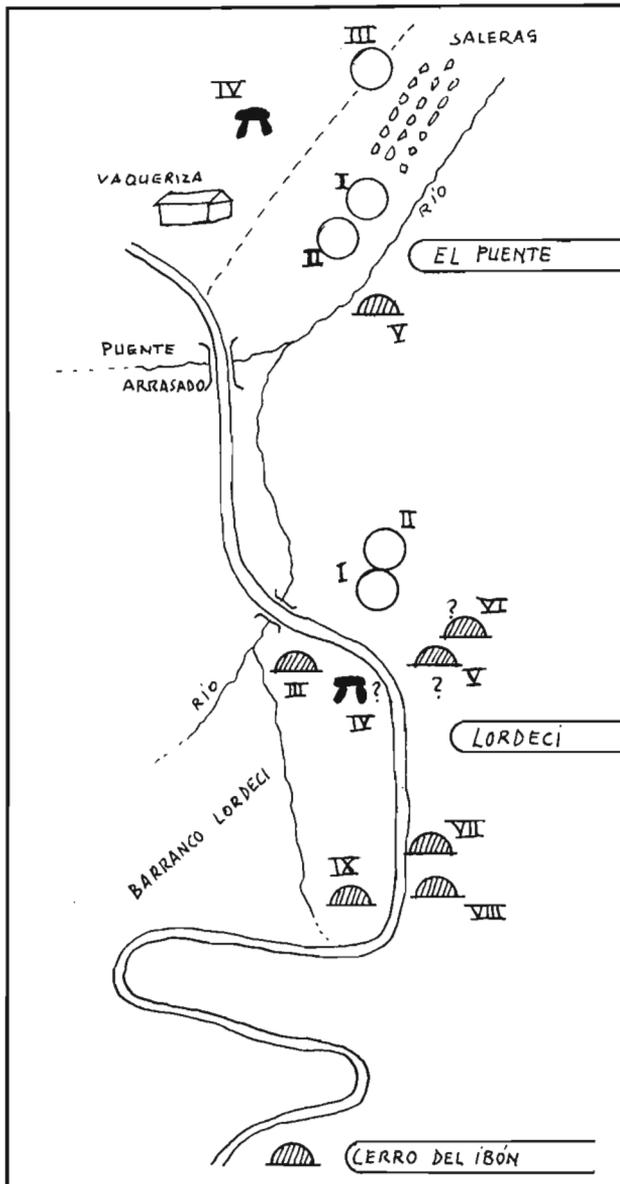


Figura 11. Croquis de situación de los monumentos de El Puente, barranco Lordeci y cerro del ibón de Tramacastilla.

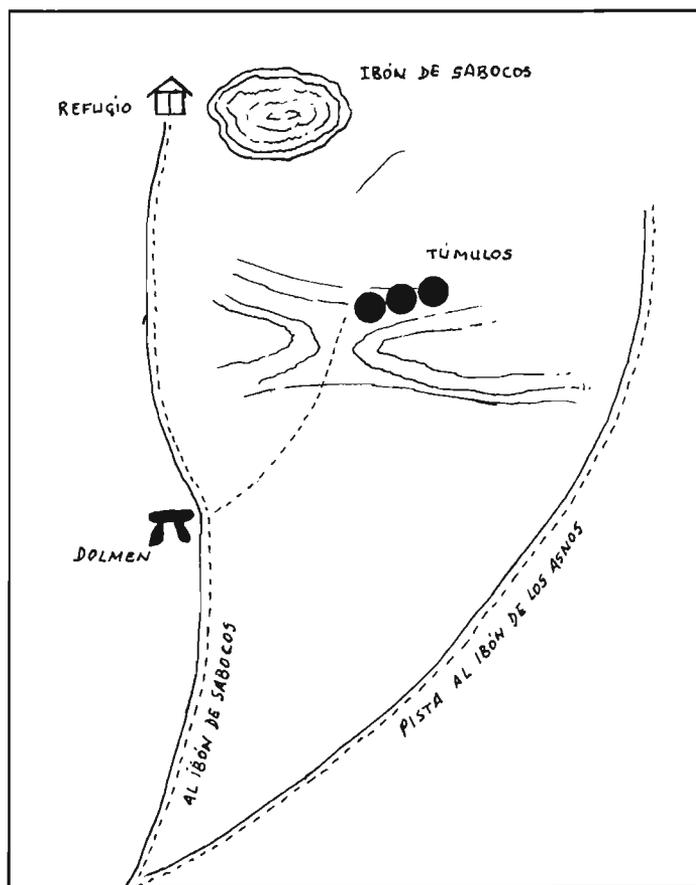


Figura 12. Croquis de localización de los túmulos del ibón de Sabocos.

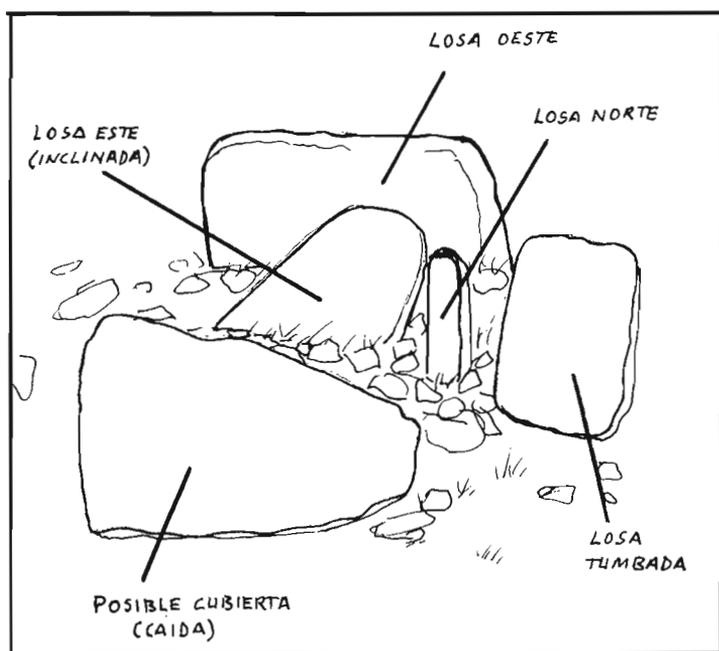


Figura 13. Croquis a mano alzada del dolmen del ibón de Sabocos.

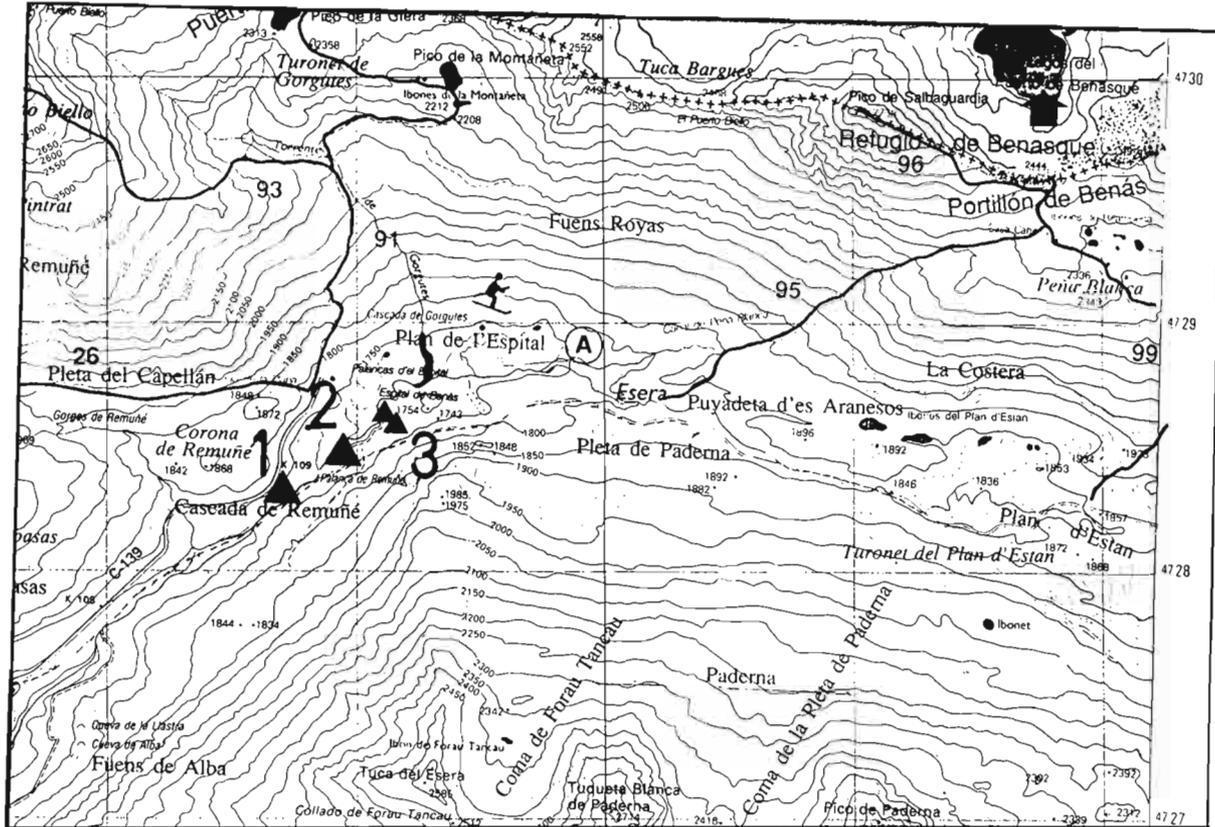


Figura 14. Situación de los monumentos del término de Benasque. 1: círculo de Remuñé, 2: túmulo del Plan de Sarra, 3: círculos del Plan de Sarra.

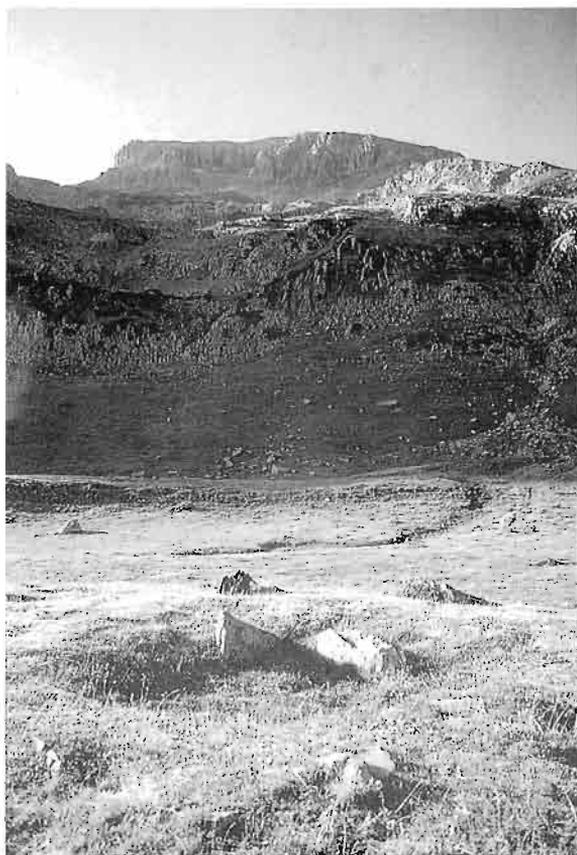


Lámina 1. Dolmen del Foratón.



Lámina 2. Dolmen del Cubilar del Barranco I.

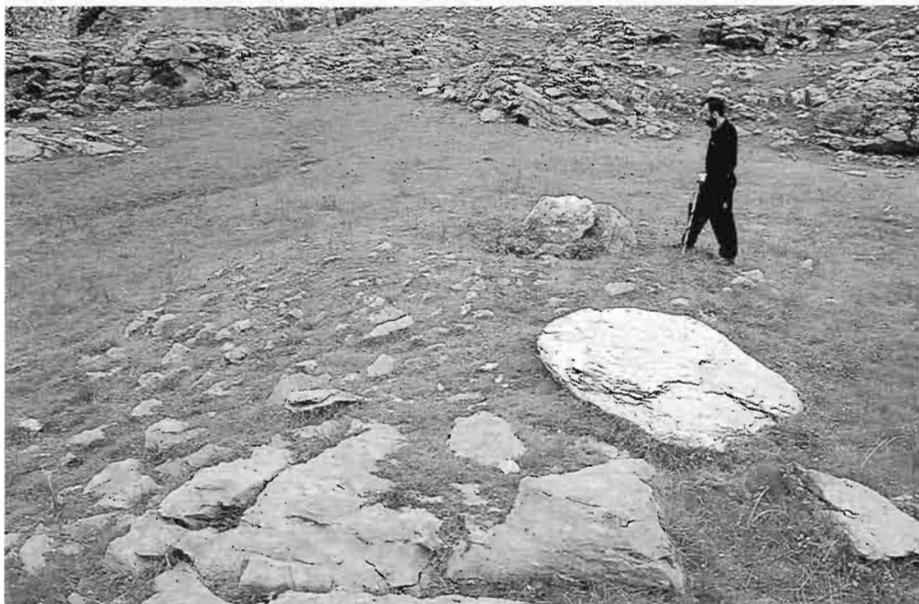


Lámina 3. Dolmen del Cubilar del Barranco II.



Lámina 4. Dolmen del Cubilar del Barranco III.



Lámina 5. Dolmen de Izagra



Lámina 6. La Rinconada de la Canal Roya; el dolmen se ve en el centro de la fotografía.



Lámina 7. Los dos círculos de piedras a la entrada de la Rinconada de la Canal Roya.



Lámina 8. Túmulo del barranco de las Negras.



Lámina 9. Dolmen del barranco de las Blancas oeste.



Lámina 10. Dolmen del barranco de las Blancas oeste.



Lámina 11. Dolmen del barranco de las Blancas este; al fondo, el dolmen oeste.



Lámina 12. Túmulo del barranco de las Blancas.



Lámina 13. Túmulo del barranco de los Campos de Troya.



Lámina 14. Círculo de piedras del barranco de los Campos de Troya.



Lámina 15. Dolmen del ibón de Sabocos.



Lámina 16. Círculo de piedras de Remuñé.



Lámina 17. Círculo de piedras del Plan de Sarra.

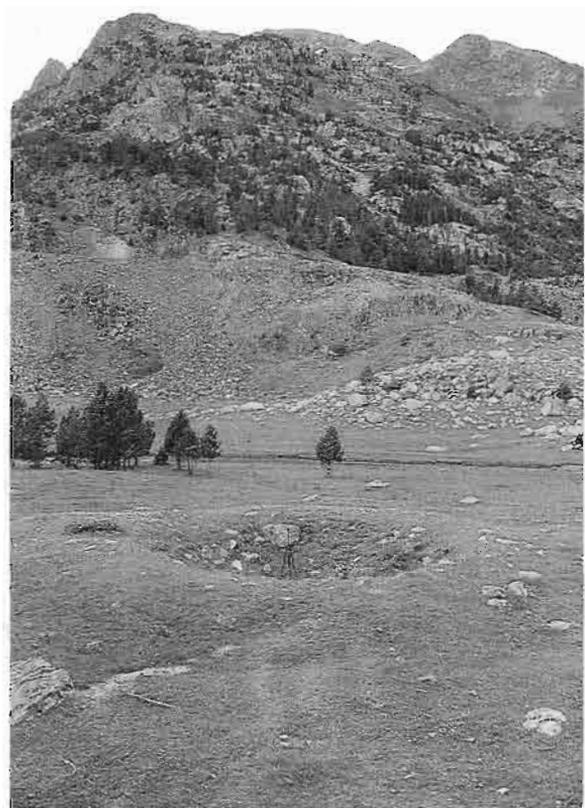


Lámina 18. Túmulo del Plan de Sarra.

EVOLUCIÓN Y DATACIÓN ARQUEOLÓGICA DE LAS ACUMULACIONES HOLOCENAS DE LA HOYA DE HUESCA

*Asunción Julián y Javier Chueca**

1. INTRODUCCIÓN

En los últimos años se han venido realizando numerosos trabajos en la Cordillera Ibérica, Depresión del Ebro y Sierras Exteriores Pirenaicas, en relación con las fases de acumulación e incisión generadas durante el Holoceno Superior (BURILLO *et al.*, 1986; GUTIÉRREZ y PEÑA, 1990, 1992). Al igual que para el resto del ámbito mediterráneo se ha constatado la existencia de una interacción entre las variaciones climáticas y la actividad antrópica como desencadenantes de procesos geomorfológicos. El empleo de técnicas geoarqueológicas en el estudio de los asentamientos de diferentes culturas ha permitido delimitar, con mayor precisión, las secuencias evolutivas registradas en los depósitos de ladera y en los rellenos de fondo de valle, lo que permite, a su vez, conocer la historia postdeposicional de los yacimientos arqueológicos, desde el momento de su abandono como asentamiento hasta la actualidad.

En este trabajo se analiza una pequeña cuenca erosiva de la Depresión del Ebro —la Hoya de Huesca— en la que se ha localizado un gran número de yacimientos arqueológicos cuyos restos materiales se hallan relacionados con las acumulaciones holocenas. A partir de los datos obtenidos en este sector se ha establecido una correlación general con la información disponible para el conjunto de la Depresión (v. una aportación preliminar en PEÑA *et al.*, 1991).

* Departamento de Geografía y Ordenación del Territorio. Universidad de Zaragoza. 50009 ZARAGOZA.

2. LAS ACUMULACIONES HOLOCENAS: DESCRIPCIÓN Y DATACIÓN ARQUEOLÓGICA

La Hoya de Huesca está situada (Fig. 1) en el sector central del piedemonte modelado en el contacto entre la Depresión del Ebro y las Sierras Exteriores Pirenaicas, dentro del denominado Somontano oscense. Desde el punto de vista geológico se caracteriza por la presencia de series del Mioceno inferior-medio (RIBA *et al.*, 1983), cuyas litologías fundamentales son lutitas, limolitas y areniscas de la Formación Sariñena (QUIRANTES, 1978). El predominio de materiales lábiles ha facilitado la acción erosiva de los cursos fluviales (ríos Isuela, Guatzalema o Flumen), generándose una amplia cuenca erosiva, cuyo fondo se ubica a alturas comprendidas entre los 400 y 500 m. En el interior de esta depresión han quedado en resalte numerosos relieves aislados modelados sobre las areniscas miocenas y sobre retazos residuales de antiguas acumulaciones cuaternarias.

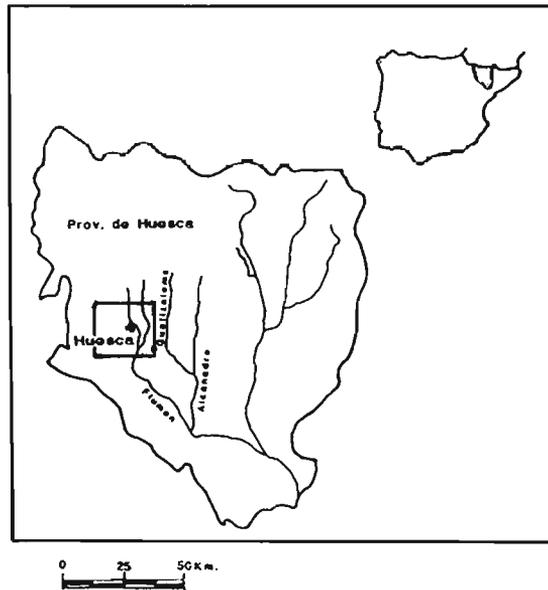


Fig. 1. Localización del área de estudio.

Los rasgos climáticos que definen esta área —escasas precipitaciones junto a un régimen térmico de temperaturas muy extremas a lo largo del año— permiten clasificarla como mediterránea, de marcada influencia continental. El elevado déficit hídrico anual que se registra lleva, por otra parte, a situarla

claramente dentro de un sistema morfogénico semiárido. Bajo estas condiciones ambientales, los procesos geomorfológicos activos fundamentales que se detectan en la actualidad son los asociados a la acción de una escorrentía superficial que, localmente, puede evolucionar hacia un arroyamiento concentrado de fuerte intensidad.

Yacimientos arqueológicos	Edad <i>post-quem</i> de las acumulaciones				
	Bronce	Hierro		Romano	Medieval
		C.U.	Ib.		
Los Ciquilines	■				
Alto Misera	■				
Tozal Redondo	■				
Nido Cuervos	■	●		●	
La Cuqueta Royá	■				
Fochas	■				
Los Tres Tozales	■				
Yéqueda	■				
La Monmesa	■				
Cabezo del Lobo	■	■		■	
La Pedrera			■		
El Llano	■				
Fornillos	■				
Alerre				■	
Peña del Mediodía	●				■
Montearagón					■
Formiga					■

Acumulaciones: ■ laderas ■ fondos de valle

- Restos arqueológicos no incluidos en las acumulaciones.

Tabla 1. Datación geoarqueológica de las acumulaciones de ladera y de los fondos de valle en yacimientos de la Hoya de Huesca.

Dentro de este espacio geográfico, se conoce la existencia de numerosos yacimientos arqueológicos (REY, 1987), con cronologías que abarcan desde la Edad del Bronce hasta época medieval (Tabla I). La mayor densidad de

ocupación humana se aprecia en el primero de dichos momentos y, de forma especial, en sus etapas antigua y media. Estos yacimientos aparecen ubicados en posiciones elevadas, controlando los espacios llanos circundantes y manteniendo, en general, una buena comunicación visual entre ellos. En épocas posteriores, como Campos de Urnas, Ibérica y Romana (globalmente desde finales del siglo VIII a. C. hasta el V-VI d. C.), desciende el número de asentamientos, que vuelve a incrementarse durante la Edad Media (en la Tabla I no se ha representado la totalidad de los yacimientos de esta época, sino únicamente los de mayor interés geoarqueológico).

A lo largo del Holoceno Superior, debido a las características litológicas del área y a las condiciones ambientales propias de un clima semiárido, estos yacimientos se han visto sometidos a una intensiva degradación, potenciada, asimismo, por la acción antrópica derivada de la utilización del medio (deforestación, roturaciones, etc.). Sin embargo, tanto en las laderas como en los rellenos de valle, se aprecia una falta de continuidad en los procesos erosivos, reconociéndose la existencia de varias etapas de alternancia de procesos de agradación e incisión que se han venido relacionando con cambios dinámicos generados por fluctuaciones en las condiciones climáticas o por la diferente intensidad en el grado de antropización.

2.1. Acumulaciones de ladera

En las laderas de algunos relieves estructurales se ha observado la existencia de acumulaciones antiguas —conservadas de forma residual— que topográficamente enlazarían con los niveles bajos de terraza de los ríos que surcan este sector (RODRÍGUEZ, 1986). La ubicación altitudinal de estas terrazas permite atribuir su génesis a un momento anterior al Holoceno, pero se carece hasta el momento de dataciones absolutas o relativas que puedan precisar su cronología.

Mucho más generalizadas se encuentran las series holocenas de depósitos de ladera, que se localizan a lo largo de toda el área analizada tapizando las vertientes de gran parte de los cerros y pequeñas plataformas de la depresión de la Hoya de Huesca (PEÑA *et al.*, 1991; CHUECA *et al.*, 1992). En relación con estos últimos depósitos, se han diferenciado dos etapas de regularización de laderas con rasgos morfológicos y sedimentológicos peculiares (Fig. 2). La acumulación más antigua de ellas (Fase 1), cuyo perfil longitudinal —con pendientes que oscilan entre 25° y 35°— adopta una morfología convexo-cóncava, se caracteriza por espesores de depósito variables (en los cortes observados oscilan entre unos pocos centímetros y un metro) y composición interna básicamente limo-arcillosa, englobando cantos y bloques. El tipo de facies sedimentaria y las particularidades del perfil parecen indicar la existencia

de procesos ligados a condiciones ambientales ligeramente diferentes a las actuales, marcadas por una climatología algo más fría y húmeda. Al pie de algunos de los yacimientos mencionados, estos depósitos de ladera contienen, además, vestigios arqueológicos (fragmentos de cerámica, huesos, carbones y restos constructivos), cuyas edades abarcan desde el Bronce Antiguo (1800-1500 a. C.) hasta época ibérica (s. V a. C. — I a. C.), aunque los materiales más frecuentes pertenecen a la época del Bronce. La presencia de restos arqueológicos formando parte de la acumulación indica claramente que los procesos que originaron esta fase de regularización de las vertientes se desencadenaron con posterioridad a la época de poblamiento de los asentamientos considerados.

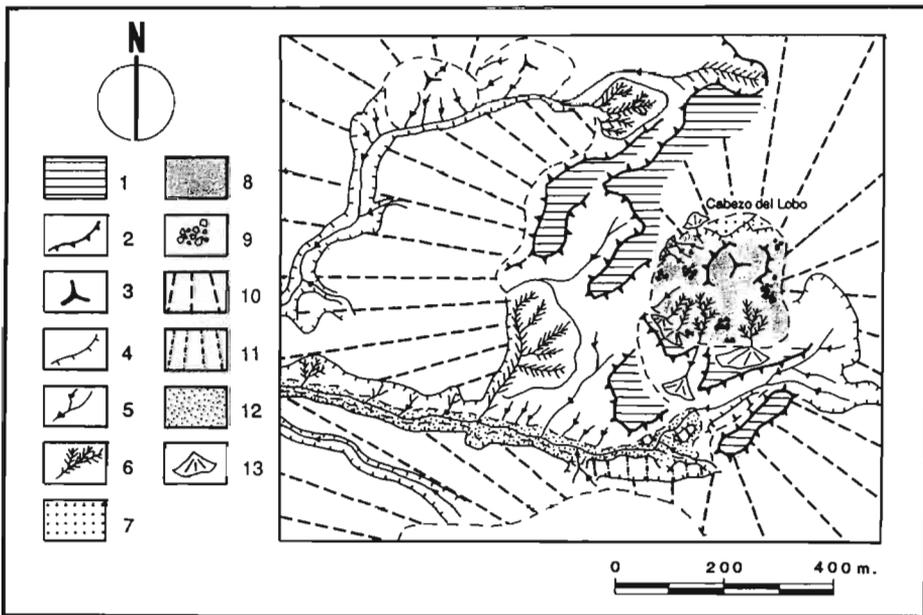


Fig. 2. Esquema geomorfológico del yacimiento del Cabezo del Lobo (Hoya de Huesca).
 Leyenda: 1. Areniscas miocenas; 2. Escarpes estructurales; 3. Cumbres convexas en relieves residuales; 4. Escarpes en acumulaciones holocenas; 5. Barrancos de incisión lineal; 6. Cárcavas; 7. Regularización de laderas de la Fase 1; 8. Regularización de laderas de la Fase 2; 9. Bloques desprendidos; 10. Derrames holocenos - Nivel 3 de acumulación de fondo de valle; 11. Nivel 2 de acumulación de fondo de valle; 12. Nivel 1 de acumulación de fondo de valle; 13. Conos de deyección.

Tras esta etapa acumulativa se produciría una serie de variaciones morfodinámicas determinantes del paso a una situación erosiva, donde el principal

proceso geomorfológico que afectó a las laderas de los relieves sobre los que se asentaban los yacimientos arqueológicos fue el arroyamiento concentrado. El encajamiento de pequeños torrentes —*rills* o *rigolas*— sobre las vertientes previamente regularizadas supuso el desmantelamiento parcial de la acumulación detrítica y su modelado a modo de facetas triangulares (*talus flatirons*) individualizadas entre sí. Las diferencias microambientales que se registran entre las vertientes expuestas al norte y las orientadas al sur —fundamentalmente mayor grado de humedad, que favorece una mejor conservación de la cobertera vegetal en la exposición septentrional que en la meridional— quedan reflejadas en el disimétrico grado de conservación de las acumulaciones, reducidas a estrechas divisorias o totalmente barridas en las laderas orientadas al sur y suroeste (JULIÁN y CHUECA, 1991).

La acción de los procesos de encajamiento sobre los relieves de la Hoya de Huesca se ha mantenido de forma continuada hasta el momento actual, si bien, puntualmente, puede observarse la presencia de otra etapa de regularización (Fase 2) menos generalizada y que, topográficamente con respecto a la acumulación de la Fase 1, se sitúa en una posición más próxima al escarpe del relieve sobre el que se dispone. Los depósitos que la integran no presentan diferencias especialmente significativas con los de la etapa anterior, apreciándose con relativa frecuencia estructuras asimilables a procesos de arroyada. En cuanto a su cronología, la existencia de materiales de edad medieval incluidos en la acumulación permite datar esta etapa como netamente postmedieval.

2.2. Acumulaciones de fondo de valle

Junto a las regularizaciones de ladera, otro tipo de acumulaciones que hemos estudiado en el sector oscense de la Hoya son las ubicadas en los fondos de valle (v. PEÑA *et al.*, 1991; CHUECA *et al.*, 1992). Estos depósitos, en cuya génesis se aprecia tanto una procedencia lateral (desmantelamiento de los relieves circundantes) como longitudinal (origen fluvial), se encuentran conformando las numerosas *vales* o valles de fondo plano presentes en la zona (antiguos valles en «v» colmatados en la actualidad). Desde el punto de vista sedimentológico se componen esencialmente de materiales limo-arcillosos con algunos lentejones de arenas y niveles de gravas, reconociéndose estructuras fluviales con cierta frecuencia. Dentro de este relleno se han distinguido hasta tres niveles diferentes que indican la existencia de tres etapas acumulativas separadas por momentos de encajamiento o incisión (Fig. 2). Los materiales arqueológicos hallados en el interior de estos depósitos los sitúan cronológicamente en el Holoceno Superior, si bien, por el momento, no se cuenta con dataciones

que permitan diferenciar individualmente cada una de las etapas, pudiéndose indicar tan sólo que todas ellas son de edad postromana.

3. CORRELACIÓN GENERAL E INTERPRETACIÓN EVOLUTIVA

Las etapas de agradación e incisión reconocidas en la Hoya de Huesca para el Holoceno Superior han sido igualmente identificadas en otros sectores de la Depresión del Ebro (ZUIDAM, 1975; BURILLO *et al.*, 1984; PELLICER *et al.*, 1986; SANCHO *et al.*, 1988; PEÑA y GONZÁLEZ, 1990; PEÑA *et al.*, 1988, 1990, 1991; JULIÁN, 1990; JULIÁN *et al.*, 1992, 1994) y de la Cordillera Ibérica oriental (BURILLO *et al.*, 1981, 1983), así como en otros puntos de la Península Ibérica, aunque fuera de nuestra región los estudios se centran de forma exclusiva en las acumulaciones de fondo de valle (DÍAZ DEL OLMO y BORJA, 1991).

Las correlaciones establecidas para el NE de España están basadas de forma prioritaria en el estudio y datación de depósitos de ladera (v. una completa síntesis en PEÑA *et al.*, 1991). El análisis de estas acumulaciones, dada su peculiar evolución dinámica, permite identificar procesos vinculados con situaciones paleoambientales relativamente bien definidas, así como precisar con un mayor detalle su cronología, ya que una vez individualizadas por las etapas de incisión posteriores permanecen como testigos relictos desconectados de ulteriores acumulaciones. Los rellenos de fondo de valle, por el contrario, están excesivamente sujetos a sucesivas remodelaciones que desvirtúan su cronología, por lo que carecen del mismo valor paleoclimático.

En definitiva, la información aportada por el estudio de las regularizaciones que tapizan las laderas de los relieves de la Hoya de Huesca parece indicar que existe una evidente alternancia dinámica en el ritmo evolutivo del Holoceno Superior que no puede ser sólo relacionada con oscilaciones en el grado de presión antrópica sobre el medio (BURILLO *et al.*, 1986; GUTIÉRREZ y PEÑA, 1990, 1992). Así, las etapas de regularización, como ya hemos indicado anteriormente, se corresponderían con momentos climáticos caracterizados por una mayor humedad ambiental, durante los que los procesos geomorfológicos fundamentales serían aquellos encaminados a la estabilización morfodinámica de las laderas. Estas situaciones de equilibrio aparecen claramente reflejadas en la etapa antigua (Fase 1), así como en algunas laderas residuales supuestamente adscritas al Pleistoceno Superior; sin embargo, en el caso de la etapa postmedieval (Fase 2) el significado climático es menos evidente, al estar mucho más clara la antropización del medio durante esta época. Por otra parte, las etapas de incisión intermedias responderían a situaciones ambientales más asimilables a las que actualmente existen en la Depresión, con unas condiciones de mayor aridez que en las etapas de regularización.

Esta interpretación, en la que el componente climático tiene un peso importante, puede basarse en las fluctuaciones registradas en los climas del Holoceno Superior de Centroeuropa (LUMLEY *et al.*, 1976; LAMB, 1977) y, más recientemente, en el ámbito mediterráneo (STEVENSON, *et al.*, 1991). De este modo, la Fase 1 de regularización coincidiría con la denominada Época Fría de la Edad del Hierro (900-300 a. C.), en el tránsito del Subboreal al Subatlántico y, de la misma forma, la Fase 2 se correlacionaría temporalmente con la Pequeña Edad del Hielo (1450-1850 d. C.). Los períodos de incisión pueden conectarse con momentos más cálidos y secos, que cronológicamente se corresponderían con el Pequeño Óptimo del Subatlántico y con la Fase cálida subactual.

4. CONCLUSIONES

El estudio de las acumulaciones que tapizan las laderas de un buen número de relieves estructurales elegidos, al menos desde la Edad del Bronce, como lugar de asentamiento y el análisis de los rellenos de fondo de valle nos han permitido establecer la secuencia evolutiva paleoambiental del sector aragonés de la Hoya de Huesca a lo largo del Holoceno Superior, así como detectar los procesos fundamentales que han intervenido en la conservación o desmantelamiento de los yacimientos arqueológicos.

Las etapas acumulativas identificadas se corresponden con dos regularizaciones de ladera claramente individualizadas. La más antigua (Fase 1), de morfología triangular y mejor conservada en las vertientes de exposición norte, ha sido datada como postbronce a partir de los materiales arqueológicos englobados en su depósito, coincidiendo su génesis con la fase climática holocena denominada Época Fría de la Edad del Hierro. La regularización más reciente, menos generalizada, ha sido datada como postmedieval y, desde el punto de vista climático, se corresponde con la Pequeña Edad del Hielo. La fase intermedia de incisión o encajamiento se produciría en el período del Pequeño Óptimo del Subatlántico y, durante la misma, los materiales depositados en las vertientes —y con ellos los restos arqueológicos— serían parcialmente evacuados a través de procesos de arroyada concentrada, posibilitando la individualización de ambas acumulaciones.

En la actualidad, nos encontramos en un momento cálido de acusada aridez, que determina el desencadenamiento de procesos de gran energía erosiva —potenciados por la acción del hombre sobre el medio— actuantes de forma palpable sobre el relieve y, en consecuencia, sobre los numerosos yacimientos arqueológicos que se localizan en la región.

5. AGRADECIMIENTOS

Agradecemos a D. Javier Rey Lanaspá, arqueólogo de la Diputación General de Aragón, la valiosa información facilitada para la localización de yacimientos de interés geoarqueológico en la Hoya de Huesca.

6. BIBLIOGRAFÍA

- BURILLO, F.; GUTIÉRREZ, M. y PEÑA, J. L. (1981), Las vertientes del cerro del castillo de Alfambra (Teruel), *Actas V Reunión G.E.T.C.*, pp. 231-244.
- BURILLO, F.; GUTIÉRREZ, M. y PEÑA, J. L. (1983), La Geoarqueología como ciencia auxiliar: aplicación en la Cordillera Ibérica Turolense, *Revista de Arqueología*, 4-26, pp. 6-13.
- BURILLO, F.; GUTIÉRREZ, M. y PEÑA, J. L. (1984), Las acumulaciones holocenas y su datación arqueológica en Mediana de Aragón (Zaragoza), *Cuadernos de Investigación Geográfica*, 11, pp. 193-207.
- BURILLO, F.; GUTIÉRREZ, M.; PEÑA, J. L. y SANCHO, C. (1986), Geomorphological processes as indicators of climatic change during the Holocene in the North-East Spain. En LÓPEZ VERA, F. (ed.), *Quaternary Climate in Western Mediterranean*, pp. 31-44.
- CHUECA, J.; JULIÁN, A. y REY, J. (1992), Reconstrucción y datación arqueológica de las secuencias evolutivas holocenas en la Hoya de Huesca: el yacimiento del Cerro del Cabezo del Lobo, *Cuaternario y Geomorfología*, 6, pp. 111-122.
- DÍAZ DEL OLMO, F. y BORJA, F. (1991), Aluvionamientos recientes en Andalucía Occidental (Guadalquivir-Tinto, España), *Physio-Géo, Travaux du Laboratoire de Géographie Physique*, n.º 22-23, pp. 49-54, Meudon.
- GUTIÉRREZ, M. y PEÑA, J. L. (1990), Upper holocene climatic change and geomorphological processes on slopes and infilled valleys from archaeological dating (NE-Spain). En ÍMESON, A. C. y DE GROOT, R. S. (eds.), *Landscape ecological impact of climatic change on the Mediterranean region*, pp. 1-18.
- GUTIÉRREZ, M. y PEÑA, J. L. (1992), Evolución climática y geomorfológica del Holoceno Superior (Cordillera Ibérica, Depresión del Ebro y Pre-Pirineo), en CIARRETA, A. y UGARTE, F. M. (eds.), *Actas The Quaternary in the Western Pyrenean Regions*, Univ. del País Vasco, pp. 109-124.
- JULIÁN, A. (1990), *Los meandros encajados del río Ebro entre La Zaida y el embalse de Mequinenza*, Memoria de Licenciatura, Universidad de Zaragoza, 213 pp. (más anexo cartográfico).
- JULIÁN, A. y CHUECA, J. (1991), El factor orientación como elemento selectivo en el desarrollo de desprendimientos en paleocanales (sector Escatrón-Chiprana, Depresión del Ebro), *Actas del XII Congreso Nacional de Geografía*, Valencia, pp. 173-178.
- JULIÁN, A.; CHUECA, J. y TILO, M. Á., (1994), Aplicación de la geoarqueología a la reconstrucción paleoambiental del área endorreica de Candasnos (Huesca), *Jornadas sobre el Futuro de Las Saladas de los Monegros y el Bajo Aragón*, Caspe, pp. 151-162.

- JULIÁN, A.; NAVARRO, M.; RAMÓN, N. y TILO, M. Á. (1992), Aportaciones al poblamiento romano en el Bajo Cinca: Mas de Chartos II, *Bolskan*, 9, pp. 159-175.
- LAMB, H. H. (1977), *Climate: present, past and future. T. II: Climatic History and the Future*, Methuen, 886 pp.
- LUMLEY, H. de; RENAULT, J.; MISKOVSKY, J. C. y GUILAINE, J. (1976), Le cadre chronologique et paléoclimatique du Postglaciaire. En VV. AA., *La Préhistoire Française*, II, 3-16, C.N.R.S., París.
- PELLICER, F.; PEÑA, J. L. e IBÁÑEZ, M. J. (1986), Estudio geomorfológico del yacimiento de Burrén y Burrena (Depresión del Ebro): génesis del relieve y evolución holocena, *Estudios en Homenaje al Dr. A. Beltrán Martínez*, Universidad de Zaragoza, pp. 33-45.
- PEÑA, J. L.; RODRÍGUEZ, J. y GONZÁLEZ, J. R. (1988), Estudi geològic del Tossal de Moradilla (Lleida), *Recerques Terres de Ponent*, 9, pp. 31-41.
- PEÑA, J. L. y GONZÁLEZ, J. R. (1990), Modelo evolutivo de los cambios en la dinámica geomorfológica del Baix Cinca y Segre (Depresión del Ebro) durante el Pleistoceno superior-Holoceno a partir de los datos geològics, *Resúmenes I Reunión Nacional de Geològic*, p. 52.
- PEÑA, J. L.; JULIÁN, A. y CHUECA, J. (1991), Séquences évolutives des accumulations holocènes à la Hoya de Huesca dans le contexte général du Bassin de l'Èbre (Espagne), *Physio-Géo, Travaux du Laboratoire de Géographie Physique*, n.º 22-23, pp. 55-60.
- QUIRANTES, J. (1978), *Ensayo sedimentològic y estratigráfico del Terciario continental de Los Monegros*, Institución Fernando El Catòlico, Zaragoza, 348 pp.
- REY, J. (1987), La población prehistòrica del interfluvio Flumen-Alcanadre, *Bolskan*, 4, pp. 7-18.
- RIBA, O.; REGUANT, S. y VILLENA, J. (1983), Ensayo de síntesis estratigráfica y evolutiva de la Cuenca Terciaria del Ebro. En VV. AA., *Libro Jubilar a J. M. Ríos, Geología de España*, t. II, pp. 131-159.
- RODRÍGUEZ, J. (1986), *Geomorfología de las Sierras Exteriores oscenses y su Piedemonte*, Instituto de Estudios Altoaragoneses, Huesca, 172 pp.
- SANCHO, C.; GUTIÉRREZ, M.; PEÑA, J. L. y BURILLO, G. (1988), A quantitative approach to scarp retreat starting from triangular slope facets, Central Ebro basin, Spain, *Catena Supplement*, 13, pp. 139-146.
- STEVENSON, A. C.; MACKLIN, M. G.; BENAVENTE, J. A.; NAVARRO, C.; PASSMORE, D. y DAVIS, B. A. (1991), Cambios ambientales durante el Holoceno en el valle medio del Ebro: sus implicaciones arqueològicas, *Cuaternario y Geomorfología*, vol. 5, n.º 1-4, pp. 149-164.
- ZUIDAM, R. A. van (1975), Geomorphology and Archaeology. Evidences of interrelation at historical sites in the Zaragoza region, Spain, *Z. f. Geom.*, V, 19-3, pp. 319-328.

NUEVOS YACIMIENTOS EN EL TRAZADO DE LA VÍA ROMANA CÆSARAUGUSTA-OSCA

M.ª Nieves Juste Arruga

1. INTRODUCCIÓN

Este trabajo pretende dos objetivos: dar a conocer los nuevos hallazgos arqueológicos descubiertos en el trazado de la vía romana Cæsaraugusta-Osca en el término municipal de Huesca, y el estado actual de esta vía de comunicación en dicho tramo, considerada en su amplia dimensión cronológica y cultural.

El ámbito territorial en lo referente a los nuevos hallazgos arqueológicos estudiados se centra fundamentalmente en el tramo inmediato del término, en el límite con el municipio de Aludévar, en el área correspondiente al barranco de San Jorge, tramo que forma parte del llamado «Camino Viejo de San Jorge». Al borde de esta vía de cronología romana, medieval y moderna se han localizado, en un espacio reducido, un grupo de yacimientos y restos arqueológicos que individualizan esta zona tan precisa y ratifican la importancia histórica de esta vía de comunicación.

Estos resultados son la consecuencia de dos investigaciones diferenciadas: por una parte, los trabajos de prospección sistemática que la que suscribe efectúa en la Hoya de Huesca desde 1990 con el fin de analizar el proceso de iberización en este territorio; por otra, el estudio realizado entre 1992 y 1993 para el Ayuntamiento de Huesca respecto a la delimitación de las zonas arqueológicas en la revisión del Plan General de Ordenación Urbana del término municipal de Huesca.

Con ambos objetivos, al margen de otras prospecciones, se efectuó un reconocimiento integral del trazado de la vía romana-camino Viejo de San Jorge, desde el comienzo del término hasta la ciudad, para determinar su estado de conservación y la detección de posibles elementos asociados. Este método de prospección sistemática permitió el descubrimiento de dos yacimientos medievales

(Barranco de San Jorge I, Presa del Barranco de San Jorge), otro indeterminado medieval o romano (Barranco de San Jorge II), otro romano (Barranco de San Jorge III) y un tramo de la vía con rodadas en la roca, además de algún hallazgo aislado. Estos, junto a los restos localizado en el cerro de San Jorge y la necrópolis de la Avda. Martínez de Velasco, corresponden a los yacimientos por ahora conocidos al pie literal de este trazado vial, antes de llegar al núcleo urbano oscense, al margen de otros enclaves en su entorno inmediato.

2. EL MEDIO FÍSICO

Esta área geológicamente se halla integrada en el borde septentrional de la depresión del Ebro, en la unidad morfoestructural del piedemonte pirenaico o Somontano y en la subunidad de la Hoya de Huesca.

El término municipal de Huesca se enmarca mayoritariamente en esta amplia depresión de la Hoya de Huesca, habiendo perdido en gran parte, excepto en la zona norte y este, los elementos morfoestructurales característicos del piedemonte somontanés.

La distribución topográfica se caracteriza por un conjunto de relieves elevados, al norte, en torno a 800 m (residuos de las sierras de piedemonte), que se derraman en dirección NW-SE junto al cauce del río Flumen, en las llamadas «Canteras de Fornillos». Pierden paulatinamente su altitud, hasta los 500 m, pasado Montearagón y Quicena, ya fuera del término de Huesca.

Al suroeste, las llamadas «Canteras de Almudévar» y la sierra de la Galocha constituyen otro frente serrano, con alturas descendientes de N a S desde la cota máxima de Torre Lierta (587 m) a los 450 m.

El resto constituye una inmensa llanura conformada por amplias plataformas escalonadas, excavadas a su vez por los barrancos, que originan amplias ramblas con frentes ligeramente más abruptos, y algunos relieves alomados con suaves desniveles, como es el caso del entorno de Valdabra, así como cerros testigos aislados que motean la depresión y que contactan con la llanura monegrina.

El ámbito de la investigación se inscribe en la zona occidental de la Hoya y participa de ambos ámbitos geológicos. El extremo occidental, donde se halla el conjunto de yacimientos, corresponde a la zona sur de las sierras calizas terciarias de las Canteras de Almudévar. Constituye una zona abrupta, tallada por los barrancos, fundamentalmente por el de San Jorge, con elevaciones que cuentan con pronunciados escarpes y que individualizan algunas lomas.

A partir de aquí se extienden las amplias plataformas escalonadas que descienden progresivamente de oeste a este, desde el pie de las Canteras al fondo de la depresión, y que corresponden al área por donde discurre la vía, enlazando el sur con el llano. Se encuadra dentro de un área de acumulaciones

cuaternarias, formadas por glacis antiguos y recientes, con potentes capas de sedimentos, donde, fruto de la erosión diferencial, afloran algunas plataformas areniscosas.

3. LA VÍA ROMANA CÆSARAUGUSTA-OSCA, CAMINO VIEJO DE SAN JORGE

3.1. Fuentes para su estudio e identificación

Queda fuera de toda duda la identificación de esta vía que tratamos a continuación con el trazado de la vía romana Osca-Cæaraugusta, tanto por las fuentes históricas como por los recientes estudios histórico-arqueológicos (MAGALLÓN, A., 1987).

El uso de este trazado está atestiguado desde la época romana a nuestros días. Durante la Edad Media fue camino carretero y continuó utilizándose durante la Edad Moderna y Contemporánea, conociéndose con el nombre de Camino Viejo de San Jorge. Su condición última fue la de cabañera, la cual posee en la actualidad aunque se halla prácticamente fuera de uso.

La identificación de estos trazados es posible mediante la interrelación de las fuentes históricas y los restos arqueológicos constatados. Las fuentes antiguas, a través de los textos literarios o los Itinerarios, son las primeras que ayudan a fijar el trazado general de las principales rutas, mediante la identificación de las *mansio*. Para este tramo en concreto interesa la cita de Estrabón II, 4, 10, que marca la distancia de 540 estadios entre Ilerda y Osca, noticia que toma de Polibio. El Itinerario de Antonino cita a Osca como la novena mansión en la vía *Italia in Hispanias* desde el Pirineo a León y como la vigesimoctava mansión en la vía *ab Asturica Tarraco*, entre las de Bortina y Caum (UTRILLA, P., 1987). Menos explícito es el llamado anónimo de Rávena, escrito en el siglo VII.

Para la etapa islámica los investigadores coinciden, a partir de la información del cronista Al-Udri, en el mantenimiento de esta vía, que reconocen como el camino que utilizaron las tropas musulmanas en el siglo VIII para llegar a Huesca. Acamparon en el lugar llamado *al-Askar*, topónimo todavía conservado (Angascara) en las proximidades del cerro de San Jorge (GRANJA, F. de la, 1967). Consideran que esta vía entraba en la ciudad islámica por la puerta meridional de la muralla llamada de la Alquibla (C/ Ramiro el Monje) (NAVAL, A., 1980).

En la Edad Media se cita la vía *Cæaraugusta* en la documentación de la catedral de Huesca (DURÁN, A., 1969) refiriéndose probablemente a la vía anterior y que según algunos autores debía de entrar en la ciudad por la puerta anteriormente citada (NAVAL, A., 1980).

Durante la época moderna y comienzos de la contemporánea resultan de capital importancia los testimonios de los cronistas y viajeros, dado que son los primeros que reconocen *in situ* las calzadas antiguas, describen sus trazados y elementos asociados, algunos desaparecidos. La obra más significativa en este sentido es la de J. B. Labaña. En este tramo en concreto son los trabajos de P. Carrillo Murcia (1941) y Tormo (1942) los que citan restos de la calzada romana en el Viejo Camino de San Jorge.

Las fuentes arqueológicas carecen en este tramo de documentos epigráficos y miliarios, a excepción de uno cilíndrico que es posible asociar a la primitiva calzada romana (MAGALLÓN, Á., 1987). De igual manera, hasta los descubrimientos que aquí se presentan no se tenía constancia de yacimientos arqueológicos junto a ella.

La intensificación de los trabajos de prospección en esta zona (REY, J. y TURMO, A., 1991; JUSTE, M.^a N., 1992 y 1993) ratifica si cabe la identificación de esta vía de comunicación y a la par refleja un índice intenso de ocupación durante la etapa romana y medieval en torno a ella, máxime cuando las prospecciones se han centrado sólo en el propio trazado y al norte de la vía y existen amplias zonas desconocidas.

El trazado de esta histórica vía de comunicación, asumiendo las modificaciones que haya podido sufrir en su uso, puede seguirse en gran medida, aunque las características físicas de la primitiva calzada romana se hayan perdido, al menos en superficie. En este artículo se pretende describir el estado en que se halla esta vía de comunicación considerada en toda su dimensión cronológico-histórica.

3.2. Aspectos generales

3.2.1. Descripción general

El camino recorre una distancia de 6,8 km (Fig. 1). Desde Almodévar entra en el término de Huesca a través de las Canteras y discurre por el barranco de San Jorge, oblicuo a la actual carretera de Zaragoza, confluyendo con ella en el primer tercio, separándose de nuevo y confluyendo definitivamente desde el Centro de Enseñanzas Integradas. Atraviesa un área, excepto en su inicio, prácticamente llana, con suaves desniveles; sortea los más elevados siguiendo los cauces naturales abiertos por los barrancos. Atraviesa primero los relieves terciarios de las Canteras para alcanzar las amplias plataformas sobre glaciares antiguos y recientes, tan sólo interceptadas por varios barrancos y un cerro emergente en torno a la planta de gravas, que es la zona de mayor desnivel (Fig. 1).

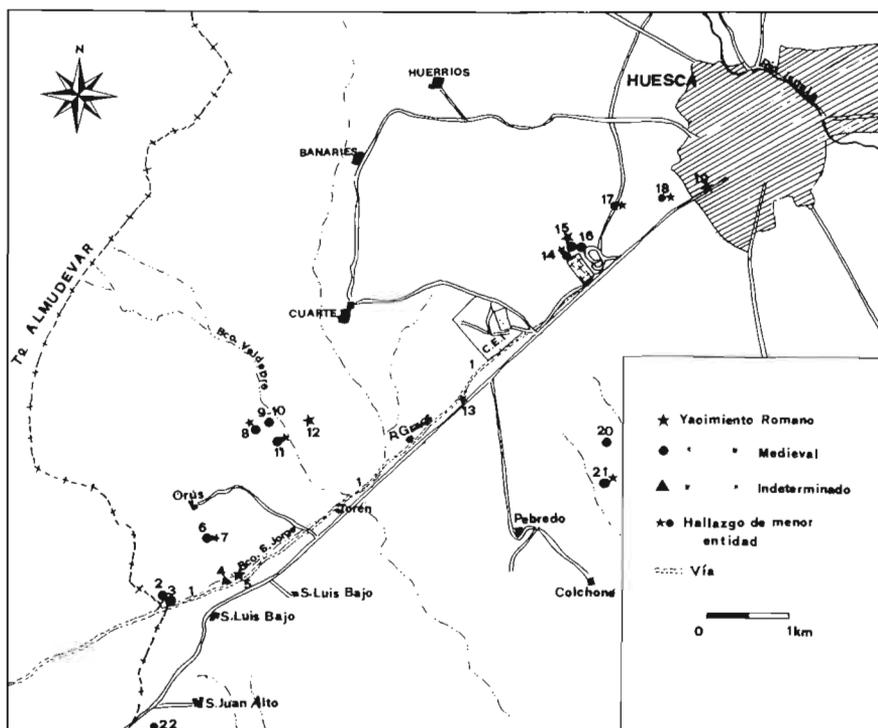


Fig. 1. Vía y yacimientos de su entorno inmediato. 1: Trazo vía romana-Camino Viejo de San Jorge. 2: Barranco de San Jorge I-San Jorge de las Boqueras. 3: Presa del Barranco de San Jorge. 4: Barranco de San Jorge II. 5: Barranco de San Jorge III. 6. Orús II. 7: Orús III. 8. La Figueraza IV. 9: La Figueraza III. 10: La Figueraza II. 11: La Figueraza I. 12: Barranco de Valdabra I. 13: Doux Pollitos. 14: Cementerio II. 15: Cementerio III. 16: Cementerio I. 17: Circunvalación oeste. 18: Cerro de San Jorge. 19: Necrópolis Avda. Martínez de Velasco. 20. Torre del Pincel. 21: Tozal del Pincel I. 22: Sierra de la Galocha.

Gran parte del camino ha servido de límite de término entre Huesca y Cuarte antes de la configuración actual.

En las zonas donde se conserva mejor y la topografía lo permite se aprecia la constitución de una ancha banda de 47,50 m bordeada por mojones, que marcan el límite del terreno público, con dos fosas en los márgenes de 2,50 m para el drenaje. En esta amplia banda se desarrollaría propiamente el camino, que obviamente sería más estrecho, aunque el lecho del mismo no se reconoce en todos los tramos. Tampoco se aprecian en superficie restos de enlosado o pavimentación. A poco de su inicio se conserva un tramo con rodadas excavadas en la roca arenisca.

3.2.2. Estado de conservación

En general el trazado se conserva y en su defecto puede seguirse su dirección en casi todo el tramo. El deterioro afecta particularmente al último tercio (desde el Centro de Enseñanzas Integradas a la ciudad), donde ha quedado sepultado por la carretera que sigue la misma dirección. En el resto, las afecciones son de menor entidad y en general afectan a la definición de los bordes, sin perderse el trazado. Con respecto al lecho del camino, excepto el tramo de rodadas en la roca, el resto no conserva las huellas de posibles enlosados o preparados; incluso la misma senda no se aprecia en muchos tramos, aunque sí la delimitación general.

Por lo que respecta a las causas del deterioro, las mayores agresiones son producto del trazado de vías públicas: carreteras y caminos, la instalación de zonas industriales (planta de gravas), los efectos erosivos de los barrancos y las acciones marginales de los cultivos. La configuración de la carretera N-330 y la reciente variante de acceso a la ciudad de Huesca han sido las obras de mayor incidencia.

3.2.3. Elementos histórico-arqueológicos asociados

Como tales consideraremos aquellos propios de la vía, como los mojones y los sistemas de hitación; también los asentamientos arqueológicos situados al pie de la misma y aquellos asentamientos ubicados en sus proximidades que cronológicamente puedan relacionarse con ella.

— *Mojones*

En este caso responden a tres funciones: delimitación del camino, delimitación de la zona de terreno público de los campos (observada escrupulosamente) y delimitación del término municipal antes de la configuración administrativa reciente. Se situaban aproximadamente cada 100 ó 150 m y se han conservado 11 en el lateral derecho y 19 en el izquierdo; la zona más completa es la del segundo tramo. Son de tipología variada, consecuencia del prolongado uso de esta vía. Mayoritariamente responden a dos tipos: grandes monolitos de arenisca en torno a 1,5 m, de factura a veces irregular, que podrían corresponder a los más antiguos, y bloques troncopiramidales de arenisca en torno a 1 m de altura, similares a los utilizados en las lindes antiguas del término y constatados en otras zonas del mismo.

Al margen hay dos mojones fuera de estas categorías: el que hace el n.º 4 por la izquierda (tramo I), de base rectangular y coronamiento circular, posible estela funeraria medieval reutilizada, y un gran hito cilíndrico, el n.º 16 por la izquierda (tramo IV), junto a la planta de gravas, clasificado como miliario anepigráfico de la calzada romana.

— *Yacimientos y enclaves al pie de la vía*

Se localizan básicamente en dos áreas: en la entrada del camino en el término (tramo I) y al final, próximo a la ciudad (Fig. 1 y 2). En el primer caso parecen estar relacionados con los servicios propios del camino y el control de vías de comunicación y se trata de los siguientes: yacimiento medieval (Barranco de San Jorge I) y presa a sus pies sobre el barranco; yacimiento indeterminado romano o medieval (Barranco de San Jorge II) y yacimiento romano (Barranco de San Jorge III).

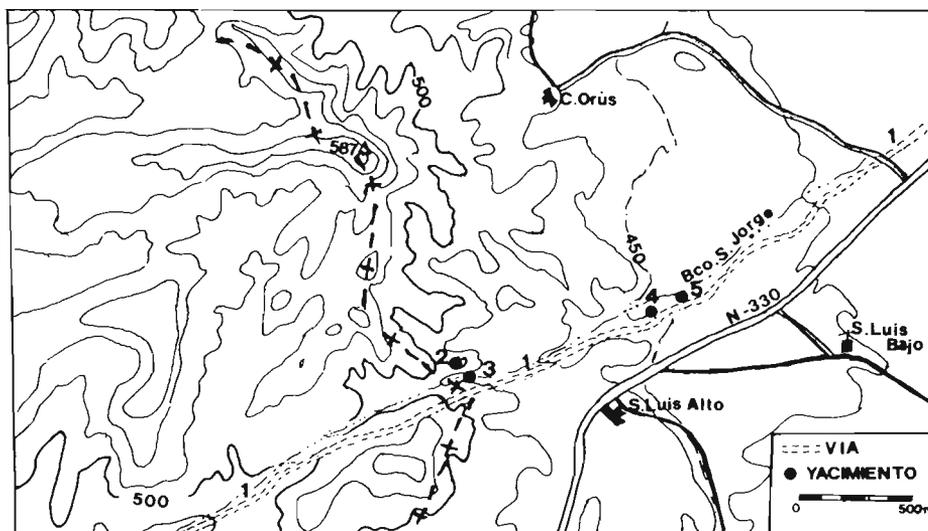


Fig. 2. Yacimientos del entorno del Barranco de San Jorge. 1: Vía romana-Camino Viejo de San Jorge. 2: Barranco de San Jorge I-San Jorge de las Boqueras. 3: Presa del Barranco de San Jorge. 4: Barranco de San Jorge II. 5: Barranco de San Jorge III.

Aproximadamente a un tercio del inicio, en el tramo III, se localiza el enclave agrícola del castillo de Torén, entre cuyas dependencias se halla un edificio de sillares usado como almacén que quizá pueda corresponderse con otro anterior, dado que su tipología no concuerda con la arquitectura tradicional de estos enclaves.

Al final de la vía y poco antes de entrar en la ciudad se encuentran los siguientes yacimientos:

- Cerro de San Jorge: Cerro testigo, en cuya cumbre se instala la ermita de San Jorge. Corresponde al medieval Pueyo de Sancho, donde, según las crónicas de Ibn Jatib, el rey Pedro I se situó para el asedio de Huesca (UTRILLA, F., 1990). Aunque se halla muy modificado por las tareas de urbanización, en

prospección se han localizado cerámicas romanas, islámicas, medievales y modernas (JUSTE, M.^a N., 1993).

- Necrópolis de la Avda. Martínez de Velasco. Situada en el llano, próxima al cerro de San Jorge. Se trata de una necrópolis tumular, utilizada a fines de la I Edad del Hierro (siglo V), en época ibérica, ibero-romana y, según los últimos indicios, romano-imperial. En estas últimas etapas corresponde a la necrópolis de Osca (JUSTE, M.^a N., 1991 y 1993; JUSTE, M.^a N. y PALACÍN, M. V., 1987).

— *Yacimientos y enclaves en las proximidades de la vía*

Conocemos un elevado número de asentamientos de variada cronología, sobre todo al norte de la vía, que ha sido la zona prospectada (Fig. 1).

- Yacimientos romanos: Barranco de Valdabra I. Yacimiento situado en un cerro testigo a 1 km al norte de la vía (REY, J. y TURMO, A., 1991; JUSTE, M.^a N., 1992 y 1993). En las proximidades de Huesca, entre el cementerio y el cerro de San Jorge, se localizan varios hallazgos poco definidos en llano (Cementerio II, Circunvalación oeste) o en plataformas o cerretes poco sobresalientes (Cementerio I y III), que además de materiales romanos proporcionan otros de cronología medieval y moderna (REY, J. y TURMO, A., 1991; JUSTE, M.^a N., 1992 y 1993). También se detectan diversos hallazgos aislados en torno a otros yacimientos medievales (Orús III, La Figueraza I y II) (JUSTE, M.^a N., 1992 y 1993).

- Yacimientos medievales: Además de los hallazgos indicados se localizan dos interesantes grupos de yacimientos en las proximidades del castillo de Orús y en el camino de Orús a Cuarte. En el primer caso, a unos 600 m de la vía se halla el poblado rupestre de Orús II (REY, J. y TURMO, A., 1991; JUSTE, M.^a N., 1992 y 1993), que conserva un interesante conjunto estructural excavado en la roca. En el camino de Orús a Cuarte se incluye un grupo de pequeños yacimientos relacionados entre sí que ocupan plataformas rocosas (La Figueraza II, III, IV y V) o relieves en cuesta (La Figueraza I), todos ellos con estancias excavadas en la roca (REY, J. y TURMO, A., 1991; JUSTE, M.^a N., 1992 y 1993). Más alejados, al sur de la vía, se hallan los enclaves del Tozal del Pincel y Torre del Pincel, éste con un interesante conjunto estructural y necrópolis (JUSTE, M.^a N., 1993).

- Enclaves actuales: Es interesante constatar el poblamiento actual en torno a esta vía de comunicación. De las diferentes localidades, al margen de Huesca, es la de Cuarte la más próxima a la calzada (a unos 2 km). Al igual que los núcleos de estas áreas, tienen un origen medieval constatado (Cuarte es citado en 1097) (UBIETO, A., 1985) y además su topónimo está relacionado con la hitación de la vía (MAGALLÓN, Á., 1987). Otro grupo de gran interés lo constituyen los enclaves denominados «torres» y sobre todo los «castillos». Se trata de pequeñas explotaciones agrícolas, que nucleízan el hábitat rural disperso; en cierta manera se convierten en los continuadores históricos del denso hábitat disperso constatado

en la antigüedad. Los «castillos», aunque se sitúan en llano, también tienden a ocupar zonas más elevadas, cerretes o plataformas junto a las tierras de cultivo. Al norte de la vía cabe citar el castillo de Orús (a 1,5 km) y el Torén (en la misma vía). Al sur se halla el castillo Alto de San Juan (a 1,5 km), San Luis Alto (a 500 m), San Luis Bajo (a 500 m) y, algo más alejados, los de Pebreo (a 2 km), Castillo Colchoné (a 2,5 km) y Castillo Bajo de San Juan (a 3 km).

3.3. Situación actual del trazado viario

Para facilitar su estudio pormenorizado se ha dividido en VI tramos:

3.3.1. Tramo I: Del inicio del término al yacimiento Barranco de San Jorge III

Recorrido de 800 m, que corresponde a la zona más agreste de todo su trazado y la más rica en cuanto a enclaves arqueológicos. Discurre paralelo, a 200 m, de la carretera actual.



Fig. 3. Vía. Tramo I. Entrada en el término municipal de Huesca. Situación del yacimiento Barranco de San Jorge I (A) y presa (B).

Desde Almudévar entra en el término municipal de Huesca a través de una angosta vaguada excavada entre los altos relieves terciarios de las Canteras de

Almudévar, por los barrancos de Valduesa y San Jorge (Fig. 3). Según la cartografía discurre por la orilla derecha del barranco, si bien en la prospección no puede reconocerse este extremo debido a la intensa erosión que ha modificado el entorno, produciendo abruptos desniveles. En este caso habría circulado, según se observa en la cartografía, por un estrecho paso entre la presa medieval y la ladera del monte de San Juan, aunque resulta más apropiado el lateral izquierdo al pie del yacimiento medieval, Barranco de San Jorge I, donde existe un mayor espacio en torno al barranco y menor pendiente. Este problema de identificación se mantiene en los 100 m siguientes, donde la erosión ha lavado el suelo, hasta la confluencia con un camino actual que desde la carretera lleva al barranco, si bien antes de llegar aparece el primer mojón a la derecha. A partir de aquí el camino se sigue con nitidez, a la derecha, convertido en la actualidad en una estrecha senda que bordea la ladera de una loma, y se aleja progresivamente del cauce del barranco por una cota más elevada (Fig. 4). En este recorrido tres nuevos mojones se detectan a la izquierda del barranco. De ellos, el que hace el n.º 4 resulta bastante anómalo: de base paralelepípeda y coronamiento circular, recuerda las tipologías de estelas funerarias medievales, circunstancia que hace pensar que pueda haber sido reutilizado.



Fig. 4. Vía. Tramo I. Vista general desde el oeste.



Fig. 5. Vía. Detalle del tramo I. Situación del tramo con rodadas en la roca (A), el yacimiento Barranco de San Jorge II (B) y Barranco de San Jorge III (C).



Fig. 6. Detalle del tramo con rodadas en la roca. Tramo I.

Al final de la loma tenemos la comprobación más fehaciente del camino, en un afloramiento rocoso con las huellas de rodadas excavadas, al pie de un asentamiento romano-medieval (Barranco de San Jorge II) a la izquierda del camino (Fig. 5, 6, 23). A partir de aquí el camino empieza a discurrir por la capa de glacis recientes, bordeando la pendiente final de la loma y entrando en transición al llano. A 50 m del enclave anterior y en la misma posición existe un pequeño establecimiento romano-imperial (Barranco de San Jorge III) al borde del camino y se localiza un nuevo mojón a la izquierda del barranco.

3.3.2. *Tramo II: Del yacimiento Barranco de San Jorge III a la confluencia con el camino de Orús*

Este tramo de 1,2 km marca la entrada del camino al llano y discurre sobre la capa de glacis recientes, paralelo a la carretera actual (Fig. 7). Es el que se conserva más completo y definido. Continúa transitando a la derecha del barranco, que ha perdido su encajamiento progresivo hasta convertirse en un pequeño reguero. Tan sólo al comienzo se detectan algunos socavones producidos por éste. Conserva íntegramente la anchura que delimita el terreno público (camino y bandas de protección), en torno a los 47,50 m, si bien no está marcado el lecho del camino. Se halla bordeado por ocho mojones enhiestos a cada lado con un fallo en la margen derecha, tras el primer mojón, y otro a la izquierda al final del tramo, que coincide con el área atravesada por el actual camino a Orús. Este nuevo camino, asfaltado, lo ha cortado transversal y longitudinalmente en su margen izquierda, aunque no ha perdido su definición (Fig. 8).

3.3.3. *Tramo III: Del camino de Orús a la planta de gravas*

Tiene una longitud de 1,5 km. Circula oblicuo a la carretera actual, confluyendo con ella al final. Atraviesa un terreno bastante desigual geomorfológicamente y también es diverso su grado de conservación y definición.

Al comienzo presenta las mismas características que el tramo II (Fig. 8, 9); circula a la derecha del barranco, a través del llano, y conserva toda su anchura. Se aprecian aquí las fosas laterales, de 2,50 m, para drenaje.

En el castillo de Torén, que se halla a su derecha, se encuentra un edificio utilizado como almacén que conserva sillares de buena factura en sus muros, restos o elementos reutilizados de algún edificio relacionado con la vía.

Pasado el castillo, a unos 200 m, se entra en una zona de barrancos que atraviesan el camino y que confluyen (San Jorge, La Bala y Valdabra); nace aquí la acequia de Vicién, formando un profundo salto de agua. También se ha trazado una pista. Esto significa que en un tramo de 150 m el borde derecho del camino se ha perdido y además el izquierdo ha sido invadido por los cultivos de un campo, aunque recientemente ha sido remarcado con tablillas por la Diputación



Fig. 7. Vía. Tramo II visto desde el este. Al fondo, tramo I.



Fig. 8. Vía. Fin del tramo II y comienzo del tramo III, cortados por el camino de Orús. En primer plano, castillo de Torén.



Fig. 9. Vía. Tramo III. Vista desde el oeste, pasado el castillo de Torén.



Fig. 10. Vía. Tramo III. Instalaciones de la planta de gravas.

General de Aragón. A partir de aquí el camino asciende por un cerrete, residuo de relieves terciarios, donde se instala la planta de gravas (Fig. 10). El borde derecho coincide y ha sido invadido por la carretera y los derrubios de la planta, mientras que el borde izquierdo es reconocible por dos mojones enhiestos de gran tamaño, uno de los cuales se halla *in situ* en el interior de la planta. Junto con otro a la izquierda al comienzo del tramo son estos los únicos conservados; se han perdido completamente en la margen derecha.

3.3.4. *Tramo IV: De la planta de gravas al Centro de Enseñanzas Integradas (C.E.I.)*

Es un tramo de 2 km, en el que se sigue con facilidad. Se aleja progresivamente de la carretera y, remontando el cerro de la planta de gravas, discurre por una amplia plataforma sobre antiguos glacis cuaternarios.

En el trazado puede apreciarse el lecho del camino con claridad, que quizá responda más al actual que al antiguo pero que sirve de referencia. Nada más remontar la planta de gravas a la izquierda se localiza un mojón cilíndrico, anómalo respecto a los demás, que ha sido clasificado por sus características como un miliario anepigráfico de la calzada romana (Fig. 11). A pocos metros del mismo vuelve a seguirse toda la amplitud del camino, con el lecho en el centro, que ha perdido los mojones a ambos lados; se localiza otro poco antes del cruce con el camino que conduce a la granja Doux Pollitos, en el cual se encontró un fragmento de cerámica sigillata (Fig. 12).

El camino antiguo se sigue continuando la misma trayectoria; se localizan dos mojones en el borde izquierdo, junto a la granja Doux Pollitos, y otro enfrente, delimitando toda la anchura. Poco antes de llegar al C.E.I. se detectan otros dos tumbados a la derecha. En el C.E.I. el tramo va pegado a la tapia actual; esta zona se ha asfaltado recubriendo el tramo anterior y no posee ninguna otra muestra (Fig. 13).

3.3.5. *Tramo V: Del C.E.I. al cementerio*

En los 900 m de este tramo el camino se ha perdido pero se puede seguir su orientación. Ha sido invadido por la carretera que conduce del C.E.I. al cementerio, realizada al efectuar la reciente remodelación de los accesos a Huesca.

En la cartografía se puede comprobar que seguía el trazado de esta nueva carretera, en línea oblicua con la de Zaragoza, descendiendo desde el C.E.I. por los bordes de la plataforma hasta llegar al mismo edificio del cementerio, por delante del cual circulaba (Fig. 14). No se conserva ningún otro elemento asociado.



Fig. 11. Vía. Comienzo del tramo IV, remontando la loma tras la planta de gravas (al fondo). Miliario anepigráfico de la calzada romana.



Fig. 12. Vía. Tramo IV. Zona de las granjas.



Fig. 13. Vía. Tramo IV. Asfaltado. Junto al Centro de Enseñanzas Integradas (tapia límite de la calzada).



Fig. 14. Vía. Tramo V. Trazado por delante del cementerio.

3.3.6. Tramo VI: Desde el cementerio a la ciudad de Huesca

Es un tramo de 400 m en el que se ha perdido por completo. Antes de realizar la variante todavía se seguía el arranque en 300 m a partir de la esquina oriental del cementerio, que coincide con un cambio geológico: el fin de la plataforma de glacis antiguos y el tránsito a los llanos de glacis recientes en un descenso progresivo. A partir de aquí no queda ningún indicio y posiblemente circulaba por la carretera actual a su izquierda, aunque no hay ningún rastro (Fig. 15). La vía entraba a la ciudad por delante del cerro de San Jorge. A partir de aquí hay que realizar una precisión, al menos para la vía romana, pues a partir de San Jorge no parece que siguiera la carretera actual sino que circularía por uno de los laterales de la Avda. Martínez de Velasco. La pauta la da la necrópolis de esta calle. En las últimas excavaciones se ha detectado su uso en época imperial romana y éstas, junto con otros indicios y comprobaciones (las últimas efectuadas en 1994), demuestran su extensión por los jardines de ambos laterales y bajo la carretera, lo que invalida el tránsito de la vía y por el contrario avala la posición del yacimiento en un lateral del camino. Tradicionalmente se ha considerado que la calzada se internaba en la ciudad siguiendo la calle Alcoraz hasta la plaza de Navarra.



Fig. 15. Vía. Tramo VI. Trazado destruido por la variante de circunvalación.

4. BARRANCO DE SAN JORGE I-SAN JORGE DE LAS BOQUERAS

4.1. Situación y descripción

El yacimiento pertenece a la localidad de Cuarte, lindante con el término municipal de Almudévar. Está situado en las Canteras de Almudévar, a la izquierda del barranco de San Jorge, al pie de la vía (Fig. 1, 2).

Geográficamente se enclava en las sierras calizas del Terciario que cierran por el oeste la depresión de la Hoya. Aquí se origina una zona abrupta tallada por los barrancos, con elevaciones que cuentan con pronunciados escarpes.

El yacimiento se instala en una amplia loma, a 480 m s.n.m. (Fig. 3, 16), en el límite exterior de las sierras, en el área de máximo encajamiento del barranco de San Jorge. Constituye un relieve con laderas de acusada pendiente y amplia cumbre plana escalonada en la zona este, donde se eleva un pequeño promontorio de unos 3 m de altura que constituye el punto culminante de la loma. En conjunto se halla muy erosionada, con amplios socavones en la cumbre, sobre todo en las zonas oeste y norte, y profundas barranqueras en las laderas que dejan al descubierto y han desmantelado los afloramientos calizos sobre el sustrato arcilloso.

El yacimiento corresponde al promontorio que corona la cumbre (Fig. 17) en la zona este y sus alrededores y abarca un espacio aproximado de 50 m², aunque cabe pensar que pudo también ocupar el resto de la cumbre y parte de la ladera sur. Se encuentra muy erosionado, aunque los indicios permiten presuponer la permanencia de restos estructurales o al menos potencia estratigráfica en el promontorio de la cumbre.

Se trata de un enclave de gran trascendencia histórica, pues es posible que corresponda al primitivo emplazamiento de la ermita de San Jorge de las Boqueras, mandada edificar por Pedro I para conmemorar la toma de Huesca (célebre batalla de Alcoraz). Se cita en el 1094, situada junto a la almunia *Daimus*, que contaba con cisterna y cortijo, aunque probablemente pudo ser anterior (BALAGUER, F., 1961). Esta ermita se mantuvo durante la Edad Media hasta que se derrumbó el edificio y fue trasladado el culto a la nueva edificada en el cerro de San Jorge de Huesca (siglos XV-XVI).

4.2. Los materiales arqueológicos

Son abundantes como consecuencia del deterioro del yacimiento y se localizan sobre todo en la cumbre y rodados por las laderas este y sur y en la base de la loma. Se han recogido 23 piezas cerámicas y dos de sílex. El material cerámico corresponde a los siguientes tipos:



Fig. 16. Barranco de San Jorge I. Situación general. Situación de la presa (a). Trazado de la vía (b).



Fig. 17. Barranco de San Jorge I. Montículo artificial en la cima.

— Cerámica vidriada: dos fragmentos. Uno con vedrío en tonos verdosos y otro mixto verdoso-marrón.

— Cerámica oxidante: 20 fragmentos (Fig. 18). Corresponden a vasijas de tamaño mediano y pequeño, entre ellas varios fondos (4, 5, 6), algunos con engobe blanquecino. Sólo un fragmento se halla decorado con motivos de bandas y ondas en rojo manganeso (2). En este conjunto destacan algunos fragmentos pertenecientes a jarritas con o sin asa de perfil carenado (3) de tradición musulmana. Dentro de esta tradición se encuentra un conjunto de bordes muy abiertos, en algún caso con cocción mixta, de tonos anaranjados y marrones y buena cocción.

— Cerámica reductora (Fig. 19): 14 fragmentos, algunos con decoración impresa (9), asas planas (10) y varios bordes planos o muy abiertos (7-8).

— Dos piezas corresponden a lascas de sílex.

4.3. Aspectos cronológico-culturales

De los materiales arqueológicos se deduce que nos hallamos ante un asentamiento de origen altomedieval que refleja un uso al menos entre los siglos XI-XV. Aunque es clasificable básicamente como medieval cristiano podría contar con un origen musulmán. Así lo demuestra el conjunto de materiales correspondientes a jarritas y bordes abiertos, que proporcionarían la cronología más temprana, y por otra parte la cronología más tardía abogada por los materiales con vedrío verdoso.

También hay que calibrar la posición de este enclave para aproximarnos a su funcionalidad. Por su posición elevada domina visualmente la Hoya de Huesca y sus accesos a través de la zona montañosa que separa la depresión de Almodívar de la de Huesca. Se halla en un punto dominante del entorno, que controla una importante vía de comunicación como es el principal acceso a la ciudad de Huesca, a través del antiguo camino de San Jorge, anterior vía romana en el paso del barranco en su zona más estrecha. Por ello es posible pensar inicialmente en un establecimiento estratégico o de control. Se encuentra en una zona intensamente poblada en época medieval, con pequeños establecimientos situados al noroeste (Orús I, La Figueraza I a IV) y con una concentración inusual de enclaves en este tramo, junto a la vía, como la presa situada al pie del yacimiento o los enclaves de Barranco de San Jorge II y III. Por otra parte, es bastante posible, por las características de ubicación y por la toponimia, que este establecimiento correspondiera a la ubicación de la primitiva ermita de San Jorge, llamada San Jorge de las Boqueras, extremo únicamente comprobable a través de la excavación. Como tal ubicación es considerada por algunos estudiosos de la zona, como hemos podido gratamente comprobar una vez que ya habíamos considerado esta hipótesis.

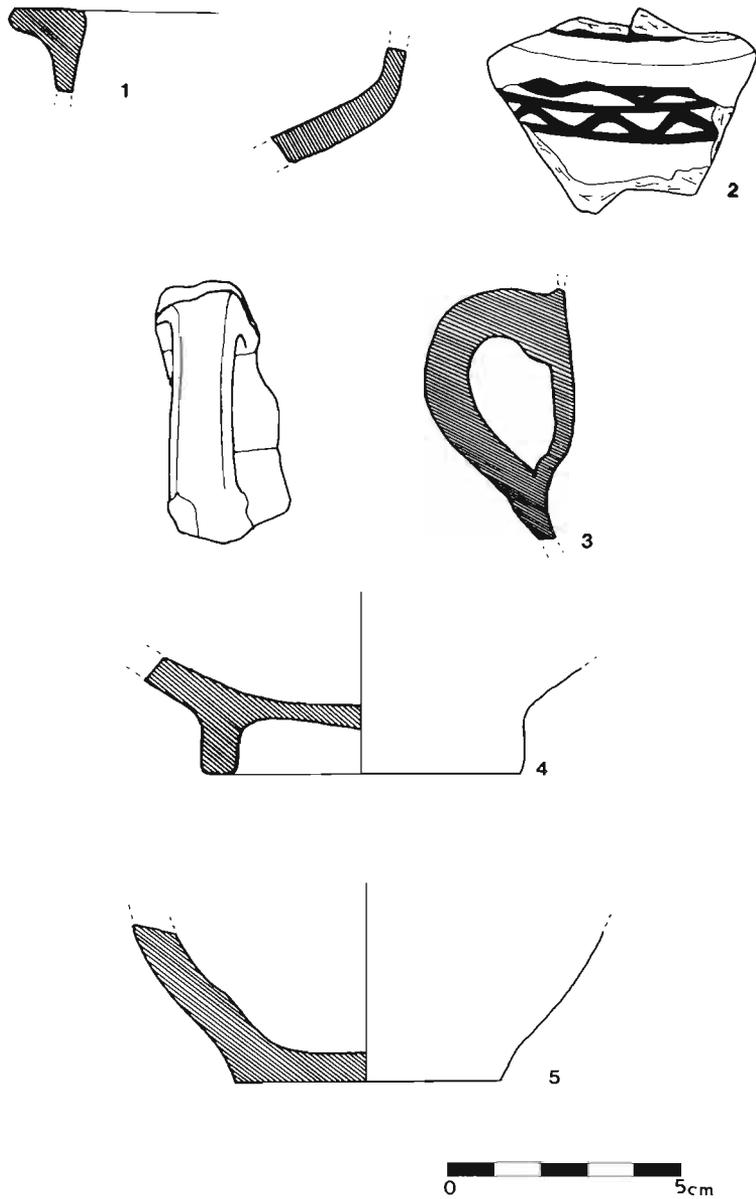


Fig. 18. Barranco de San Jorge I. Materiales cerámicos. Dibujos: C. Garcés.

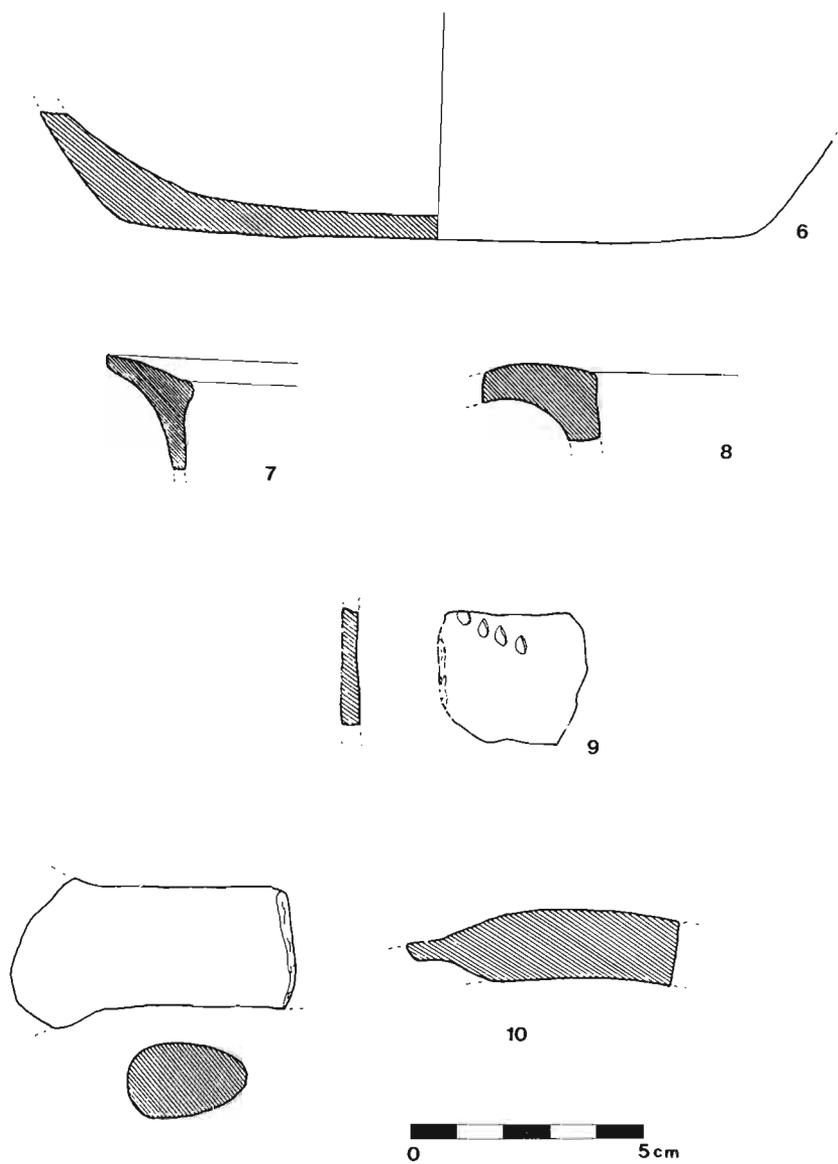


Fig. 19. Barranco de San Jorge I. Materiales cerámicos. Dibujos: C. Garcés.

5. PRESA DEL BARRANCO DE SAN JORGE

5.1. Situación y descripción

El enclave se halla situado al suroeste de Cuarte, en la cara externa de la sierra de Las Canteras de Almodévar (Fig. 1, 2). Se encuentra sobre el barranco de San Jorge que aquí circula encajado entre dos lomas, en una de ellas se sitúa el yacimiento Barranco de San Jorge I-San Jorge de las Boqueras (Fig. 3, 16).

La presa se instala en el límite de la zona encajada a partir de la cual se abre el llano, bordeada por el Camino Viejo de San Jorge-vía romana y al pie del yacimiento de Barranco de San Jorge I.

5.2. Elementos estructurales

La presa se asienta en el cauce del barranco, ocupando el espacio entre las dos lomas, y el comienzo de llano (Fig. 20, 21). Tipológicamente responde a una presa de planta circular, de diámetro en torno a los 60 m, aunque sólo se aprecia parte de su trazado. Se halla construida con sillares y mampuestos de caliza configurando muros que llegan a alcanzar 2 m de anchura máxima y que conservan una altura entre 0,40 y 1 m. En general presenta un aspecto de obra bastante cuidada. Se conserva de forma ininterrumpida un tramo de 15 m de muro del contorno, en la zona sur, construido formando plataformas escalonadas, a modo de zapata, sobresalientes cada hilada entre 12 y 15 cm.

Siguiendo en dirección este y a 22 m del primer tramo se conserva otro tramo de 10 m, en peores condiciones y con una sola hilada. En el primer tramo se abre un aliviadero que desagüa en una acequia, excavada en la tierra sin ningún recubrimiento, que circula en dirección este. Este mismo sistema sería el utilizado para la entrada del agua del barranco en la zona oeste, que no se aprecia en superficie.

El uso posterior de esta estructura, en época moderna o contemporánea queda patente por el adosamiento de un murete en un tramo del muro sur y otros muretes verticales con travesaños de madera sobre el aliviadero.

5.3. Aspectos cronológico-culturales

El enclave es de gran interés para conocer los sistemas tradicionales de captación de aguas y regulación de los cauces hídricos en la Hoya, de los que también se hallan ejemplos en otros barrancos en el término municipal de Huesca.

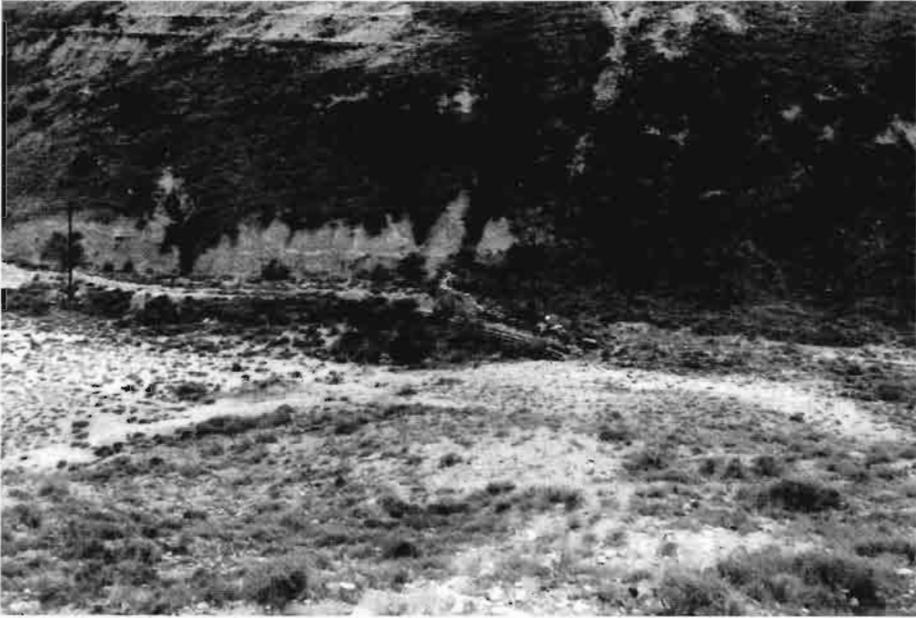


Fig. 20. Presa del barranco de San Jorge. Estructuras.

Aunque existen dificultades para adjudicarle una cronología precisa, teniendo en cuenta el escaso conocimiento y estudios sobre este tipo de obras, es posible considerar que se trate de una obra de origen medieval. Además, hay que valorar su posición al pie del yacimiento del Barranco de San Jorge I, el intenso poblamiento medieval disperso en la zona y la similitud con las localizadas en otros barrancos en similares condiciones.

Esta obra cumple varias funciones: por una parte como embalse para abastecimiento de agua de la zona, la cual cuenta con varios asentamientos próximos de época medieval y se halla además junto a la vía de comunicación más antigua de Huesca a Zaragoza; por otra, regula y contiene las aguas del barranco, pues su posición en una zona angosta y en el principio del llano le permite recoger las aguas procedentes de la sierra, evitando las avenidas y la circulación libre de las mismas. Además, es posible su utilización para el riego de zonas próximas mediante la práctica de acequias partiendo de la presa.

El interés de estos tipos de obras ha quedado patente con las reutilizaciones de que han sido objeto con posterioridad y que en este caso se aprecian en las estructuras superpuestas a la presa original en época moderna o contemporánea.



Fig. 21. Presa del barranco de San Jorge. Detalle de la estructura.

6. BARRANCO DE SAN JORGE II

6.1. Situación y descripción

El yacimiento se encuentra al suroeste de Cuarte, en la orilla derecha del barranco de San Jorge y en el borde de la vía, poco antes de internarse en las canteras de Almodévar (Fig. 1, 2, 5).

El entorno del yacimiento se encuadra en una zona de transición entre las sierras de calizas terciarias de las Canteras de Almuédvar, que cierran por el oeste la Hoya de Huesca, y el comienzo de la depresión, al sur, constituida por glaciares recientes del Cuaternario.

Se origina a partir de aquí y en dirección norte un relieve abrupto de altura progresiva, horadado por los barrancos de incisión lineal que circulan encajados entre las sierras, como es el caso del de San Jorge, mientras que hacia el sur se abre la depresión en amplias plataformas escalonadas.

El yacimiento se asienta en el borde externo de estas sierras, al pie de una loma, en una plataforma rocosa a escasa altura (440 m s.n.m.) (Fig. 22, 23) colgada sobre el barranco. La acción del barranco ha originado un pronunciado escarpe en el frente oriental, del que se han desprendido algunos bloques pétreos por la erosión del sustrato de arcillas y arenas. Ocupa un espacio aproximado de 50 x 30 m y en su mayor parte se halla completamente erosionado.

6.2. Elementos estructurales

Estos son los que permiten reconocer el yacimiento, ya que no ha proporcionado materiales muebles. Corresponden a estructuras excavadas en el afloramiento rocoso (Fig. 24) que ocupan toda la plataforma, diferenciándose la



Fig. 22. Barranco de San Jorge II en primer plano. Al fondo, Barranco de San Jorge III.



Fig. 23. Barranco de San Jorge II. Delante y adosado al yacimiento, tramo de la vía con rodadas en la roca.



Fig. 24. Barranco de San Jorge II. Estructuras excavadas en la roca.

base de varias estancias, cuadradas y rectangulares. Junto al yacimiento, se halla un tramo del camino con rodadas excavadas en la roca que aflora en esta zona, único tramo de estas características en esta vía de comunicación (Fig. 23).

6.3. Aspectos cronológico-culturales

El interés fundamental de este yacimiento reside en su peculiar posición al borde de la vía, en el tramo con rodadas en la roca. La falta de materiales muebles impide su datación adecuada aunque es posible *a priori* considerar una cronología medieval o romana por su proximidad a los asentamientos del Barranco de San Jorge I (medieval) y San Jorge III (romano); es con este último, del que lo separan sólo 50 m, con quien comparte una posición similar respecto a la vía, por lo que podrían formar parte de un mismo enclave.

Su posición y características permiten pensar en un pequeño establecimiento relacionado con la vía, posiblemente un puesto de descanso y de aprovisionamiento antes de iniciar el ascenso hacia las sierras.

7. BARRANCO DE SAN JORGE III

7.1. Situación y descripción

Se halla al suroeste de Cuarte, en la orilla derecha del barranco de San Jorge y en el borde del antiguo camino de San Jorge-vía romana de Huesca a Zaragoza, poco antes de las Canteras de Almodévar (Fig. 1, 2, 5). El entorno general del yacimiento reviste las mismas características que las ya expresadas respecto al denominado Barranco de San Jorge II, del que dista 50 m.

El yacimiento se instala al pie de una loma (Fig. 22, 25) en una plataforma de suave pendiente sobre el barranco de San Jorge, a 460 m s.n.m., originada sobre los glaciales recientes del Cuaternario, recortados por la erosión (Fig. 26). La intensa acción del barranco y otros procesos erosivos han ido desmantelando esta plataforma, compuesta por sedimentos blandos de arcillas y arenas, provocando el desprendimiento de parte de la misma y configurando un pronunciado escarpe en la zona norte sobre el lecho fluvial.

Ocupa íntegramente la parte superior de la plataforma, pudiéndose delimitar un espacio de 50 × 30 m. La observación superficial indica que se conserva muy poca potencia estratigráfica, entre 10 y 20 cm y excepcionalmente 40 cm junto a los estructuras arquitectónicas.



Fig. 25. Barranco de San Jorge III. Situación general vista desde el sur. Trazado de la vía (a).



Fig. 26. Barranco de San Jorge III. Cara norte desmantelada por el barranco.

El yacimiento se halla en un estado avanzado de deterioro y con un elevado riesgo de destrucción a corto plazo. En la zona norte ha desaparecido, en extensión y profundidad, al menos una tercera parte del yacimiento, que se ha desprendido por la acción del barranco provocando la destrucción de muros cuyas lajas se observan al pie del yacimiento, sobre el lecho del barranco. De hecho, parte de los muros existentes se encuentran ya en el extremo del cortado, con grave riesgo de desplome. En el resto la afección es de menor intensidad.

7.2. Elementos estructurales

Se hallan completamente a la vista y reflejan los restos de un edificio que conserva parte de un muro longitudinal de 16 m orientado de este a oeste (Fig. 27).



Fig. 27. Barranco de San Jorge III. Restos estructurales.

De este muro, en su zona norte, hacia el barranco, parten 4 muros transversales de los que se conservan entre 0,70 y 1,80 m de longitud y que delimitan al menos 3 pequeñas estancias, dos de 3,50 m y una de 2,10 m. Otras estancias se adosarían a estas. Al sur del muro principal sólo se conserva parte de otro transversal. Presumiblemente la construcción seguiría el mismo esquema que en el ala norte. Los muros están bien contruidos, con lajas de caliza, con una anchura de 50 cm y conservan una altura media de 40 cm.

7.3. Materiales muebles

Son bastante numerosos. Como consecuencia del deterioro del yacimiento se encuentran en superficie, junto a los muros y rodados alrededor del mismo, sobre todo en la zona sureste, junto a la vía, donde existe una pequeña pendiente. Se han recogido 86 fragmentos cerámicos y un vidrio.

Se trata de materiales muy fragmentados incluidos en los siguientes tipos:

— Cerámica de terra sigillata: Se han recuperado tres fragmentos amorfos pertenecientes a t. s. sudgálica e hispánica.

— Cerámica engobada (Fig. 28): Aunque con el engobe deteriorado, es la más abundante. Los fragmentos recuperados permiten observar que se trata de vasijas de tamaño pequeño y mediano con formas pertenecientes a ollitas globulares (1, 3) cuencos y platos (2, 4) y también asas planas (6).

— Cerámica común de almacenaje (Fig. 29): Varios fragmentos adscriben su pertenencia a ánforas y *doliae*, alguna de estas últimas con decoración digitada (10).

— Cerámica común reductora (Fig. 29): Se trata de algunos fragmentos de bordes y fondos planos correspondientes a ollas globulares, así como de piezas toscas de pasta grosera y abundantes desgrasantes, algunas fabricadas a mano, que pertenecen a ollas de cocina (7, 8, 9).

— Vidrios: Un fragmento de costillas de color azul (11).

7.4. Aspectos cronológico-culturales

Cronológicamente los materiales recuperados permiten considerarlo un yacimiento de etapa romano-imperial y ubicarlo entre los siglos I y II de la era. Se trata de un yacimiento significativo, por su posición junto a la vía y sus características estructurales, que hacen pensar en un establecimiento relacionado con ella. De los restos conservados parece inferirse la existencia de un pequeño edificio dividido en pequeñas estancias rectangulares prácticamente iguales articuladas en torno a un muro principal.

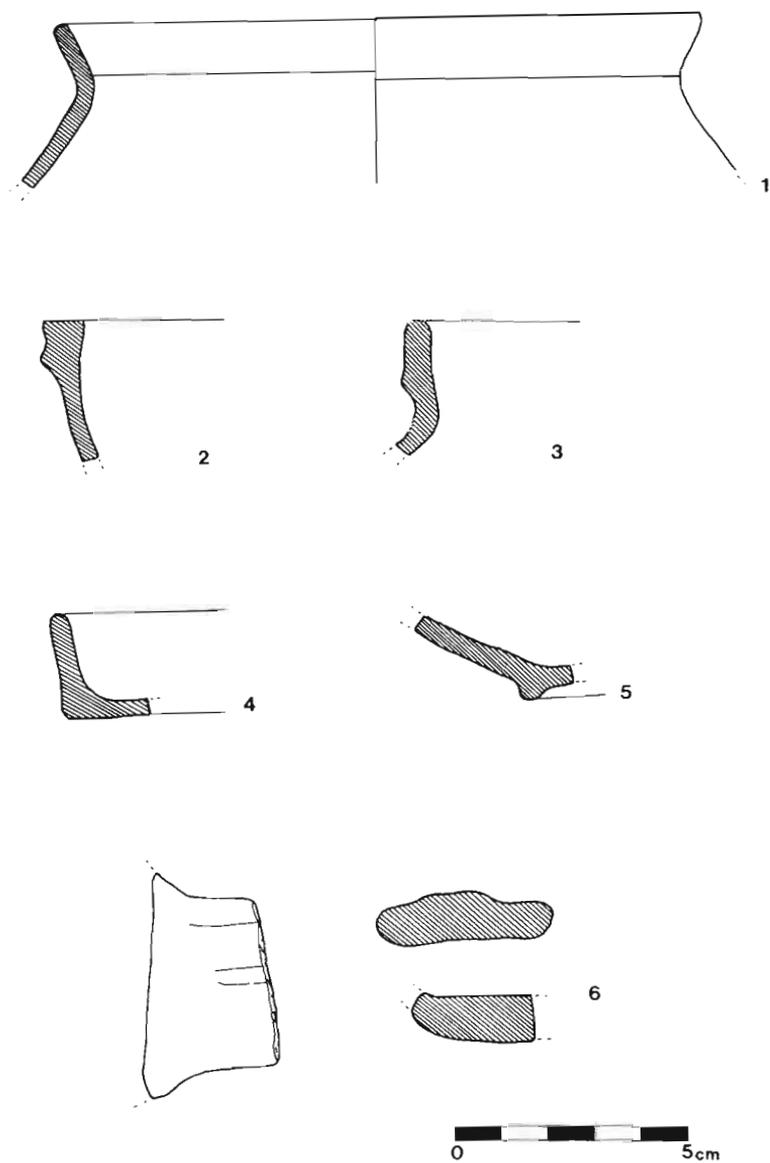


Fig. 28. Barranco de San Jorge III. Materiales cerámicos. Dibujos: C. Garcés.

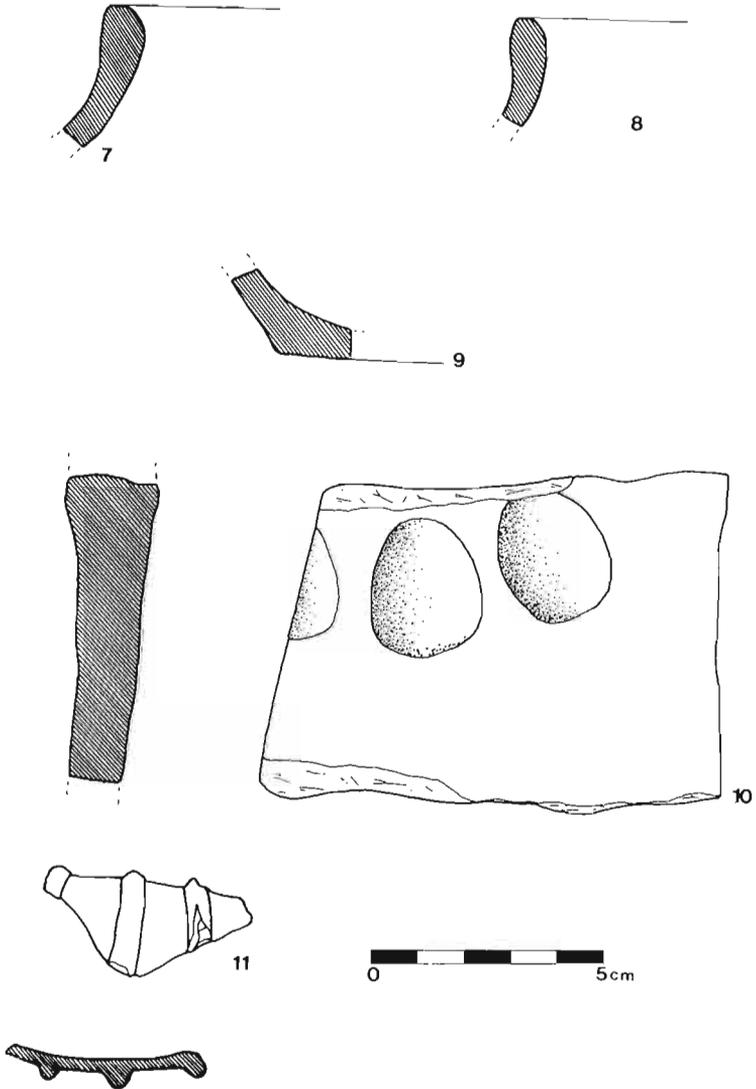


Fig. 29. Barranco de San Jorge III. Materiales cerámicos. Dibujos: C. Garcés.

Puede considerarse como un puesto secundario de abastecimiento o descanso, junto a la vía, posiblemente las denominadas *tabernæ*, antes de internarse en las sierras. Además se halla en una posición equidistante entre las *mansio* conocidas en los Itinerarios de esta vía, entre Osca y Bourtina, identificada con Almudévar, en cuyo casco urbano han aparecido materiales ibero-romanos. Por otra parte, este enclave debió de ser significativo en los servicios en torno a esta vía de comunicación, pues junto al yacimiento, 50 m barranco arriba, se localiza otro pequeño asentamiento (Barranco de San Jorge II) de características similares excavado en la roca, continuación de este o de cronología posterior.

8. BIBLIOGRAFÍA

- BALAGUER, F.: El santuario y la cofradía oscense de San Jorge. *Argensola*, 47-48. Huesca, 1961, pp. 223-248.
- CARRILLO, P.: Vía romana del Summo Pyrineo a Cæaraugusta. *Seminario de Arte Aragonés*, III. Zaragoza, 1951, pp. 31-35.
- DURÁN, A.: *Colección diplomática de la catedral de Huesca*, Zaragoza, 1965.
- GRANJA, F. de la: La Marca Superior en la obra de Al-Udri. *Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón*, VIII. Zaragoza, 1967, pp. 447-545.
- JUSTE, M.^ª N.: Prospecciones arqueológicas en la Hoya de Huesca. *Arqueología Aragonesa 1992*. D.G.A. (en prensa).
- , *Estudio Arqueológico*. Revisión del Plan General de Ordenación Urbana de Huesca, Ayuntamiento de Huesca, 1993. Inédito.
- , Informe de las actuaciones efectuadas en el yacimiento de la Avda. Martínez de Velasco (Huesca) durante 1988 y 1989. *Arqueología Aragonesa 1988-1989*. Zaragoza, 1992, pp. 365-370.
- , Bolskan. Nuevos datos de su necrópolis. *Revista de Arqueología*, 141. Madrid, 1993, pp. 30-37.
- JUSTE, M.^ª N. y PALACÍN, M.^ª V.: Avenida Martínez de Velasco, Huesca. *Arqueología Aragonesa 1985*. Zaragoza, 1987, pp. 185-191.
- LABAÑA, J. B.: *Itinerario del Reyno de Aragón*. Zaragoza, 1895.
- MAGALLÓN, M.^ª Á.: *La red viaria romana en Aragón*. Zaragoza, 1987.
- NAVAL, A.: *Huesca: Desarrollo de su trazado urbano y de su arquitectura*. Madrid, 1980.
- TORMO, J.: *Cartilla turística de Huesca*. Huesca, 1942.
- UBIETO, A.: *Los pueblos y los despoblados*. Zaragoza, 1985.
- UTRILLA, F.: Orígenes y expansión de la ciudad cristiana: de la conquista (1096) a la plenitud medieval (1300). *Huesca: Historia de una ciudad*. Zaragoza, 1990, pp. 105-130.
- UTRILLA, P.: Fuentes escritas y arqueológicas para el conocimiento de la Osca ibero-romana. *Primer Colloqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*, 1978, pp. 197-204.

UNA SINGULAR CAJA DE RELIQUIAS DE SAN JUAN DE LA PEÑA

José Miguel Pesqué Lecina

EL HALLAZGO

En octubre de 1657, al moverse el altar mayor del monasterio para reubicar allí otro encargado por don Pedro de Villanueva, jacetano devoto de San Juan y secretario real, «Hallose en medio de la dicha ara un basso de reliquias grande, de bronce, puesto en el vacio y concavidad de una piedra; el baso estaba en dos piezas, como platos que se cierran el uno sobre el otro; esta esculpida la historia de San Voto y San Felix en la cubierta, por la parte de adentro, y las santas reliquias estaban humedas, las cuales, despues de enjutas, se volvieron alli, acomodadas de un vaso de vidrio cubierto con cera y este metido dentro del vaso de bronce, puesto en la misma piedra».¹

A pesar de la importancia de estas piezas, permanecieron en el mismo lugar hasta el año 1936, cuando el arquitecto F. Íñiguez dirigía los trabajos de restauración del monasterio viejo de San Juan de la Peña. De aquí pasaron, en 1941, a exhibirse en el Museo Arqueológico Nacional, dentro de una exposición organizada por el Servicio de Recuperación Artística, junto con dos arquetas halladas en los mismos trabajos. El conjunto se devolvió al obispo de Jaca en 1942, aunque no se tenga constancia documental del hecho. En el obispado permanecieron hasta que, hace pocos años, se decidió exponerlas dentro de los fondos del Museo Diocesano de Jaca.

¹ AZNÁREZ LÓPEZ, J. F. y GARCÍA DUEÑAS, F.: *Museo Diocesano de Jaca*, Jaca [sin fecha de edición].

DESCRIPCIÓN

Los dos platos o patenas son objetos concebidos como gemelos en su fábrica. Tienen forma circular, con un diámetro en el borde de 26,5 cm y una altura de 6 cm. De un anillo de fondo de unos 9 cm, que marca una superficie circular hundida hacia el interior del vaso, arranca una pared convexa al exterior que se remata con un labio plano, paralelo a la línea de suelo y de 1 cm de anchura. Ambos platos llevan en él una pequeña incisión que debió de coincidir, a modo de sello, cuando fueron destinados a contener reliquias. La decoración se desarrolla en la parte interior de la pared, mientras que la parte exterior está completamente lisa.

A pesar de que las particularidades iconográficas de cada una de las piezas las hacen merecedoras de un tratamiento individualizado, existen una concepción y unos elementos decorativos comunes a ambas que pueden ser descritos conjuntamente.

En las dos el anillo de fondo aparece decorado con una flor de trazos geométricos de compás, de tres o cuatro hojas según el caso, dibujada en doble línea paralela cuyo interior se rellena con un motivo reiterativo de trazos paralelos y curvos que también adornará el interior de todas las líneas paralelas, trazadas a mano o con compás, de los dos vasos. La flor se circunscribe en un doble círculo, igualmente decorado.

La decoración de las paredes arranca de una cuádruple circunferencia de fondo en la que las líneas exteriores dejan un pequeño espacio hasta las interiores, que se rellenan también con el motivo citado.

Las líneas serpenteantes enmarcadas dentro de paralelas decoran, en ambos casos, espacios geométricos o figuras de animales.

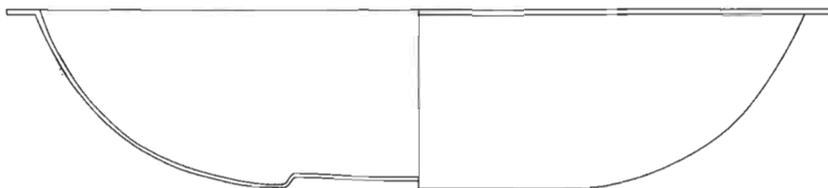
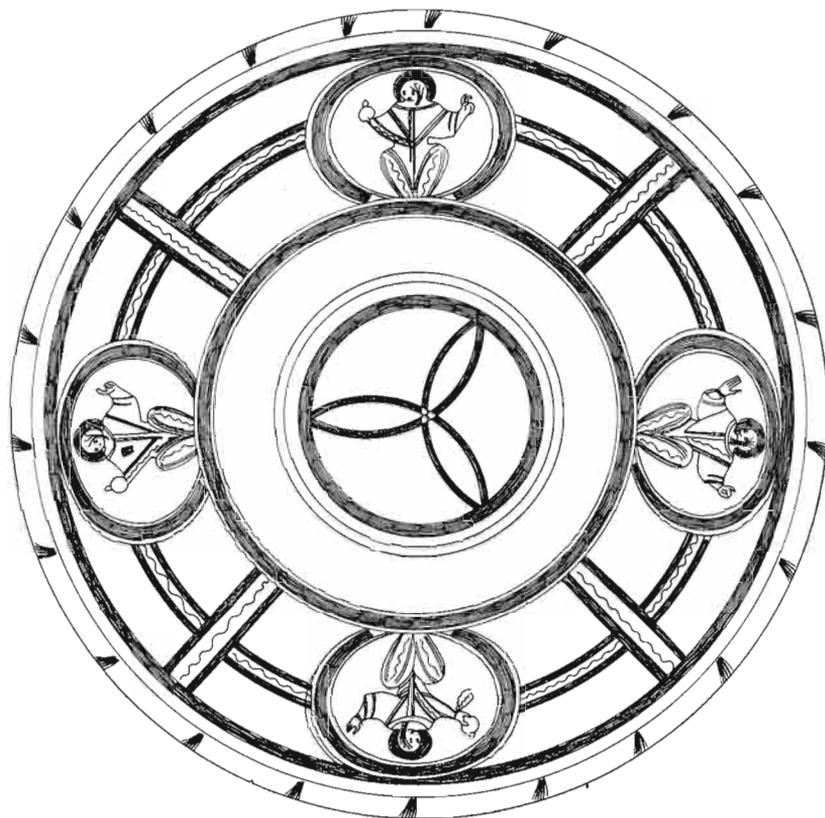
Los dos labios se rematan con finas incisiones que dibujan motivos vegetales de cinco o seis hojas en punta.

PATENA 1. Es la más pobre en motivos iconográficos, pero, en cambio, presenta mayor riqueza de adornos geométricos. Desarrolla sus temas entre las circunferencias de la base, ya descritas, y otras externas, cercanas al labio, de dos líneas paralelas rellenas de decoración.

En anchura, la pared del vaso se divide en cuatro sectores separados por un motivo compuesto por dos dobles líneas paralelas que encierran un motivo serpenteante. En altura otra serie decorativa, igual a la anterior, divide la pared en dos zonas pero salva los motivos verticales y la decoración principal.

Esta se enmarca en cuatro círculos de doble línea paralela que encierran cuatro representaciones del pantocrátor sentado, con los brazos abiertos y vestido con ropas talaras. Tres de ellos sujetan el *mundus* (interpretado por algún autor como el Sagrado Corazón) sobre su mano derecha mientras que, con la

izquierda, bendicen. Una de estas figuras lleva en su costado derecho una incisión horizontal de la que salen, hacia abajo, otras verticales que podrían interpretarse como el símbolo de la lanzada. El otro pantocrátor tan sólo bendice.



PATENA 2. Sobre los elementos decorativos comunes a las dos piezas se desarrolla un importante programa iconográfico bajo una serie de siete arcuaciones de medio punto, dibujadas a la manera de las circunferencias de arranque de la decoración, que se asientan sobre siete columnas de sencillas basas, casi siempre decoradas con motivos serpentiformes, fuste decorado y capiteles que recuerdan los órdenes dórico y corintio. En el tradós de los arcos aparece una decoración binal de hojas vegetales o panochas (enlazadas por algún autor con la leyenda pinatense) y que, en uno solo de los casos, son triples.

La escenografía representada merece un análisis detallado. Parece coincidirse en que se representa la leyenda de san Voto, caballero zaragozano que salva su vida por intercesión de san Juan en el transcurso de una cacería. Evidentemente, sí puede interpretarse la figura del jinete como la de un santo por su aureola triangular y sí se describen escenas de caza en la iconografía, pero éstas merecen un estudio detallado para una interpretación conjunta.

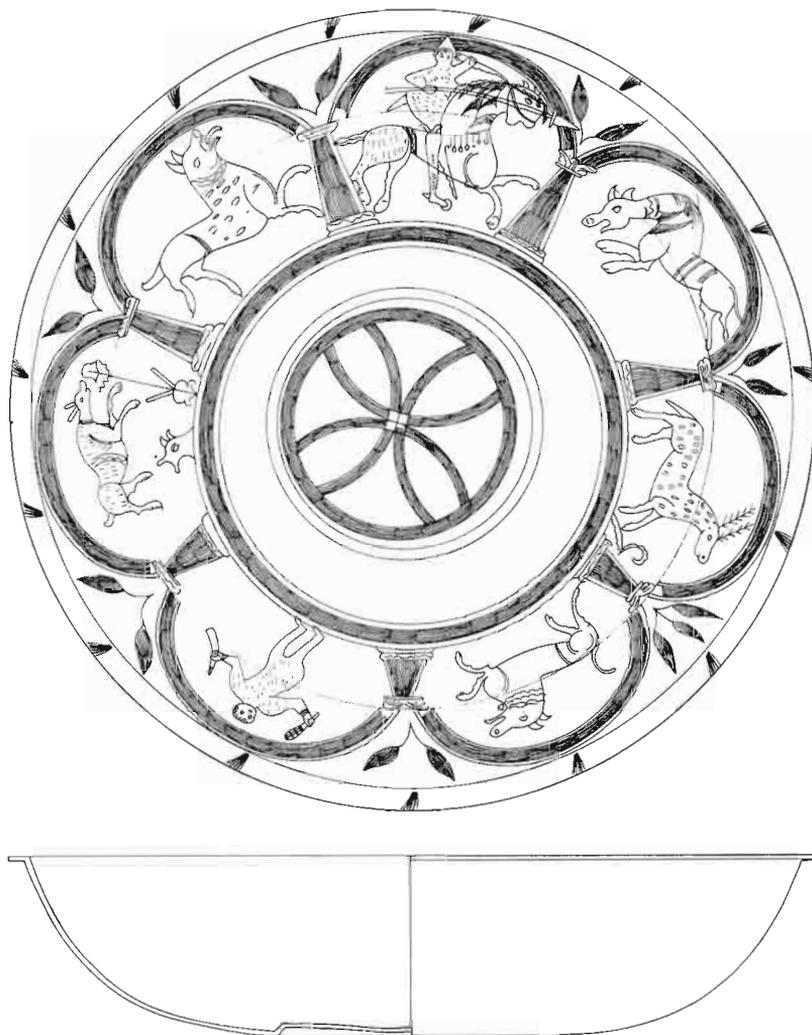
Empezando por la figura del caballero (que la denominaremos escena 1), aparecería la figura de san Voto, lanza en ristre bajo su brazo derecho y sujetando las riendas del caballo con su mano izquierda, vestido con cota de mallas y botas de montar a caballo. La montura aparece ataviada con cabezana, pectoral y silla de montar y se le representa el pelo de las ancas.

En la escena dos, a su derecha, está una de las «fieras montaraces» (que, según la leyenda pinatense, gustaba de perseguir el caballero Voto) enfrentada al cazador, la cual, aunque dibujada como un grifo, bien podría interpretarse como un jabalí. En las escenas cuatro y siete aparece representado el mismo animal, pero esta vez huyendo del cazador. El grifo se adorna, según los casos, con trazos geométricos o pilosidades.

La figura tres representa un ciervo macho, con amplia cornamenta y manchas (o pelos) en la piel, figura coincidente, de pleno, con la leyenda. Bajo sus patas, un esquema de vegetación. A su lado, en la siguiente escena, una figura masculina, también con cota de mallas, que lleva un olifante en su mano izquierda y una maza en su derecha. S. Alcolea² la interpreta, creo que acertadamente, como un bateador de la cacería.

Por último, la escena seis representa una liebre acosada por un perro, la primera adornada con motivos geométricos y con pelos sobre el cuerpo. También se esboza una esquemática representación vegetal.

² ALCOLEA, S.: «Dos patenas de San Juan de la Peña», *Signos: Arte y Cultura en el Alto Aragón Medieval*, Huesca, 1993.



REALIZACIÓN Y CRONOLOGÍA

La factura de las piezas corresponde, sin duda, a la misma mano. La técnica empleada es el grabado al aguafuerte con buril, pero habría que precisar que el tipo de incisión es muy distinto en los adornos geométricos del resto de la decoración.

Tanto las circunferencias, arcos, rosetas, motivos geométricos de relleno, adornos vegetales de los bordes y panochas están realizados cuidadosamente, con una incisión fina, poco profunda y muy exacta. Pero las decoraciones animales y humanas, columnas y líneas serpentiformes tienen un trazo mucho menos preciso, más profundo y tembloroso que, en casos como el grifo enfrentado y el caballo, se superpone o rebasa los límites externos de la figura. La diferencia puede corresponder a que la decoración geométrica está trazada con compás, mientras que las figuraciones se trazan a mano alzada.

La decoración animada fue la primera en realizarse, como lo demuestran la aureola y punta de lanza del jinete que se introducen en los arcos de su marco sin ser invadidos por la decoración geométrica. Pero el artífice debió de trazar, previamente, unas pautas donde encuadrar las escenas, tal como lo demuestra la línea, apenas perceptible, que acota la altura de los fustes de las columnas de la segunda patena.

En cuanto a su cronología, Alcolea las sitúa en el siglo XII, como raras pervivencias del mobiliario visigótico hispano. En cualquier caso, debieron de fabricarse en torno al año 1094, cuando se consagró el monasterio bajo de San Juan de la Peña, año a partir del cual habrían de depositarse las reliquias.

Normas de publicación de la revista BOLSKAN

1. Las normas específicas de la revista *Bolskan* se inscriben en el marco más amplio de las normas generales de publicación del I.E.A., las cuales deberán ser tenidas en cuenta en la misma medida.
2. *Bolskan* publicará los trabajos que, en forma de artículos, se centren en una temática arqueológica y se refieran al ámbito geográfico de la provincia de Huesca.
3. Sólo en casos excepcionales se aceptarán estudios que atañan a otras provincias, siempre y cuando la edición de los mismos se justifique por razones de proximidad física o porque su contenido tenga una especial repercusión sobre cuestiones de la investigación arqueológica oscense.
4. La selección y aprobación de los diversos trabajos es competencia del Consejo de Redacción de la revista *Bolskan*, el cual actuará colegiadamente al respecto.
5. Los artículos publicados en la revista *Bolskan* no podrán exceder las 40 horas, tamaño DIN A4, con 30 líneas a doble espacio y 70 caracteres cada una de ellas.

